

ISSN 1632-7562

EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*





Vasija con diseño ornitomorfo. Cerámica pintada.

En este número reproducimos obras de Caridad Rodríguez Culler (Camagüey, 1932), profesora de pintura, modelado y escultura, de extensa obra. En la arqueología, se ha especializado en arte rupestre de Cuba y en arte aborigen antillano; ha ilustrado textos arqueológicos y ha trabajado en la restauración de arte rupestre.

Caridad Rodríguez Culler ha recibido cursos de especialización en el Museo de Antropología e Historia de México, en el Museo de Arqueología de Lima, y en el Museo Nacional de Bellas Artes de La Habana. Ha dirigido los departamentos de dibujo científico y de reproducciones arqueológicas de varias instituciones científicas y museos cubanos. Sus obras murales, pintadas o en cerámica, se exhiben en instituciones del país. Ha realizado numerosas exposiciones personales de objetos de cerámica y otros materiales.

Colecciones de sus réplicas arqueológicas forman parte de los fondos del Museo del Hombre, París; Museo Nacional, Ciudad de México; Museo Nacional de Bellas Artes, La Habana; Museo Emilio Bacardí, Santiago de Cuba; Museo Indocubano Bani y Museo de Sitio Chorro de Maíta, Banes, Holguín, y en la Exposición Sitio Arqueológico en el Parque Bariay, Monumento Nacional, Holguín, Cuba. Ha publicado: *La cerámica baní*. Holguín, Publicigraf, 1993, y *Catálogo gráfico de piezas del arte aborigen cubano*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, 1986; es, además, autora y coautora de numerosas ponencias sobre arte aborigen y restauración de monumentos arqueológicos. Las fotos que reproducimos son cortesía de la artista.



Mural basado en imágenes del arte aborigen. Pirograbado.

EL CARIBE ARQUEOLÓGICO

Anuario publicado por la Casa del Caribe como extensión de la revista *Del Caribe*

7/ 2003

CONSEJO EDITORIAL

Dr. Marcio Veloz Maggiolo
MSc. Jorge Ulloa Hung
Dra. Betty Meggers
Dra. María Nelsa Trincado
MSc. Roberto Valcárcel Rojas

CONSEJO ASESOR

Dr. Mario Sanoja (Venezuela)
Dra. Iraida Vargas (Venezuela)
Dr. Carlos Angulo (Colombia)
Dr. Oscar Fonseca (Costa Rica)
Dr. A. Gus Pantel (Puerto Rico)

Correspondencia a:

Casa del Caribe
Calle 13 No. 154 esq. a 8
Reparto Vista Alegre
Santiago de Cuba, 90400
CUBA. Tlf. (53) (226) 642285
Fax (53) (226) 642387
E-mail: caribe@cullstgo.cull.cu

Marcio Veloz Maggiolo
Apartado 642
Santo Domingo
República Dominicana

Betty Meggers
Taraxacum S. A.
MNH-112
Anthropology 20560
Washington D. C. USA

JANE LANDERS ✓	2	La cultura maternal de los cimarrones: estudios de casos en Ecuador, La Española, México y Colombia
JORGE ULLOA HUNG	11	Arqueología y rescate de la presencia aborigen en Cuba y el Caribe
SILVIA T. ANGELBELLO I LEONEL DELGADO C.	16	La región arqueológica centro-sur de Cuba. Apuntes para su estudio
DAVID M. PENDERGAST ✓ JORGE A. CALVERA R. JUAN E. JARDINES M. ELIZABETH GRAHAM ✓ ODALYS BRITO	24	Construcciones de madera en el mar. Los Buchillones, Cuba
ROBERTO VALCARCEL R CESAR RODRIGUEZ ARCE MARCOS LABRADA O.	33	Trabajos arqueológicos en la cueva Cerro de los Muertos I, Banos, Holguín, Cuba
GERARDO IZQUIERDO D. RICARDO SAMPEDRO H. RAUL VILLAVICENCIO F.	50	Oquedades cárnicas: fauna pleistocénica y evidencias arqueológicas. Provincia de Villa Clara, Cuba
ALFONSO P. CORDOVA	59	Aspectos zooarqueométricos del asentamiento protoagrícola Birama, Valle de los Ingenios, municipio de Trinidad, Sancti Spiritus
JOSE GABRIEL ATILES ✓	64	La cueva de La Cidra. La pictografía de un pájaro carpintero, su coincidencia con el mito de Pané y las leyendas suramericanas del origen de las mujeres
IRINA JOURAVLEVA GABINO LA ROSA C.	73	La tecnología del burén y la elaboración final del casabe
RACSO FERNÁNDEZ O JOSÉ B. GONZÁLEZ T	79	El mito del Sol y la Luna en el arte rupestre de Cuba
CESAR A. RODRIGUEZ A.	86	Estimación de la estatura de los esqueletos del cementerio aborigen Chorro de Maíta, Holguín, Cuba
MILTON PINO RODRIGUEZ GERARDO IZQUIERDO D.	93	Presencia del llamado perro mudo en ritos funerarios de comunidades aborígenes agroalfareras
KAREN MAHE LUGO R. SONIA MENENDEZ C	99	La inmundicia en La Habana: legado colonial
JOSÉ M. TORRES PICO	107	Los restos de alimentos de origen animal en los contextos urbanos. La Habana como caso de estudio
CARLOS R. FLEITAS S.	111	Recuerdo y presencia de Manuel Rivero de la Calle
	120	Noticias de la arqueología cubana en el 2002

Editores:

Jorge Luis Hernández
Aida Bahr

Del Caribe es una publicación de la Casa del Caribe en Santiago de Cuba / Cada trabajo expresa la opinión de su autor / No se devuelven originales no solicitados / Inscripta en la administración de Correos, zona postal 4, Santiago de Cuba, bajo el No. 81620/168, acogida a la tarifa de impresos periódicos.

Este número ha sido publicado con financiamiento de Taraxacum S. A.



LA CULTURA MATERIAL DE LOS CIMARRONES: ESTUDIOS DE CASOS EN ECUADOR, LA ESPAÑOLA, MÉXICO Y COLOMBIA

JANE LANDERS

Traducción: J. L. Hernández



Mascara. Cerámica pintada.

La autora es profesora en la Universidad
de Vanderbilt, Estados Unidos

Este ensayo, que forma parte de un estudio mayor sobre las comunidades de cimarrones en el Caribe hispánico, utiliza la arqueología y el análisis de textos para examinar la cultura material de los asentamientos cimarrones en Ecuador, La Española, México y Colombia (Landers; Price 1979).

Ya en 1503 el gobernador Nicolás de Ovando se quejaba de que africanos fugitivos habían encontrado refugio entre los taínos en las montañas de La Española. En 1521, esclavos de la etnia wolof que trabajaban en la hacienda azucarera de Diego Colón, llevaron a cabo la primera rebelión de esclavos de que se tiene registro en las Américas, posiblemente con la intención de escapar hacia los mismos reductos (AGI C; Thornton 1983; 1991a, 1991b). Hacia mediados del siglo xvi se estimaban en 7 000 los cimarrones que vivían en asentamientos dispersos por toda la isla. Las autoridades españolas y los colonos informaban atemorizados de los ataques de estos cimarrones contra minas de oro, ingenios azucareros y haciendas en el valle central de La Vega. Los cimarrones no atacaban al azar o simplemente por venganza. Un grupo dirigido por Diego de Guzmán (alias Campos) atacó San Juan de la Maguana e incendiaron las casas de calderas de dos ingenios azucareros donde liberaron muchos esclavos antes de volver a la seguridad de su escondite en las montañas de Bahoruco. De Azua los cimarrones se llevaron mineral de hierro y un herrero para que lo trabajase para ellos (Deive 1989).

Los gobernadores y pobladores llamaron a estos ataques las Guerras Cimarronas y tras invertir dinero en campañas militares, tan costosas como infructíferas en cuanto a la eliminación de los rebeldes, fueron gradualmente estableciendo patrones de coexistencia con ellos (Deive 1989). Con frecuencia les enviaban sacerdotes para tratar de reducirlos a la obediencia por medios pacíficos y los informes de estos religiosos son una rica fuente de evidencias documentales acerca de la vida en los asentamientos cimarrones. Cuando los españoles lograban capturar cimarrones, estos

eran interrogados y juzgados, lo cual generaba expedientes legales que son también de gran valor para los investigadores (Cutter 1994; Landers 1999; Hanger 1997).

En el tiempo en que los cimarrones de La Española se encontraban envueltos en su guerra contra los españoles en el siglo xvi, un barco cargado de esclavos de Guinea en trayecto de Panamá a Perú, naufragó en las costas de Ecuador (AGI G; Savoia 1998). Teniendo como líder a un hombre negro llamado Antón, diecisiete hombres y seis mujeres escaparon a las intrincadas selvas tierra adentro, donde se aliaron con los indígenas pidi en 1553. Los hombres se convirtieron en guerreros al servicio de los pidi, pero al parecer se excedieron en sus demandas con relación a los recursos disponibles de la tribu y sus mujeres. Cuando seis de los negros murieron en un enfrentamiento con enemigos de los pidi, estos trataron de deshacerse de los restantes, lo que provocó, según se cuenta, que Antón contratara "con tal crueldad que sembró el terror en toda la provincia". En lo adelante, Antón ejerció el poder de manera indiscutida, pero al morir algunos años más tarde, estalló una guerra civil entre los negros que pelearon por ocupar su lugar. Puede inferirse de estos hechos que dichos individuos tenían dominio de las artes militares y es posible también que su enfrentamiento estuviese originado en su vida anterior en África (AGI G). Al final de este conflicto, sólo habían sobrevivido siete hombres y tres mujeres. Estos pocos africanos se mezclaron con los indígenas de la costa y dieron lugar a una nueva cultura, la cultura *zambo* en un asentamiento llamado Esmeraldas. Desde sus inicios, Esmeraldas, aunque gobernada por los africanos y sus descendientes, fue un asentamiento multiracial al cual contribuyeron numerosos grupos de diferentes culturas y lenguas (AGI G).

Esta información nos llega del fraile mercedario Miguel de Cabello Balboa, uno de los primeros españoles en hacer contacto con los cimarrones. En 1577 el negro Alonso Illescas, su esposa indígena, sus hijos y esposas, así como un considerable grupo de indígenas y mulatos adornados con cuentas de oro, se encontraron con el sacerdote y sus acompañantes en la playa, escucharon las plegarias y depositaron collares en el rústico altar que los frailes habían edificado allí. Al partir, los zambos prometieron traer a otros pobladores para recibir instrucción religiosa. Al no regresar

los cimarrones, Cabello Balboa remontó el río Esmeraldas en canoa para encontrarlos. Dos leguas más arriba encontró un lugar donde los cimarrones habían dejado los restos de más de cien canoas, y un poco más arriba aún uno de sus acompañantes descubrió numerosos árboles frutales destruidos de la misma forma. De esta forma pudieron conocer que los cimarrones practicaban la tala de árboles, construcción de embarcaciones, agricultura y metalurgia entre sus ocupaciones. Reportes posteriores evidencian que cultivaban plátanos, maíz, yuca, cacao, tabaco, algodón, arroz y caña de azúcar en tierras aledañas al río, así como criaban cerdos y gallinas para su propio consumo y para vender a los pueblos indígenas cercanos. Probablemente las mujeres se encargaban de la mayoría de las tareas agrícolas y de crianza de los animales mientras los hombres se ocupaban de la caza y la pesca (AGI G; Monroy 1943).

En la etapa en que los cimarrones de Esmeraldas hacían contacto con el padre Cabello en la playa, otros cimarrones buscaban la libertad a través de la fuga en Nueva España (el México de hoy). En la década de 1570, Yanga (o Ñanga), un africano de la etnia bran (supuestamente de linaje real) escapó de la esclavitud y fundó un *palenque* de larga existencia en el Cofre de Perote, en la región de Orizaba, cerca de Veracruz. Los españoles se quejaban de que los cimarrones de Yanga saqueaban con frecuencia los cargamentos de diversos bienes que eran transportados por el camino real desde Veracruz hasta la ciudad de México, así como secuestraban indígenas e incluso algunos españoles. La comunidad creada por Yanga resistió los ataques punitivos por más de treinta años hasta 1609, cuando el virrey Luis de Velasco comisionó a un rico propietario de Puebla para dirigir una expedición importante contra el asentamiento cimarrón (Palmer 1976). Por fortuna para los historiadores, un jesuita y un cronista acompañaron a las fuerzas españolas siguiendo el trillo que conducía al refugio montañoso de Yanga. El padre Juan Laurencio describió un extenso muro formado por grandes cantos de piedra detrás del cual muchos hombres podían protegerse y hacer fuego contra sus atacantes. Traspasada esa defensa avanzada, los españoles llegaron a un claro lleno de zarzas y bambúes, destinadas a servir de trampa en el avance enemigo. Al no tener otra opción tuvieron que adentrarse en él, pero los cimarrones los atacaron de inmediato

con guadañas y una lluvia de flechas con puntas de hierro y piedras. Los españoles sobrevivientes continuaron avanzando sólo para encontrarse en una situación más peligrosa aún: un largo tronco que servía de puente y que sólo podía ser atravesado de uno en uno. Los que lograron cruzar tuvieron que seguir por una serie de tres estrechos senderos entre empalizadas y bloqueados por cercos de espinos. Todo el tiempo bajo el ataque de las flechas de los hombres de Yanga (Ribas 1896). Laurencio rememora que mientras los jefes más jóvenes, dirigidos por el angolano Francisco de la Matiza, libraban una batalla desesperada, Yanga, el envejecido patriarca, reunió a las mujeres y los niños en la pequeña iglesia de la comunidad donde rezaron ante el altar cubierto de velas, delante del cual habían plantado flechas en el suelo (Ribas 1896). Al anochecer, como los españoles estaban prácticamente sobre ellos, Yanga condujo a las mujeres a la protección de otro fuerte con empalizada. Desde allí contemplaron al día siguiente como los españoles incendiaban sus casas, pero, según el testimonio del padre Laurencio, lejos de mostrarse derrotados, enviaron a los españoles cartas insultantes donde los amenazaban con hacer tasajo de los corazones del capitán, soldados y sacerdotes. No contentos con esto, les gritaron todo tipo de improperios ridiculizándolos y se entregaron a ruidosas danzas bajo la luz de las antorchas demostrando su despreocupación. De igual modo, los cimarrones ignoraron la bandera blanca izada por González y sus reiteradas solicitudes de negociación (Ribas 1896).

Cuando los victoriosas tropas españolas entraron a la población abandonada, apagaron las velas, arrancaron las flechas plantadas frente al altar, hicieron repicar las campanas de la iglesia y, como toma de posesión, izaron su propio estandarte. A la mañana siguiente, efectuaron un reconocimiento del desierto, pero aparentemente próspero asentamiento. Aunque los cimarrones solo habían ocupado el sitio por nueve meses, ya habían cultivado una amplia variedad de productos, entre ellos algodón, boniato, chile, tabaco, calabaza, maíz, frijoles, caña de azúcar y otros. Los cimarrones también dejaron tras sí gallinas, ganado y caballos. Es muy probable que siguiendo la tradicional división de labores, los hombres hayan construido las impresionantes fortificaciones y las sesenta casas que componían el pueblo. También deben haberse encargado de cazar, defender el asentamiento y pastorear el ga-

nado mayor que fue encontrado allí. Las mujeres probablemente criaban las aves de corral y cuidaban de los campos y del hogar. En las sesenta casas vacías los españoles encontraron una gran variedad de ropas, sables, hachas, unos pocos arcabuces, algo de sal, maíz y dinero. Obviamente los cimarrones llevaban a cabo transacciones comerciales, además del bandidaje que les daba fama (Ribas 1896). Después de nueve años de batirse en retirada y amenazados con morir de hambre, Yanga finalmente pidió la paz. Solicitó, y le fue concedida, la libertad para todos aquellos que residían en su poblado antes de 1608, el permiso para fundar un pueblo donde gobernarán sus herederos, pueblo que no sería visitado por los españoles, excepto en los días de mercado y donde habría una iglesia consagrada. A cambio, Yanga y su gente se comprometió a vivir en paz, a devolver los futuros cimarrones a sus amos y a servir al rey con las armas cuando fuese necesario.

Más de medio siglo después el arzobispo de La Española intentó "reducir" pacíficamente a 600 familias todavía agrupadas en cuatro palenques a lo largo de la montañosa costa sur de la isla. Estos cimarrones de Bahoruco habían ignorado una oferta similar previa y rechazaron de igual modo la nueva iniciativa planteando que no creían en la palabra de los blancos. Aunque su misión fracasó, el arzobispo recogió información valiosa acerca de los asentamientos que visitó. Encontró que los cimarrones se autoabastecían, no mediante el robo, sino por el cultivo, de gran variedad, la caza y la crianza de animales (que no especificó). Dijo que los hombres eran tan buenos arqueros como herreros. Además de las tareas tradicionales del hogar y probablemente una buena parte de las agrícolas, las mujeres de Bahoruco también buscaban oro en los ríos. Este se utilizaba para comprar ropas, bebidas y otros productos en la capital de Santo Domingo, incluyendo el hierro y el acero con los cuales los hombres fabricaban sus armas que eran flechas y espadas cortas y anchas. Aunque cuatro años después de la visita del Arzobispo, los españoles realizaron una serie de ataques prácticamente fulminantes contra los asentamientos de Bahoruco, algunas comunidades de cimarrones se mantuvieron hasta bien entrado el siglo XVIII (Sáez 1992).

Objetos recogidos del suelo y en excavaciones poco profundas en el maníel José Leta, uno de estos asentamientos cimarrones de principios del siglo XVIII en La Española oriental, confirman

algunas de las observaciones del Arzobispo. Los investigadores encontraron numerosos huesos que indican que los habitantes subsistían principalmente de cerdos salvajes, aunque se presume que también cultivaban huertas y recolectaban miel silvestre. El sitio también arrojó diecisiete brazaletes de cobre, puntas metálicas de flechas, pipas de barro talladas y una variedad de objetos de hierro incluidas tenazas y puntas de lanza. Depósitos de escoria de hierro son la evidencia de que los fugitivos manufacturaban los objetos en el propio asentamiento, tal como lo refería el arzobispo en Bahoruco. En cuevas cercanas los exploradores encontraron cuchillos de metal, vasijas de barro y caracoles de cobo que identificaron como obra de cimarrones africanos (Arrom y Arévalo 1986).

En fecha reciente, el arqueólogo dominicano Manuel García Arévalo ha reunido una importante colección de nuevas vasijas hechas por africanos fugitivos y recuperadas de cuevas inundadas cerca del aeropuerto de Santo Domingo. Estas piezas más bien toscas y poco cocidas incorporan elementos indígenas en su decoración y ejemplifican un tipo específico de cerámica denominada colonial: una cerámica que se define espacialmente por haber sido encontrada en áreas donde los negros e indígenas coexistieron. La identificación de estos utensilios ha obligado a los investigadores a reanalizar colecciones que fueron consideradas anteriormente como puramente indígenas, en busca de la presencia de producción africana (Arévalo com. personal 1996; Ferguson, 1992, 1980; Emerson).

Esclavos escapados del principal puerto esclavista de Sudamérica, Cartagena, y sus minas de oro y haciendas cercanas, crearon asentamientos en las escarpadas provincias del interior de Colombia que eran muy similares a los de sus contrapartes en Ecuador y México (Rout 1976). En un refrán familiar, los residentes de Cartagena acusan a los cimarrones de robos, asaltos, incendios, hurtos y violaciones a las mujeres que aterrorizaban a toda la provincia. Los moradores se sentían acosados y vivían espantados ante la idea de que los cimarrones se aliaran con los esclavos. En 1683 tropas españolas marcharon contra una red de asentamientos en las montañas de Sierra María y localizaron un poblado fortificado desde donde "los africanos salieron para hacerles frente con mucho valor y destreza" utilizando armas espa-

ñolas que habían obtenido en encuentros anteriores, tales como lanzas, arcos y flechas. Al caer la noche los españoles se empaparon bajo la lluvia pues en su huida los cimarrones quemaron sus refugios y destruyeron sus campos de yuca y maíz (AGI E).

El famoso palenque de San Basilio, en las afueras de Cartagena, había sido organizado a principios del siglo XVII por un tal Domingo Bioho, quien proclamaba haber sido gobernante en África y recreó una dinastía real en Colombia bajo el nombre de rey Benkos. Después de gastar casi 37 000 pesos en expediciones fallidas contra él, el gobernador de Cartagena llegó a un acuerdo con Benkos, pero sólo para traicionarlo y colgarlo en 1619. La dinastía de Benkos continuó sin él y su comunidad no fue "reducida" a una población legitimada y sujeta a la ley hasta 1689; para entonces habían sobrevivido por más de 60 años y contaban con más de 3 000 habitantes, incluidos 600 guerreros, dirigidos por sus capitanes, cada cual de su propia "nación" (McFarlane 1985).

Aunque los españoles neutralizaron la amenaza que significaba San Basilio, en 1691 todavía se quejaban de que los esclavos fugados robaban ganado y habían "usurpado" 300 minas de oro en la región. Nuevamente el gobernador de Cartagena preparó una gran expedición para un ataque al palenque de San Miguel, el cual estaba defendido por un número considerable de hombres con el refuerzo de otros palenques cercanos. Los nombres que estos cimarrones habían dado a sus poblados ayudan a describir el tipo de terreno en que se hallaban y los productos a los que dedicaban sus labores agrícolas estos distintos campamentos. Incluían Arenal, Coco, El Limón, Tabacal, Espino, La Venta y tres con sonoros nombres africanos: Duanga, Norossi y Masu. Después de un sitio de 48 días, los pobladores de San Miguel incendiaron su propio asentamiento y se dispersaron entre los de sus aliados (AGI A; Barnes 1989).

En una presentación anterior de este grupo, que aparecerá pronto en un volumen editado por Paul Lovejoy, analicé un ataque español al palenque colombiano Matudere, cercano y contemporáneo a San Miguel (AGI H). En el caso de Matudere no tenemos descripciones de las obras defensivas o las viviendas en que se refugiaban los 250 residentes, sin embargo, los cimarrones habían almacenado municiones en una de las edificaciones que explotó durante el ataque. De un testimonio anterior proveniente de un

sacerdote que visitó el poblado conocimos que los cimarrones habían construido una iglesia "adecuada" y la habían decorado con "imágenes de papel" (AGI B). Otras pocas pistas de la cultura material existente en Matudere pueden extraerse de los interrogatorios hechos por los españoles a los sobrevivientes. Aunque los cimarrones habían desarrollado instituciones políticas y militares bastante elaboradas, cada familia plantaba su propio maíz, arroz, frijoles negros, papas, plátanos y otras variadas cosechas. Los cimarrones de Matudere habían establecido conexiones con un cabildo de esclavos ararás en Cartagena quienes probablemente los ayudaron a obtener las armas y municiones (AGI A; Pla 1973). Aunque Matudere fue destruido, otros asentamientos cimarrones resurgieron de las cenizas en las regiones sureñas más remotas de Colombia.

Algunas de estas comunidades sobrevivieron en las condiciones más duras y aisladas hasta el siglo XVIII. En 1785 los españoles volvieron a hacer contacto con los cimarrones de Bahoruco en La Española. Los pobladores del maniel Neyba estaban viviendo tiempos difíciles. El asentamiento estaba compuesto por 57 familias con un total de 133 personas. Los residentes dijeron que la población había sido mayor, pero epidemias de viruelas y disentería acabaron con muchos, incluyendo dos ancianos "que eran muy venerados" y que debían haber organizado el maniel un tiempo atrás. Algunos de los africanos más viejos constituían un recurso valioso para la comunidad al proporcionar su conocimiento directo acerca de un amplio espectro de procedimientos técnicos y sociales que les permitían sostenerse en el monte; entre los campos de saber más importantes se hallaban la arquitectura, agricultura, artes curativas y guerreras. Los ancianos respetados también contribuían a la conservación del lenguaje, creencias, identidad y otras prácticas culturales. En este asentamiento tan aislado, y probablemente en otros, sus muerte constituyeron pérdidas reales, no sólo afectivas, para el grupo.

La población sobreviviente de Neyba estaba formada por 43 hombres, 37 mujeres (veinte de las cuales habían nacido en el asentamiento) y 52 niños. Aunque todas las edades deben haberse calculado por estimación, las mujeres más viejas, como Catalina y María, ambas nacidas en Neyba, aparecen con sesenta años, lo que ubica la fecha del asentamiento en las primeras décadas del siglo XVIII. El número de niños indica que, a pesar de las afec-

taciones causadas por las epidemias, la población crecía nuevamente (AGI F).

Este crecimiento de la población puede también estar conectado en parte por la escalada de la explotación de la mano de obra africana en las plantaciones azucareras a lo largo de la frontera francesa en Saint Domingue (el Haití actual). Once mujeres y 31 niños de Neyba habían sido esclavos de amos franceses. Algunos de los refugiados tenían nombres franceses y hablaban algo de francés y, ocasionalmente, algo de español. Otros, sin embargo, llevaban todavía nombres africanos como Quamina, Macuba y Musunga y pueden haber sido bozales todavía no aculturados (AGI F). Estos hombres jóvenes pueden haber reintroducido elementos culturales africanos en el asentamiento, pero su juventud hace pensar que no podían haber adquirido la sabiduría acumulado y el estatus social de los ancianos desaparecidos.

Los cimarrones de Neyba habían construido bohíos con techo de hojas de palma, pero no edificios públicos tales como una iglesia. Tampoco el informe español menciona ninguna fortificación elaborada o sistemas de defensa como los señalados en los asentamientos de Nueva España y Colombia. En su aislamiento, estos cimarrones vivían como pudiera haberlo hecho cualquier campesino pobre descendiente de españoles. Cultivaban arroz, maíz, plátanos, caña de azúcar y otros productos variados en parcelas individuales y para su propio consumo. No se conoce el proceso mediante el cual distribuían la tierra, pero parece haber estado basado tanto en la necesidad como en la habilidad para utilizar el terreno concedido. Cada parcela medía 100 varas y familias nucleares compuestas por un hombre, una mujer y varios niños usualmente trabajaban dos, mientras que las parejas sin hijos y los hombres o mujeres solteros sólo recibían una. También es posible que por la edad y la jerarquía en el maniel se obtuvieran tierras adicionales. Las parejas más ancianas, María y Roro y Catalina y Andrés, todos supuestamente de sesenta años, tenían dos parcelas de tierra para trabajar cada uno. María y Roro tenían dos hijos grandes en el asentamiento quienes pueden haberlos ayudado a trabajar la tierra, y quizás el yerno de Catalina y Andrés hacía lo mismo por ellos. Es sorprendente que una joven madre soltera, Rosa, también tuviese dos parcelas y posiblemente su padre u otro hombre la ayudase a trabajarlas (AGI F).

Casi un siglo más tarde, en 1953, el antropólogo colombiano Aquiles Escalante encontró a los modernos residentes de San Basilio viviendo con una cultura material que parece significativamente haberse alterado muy poco de lo que hemos visto descrito en los documentos de la colonia de los siglos xvii y xviii. Dependían en mucho de los árboles del entorno, palmas y bambúes, para satisfacer una amplia gama de necesidades como materiales para techo, colchones, cestas, morteros y majadores, así como instrumentos musicales tales como altos tambores de madera, flautas y sonajeros. Los grupos comunales todavía construyen casas usando las técnicas de cujes y embarrado descritas en el periodo colonial y para inaugurarlas se ofrece a los vecinos ron y tabaco (Escalante 1979).

En la breve estación de seca grupos de hombres acompañados por sus perros cazan puercos jíbaros y aves, para lo cual emplean elaboradas trampas y rituales que muy bien pueden haber llegado a ellos de sus ancestros africanos. Los hombres riegan sal a lo largo del sendero para purificar la presa y golpean los nidos de ciertas aves con ramas de palma o disparan contra ellos para contrarrestar hechizos. Otros rituales de caza incorporan elementos del catolicismo tales como rezar tres Padrenuestros en los lugares donde los caminos se entrecruzan en la selva. En otras locaciones afrocaribeñas es todavía común realizar ofrendas al dios de las encrucijadas, Eleguá, para asegurarse de elegir el camino correcto (Escalante 1979).

Tal como hacían los primeros cimarrones, los hombres de San Basilio talaban los árboles y preparaban la tierra, mientras las mujeres y los niños realizaban la mayoría de las labores agrícolas, siendo el arroz y la yuca las cosechas más importantes. También se cultivaba maíz, maní, ñame, plátanos de distintos tipos, melones, tabaco y algodón. Protegían estos campos con una fascinante amalgama de rituales, como colocar una cabeza de vaca o cruces en las esquinas, o asar sapos en los matorrales cercanos para envenenar los zorros que pudieran comerse la cosecha. Las plegarias a san Pablo protegían de los gusanos lo mismo las cosechas, que los animales o las personas (Escalante 1979). El rico estudio etnográfico realizado por Escalante de esta comunidad cimarrona que se ha mantenido en su lugar por varios siglos puede alertarnos sobre ideas, prácticas y patrones de cultura material

que puedan haber pasado inadvertidos en los registros históricos previos. En la medida en que son descubiertas nuevas evidencias arqueológicas en locaciones de cimarrones y se genera más información sobre las diferentes etnias africanas a través de nuevos y más exactos estudios sobre la trata negrera, seremos capaces de precisar nuestras investigaciones históricas. La tarea de rastrear el pasado africano es inmensamente compleja, pero la oportunidad de intercambiar los hallazgos con estudiosos de diferentes disciplinas que abarquen un amplio rango de espacio geográfico y temporal pudiera hacer avanzar nuestros esfuerzos combinados de manera importante.

LA CULTURA MATERIAL DE LOS CIMARRONES

Los estudiosos de la diáspora africana han dedicado gran atención a identificar las etnias de las poblaciones esclavizadas, así como a estudiar la transmisión transatlántica y la criollización de elementos culturales africanos tales como el idioma, las creencias religiosas, cosmovisión y la organización político-social. Los arqueólogos investigan muchos de estos mismos aspectos de la pervivencia cultural y la adaptabilidad de los grupos humanos (Deagan y Landers; Landers 1990). En el pasado, los estudios sobre la diáspora se enfocaban con frecuencia en dos áreas geográficas solamente: un área emisora general en África y el área receptora de los esclavos en las Américas. Pero, como reconocen ahora muchos investigadores, en el momento en que los africanos prisioneros partían de las costas de África ya había entre ellos numerosas etnias mezcladas y resulta arriesgado atenerse a los registros que al respecto llevaban los tratantes europeos (Morgan 1997). Una vez que los esclavos cruzaban el océano con frecuencia pasaban de un destino a otro y podían conocer una variedad de locaciones y sistemas de esclavitud. El análisis se torna más complejo por el hecho de que en algunas áreas los indígenas americanos, los europeos y los africanos vivieron en estrecho contacto por más de tres siglos. El complejo entramado de permutaciones culturales motivado por la migración múltiple y la interacción con europeos y amerindios de distintas naciones enriquece grandemente la historia de los africanos en la América colonial pero también hace más difícil su estudio.

Los burócratas españoles crearon un rico registro documental de los africanos que vivían bajo su imperio, mostrando momentos de su vida a través de censos, nóminas militares, expedientes judiciales civiles y criminales, concesiones de tierra y la correspondencia. Y aunque la Iglesia Católica nunca desarrolló un esfuerzo misionero importante entre los africanos, como el que hizo entre los indígenas americanos, sí trató de lograr la conversión de los africanos que residían en las poblaciones y en este proceso generó algunos de los más antiguos registros documentales que se conservan sobre los africanos en América, a partir de mediados del siglo xvi. Así, por ejemplo, el jesuita Alonso de Sandoval prestó atención al desconcertante conjunto de etnias y lenguas de los africanos de quienes se ocupaba espiritualmente, pues esta diversidad dificultaba sus esfuerzos de conversión, y llegó a detallar cuáles grupos hablaban lenguas afines y podían entenderse entre ellos (Sandoval 1987). Los registros de bautismo, casamiento y enterramientos de la Iglesia Católica señalan no sólo los nombres, raza y estatus legal de los individuos, sino también su "nación" de procedencia en África. En unos pocos casos dan incluso su lugar de nacimiento en África. Tal como lo requiere el ritual católico, las parejas africanas elegían sus padrinos de boda y los padres los padrinos de bautizo de sus hijos. Esto permite a los estudiosos reconstruir los nexos de familias reales y ficticias entre algunas poblaciones. Los investigadores pueden también utilizar estos expedientes religiosos para explorar un amplio espectro de cuestiones importantes incluidas tasas de mortalidad y fertilidad, entrecruzamiento racial y elección de nombres, e incluso tasas de manumisión (Landers; Hall 1992; Hanger 1997).

Los documentos españoles son más limitados en lo que se refiere a la vida en los *palenques*, *manietes*, *mocambos*, y *cumbes*, las diversas formas en que eran llamadas las comunidades de esclavos fugitivos. Los observadores de la época no siempre prestaban atención, o registraban por escrito lo visto en ellas, pero los informes de los sacerdotes enviados a dichas comunidades, e incluso los de los militares que las combatieron, ofrecen valiosas evidencias acerca de la disposición física, demografía y el liderazgo civil, religioso y militar en estos grupos, al igual que información dispersa sobre sus esquemas de subsistencia y sus vínculos comerciales con europeos, indígenas y otros africanos, libres y es-

clavos. Cuando los palenques invictos alcanzaban su legitimación como población, se generaba un nuevo flujo de documentos como la carta de constitución del poblado, registros parroquiales, militares, notariales y muchos de los mismos materiales disponibles en cualquier pueblo español. En la mayoría de los casos estas valiosas fuentes no han sido exploradas aún en profundidad. Los expedientes originados por otros poderes coloniales europeos, acerca de cimarrones o rebeldes "notorios", ocasionalmente se agregan a los archivos históricos de africanos en la áreas de colonización española (Landers 1990).

Más importante quizás es el registro histórico que generaron los propios africanos, tanto libres como esclavos, de su vida en las colonias españolas. En dependencia de sus historias individuales, algunos africanos sabían leer y escribir en varias lenguas y, lo mismo que los indígenas, rápidamente aprendieron y se adaptaron a la cultura judicial española. Escribieron peticiones y cartas a las autoridades y al propio rey, proclamaron su fidelidad, iniciaron demandas legales y transacciones de propiedades y dejaron testamentos. Sus testimonios verbales también llegan a nosotros a través de los procedimientos civiles y penales, en los cuales eran anotados por los notarios españoles quienes los leían luego a los testigos bajo juramento para su verificación, alteración o corrección. Si los africanos no hablaban español, los oficiales de la corte utilizaban intérpretes, tal como lo hacían con testigos de otras nacionalidades. Esto puede haber añadido nuevos matices por el paso de un idioma a otro pero era, no obstante, un esfuerzo por entender y recoger la voz de los africanos (Cutter 1994; Kellog 1995; Landers 1992). Peter Caron plantea que los interrogatorios de la época conducidos por franceses no son confiables y no dan ninguna referencia a la cultura judicial francesa o prácticas de defensa y que "las preguntas preliminares como el nombre y 'nación' de origen no se hacían". Este no es el caso de los interrogatorios españoles que muchas veces incluyen respuestas idiomáticas a tales preguntas.

La arqueología histórica en algunas de las locaciones del Caribe también está aportando nuevos puntos de vista de gran importancia en cuanto a la vida material de los africanos, la cual no es tratada con frecuencia en los registros documentales, pero se ha hecho poco en el área de la colonización española. El alto costo

de los estudios de campo y el nivel de apoyo técnico requerido ha hecho que la mayoría de estos estudios se realicen en el Caribe británico y los Estados Unidos. Dada la extensión y el nivel de especialización del aprendizaje de su propia disciplina, pocos arqueólogos han podido dedicar tiempo a instruirse en paleografía e idiomas. Trabajar en áreas angloparlantes resuelve esa dificultad. La mayoría de los proyectos arqueológicos se ha enfocado, hasta ahora, en las poblaciones esclavas. Entre los proyectos más conocidos están las excavaciones de los barracones de esclavos en varias plantaciones de los presidentes Washington, Jefferson y Jackson, en Virginia y Tennessee; una serie de proyectos en plantaciones de Georgia y las tierras bajas de Carolina del Sur; caseríos esclavos y cementerios en plantaciones de Jamaica y Barbados y el cementerio africano en la ciudad de New York. En Barbados, Jerome Handler y Frederick Lange excavaron la tumba de un adulto que exhibía brazaletes de cobre y anillos, un collar de conchas cauríes, colmillos de perro, cuentas de vidrio, vértebras de pescado y una cuenta de ágata. Al lado de los restos había una pipa del siglo xvii proveniente de Ghana. De las cabañas de esclavos de la plantación Hermitage perteneciente a Andrew Jackson, Larry McKee ha excavado objetos familiares como monedas perforadas, conchas cauríes y piezas de caza, pero también algunos más desacostumbrados como un bastón de *raccoon* y tres diminutos amuletos de cobre con la forma de manos unidas en un círculo (Singleton, 1985; Armstrong 1990; Handler y Lange 1978; Handler 1997; McKee 1993; Handler updates 1, 2, 3 y 4; Harrington 1993). A través del estudio de estos materiales tales como cerámica, pipas, cestos e implementos de hierro, rasgos arquitectónicos y esquemas espaciales, restos vegetales y animales, huesos y dientes, algunos de los cuales están afilados o mutilados, adornos funerarios y objetos de aparente significación socio-religiosa tales como las cuentas (de las cuales el 63 % es azul), botones, monedas perforadas o rotas, piezas de caza y amuletos, para sólo mencionar algunos, los arqueólogos intentan encontrar el significado oculto y deslindar los orígenes africanos y las adaptaciones culturales americanas (Ferguson 1992; Stine *et al.* 1996; Handler 1994; Jamieson 1995).

Al tiempo que tales descubrimientos son excitantes, el notable arqueólogo del África subsahariana, Merrick Posnansky ha exhor-

tado a los colegas que trabajan en sitios africanos en América a rechazar la falacia de una cultura africana común y prestar más atención al desarrollo regional y temporal de la historia en África a la vez que indaguen en las conexiones culturales y étnicas. Mientras los arqueólogos encuentran tesoros en los "escondites" debajo de las cabañas de esclavos, Posnansky nos recuerda la importancia de las actividades fuera de la casa para muchas culturas africanas y llama a prestar más atención a los patios, espacios adyacentes a las casas, a las áreas de producción artesanal, donde pueden hacerse importantes hallazgos en el campo de la técnica y las ideas. Finalmente, Posnansky plantea que el reciclaje, la sustitución funcional, la innovación y la adaptación son constantes en la producción material del África occidental y la búsqueda de una exacta duplicación de las técnicas y patrones africanos en América es un juego de tontos (Singleton; DeCorse 1992, 1993). Es una lección que los etnohistoriadores debieran aprovechar y yo llamaría a hacer la misma lectura atenta de la cultura material producida por los africanos en las áreas no inglesas y fuera de las plantaciones.

BIBLIOGRAFÍA

- Archivo General de Indias (A): "Autos sobre la reducción y pacificación de los negros fugitivos y fortificados en los palenques de la Sierra de Maria", 1631-1695, Santa Fe 212.
- ____ (B): "Del padre Fernando Zapata al gobernador Martín de Cevallos", abril 21, 1693, Santa Fe 213.
- ____ (C): "Ordenanzas que dio el virrey de las Indias, por mandato de S. M., sobre los negros y sus amos, Santo Domingo, 6 de enero, 1522. Patronato 295.
- ____ (D): "Real Cédula", julio 13, 1686, Santa Fe 531, libro 11, folio 217
- ____ (E): "Reporte del gobernador Juan de Pando", mayo 1, 1683, Santa Fe 213.
- ____ (F): Luis de Chávez y Mendoza: "Lista de los negros que se contienen en el Maniel de Neyba", abril 12, 1785, Santo Domingo, 1102.
- ____ (G): Relación de Miguel Cabello Balboa, 1578, 22/4. Audiencia de Quito en microfilm en el Banco Central de Quito.
- ____ (H): Reporte de Martín de Cevallos, mayo 29, 1693, Santa Fe 213
- Armstrong, Douglas V. (1990): *The Old Village and the Great House: An Archaeological and Historical Examination of Drax Hall Plantation, St. Ann's Bay, Jamaica*. Urbana, Illinois.
- Arrom, José Juan y Manuel A. García Arevalo (1986): *Cimarrón*. Santo Domingo.
- Barnes, Sandra T. (ed.) (1989): *África's Ogun: Old World and New*. Bloomington, Indiana.

- Borrego Pla, María del Carmen (1973): *Palenques de negros en Cartagena de Indias a fines del siglo XVII*. Sevilla.
- Cutter, Charles (1994): *The Legal Culture of Northern New Spain, 1700-1810*. Albuquerque, New Mexico.
- Deagan, Kathleen A. y Jane Landers: "Excavating Fort Mose: A Free Black Town in Spanish Florida" en Theresa A. Singleton (ed.) *I, Too, Am America: Studies in African American Archaeology*. Charlottesville, Virginia, en prensa.
- DeCorse, Christopher (1992): "Culture Contact, Continuity, and Change on the Gold Coast, A.D. 1400-1900" en *African Archaeological Review*, 10.
- _____ (1993): "The Danes on the Gold Coast: Culture Change and the European Presence" en *African Archaeological Review*, 11.
- Deve, Carlos Esteban (1989): *Los guerrilleros negros: esclavos fugitivos y cimarrones en Santo Domingo*. Santo Domingo.
- Emerson, Matthew C. "African Inspiration in a New World Art and Artifact: Decorated Pipes from the Chesapeake" en *I, Too, Am America*, ed. Theresa A. Singleton. Charlottesville, University of Virginia Press (en prensa).
- Escalante, Aquiles (1979): *El palenque de San Basilio: una comunidad de descendientes de negros cimarrones*. Barranquilla.
- Ferguson, Leland (1980): "Looking for the (Afro) in Colono-Indian Pottery en *Archaeological Perspectives on Ethnicity in America*, ed. Robert L. Schuyler. New York.
- _____ (1992): *Uncommon Ground: Archaeology and Early African America, 1650-1800*. Washington.
- _____ : "The Cross is a Magic Sign: Marks on Eighteenth-Century Bowls from South Carolina" en *I, Too, Am America*, ed. Theresa A. Singleton. Charlottesville, University of Virginia Press (en prensa).
- Hall, Gwendolyn Midlo (1992): *Africans in Colonial Louisiana: The Development of Afro-Creole Culture in the Eighteenth Century*. Baton Rouge, Louisiana.
- Handler, Jerome S. (1994): "Determining African Birth from Skeletal Remains: a Note on Tooth Mutilation" en *Historical Archaeology*, 28.
- _____ (1997): "An African-Type Healer/Diviner and His Grave Goods: a Burial from a Plantation Slave Cemetery in Barbados, West Indies" en *International Journal of Historical Archaeology*, 1.
- _____ : "Updates # 1, 2, 3, and 4" en *African-American Archeology* (Spring 1992, Spring 1993, Winter 1993, and Winter 1994).
- Handler, Jerome S. and Frederick W. Lange (1978): *Plantation Slavery in Barbados: An Archaeological and Historical Investigation*. Cambridge, Massachusetts.
- Hanger, Kimberly S. (1997a): *Bounded Lives, Bounded Places: Free Black Society in Colonial New Orleans, 1769-1803*. Durham, Duke University Press.
- _____ (1997b): *Bounded Lives, Bounded Places: Free Black Society in Colonial New Orleans, 1769-1803*. Durham, North Carolina.
- Harrington, Spencer P. M. (1993): "Bones and Bureaucrats: New York's Great Cemetery Imbroglío" en *Archaeology*, 46.
- Jamieson, Ross W. (1995): "Material Culture and Social Death: African-American Burial Practices" en *Historical Archaeology*, 29.
- Kellogg, Susan (1995): *Law and the Transformation of Aztec Culture, 1500-1700*. Norman, Oklahoma.
- Landers, Jane G. (en prensa): "African Ethnicity and Culture in the Americas: the Historical and Archaeological Records" en "Identifying Enslaved Africans: The 'Nigerian' Hinterland and the African Diaspora", ed. Paul E. Lovejoy. London, Cassell Publishing.
- _____ (1990): "Gracia Real de Santa Teresa de Mose: A Free Black Town in Spanish Colonial Florida" en *American Historical Review*.
- _____ (1992): *Across the Southern Border: Black Society in Spanish Florida*. Urbana, Illinois, en prensa.
- _____ (1999): *Black Society in Spanish Florida*. Urbana, University of Illinois Press.
- McFarlane, Anthony (1985): "Cimarrones and Palenques: Runaways and Resistance in Colonial Colombia" en *Slavery and Abolition*, No. 6.
- McKee, Larry (1993): "Summary Report on the 1991 Hermitage Field Quarter Excavation" en *Tennessean Anthropological Association Newsletter*, 18.
- Monroy, Joel (1943): *Los religiosos de la Merced en el Antiguo Reino de Quito*. Vol. 2, Quito, Editorial Labor, citado por Savoia (1988).
- Morgan, Philip D. (1997): "The Cultural Implications of the Atlantic Slave Trade: African Regional Origins, American Destinations and New World Developments" en *Slavery and Abolition*, 18.
- Palmer, Colin A. (1976): *Slaves of the White Gods: Blacks in Mexico, 1570-1650*. Cambridge, Harvard University Press.
- Pérez de Ribas, Andrés (1896): "Relación de la misión á que fué enviado el P. Juan Laurencio, acompañando a una escuadra de soldados que salía á la reducción de negros foragidos y salteadores" en *Cronica y historia religiosa de la Provincia de la Compañía de Jesús de México en Nueva España*. 2 vols., México.
- Posnansky, Merrick: "West African Reflections on African American Archaeology" en Theresa A. Singleton (ed.) *I, Too, am American* (en prensa).
- Price, Richard: *Maroon Societies: Rebel Slave Communities in the Americas*. Baltimore, Johns Hopkins University Press.
- Rout, Leslie B. Jr. (1976): *The African Experience in Spanish America 1502 to the Present Day*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Sáez, José Luis (1992): *La Iglesia y el negro esclavo en Santo Domingo: Una historia de tres siglos*. Santo Domingo.
- Sandoval, Alonso de (1987): *Un tratado sobre la esclavitud*. Madrid.
- Savoia, P. Rafael (1988): "El negro Alonso de Illescas y sus descendientes (entre 1553-1867)" en *Actas del primer congreso de historia del negro en el Ecuador y el sur de Colombia*, ed. P. Rafael Savoia. Quito, Centro Cultural Afro-ecuatoriano.
- Singleton, Theresa A. (1985): *The Archaeology of Slavery and Plantation Life*. San Diego, California.
- _____ : "I, Am Too, American: Studies in African American Archaeology". Charlottesville, Virginia (en prensa).
- Stine, Linda France, Melanie A. Cabak y Mark D. Groover (1996): "Blue Beads as African-American Cultural Symbols" en *Historical Archaeology*, 30.
- Thornton, John (1983): *The Kingdom of Kongo: Civil War and Transition, 1641-1718*. Madison.
- _____ (1991a): "African Dimensions of the Stono Rebellion" en *American Historical Review*, 96 1101-1113.
- _____ (1991b): "African Soldiers in the Haitian Revolution" en *Journal of Caribbean History*, 25, 1 & 2 58-80.

ARQUEOLOGÍA Y RESCATE DE LA PRESENCIA ABORIGEN EN CUBA Y EL CARIBE

JORGE ULLOA HUNG



Máscara basada en pendiente aborígen
Cerámica pintada.

El autor, arqueólogo cubano, trabaja actualmente
en República Dominicana.

El Caribe está constituido por una diversidad humana reunida por múltiples procesos socioeconómicos donde la introducción de esclavos africanos, con su abanico de culturas y matices, ha sido el acontecimiento más sopesado para definir sus particularidades culturales. A ello se une el sobredimensionamiento de las influencias ejercidas por las potencias europeas, lo cual ha servido para crear supuestas fronteras entre un Caribe hispano, inglés, francés u holandés. La exacerbación de ambos puntos de vista conduce a crear imágenes distorsionadas o alineadas con conceptos de identidad exclusivos o excluyentes.

El enmascaramiento de los rasgos culturales anteriores a la conquista, o su valoración de manera superficial y esquemática, han influido en que una buena parte de los estudios sobre la historia del Caribe y en especial de Cuba, giren en torno a los procesos socioeconómicos y culturales emergidos de un fenómeno tan evidente como la plantación esclavista.

La plantación ha sido uno de los fundamentos heurísticos en las definiciones históricas de los pueblos caribeños, vistos por algunos como expresiones particulares de ese fenómeno, donde las diferencias gestadas desde siglos anteriores, así como el aporte aborígen ceden su paso a un modelo de sociedad considerado común, a partir de cierto momento, para todo el Caribe.

Para reflexionar sobre la cuestión aborígen es importante tomar en cuenta dos aspectos esenciales de partida:

1. La ausencia actual de un núcleo poblacional indígena fuerte (siglos XIX y XX) limita una acción cultural y política sólida encaminada a rescatar sus aportes a la historia.
2. En el rescate realizado a partir de la arqueología influye la propia forma de concebir el propósito final de esta disciplina y los presupuestos teóricos sobre los cuales se realiza.

El primero de los aspectos tiene antecedentes en los momentos posteriores a la conquista, cuando las nacientes oligarquías

criollas iniciaron con marcado interés la negación de la presencia aborigen con la finalidad de expropiar sus tierras. Esto contribuyó a desdibujar el aporte aborigen a las sociedades del Caribe, que se limitó a referencias a la existencia de objetos o vocablos, y rememorar su cultura como una etapa afortunadamente superada y perceptible a través de elementos próximos a su supuesta función original. Es importante tener presente la primacía, dentro de los estudios históricos y antropológicos del área, de la controversia amo-esclavo, casi siempre traducida o remitida a la contradicción racial blanco-negro —con énfasis en el estudio de la plantación— la que generó los mecanismos culturales relevantes que caracterizan hoy al Caribe.

Al valorar el estudio del aporte de las sociedades aborígenes, en el caso cubano es importante reflexionar a partir de la proposición metodológica expuesta por el investigador Joel James en su obra *La muerte en Cuba*, en especial lo que define bajo el concepto de *límite*. Los límites, según James (1999), son instantes de saturación permeados o signados por la combinación orgánica entre todos los componentes actuantes en un proceso social, así como una fragua activa de concurrencias humanas. Estos se mueven en un sentido de articulaciones sucesivas, hasta el punto de que el todo sobredetermina las partes constituyentes con tal rigor que ninguna de ellas sería reconocible en su específica identidad. Los límites son inevitables y son la esencia de la dialéctica social, además de tener la capacidad de referenciar el pasado en el presente.

Desde esta perspectiva, al hablar de muerte de las culturas precolombinas no sólo se tiene en cuenta lo traumático de la conquista por su violencia sino también por sus efectos en el plano de la cultura, por la sustitución de un sistema de valores gestados durante varias centurias o milenios. Sin embargo, la extinción se evalúa sobre todo a partir de la fusión o el mestizaje, es decir por la reversión como límite superado dentro de las sociedades criollas de los principales valores de los grupos precolombinos. La muerte no actuó sobre estas culturas como un borrador sino como un mecanismo sustitutivo de sus dimensiones y magnitudes culturales, las que trasladó a otro espacio y legitimó.

Fueron los mecanismos de hibridación y transculturación como capacidad de la cultura para reformularse y resurgir, para mante-

nerse viva y librarse de los lastres de la exclusividad —que truncarían su pertenencia al núcleo de la identidad—, los que propiciaron el carácter ininterrumpido de la historia de Cuba y la total pertenencia a ella del llamado período precolombino.

La ausencia física del aborigen no implica que sus formas de aproximación a la realidad estén ausentes del inconsciente colectivo del caribeño, muchas veces a través de senderos intangibles u obnubilados, si se les busca a la manera de un empirismo tradicional que intenta rememorar esta cultura según filiaciones inamovibles o enclaustradas. La búsqueda en el plano de la cultura actual debe encaminarse hacia elementos o expresiones legitimados con otros orígenes aparentes, y hurgar a fondo en manifestaciones de fenómenos que supuestamente se han abordado desde su pristina expresión.

EL RESCATE DEL PASADO ABORIGEN A PARTIR DE LA ARQUEOLOGÍA

Desde las primeras décadas del siglo xx, el eminente arqueólogo e historiador Vere Gordon Childe sostuvo que la arqueología era una ciencia social y como tal debía contribuir al entendimiento de la historia. Sobre esta base, consideraba esta última como una sola, en tanto experiencia que al ser analizada científicamente permitía establecer regularidades útiles para programar el futuro.

A pesar de las tempranas declaraciones del notable investigador, uno de los problemas esenciales con que tropieza hoy la disciplina arqueológica en el contexto caribeño, incluida Cuba, es la falta de pleno reconocimiento en su proyección social. En ello influyen elementos de orden teórico y la concepción de una disciplina asumida como práctica académica etérea y desvinculada de los problemas más inmediatos, o como una ciencia evaluadora y descriptiva de la variabilidad cultural, sólo con traslondos diacrónicos.

Desde ese punto de vista, la arqueología se convierte en negadora del pasado y su labor se descontextualiza de las sociedades que estudia, se crea la impresión de ciencia no comprometida o sin compromiso para quienes la practican, lo que la remite en el peor de los casos al mero plano de técnica coleccionista y conservadora de piezas sobre culturas petrificadas y superadas.

Esta es una corriente que aún subyace, consciente o inconscientemente, en la arqueología del Caribe: recobrar evidencias de los grupos antiguos con la esperanza de eventualmente explicar su historia cultural; y aunque es imposible negar que han mejorado y se han enriquecido notablemente las técnicas de colecta y clasificación, la mayor parte de las investigaciones aún tiende a girar sobre las coordenadas del objeto, tiempo y espacio, conformando secuencias y áreas culturales tomadas como culturas y cuya formación es el objetivo final del investigador, que por demás permanece en el estatus de descriptor o, en el mejor de los casos, clasificador de yacimientos, para automáticamente extrapolar los rasgos de una construcción original a los nuevos hallazgos.

El mayor énfasis en los materiales arqueológicos, en especial en la cerámica, es uno de los factores esenciales influyentes en las concepciones de una arqueología limitada a conceptos de cultura subyacentes en propuestas teóricas como el particularismo histórico y el funcionalismo, donde los aspectos cronológicos descriptivos están por encima de su consideración como expresión concreta de las actividades de los hombres, que viven en sociedades y cambian históricamente.

La repercusión de esta situación a nivel social en la disciplina, ha sido el fomento de una arqueología o un rescate de lo aborigen que sólo expresa un compromiso aparente con las historias nacionales así como la enajenación del conocimiento científico y la generación de proposiciones condicionadas por el afán de competencia en los mercados intelectuales.

La arqueología y el rescate, en ese caso, sólo cumplen la función de preservar el paradigma museable, expresión de un modelo social inacabado o no funcional, del que emergen obras de arte exóticas y sorprendentes por proceder de pueblos primitivos, descontextualizados de un proceso social que es la base de la propia historia nacional.

RESCATE Y ARQUEOLOGÍA. EL CASO CUBANO

El reconocimiento de lo "aborigen" como momento anterior y de hecho cuestionador del derecho hispano al control de la isla está vinculado con los inicios de la arqueología en Cuba, gestados desde el siglo XIX, y esbozan una dicotomía más o menos transparente

en los propósitos de la disciplina desde sus albores en la isla

En el siglo XX el rescate de lo aborigen por la arqueología tomó cuerpo con nuevas razones científicas, lo que se tradujo en cierta ampliación de la disciplina y en el desarrollo de una visión histórica asimiladora del aborigen como parte imprescindible de la misma y no sólo como anécdota de inicio.

Investigadores como Felipe Pichardo Moya y Fernando Ortiz son los más destacados en esas consideraciones, pues valoraron los límites de la historiografía tradicional en su supeditación a las crónicas y establecieron planteamientos de búsqueda de los aportes aborígenes a la formación nacional, al definir el hecho real de su supervivencia en el plano arqueológico. Ambos investigadores sistematizaron la información de las evidencias y las fuentes históricas para dejar en claro los índices de transculturación como una prueba de relación cultural compleja y diversa.

En este periodo se organizó el trabajo arqueológico, tanto a nivel de normación metodológica como institucional y legislativa. Se crearon grupos científicos y la Comisión Nacional de Arqueología como institución capaz de vertebrar una publicación de rigor científico y conectar las labores cubanas con las organizaciones internacionales.

No obstante, la nota más sobresaliente en este periodo es el auge en los trabajos de campo y una acumulación importante de información que se logra no exactamente sobre la base del rigor científico sino de la cooperación de profesionales, aficionados y coleccionistas. En este trabajo, o en muchos de estos trabajos, está la génesis de verdaderos museos locales y la extensión inicial de las tareas de investigación a todo el país.

En este periodo, algunos arqueólogos cubanos como Carlos García Robiou, René Herrera Fritot y el propio Pichardo Moya, lograron nuclear concepciones arqueológicas de suma importancia para las Antillas y se erigieron, pese a los limitados recursos, en una especie de ejemplo de posición intelectual que se hacía más independiente en la misma medida en que resumía los avances globales en el área y formulaba concepciones particulares para esta. El éxito de esta arqueología, o por lo menos de sus más destacados representantes, no debe medirse sólo a partir de sus posiciones con respecto a los trabajos de norteamericanos, en especial los de Irving Rouse, sino en cómo logran asimilar estos resultados e intentan plantearse nuevas ópticas de investigación,

para ampliar su sentido y hacerlo más cercano a los problemas de esta etapa en Cuba y las Antillas.

A partir de 1959 varias cosas cambiaron para la arqueología cubana. Muchas de ellas contribuyeron a dar un salto de calidad en esta disciplina mientras en otros sentidos, sobre todo en el teórico, se produjo un cierto estancamiento, pues no se tuvieron en cuenta muchos de los aportes creativos de otras regiones geográficas (Latinoamérica, Norteamérica o el Caribe) y se enclaustró en una especie de ortodoxia que limitó la propia dialéctica investigativa y en ocasiones produjo un especie de mezcla o hibridación entre las viejas concepciones del funcionalismo y el particularismo rouseano y los intentos por aplicar el marxismo a la interpretación de las culturas precolombinas.

Entre los logros más importantes en este periodo estuvieron la profesionalización del trabajo arqueológico, que impuso un salto de calidad en la investigación y, sobre todo, el intento de encauzar la labor de esta disciplina con el sentido de rescatar al hombre y el devenir de la sociedad.

La arqueología se volcó fundamentalmente al mejoramiento de las metodologías de investigación y al desarrollo de trabajos interdisciplinarios con mayor amplitud y rigurosidad. El mayor énfasis fue puesto en el refinamiento de los sistemas de análisis y en las técnicas de excavación. La protección del patrimonio y la inserción del conocimiento arqueológico en el caudal de la cultura e historia cubanas, son avances que recibieron, a partir de 1959, un mayor apoyo estatal y de hecho ganó en fuerza el interés por redefinir el verdadero aporte, tradicionalmente opacado por la falta de conocimiento, de las sociedades aborígenes a los procesos de conformación de la nación.

A pesar de estos innegables avances, al evaluar la disciplina y esbozar una parte de sus pasos en la actualidad, debemos señalar varios de los lastres teóricos con que tropezó esta nueva arqueología cubana, algunos de los cuales, a mi juicio, aún subyacen con mayor o menor rigor en nuestra forma de enfocar las investigaciones, aunque otros han sido superados o están en vías de ello, a partir de lo que denomino como nacimiento de una nueva etapa crítica, analítica y de apertura.

1. Manejo pobre y mecanicista de ciertas categorías del materialismo histórico: son frecuentes los casos en los que la com-

prensión de una sociedad, en su relación con la dialéctica materialista, no iba más allá de la afirmación del carácter esencial de la base económica, o su papel determinante con respecto al resto de las relaciones sociales, instituciones o expresiones ideológicas. Esto ha aparejado la creación de esquemas siempre relacionados con supuestos niveles de desarrollo económico y sus respectivos niveles de desarrollo ideológico-institucional.

El análisis en profundidad de esta situación esboza su repetición en otras dimensiones de la arqueología tradicional, en especial lo referente a los esquemas derivados de los estilos y series alfareras, donde lo más importante es el descubrimiento, pues el resto de la interpretación está preconcebida según un conjunto de indicadores. En el caso de la arqueología cubana de hoy, la más frecuente representación de este esquema se encuentra en las clasificaciones utilizadas a los efectos del censo arqueológico de la isla, en el cual parejo a los esquemas referidos, circula una concepción esencialmente cronológica del avance socioeconómico.

2. Reducción de la comprensión de la historia de las sociedades que se tratan al fundamento causal de la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción, con el consabido salto cualitativo. En muchos casos las carencias en este sentido se soslayaron a partir de minuciosas descripciones tipológicas de las piezas y del entorno geográfico al cual se enfrentó la comunidad, o la capacidad de argüir citas de los clásicos del marxismo.
3. Fragmentación de las investigaciones o de los datos en ellas obtenidos, lo cual dificulta y en ocasiones imposibilita la reconstrucción cabal de las sociedades en estudio. La situación se complica aún más cuando se trata de regiones, pues se obtienen sólo visiones parciales del o los problemas de investigación, que lejos de enriquecer el conocimiento con el análisis de situaciones concretas, tienden a fomentar la validez de los esquemas preconcebidos o a crear generalizaciones y esquemas desde puntos de vista unilaterales. En ese sentido se reduce la capacidad explicativa a un sistema tipológico descriptivo de regularidades empíricas, con las pretensiones de convertir las mismas en explicaciones teóricas. Quizás los ejem-

plos más elocuentes en este sentido se encuentran en los estudios sobre la talla lítica y la alfarería.

4. Aplicación de concepciones interpretativas y metodológicas utilizadas o válidas en otros contextos sin sopesar, en ocasiones, las particularidades regionales o históricas de las sociedades que se estudian.
5. A pesar de haberse ganado en la conciencia de que la arqueología no está desligada de los problemas tradicionales de la sociedad y su historia, aún se ve desligada de los problemas esenciales de la filosofía y la teoría antropológica, por lo que se sigue arrastrando una especie de vacío al considerar que las obligaciones más inmediatas de la disciplina no precisan de una solidez en ese sentido.
6. Predominio en la investigación de los puntos de vista tipológicos y evolutivos cronológicos con tonalidades y matices impuestos por conceptos tipologistas restrictivos y la asunción de secuencias individuales o regionales para generalizarlas con respecto a toda la isla.

En este caso, la etapa analítica y descriptiva del proceso de investigación se distanció del resto de las etapas y fue asumida como el fin u objeto final de la misma. Las tipologías aisladas, o el aislar tipologías, fue el centro de los trabajos, la investigación se limitaba bien a la confección de una lista tecnológica y tipológica y seguir su secuencia espacial y temporal o promover esquemas de difusión y clasificación cultural unilaterales y normativos. El principio de recurrencia (basado en una exclusividad tipológica) como una de las bases de la investigación, se exacerbó hasta el punto de obnubilar en ciertas investigaciones otros tan importantes como el de asociación y superposición.

7. Consideración de la categoría de cultura bajo una diversidad de significados con interpretaciones confusas y ambiguas, y hacerla como una categoría instrumental de las investigaciones, es decir, como un instrumento creado en diferentes acepciones por la lógica del investigador, lo que le otorga un contenido subjetivo adecuado a sus intereses. Los ejemplos más elocuentes quizás sean los de cultura maya, cultura protoagrícola, mesolítico tardío o comunidades con tradiciones neolíticas incipientes, todas ellas definidas para caracterizar un mismo fenómeno. Por último, es importante destacar que pese a los logros, no se

ha conseguido consolidar una práctica realmente explicativa. Aunque existen aportes de gran importancia, no puede hablarse aún de una total superación de los esquemas descriptivos. La influencia del materialismo histórico y dialéctico ayudó a comprender o dar un nuevo sentido al trabajo científico, así como al descubrimiento de nuevos resortes en la investigación —especialmente el económico—, tradicionalmente ignorado o poco reconocido en los estudios. Sin embargo, el nivel inferencial continúa siendo bajo, aunque ha comenzado a dar señales de una recuperación necesaria a partir de la apertura hacia otras formas de pensamiento y práctica de la disciplina. Aunque las intenciones sean otras, el proceso de reconstrucción arqueohistórica se basa esencialmente en el completamiento de esquemas de comportamiento a partir de datos tipológicos y cronológicos.

La ausencia de la arqueología y la antropología dentro de los planes de enseñanza de los estudios superiores, así como la falta de una especialización académica —ya ha comenzado a vislumbrarse con la apertura de estudios de maestría y postgrado— influyen en una buena parte de estas carencias.

Si bien el objeto final y la intención de la investigación están claros en la mayor parte de los que hacemos arqueología, salvo excepciones no se ha logrado aún vertebrar una correspondencia entre ese objetivo final y el completamiento o la aplicación de todos los pasos o etapas del proceso investigativo. En otras ocasiones más bien se percibe un eclecticismo teórico que denota una marcha paralela entre las viejas concepciones de la antropología norteamericana y los postulados marxistas y neoevolucionistas, así como los intentos por traspasar las fronteras de lo empírico y rememorar las valiosas actitudes de búsqueda de una escuela cubana de arqueología, emprendida desde la década del 50 del siglo XX por los más valiosos científicos de la disciplina.

BIBLIOGRAFÍA

James, Joel (1999) *La muerte en Cuba*. La Habana, Ediciones Unión

LA REGIÓN ARQUEOLÓGICA CENTRO-SUR DE CUBA. APUNTES PARA SU ESTUDIO

SILVIA T. ANGELBELLO IZQUIERDO
LEONEL DELGADO CEBALLOS



Máscara basada en caratona aborigen
Cerámica esmaltada

Los autores pertenecen al museo arqueológico
Guamuhaya de la ciudad de Trinidad.

INTRODUCCIÓN

La región central de Cuba ha sido la menos estudiada arqueológicamente; sólo pocos investigadores, y fundamentalmente en las últimas décadas del siglo xx, han examinado algunos aspectos de su historia precolombina, a pesar de que su estudio ha de "aportar al conjunto una valiosa información ya que el área se sitúa, precisamente, en el lugar de tránsito, tanto desde el punto de vista geográfico como etnocultural" (Dominguez 1991: 1).

No obstante, el estado de las investigaciones más recientes va definiendo cada vez con mayor nitidez procesos de poblamiento y tradiciones culturales paleolíticas en la región Centro Norte cuya presencia, hasta el presente, está avalada en la Centro Sur por tres reportes (Pérez y Rodríguez 2000, comunicación personal).

Respecto a los asentamientos neolíticos, la región Centro Sur ha quedado muy bien definida en cuanto a territorio y potencial arqueológico (Guarch 1990; Domínguez 1991), no así en cuanto a los sitios pertenecientes a las diversas fases del mesolítico, los cuales son notables por la cantidad y calidad del material arqueológico colectado, e incluso para los pertenecientes al paleolítico que recién van siendo localizados.

Por demás, el trabajo arqueológico en la región está reseñado en pequeños artículos y folletos de los investigadores Morales Patiño (1937, 1947, 1952), González Muñoz y Avello (1946), Rivero de la Calle (1952), y Álvarez Conde (1961), divulgados en su mayoría en publicaciones de la Junta Nacional de Arqueología.

A partir de 1971, con la creación del grupo de aficionados a la arqueología Guamuhaya, la exploración y los estudios arqueológicos en Trinidad tomaron un impulso que se hizo sistemático e intensivo durante sus primeros tiempos, en una región político-administrativa que entonces tenía una extensión territorial mucho mayor que la del actual municipio de igual nombre. Fue en esos años que se produjo el descubrimiento y estudio de muchos sitios

importantes del área que, luego de 1976, pasaron a formar parte de otros municipios y provincias.

La fundación del Museo Arqueológico Guamuhaya, en 1976, y la IV Jornada Nacional de Arqueología (Trinidad, 1979) condujeron a un trabajo profesional de notable calidad, realizado en la región Centro Sur con la colaboración de grupos de aficionados como Guamuhaya, Jagua, Arimao, y el del Instituto Superior Pedagógico Félix Varela de Santa Clara. Sin embargo, los trabajos desde entonces realizados sobre los hallazgos en la región sólo han abordado casuísticamente los sitios. No conocemos estudios publicados valorativos, de índole regional, salvo el valioso estudio de Lourdes Domínguez, *Arqueología del centro sur de Cuba* (1991).

De gran valor es el material acopiado por integrantes de los grupos de aficionados a la arqueología en los municipios de Sancti Spiritus, Cabaiguán, La Sierpe, Jatibonico y Cienfuegos. Ellos han localizado y estudiado un grupo considerable de sitios cuya consulta es obligada para abordar la problemática de las comunidades aborígenes en el marco de región arqueológica y poder llegar a inferir procesos evolutivos, movimientos migratorios, contactos e intercambios, así como de ocupación de las diversas áreas de concentración arqueológica que están enmarcadas en el territorio del sur y centro de la isla de Cuba.

Los expedientes de sitios arqueológicos existentes en el museo Guamuhaya de Trinidad, así como sus colecciones formadas con los hallazgos arqueológicos realizados por esta institución y el grupo de aficionados de igual nombre, constituyen la base de datos más directa para el estudio de la etapa precolombina en el área.

DESARROLLO

El panorama someramente esbozado del quehacer arqueológico en el centro-sur de la isla, hace cada vez más necesario reformular el concepto de *región arqueológica Centro Sur de Cuba*, para redefinirla como resultado de la acción transformadora del indocubano sobre un espacio geográfico que, en nuestro caso, presenta condiciones físico-geográficas diferentes, pero cuyos registros arqueológicos —en específico el de las parcelas neolíticas—, muestran similitud y están localizados en la región geográfica estimada para la variante cultural Jagua (Guarch 1990:

60-61).¹ Estos registros coinciden parcialmente con la delimitación arqueológica Centro Sur expuesta por Lourdes Domínguez y cuyo potencial arqueológico agroalfarero abordara exhaustivamente en su obra de igual nombre (Domínguez 1991: 3, 10).²

Para el estadio mesolítico, en el área sólo se cuenta con el estudio de sitios, se carece de un enfoque de conjunto a escala de región físico geográfica, primero, y arqueológica después. Se trata de una tarea científica que ya urge acometer. Mientras tanto, para el paleolítico, sólo en fecha muy reciente han sido halladas evidencias de comunidades arcaicas en la porción más occidental de la región.

La microlocalización de parcelas arqueológicas pertenecientes a comunidades que alcanzaron diferentes niveles de desarrollo, tanto en zonas litorales como mediterráneas, nos permite establecer dos subregiones arqueológicas en la región geográfica que comprende desde el río Los Negros —al sur del municipio de Venezuela, provincia de Ciego de Ávila—, hasta el oeste de la bahía de Jagua —en los límites con la provincia de Matanzas— por el sur del macizo montañoso Guamuhaya, en las provincias de Sancti-Spiritus y Cienfuegos: una, litoral; la otra, de tierra adentro.

La subregión litoral

En ella está el mayor número de sitios agroalfareros (20). Esta subregión arqueológica está asentada a su vez en dos secciones geográficas al E y O de la punta María Aguilar.

La sección oeste abarca desde Bahía de Cochinos hasta dicha punta, presenta la peculiaridad de tener en el litoral sitios con registros arqueológicos iguales asentados en dos regiones naturales diferentes (occidente y centro de la isla).

El área más occidental de esta sección litoral se caracteriza por sitios en torno a la Bahía de Jagua, como Ojo de Agua, Rancho Club, Punta Ladrillos, y los cayos Carenas y de Ocampo, sin ríos cercanos y pequeñas porciones de tierra de baja calidad para el cultivo (Domínguez 1991: 19); esta área pertenece a la región natural del occidente de Cuba.

Al oriente de la bahía la costa es alta, abrasiva tectónica, y en relieve, en combinación con el tipo de suelo, la hace apta para el cultivo, factor decisivo para el asentamiento de las comunidades

agroalfareras. El área se extiende desde el este de la Bahía de Jagua, hasta la punta María Aguilar. A todo lo largo de esta costa se localizan asentamientos de las comunidades de agroalfareros (subtainos o macoriges, con tradición cerámica meillacoides) en sitios con pequeñas áreas de terrazas, donde se han depositado suelos rojos favorables para los cultivos, muy cercanas a las márgenes de los ríos que bajan desde la serranía, cuyas desembocaduras presentan barras de arena aprovechadas como corrales naturales para la pesca. La rica área boscosa que existió en el lugar resultaba óptima para la caza de los mamíferos terrestres que en ella habitaban.

Sitios como Guajmico, Río Hondo, Cabagan I y II, Guanayara, Río Canas, son ejemplos de la presencia de comunidades con tradiciones neolíticas en toda la porción oeste de la ciudad de Trinidad, donde, al momento de la conquista y colonización de Cuba, existía un sistema de asentamiento con numerosos pobladores y el poblado de Manzanilla (Pichardo 1971: 71); allí, según la tradición oral, se levantó la Villa de la Trinidad, en un lugar que hipotéticamente consideramos emplazado en la confluencia de las calles del Guaurabo, de la Boca y Real del Jigüe (en el actual centro histórico de Trinidad) y cuya probatura arqueológica está por realizar.

La sección litoral este abarca desde la punta María Aguilar hasta el río Los Negros. Se caracteriza por extensas áreas de cienaga y manglar. El número de sitios arqueológicos localizados en ella, hasta el presente, es muy escaso, lo cual se debe, a nuestro entender, en gran medida a las condiciones de vida propias de zona baja y pantanosa que influye negativamente en el desarrollo de las actividades subsistenciales y económicas fundamentales, típicas de las comunidades agroalfareras de la yuca amarga.

En el área lacuno-palustre, que se extiende desde María Aguilar hasta la ensenada del Masío, encontramos sitios agroalfareros que aprovecharon las condiciones del terreno para cultivos, como apoyo de la explotación del rico y extenso manglar y los bosques de yanás. Ejemplos de tales asentamientos son Algodones I y II, Masío I y II.

En el área que va desde la margen oriental del río Manatí hasta la de Los Negros encontramos Tayabacoa I y Palo Alto. Tanto al oeste como al este del Manatí, los asentamientos están microlocalizados en pequeños sectores de tierras medianamente elevadas,

con respecto a la zona pantanosa del manglar, donde hemos detectado vestigios de antiguos yanales, junto a un sistema menor de arroyuelos y lagunatos.

La subregión de tierra adentro

Esta dividida en dos sectores por el valle del río Alabama. En el sector occidental encontramos, sobre montañas y llanuras, tres asentamientos de tradición neolítica: Cantabria, Abra de Castellón, El Convento, mientras que Los Indios, El Túnel, Cabeza del Muerto, Brinche, Lagunitas I y II y Birama, entre otros cuatro, corresponden al estadio mesolítico (temprano, medio o tardío). Unos y otros se aprovecharon de las favorables condiciones brindadas por las zonas boscosas, la riqueza de la red hidráulica y los abrigos naturales. Hasta el presente, tenemos conocimiento de los siguientes sitios paleolíticos en esta sección: Palo Liso, Santa Ana I y II, El Tanteo, La Granjita y La Herradura, identificados como complejo rupestre de Rodas (Rodríguez 2001).

El sector oriental, de iguales características físico-geográficas al occidental, tiene dieciséis: Los Ranchos, Guanabo, Las Mulas, La Nata, Toma del Agua y La Chorrera, son neolíticos; Almendras, La Luisa, El Garrote, La Jia, Jarico I y II, El Guajén y Atollaosa, son mesolíticos; Boquerones, paleolítico y Pueblo Viejo es sitio de contacto indohispano.

RELACIÓN DE SITIOS ARQUEOLÓGICOS DE LA REGIÓN CENTRO SUR

- 1 Ojo de Agua. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y a más de 3 km de distancia de ríos. Comunidad más cercana: Jagua. Evidencias materiales: fragmentos de burones, hachas petaloides. Elementos superestructurales: cuentas y pendientes de concha.
- 2 Rancho Club. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y a más de 3 km de distancia de ríos. Comunidad más cercana: Rancho Club. Evidencias colectadas: cerámica decorada y lisa, fragmentos de burén, fragmentos de sílex, raspadores de concha, marfillos, picos de manos, restos de moluscos, quelonios, juitas, mariscos y peces. Elementos superestructurales: cuentas para collares y olivas sonoras.
- 3 Punta Ladrillo. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m

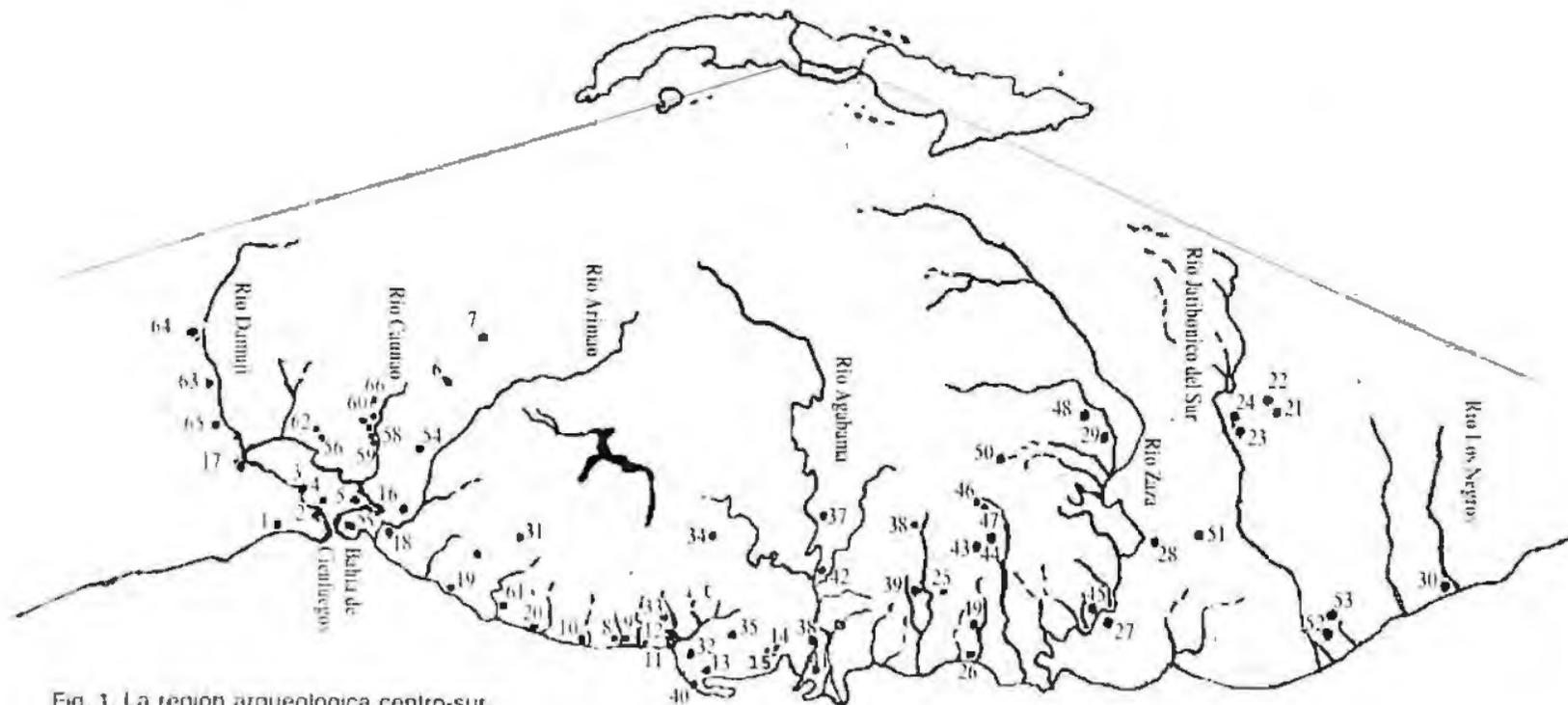


Fig. 1. La región arqueológica centro-sur.

- del mar y a más de 3 km de distancia de ríos. Comunidad más cercana: Cienluegos. Evidencias materiales: cerámica, burenes, materiales líticos en volumen, núcleos y lascas de sílex, raspadores de concha, restos de jufías, cangrejos, moluscos y peces. Elementos superestructurales: cuentas para collar. Extensión: 9 000 m².
4. Cayo Carenas. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y a más de 3 km de distancia de ríos. Comunidad más cercana: Cienluegos. Evidencias colectadas: fragmentos de cerámica, material de concha, lascas de sílex. Elementos superestructurales: pendientes de concha.
 5. Cayo Ocampo. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y a más de 3 km de distancia de ríos. Comunidad más cercana: Cienluegos. Evidencias materiales: cerámica decorada y lisa, fragmentos de burén, fragmentos de sílex y piedra en volumen, raspadores de concha, martillos, picos de manos, picos enmangables, restos

- de crustáceos, moluscos, peces, jufías y manatíes. Elementos superestructurales: cuentas para collares, olivas sonoras. Extensión: 1 287 m².
6. Cantabria. Neolítico, habitacional, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 1 y 3 km de ríos. Comunidad más cercana: Dolores. Evidencias colectadas: cerámica, burén, hacha, percutores, sílex, raspadores, restos de jufías, moluscos, peces, quelonios, crustáceos. Elementos superestructurales: cuentas para collar, dentaduras para ídolos, oliva sonora.
 7. Abra de Castellón. Neolítico, habitacional, se encuentra a más de 15 km de la costa y entre 1 y 3 km de ríos. Comunidad más cercana: La Parra. Evidencias colectadas: fragmentos de cerámica, fragmentos de burén, material lítico y de concha.
 8. Cabagán I. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y entre 101 m y 1 km de distancia de ríos. Localidad más cercana: poblado de Cabagán. Evidencias colectadas: cerámica decorada

- y lisa, fragmentos de burén, sílex, material lítico en volumen, piedras tintóreas, raspadores de concha, martillos y picos de manos, restos de crustáceos, jujías, peces, moluscos, quelonios. Elementos superestructurales: dentadura para ídolo, olivas sonoras, majador ceremonial, ídolo antropomorfo en arenisca.
9. Cabagan II. Neolítico, cueva funeraria, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y entre 101 m y 1 km de distancia de ríos. Localidad más cercana: poblado de Cabagan. Evidencias colectadas: cerámica, piedra tallada, restos óseos humanos, restos de jujías, crustáceos.
 10. Río Hondo. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y entre 101 m y 1 km de ríos. Localidad más cercana: poblado de Río Hondo. Evidencias colectadas: enterramiento primario con cráneo deformado, otros fragmentos óseos humanos, fragmentos de sílex, percutores, raspadores de concha, vasijas, cuchara, moluscos, peces, quelonios, crustáceos, jujías. Extensión: 60 m².
 11. Guanayara. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y entre 0 y 100 m del río. Localidad más cercana: poblado de Guanayara. Evidencias colectadas: cerámica, fragmentos de burén, concha, piedra tallada, piedra en volumen. Elementos superestructurales: ídolo de concha, pendientes.
 12. Río Caba. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Localidad más cercana: poblado Río Caba. Evidencias materiales: enterramiento humano secundario y otros fragmentos óseos humanos, fragmentos de cerámica, burén, material lítico, sílex, concha, restos de jujías, moluscos, peces, quelonios.
 13. Laguna de los Algodones. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y a más de 3 km de ríos. Localidad más cercana: Casilda. Evidencias colectadas: fragmentos de cerámica, sílex, piedra en volumen, fragmentos de burén. Elementos superestructurales: cuentas para collar.
 14. El Masío I. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y entre 1 y 3 km del río. Localidad más cercana: Trinidad. Evidencias colectadas: fragmentos de cerámica, burén, sílex, hachas petaloideas y otros ejemplares y fragmentos de piedra en volumen, sumergidores, gubias, martillos y vasijas de concha, restos de jujías, peces, moluscos. Elementos superestructurales: cuentas para collares.
 15. El Masío II. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y entre 1 y 3 km del río. Localidad más cercana: Trinidad. Evidencias colectadas: cerámica, sílex, piedra en volumen, concha, restos de quelonios, crustáceos.
 16. El Convento. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 501 m y 7 km de la costa y entre 101 m y 1 km del río. Localidad más cercana: Cooperativa de Producción Agropecuaria Las Martinas. Evidencias colectadas: fragmentos de cerámica, sílex, burén, piedra en volumen, raspadores de concha, martillos y picos de mano, restos de jujías, crustáceos, quelonios, aves, reptiles, crustáceos, fragmentos óseos humanos. Elementos superestructurales: cuentas para collares.
 17. Calicito. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Evidencias colectadas: cerámica, fragmentos de burén, sílex, piedra en volumen, restos de jujías, crustáceos.
 18. Punta Barrera. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y entre 101 m y 100 km de ríos. Comunidad más cercana: Mártires de Barbados. Evidencias colectadas: cerámica, piedra tallada, piedra en volumen, concha. Elementos superestructurales: pendientes de concha y líticos.
 19. Guajimico. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Comunidad más cercana: Guajimico. Evidencias colectadas: cerámica, fragmentos de burén, sílex, piedra en volumen, restos de peces, crustáceos, reptiles, concha, gubias. Elementos superestructurales: microcuentas de concha.
 20. Punta Limones. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Comunidad más cercana: Guajimico. Evidencias colectadas: cerámica, fragmentos de burén, sílex, piedra en volumen, gubias, restos de peces, crustáceos y reptiles. Elementos superestructurales: microcuentas de concha.
 21. Los Ranchos. Neolítico, habitacional, se encuentra a 15 km del mar y a 0-100 m de ríos. Comunidad más cercana: La Yaya. Evidencias materiales: restos humanos, piedra tallada, piedra en volumen, dieta, hacha petaloide. Elementos superestructurales: pendientes de concha. Extensión: 1 000 m².
 22. Guanabo. Neolítico, habitacional, se encuentra a 15 m del mar y a 0-100 m de ríos. Comunidad más cercana: Jatibonico. Evidencias materiales: piedra tallada, hacha petaloide y otros objetos de piedra en volumen, cerámica, restos de dieta. Extensión: 400 m².
 23. La Nata. Neolítico, habitacional, se encuentra a 15 km del mar y entre 101 m y 1 km de ríos. Localidad más cercana: La Yaya. Evidencias colectadas: piedra en volumen, piedra tallada, hacha petaloide, concha, cerámica y burén.
 24. Las Mulas. Neolítico, habitacional, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Localidad más cercana: Las Mulas. Evidencias colectadas: piedra tallada, piedra en volumen, hacha petaloide, cerámica, dieta, burén.
 25. El Guayabalito. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 7 y 14 km del mar y entre 101 m y 1 km de ríos. Comunidad más cercana: La Góira. Evidencias colectadas: piedra tallada, piedra en volumen, hacha petaloide, cerámica, burén, restos de jujías, crustáceos y moluscos.

- Elementos superestructurales: cuentas de cuarzo. Extensión: 60 m².
26. Tayabacoa I. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y entre 1 y 3 km de ríos. Comunidad más cercana: Tayabacoa. Evidencias colectadas: concha, piedra tallada, hacha petaloide, cerámica, piedra tintorea, buren.
 27. Toma de Agua. Neolítico, habitacional, se encuentra a más de 15 km del mar entre 0 y 100 m de ríos. Comunidad más cercana: San Carlos. Evidencias colectadas: cerámica, buren, piedra tallada, concha, restos de quelonios, peces. Elementos superestructurales: pendientes de concha, oro, cuentas para collar, oliva sonora. Extensión de 6 000 m².
 28. La Chorrera. Neolítico, habitacional, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Evidencias colectadas: cerámica, buren, piedra tallada, piedra en volumen, restos de peces, quelonios y jutias.
 29. Pueblo Viejo. Neolítico, habitacional, se encuentra a más de 15 km de la costa y cercano al río Tuinicú (entre 0 y 100 m). Localidad más cercana: Sancti Spiritus. Evidencias colectadas: cerámica, buren, concha, piedra en volumen, piedra tallada. Elementos superestructurales: cuentas de mayólica con perforación biconica.
 30. Palo Alto. Neolítico, habitacional, se encuentra entre 0 y 100 m del mar (del embarcadero del mismo nombre) y entre 1 y 3 km de ríos. Comunidad más cercana: Palo Alto. Evidencias colectadas: cerámica, gubias de concha, fragmentos de concha, huesos de aves, jutias, tortugas, piedra tallada.
 31. Hoyo de Padilla. Mesolítico, residual funerario, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 1 y 3 km de ríos. Comunidad más cercana: Hoyo de Padilla. Evidencias colectadas: enterramientos primarios, percutores, majaderos, lajas molederas, morteros, fragmentos de sílex, piedras tintoreas, restos de crustáceos, moluscos, reptiles, jutias y almiqui, afiladores. Elementos superestructurales: microcuentas de concha, cuenta de hueso, pendientes. Extensión: 2 020 m².
 32. Maisinicú-La Chorrera. Mesolítico, residual, se encuentra entre 501 m y 7 km del mar y entre 0 y 100 m de una laguna. Comunidad más cercana: Trinidad. Evidencias materiales: fragmentos de morteros, moluscos marinos.
 33. Valdespino. Mesolítico, residual, se encuentra entre 501 m y 7 km del mar y entre 101 m y 1 km de ríos. Comunidad más cercana: Río Caña. Evidencias colectadas: fragmentos de sílex, vasijas y cucharas de concha, jutias, crustáceos, moluscos y peces. Elementos superestructurales: pendientes de concha.
 34. Masó. Mesolítico, habitacional-funerario, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 1 y 3 km de río. Comunidad más cercana: Manacal. Evidencias colectadas: fragmentos óseos humanos, fragmentos de sílex, crustáceos, moluscos y peces.
 35. Cueva El Hato. Mesolítico, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 1 y 3 km de ríos. Comunidad más cercana: Trinidad. Evidencias colectadas: fragmentos aislados de cerámica, conchas de moluscos.
 36. Laguna El Oro. Mesolítico, residuario. Se encuentra entre 501 m y 7 km del mar y entre 1 km y 3 km del río. Comunidad más cercana: El Oro. Evidencias colectadas: piedra en volumen, sílex, concha, gubias, restos de moluscos, jutias y quelonios.
 37. Víctor Portales. Mesolítico, habitacional (caverna), se encuentra a más de 15 km del mar y entre 1 y 3 km de ríos. Comunidad más cercana: Meyer. Evidencias colectadas: sílex, restos de crustáceos, moluscos, jutias, vasijas de concha, dos fragmentos de cerámica. Extensión: 290 m².
 38. Gruta Montané. Mesolítico, residual-funerario, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Comunidad más cercana: La Ceiba. Evidencias colectadas: restos óseos humanos, lajas molederas, morteros, sílex, restos de jutias, aves, moluscos, monos y semillas.
 39. Cueva La Jia. Mesolítico, habitacional y ceremonial. Se encuentra a más de 15 km del mar y entre 1 y 3 km de ríos. Comunidad más cercana: La Ermita. Evidencias colectadas: piedra tallada, piedra en volumen, restos óseos humanos. Elementos superestructurales: petroglifos.
 40. Conchal de Las Mujeres. Mesolítico, paradero, se encuentra entre 0 y 100 m del mar y a más de 3 km de ríos. Comunidad más cercana: Casilda. Evidencias colectadas: conchas de moluscos marinos.
 41. Laguna Guanijabo. Mesolítico, residuario, se encuentra entre 501 m y 7 km del mar y entre 101 m y 1 km de ríos. Comunidad más cercana: Cuyují. Evidencias colectadas: conchas de moluscos y vértebras de peces. Elementos superestructurales: cuentas de vertebras de peces.
 42. Birama. Mesolítico tardío, habitacional. Se encuentra a más de 15 km del mar y de 0 a 100 m del río. Comunidad más cercana: La Paloma. Evidencias colectadas: cerámica, piedra tallada, piedra en volumen, percutores, morteros, majaderos, restos de jutias, moluscos, peces y de almiqui, semillas de mani carbonizadas. Elementos superestructurales: dagas líticas, esferolitia, oliva sonora. Extensión: 2 500 m².
 43. El Garrote. Mesolítico, habitacional, funerario. Se encuentra a más de 15 km del mar y entre 101 m y 1 km de ríos. Comunidad más cercana: Banao. Evidencias colectadas: restos humanos, piedra tallada, piedra en volumen, sílex, morteros, piedra tintorea, gubias, vasijas y martillos de concha, restos de crustáceos, moluscos, peces, jutias, reptiles, quelonios y aves. Elementos superestructurales: pendientes, esferolitas, microcuentas, petroglifos. Extensión: 50 m².
 44. La Virtud. Mesolítico, habitacional (cueva) se encuentra a más de 15 km del mar y entre 101 m y 1 km de ríos. Comunidad más cercana: Banao.

- Evidencias colectadas: piedra tallada, piedra en volumen, sílex, concha, restos de crustáceos, jutías, reptiles y peces. Extensión: 40 m².
45. Toma de Agua II. Mesolítico tardío (superposición cultural), se encuentra a más de 15 km del mar y entre 0 y 100 m del río. Comunidad más cercana: San Carlos. Evidencias colectadas: cerámica, piedra en volumen, piedra tallada, restos de crustáceos, quelonios, jutías. Extensión: 4 000 m².
 46. Jarco I. Mesolítico, paradero, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Comunidad más cercana: Banao. Evidencias colectadas: piedra tallada, piedra en volumen, restos dietarios.
 47. Jarco II. Mesolítico, cueva habitacional, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Comunidad cercana: Banao. Evidencias colectadas: piedra tallada, piedra en volumen, restos dietarios.
 48. La Luisa. Mesolítico, habitacional, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Comunidad más cercana: Sancti Spiritus. Evidencias colectadas: concha, piedra tallada, piedras tintóreas, sílex, gubias, vasijas de concha, morteros, lesnas, restos de jutías, reptiles. Elementos superestructurales: esferolitia.
 49. Tayabacoa II. Mesolítico, habitacional, se encuentra entre 501 m y 7 km del mar y entre 0 y 100 m del río. Comunidad más cercana: Tayabacoa. Evidencias colectadas: piedra en volumen, piedra tallada, concha y restos dietarios.
 50. Guajén. Mesolítico, habitacional, se encuentra a más de 15 m del mar y entre 101 m y 1 km del río. Comunidad más cercana: Guajén. Evidencias colectadas: morteros, sílex, percutores, restos dietarios.
 51. Arroyo Naranja Boquerones. Paleolítico, habitacional, se encuentra a más de 15 m del mar y entre 101 m y 1 km de ríos. Localidad más cercana: La Sierpe. Evidencias colectadas: piedra tallada, piedra en volumen. Extensión: 150 m².
 52. Almendras. Mesolítico, habitacional y funerario, se encuentra entre 501 m y 7 km del mar y entre 1 y 3 km de ríos. Evidencias colectadas: morteros, percutores, sílex, concha, restos dietarios, restos óseos humanos. Elementos superestructurales: esferolitia.
 53. Atollaosa. Mesolítico, habitacional, se encuentra entre 501 m y 7 km del mar y entre 1 y 3 km de ríos. Evidencias colectadas: piedra en volumen, concha.
 54. Bijurey. Mesolítico tardío, se encuentra cerca del poblado de Guaos. Evidencias colectadas: concha, piedra tallada, cerámica.
 55. Vega del Palmar. Mesolítico tardío. Evidencias colectadas: cerámica, restos dietarios, material lítico, morteros, raspadores de concha, gubias.
 56. La Calmita. Mesolítico tardío, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Localidad más cercana: Paraíso. Evidencias colectadas: cerámica, piedra tallada, concha y restos de jutías y peces. Extensión: 1 500 m².
 57. Lagunillas I. Mesolítico tardío, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Localidad más cercana: Caonao. Evidencias colectadas: piedra tallada, concha, cerámica.
 58. Lagunillas II. Mesolítico tardío, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Localidad más cercana: Caonao. Evidencias colectadas: piedra tallada, concha, cerámica.
 59. Lagunillas III. Mesolítico tardío, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Localidad más cercana: Caonao. Evidencias colectadas: cerámica, piedra tallada y concha.
 60. Lagunillas IV. Mesolítico tardío, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Localidad más cercana: Caonao. Evidencias colectadas: piedra tallada, concha y cerámica.
 61. Río San Juan. Mesolítico, se encuentra entre 500 m y 7 km del mar y entre 0 y 100 m de ríos. Evidencias colectadas: percutores y fragmentos escasos de sílex.
 62. Venta del Río. Mesolítico tardío, cerca del barrio Paraíso. Evidencias colectadas: piedra tallada, concha, cerámica.
 63. Abréus. Paleolítico, habitacional. Evidencias colectadas: piedra tallada, hachas (sillin de bicicleta).
 64. Rodas. Complejo rupestre Palo Liso-Las Glorias, con la gruta Palo Liso, habitacional-ceremonial, y los sitios paraderos Santa Ana I y El Tanteo, La Granjita y La Herradura. Evidencias colectadas: piedra tallada, majaderos, chopper. Elementos superestructurales: petroglifos.
 65. Montículo de Guabina. Mesolítico, habitacional. Se encuentra entre 501 m y 7 km del mar y entre 1 y 3 km del río. Comunidad más cercana: Charcas. Evidencias colectadas: raspador de concha, percutores de hoyuelos, lascas y astillas de sílex, lajas molederas y percutores. Extensión: 1 800 m².
 66. Montículo de Lagunillas. Mesolítico, habitacional, se encuentra a más de 15 km del mar y entre 0 y 100 m del río. Comunidad más cercana: Caonao. Evidencias colectadas: abundante sílex, lajas molederas, percutores, hematita, gubias, fragmentos de concha, dieta diversa.

CONCLUSIONES

Proponemos asumir la denominación *región arqueológica Centro Sur de Cuba*, utilizada por Domínguez (1991) para definir una región arqueológica con cierta unidad físico-geográfica y un notable número de sitios agroalfareros, añadiéndole el concepto de región geográfica, utilizado por Guarch Delmonte (1990) en su

estudio sobre las variantes culturales, para redefinir la región arqueológica centro sur, como territorio resultado de la acción transformadora del indocubano sobre un espacio que, delimitado física y geográficamente, conserva registros arqueológicos similares en cuanto al neolítico, sin excluir la presencia de mesolíticos y paleolíticos menos estudiados, cuyas posibles similitudes o diferencias no han podido ser establecidas aún.

La región arqueológica Centro Sur, así entendida, comprende desde el río Los Negros al sur del municipio de Venezuela, provincia de Ciego de Ávila, extendiéndose hasta el oeste de la bahía de Jagua —en los límites con la provincia de Matanzas—, por el sur de las provincias de Sancti Spiritus y Cienfuegos. Tiene por el norte el límite geográfico del macizo montañoso Guamuhaya y por el sur el litoral del mar Caribe.

Es evidente el potencial arqueológico de la región. Estimamos que se hace necesario salvar posibles lagunas de conocimiento en algunos de estos sitios, definir aspectos de índole metodológica aunando conceptos, criterios, pero sobre todo, intercambiar experiencias e informaciones para acometer de conjunto estudios que permitan, al menos, acercarnos a una explicación de los procesos migratorios y etnoculturales ocurridos en el área y, por qué no, del papel que desempeñó más allá de los límites de su espacio geográfico.

Agradecimientos. Deseamos reconocer la utilidad de las informaciones brindadas para este trabajo por Reynaldo Pérez, Lester Puntonet, Marcos Rodríguez y Santiago Silva.

NOTAS

"[...] se extiende desde el SW de la provincia de Ciego de Ávila, hasta la bahía de Matanzas, por el S de las provincias de Sancti Spiritus y Cienfuegos, teniendo por el N el límite geográfico del macizo montañoso de Guamuhaya y por el SW la Ciénaga de Zapata [...]" (Guarch 1990: 60).

"Dominguez considera: "[...] la existencia de una región arqueológica que se sustenta en cierta unidad geomorfológica, paisajística y antropogénica [...] habitada por grupos aborígenes entre los cuales serán estudiados concretamente los agroalfareros". Establece las áreas vecinas: "[...] al W la Ciénaga de Zapata, al E la provincia de Ciego de Ávila, al N el macizo montañoso de Guamuhaya, y al S el mar Caribe" (Dominguez 1991: 2, 3 y 10).

BIBLIOGRAFÍA

- Alvarez Gonda, J. (1961). *Revisión etnográfica de la zona centro sur de Cuba*. La Habana: Junta Nacional de Antropología y Etnología.
- Dominguez Lourdes (1991). *Arqueología del Centro Este de Cuba*. La Habana: Editorial Academia, 162 p., ilust.
- Donzales Muñoz, A. et al. (1945). "Avance Científico en Arqueología y Etnología. Época II, 1(3): 11-13. La Habana.
- Guarch Delmonte, José M. (1990). *Estructura para las comunidades aborígenes de Cuba*. Holguín: Ediciones Holguín, p. 78.
- Morales Patiño, O. (1937). "Investigaciones arqueológicas en Cienfuegos". *Revista Bimestre Cubana* 40 (2): 306-309.
- _____ (1947). "Cayo Ocampo" en *revista Arqueología y Etnología*, Época I, 1(4-5): 56-89, enero-diciembre.
- _____ (1950). "Guamuhaya. Contribuciones del grupo Guama" en *Arqueología*, La Habana, No. 15.
- _____ (1952). "¿Donde estuvo la encomienda del padre Las Casas?" en *Arqueología y Etnología*, Época II, 7(15-16): 233-241, enero-diciembre.
- Pichardo, Hortensia (1971). *Documentos para la historia de Cuba (época colonial)*. T. I. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Rivero de la Calle, M. (1952). "Informe del sitio arqueológico El Maso". La Habana: Academia de Ciencia de Cuba. Inédito.
- Rodríguez Matamoros, Marcos y Carlos Borges Sellen (2001). *El arte rupestre en Rodas, Cienfuegos*. Ediciones Mecenaz, 60 p., ilust.
- Rankin Santander, Alfredo (1998). *Trinidad. Arqueología regional*. Ediciones ARTEX S.A.
- Museo Arqueológico Guamuhaya: Fondos "Expedientes de sitios arqueológicos" y "Libros de inventarios".

CONSTRUCCIONES DE MADERA EN EL MAR. LOS BUCHILLONES, CUBA

DAVID M. PENDERGAST
JORGE A. CALVERA R.
JUAN E. JARDINES M.
ELIZABETH GRAHAM
ODALYS BRITO



Mascara. Cerámica esmaltada.

D. Pendergast y E. Graham pertenecen al Instituto de Arqueología de Londres, A. Calvera y O. Brito son investigadores del CITMA en Camagüey y J. Jardines es investigador del CITMA, en Holguín.

RESUMEN

El año 1997 marcó el inicio del proyecto conjunto del Museo Real de Ontario-Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente, en el sitio arqueológico de Los Buchillones en la costa norte de Cuba. Los inusitados descubrimientos anteriormente realizados en el sitio incluían casi 200 artefactos de madera que abarcaban desde anzuelos y agujetas hasta escudillas de elaborada decoración, dujos y figuras de deidades fechadas por carbono 14 entre 1225 y 1640 DNE. El trabajo realizado desde 1997 ha ampliado esta rica evidencia de material perecedero perteneciente a la cultura agroalfarera de forma relevante. Las excavaciones han comprendido una laguna costera y la zona residencial adyacente que antiguamente fue una isla de 30-40 m pero ahora está inundada debido a la erosión marina en la parte frontal del sitio. Las investigaciones de 1998 revelaron parcialmente los restos sorprendentemente bien conservados de una vivienda de madera que yace entre los sedimentos del fondo en un área erosionada por el mar. El hallazgo, que incluye objetos de madera y de otros tipos ha presentado grandes problemas logísticos y de conservación que aún no se han resuelto completamente (Pendergast 1999).

A causa de los retos impuestos por el descubrimiento de la vivienda en 1998, se diseñó un trabajo de campo en 1999, para ampliar el sondeo del material depositado en la laguna que fue comenzado en 1997. Sorprendentemente, sin embargo, las excavaciones revelaron una segunda vivienda sutilmente diferente, en un contexto que responde a preguntas surgidas durante el primer hallazgo, aunque impone aún mayores problemas logísticos y de conservación.

En el sitio agroalfarero de Los Buchillones, se realizaron excavaciones muy limitadas en el área desecada, en 1983 y 1989, bajo la dirección de Jorge Calvera. Los resultados sugieren la presencia de concentraciones de elementos cerámicos y líticos que

aparentemente representan unidades residenciales, pero la magnitud del trabajo no fue suficiente para revelar ningún dato arquitectónico significativo. No aparecieron focos adicionales en el sitio hasta que las actividades de dos pescadores de Punta Alegre, poblado cercano al sitio, sacaron a la luz una colección única de material cultural perecedero tan extenso que originalmente no parecía que fuera aborigen (Calvera *et al.* 1996). Las excavaciones se iniciaron en 1997 y se concentraron en una extensa laguna poco profunda, en el extremo oeste de la porción de tierra seca del sitio y en la porción del mar próxima a la costa, las dos áreas de donde se han extraído los objetos frágiles, y nos han brindado una evidencia relevante no sólo de la autenticidad de los objetos, sino también del contexto dentro del cual fueron creados.

Aproximadamente desde 1989 a 1994 los pescadores Nelson Torna y Pedro Guerra encontraron unas 195 piezas de madera, en gran parte o totalmente de *Lignum vitae* que incluyen tanto objetos utilitarios como no utilitarios. La primera clase comprende una variedad de agujetas, algunas agujas con ojos (Figura 1), al menos una barra, un gancho de un tipo usado en otros lugares para colgar los alimentos de las vigas de las viviendas (Figura 2); fragmentos de platos no decorados de forma circular y otras formas (Figura. 3); algunos objetos de uso desconocido y un número de mangos de hachas petaloides y buriles, incluidas dos hachas enmangadas (Figura 4). Los artefactos no utilitarios comprenden una amplia variedad de platos con asas muy decoradas; un número de dujos (Figura 5), asientos que servían como distintivo de rango en la sociedad agroalfarera (Cassá 1974), así como fragmentos de asientos de tamaño normal y algunos cemies (Figura 6), pequeñas figuras de deidades que desempeñaban un papel muy importante en las prácticas religiosas de los agroalfareros (Arrom 1975). El hecho de que la colección superó en más de un 400 % el número total de artefactos de madera conocidos de los sitios cubanos y de que muy probablemente excedía el total conocido de todas Las Antillas, contribuyó en gran manera a sostener el punto de vista de que el material encontrado podría no ser auténtico.

Sobre la base de conversaciones que comenzaron en 1994, el Museo Real de Ontario de Toronto, Canadá, y el Ministerio de Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente (CITMA) de Cuba, llegaron a un



Fig. 1. Agujas rescatadas en Los Buchillones

acuerdo que instituyó un proyecto de dirección capital conjunto, diseñado para investigar los contextos de los que provenían los artefactos de madera y para someter a fechado al carbono algunos de los objetos. Debido a la ausencia de alguna relación aparente entre los resultados de las excavaciones en suelo seco y los productos de los hallazgos casuales de los pescadores, así como a la incertidumbre relacionada con la significación de la laguna en la historia del sitio, no se pudo predecir ni el alcance físico ni temporal de las excavaciones antes de comenzar el trabajo; incluso si esta predicción hubiera sido posible, está claro ahora que hubiese estado muy lejos de las evidencias.

RESULTADOS DE LA TEMPORADA DE 1999

Debido al hecho de que los requisitos tecnológicos necesarios para realizar ulteriores investigaciones en el descubrimiento estructural de 1998, no podían resolverse en tiempo para la temporada planificada de 1999, decidimos cambiar nuestra atención de los restos de viviendas de nuevo hacia el área de la laguna investigada en 1997 (Jardines y Calvera 1999). La lógica oculta tras la decisión era dual: al empezar una unidad de excavación inmediatamente al oeste de nuestra área de trabajo de 1997, estaríamos entrando en una zona en la que Torna y Guerra habían encontrado

un número considerable de artefactos elaborados y nuestro trabajo anterior nos dio todos los indicios de que el riesgo de encontrar otros restos estructurales era nulo. A pesar de que ahora éramos capaces de identificar los dardos pulidos encontrados en 1997 como probables ganchos de la pared perimetral de una casa u otra estructura, ni una sola pieza de tal material se encontró *in situ* en los sedimentos del fondo de la laguna y no han emergido otros elementos estructurales en nuestras excavaciones en el área.

Esta excavación se efectuó en la zona ya definida como sector E dentro de la laguna para los controles de los trabajos de campo (Jardines y Calvera 1999). Para desecar esta zona se construyó un dique que tenía en sus partes más largas (E-W) 16,70 m y en su centro (N-S) 14 m. La cara este del dique coincidió con la cara oeste del dique preparado en la campaña de 1997. La unidad de excavación se dividió en 35 cuadrantes de 2 x 2 m cada uno y se comenzó a trabajar por aquellos cuadrantes próximos a la franja de arena (Figura 7).

Al finalizar la segunda hora de excavación de la nueva unidad de la laguna, encontramos los restos excelentemente conservados de otra estructura que yace a lo largo de la margen norte de la laguna y se extiende bajo la franja de tierra que separa la laguna del mar abierto (Figura 8).

Desde el principio quedó claro que la segunda estructura no era un duplicado de la primera, pero más que ser una edificación rectangular o cuadrada, tenía considerablemente menos espacio que la encontrada en 1998. Como era de esperar, la construcción de 1999 no había caído alrededor de su centro como la estructura de 1998, sino hacia la esquina noroeste, donde presumiblemente ocurrió la primera falla en el puntal mayor. El resultado fue de alguna manera una mezcla de elementos del techo mayor, de la que caracterizó a la primera estructura, pero cerca del techo y a lo largo de este, muy probablemente con estructura a dos aguas, se conservaba su disposición original en la caída casi tan completa como en el caso de la vivienda circular. De nuevo los ensartadores yacían perpendiculares a las vigas que los habían apoyado, y se presentaron algunos indicios de elementos de refuerzo, presumiblemente del lateral exterior, de los que se requieren en los techos a dos aguas. Más aún, la excavación alrededor de los ensartadores reveló techo de hojas de palma conservado, en mayor cantidad

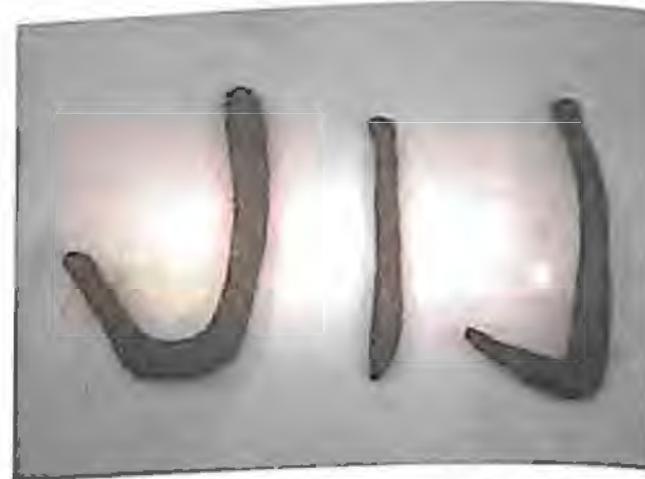


Fig. 2. Ganchos del tipo utilizado para colgar alimentos. Los Buchillones.

que la encontrada en 1998. Había por doquier restos de alimentos conservados de forma similar; desde dentro de la vivienda, en una situación inexplicable, en ausencia de evidencias más extensas, se extrajo la corteza casi completa de una fruta esférica de una especie aún no identificada. Como antes, también había elementos cerámicos y líticos presentes en cantidades muy limitadas.

En lugar de añadir interrogantes a las que ya había suscitado la primera estructura, la segunda nos ha dado lo que parece ser una respuesta casi completa al aparentemente milagroso estado de conservación, así como una imagen de la historia de deposición y erosión del sitio, que es radicalmente diferente de nuestra interpretación inicial. El hecho es que los restos estaban debajo de la franja de tierra que está entre la laguna y el mar, y esto ofrece la solución a la interrogante acerca de la conservación. Por la misma razón que en el caso de la primera vivienda, no se puede aducir una causa catastrófica para la caída de la estructura, porque todos los elementos están en su relación original o cerca de ella y en consecuencia los 50 a 70 cm de sobrecarga no pueden haber sido causados por un solo evento de deposición. Se deduce de aquí que la posición estratigráfica de los restos, refleja la caída comparativamente suave de la vivienda, en un contexto protector, tras lo cual se desarrolló el cubrimiento de los horizon-



Fig. 3. Fragmentos de platos no decorados, circulares y de otras formas. Los Buchillones.

tes del suelo y sólo una explicación se ajusta a las circunstancias: la vivienda y sus acompañantes se construyeron sobre pilotes en el mar y cayeron en los sedimentos del fondo del mar.

Las viviendas construidas sobre pilotes se conocen en Cuba sólo por una simple mención en la documentación etnohistórica, que denota su existencia más al oeste del área de Los Buchillones (Las Casas 1951). Como el autor basa su comentario solamente en rumores, no aporta la descripción de las estructuras. Entonces nos quedamos sólo con la evidencia arqueológica que toma una dimensión nueva y singular cuando se aprecia que hay más restos sobre pilotes que construcciones enclavadas en el suelo. Dos concomitantes obvios de la identificación son, primero, que ambos casos y las estructuras secundarias vinculadas sobre los que aportan evidencias algunos grupos de postes de los descubiertos durante las exploraciones en el mar, debían haber estado provistos de piso y, segundo, que algunas formas de la plataforma perimetral pueden ser también un rasgo distintivo de las edificaciones. Esta percepción crea una imagen de que los restos, por debajo de los niveles más bajos que pudimos alcanzar, deben ser mucho más extensos que lo que se reconoció previamente. Esto también sugiere que la forma en que disponían de la basura, era arrojándola desde la plataforma de la estructura hacia el mar, un

patrón que puede explicar la excelente conservación de los restos alimenticios.

No obstante el hecho de que la imagen del colapso en los sedimentos del fondo del mar explica con toda seguridad la supervivencia de los materiales estructurales, como el techo de guano, que son perecederos en breve tiempo en tierra seca, no podemos demostrar en esta etapa que los sedimentos de algas bajo las aguas poco profundas del Atlántico deben haber provisto de por sí un medio ambiente suficientemente anóxico para asegurar la calidad de la con-

servación que encontramos habitualmente. Debemos tener en cuenta la posibilidad de que las características químicas de los sedimentos, en particular aquellos estratos que son una mezcla de material de algas con un sustrato de arcilla, pueden haber formado parte en la conservación.

Las excavaciones en los restos de la unidad cercada por los diques, mostraron que a pesar de que el área estaba libre de depósitos culturales primarios, la zona inmediatamente al sur de la estructura estaba marcada por un número de pequeños postes y líneas de varas verticales muy pequeñas, cuyos extremos solamente quedaron *in situ*. Si el área hubiera sido tierra seca se podría ver la alineación como si fueran los límites de una propiedad o parcelas de jardín, pero en un emplazamiento de aguas poco profundas parecen más que todo reflejar plumas u otros objetos. Ninguno de los rasgos distintivos de las presas de peces está presente, y de cualquier manera la pequeña talla de los peces en un área costera como esta, protegida de la fuerza total del mar por los corales del norte del país, haría difícil ver la captura de peces como un esfuerzo atractivo. En la actualidad no podemos sugerir un uso para el alineamiento sobre cualquier base sólida de datos a causa de la posibilidad de que queden atrapados otros animales como las tortugas.

Un resultado ulterior de las excavaciones de 1999 es que ahora podemos ver el sitio en su condición actual, no como un remanente de lo que una vez fuera un asentamiento mayor en tierra, sino como una aproximación razonable a su forma precolombina. Mientras que inicialmente parecía que el mar había hecho un mayor daño al sitio, ahora parece cierto que la acción cortante de las olas ha removido una gran cantidad de suelo y otros materiales que se acumularon subsecuentemente al abandono del sitio por los agroalfareros y cambió la línea costera al menos 50 m más al norte de su situación durante la ocupación del sitio.

Esta reconstrucción de la historia de las deposiciones en Los Buchillones no deja de tener problemas. Si la construcción se irguió en una época sobre pilotes, enteramente rodeada por agua, podemos situar la posición de la línea costera al menos 15 m al sur de la actual, la cual, si se proyecta como una línea recta, tal como la situación de la estructura de 1999 indica que debe hacerse, significaría que la actual porción de la parte costera de la laguna fue en una época parte del mar abierto y que la antigua línea costera se puede representar por el banco de arena que ahora separa el área de nuestras investigaciones del cuerpo principal de la laguna. Mientras no se completen los estudios de los sedimentos de la laguna y del sustrato, no podemos evaluar si es correcta la reconstrucción de la línea costera, pero los datos arqueológicos muestran de forma convincente y certera que el Atlántico se extendió significativamente más adentro de la parte norte del sitio en la época precolombina de lo que se extiende hoy.

FECHADO DEL TIEMPO DE OCUPACIÓN

Antes de las excavaciones de 1997, extrajimos muestras de 10 de los artefactos de madera encontrados por Torna y Guerra, que se seleccionaron sobre la base de la representación de formas porque no existían datos de la ubicación horizontal o estratigráfica de la colección. Dadas las bases no arqueológicas usadas para seleccionar los objetos, los resultados del fechado por carbono 14 A.M.S. son de considerable interés porque muestran una consistencia interna notable. Las fechas calibradas oscilan entre 1225 y 1640 DNE y ninguno de los 10 quedó fuera de este lapso. Por



Fig. 4. Objetos de uso desconocido y un número de mangos de hachas petaloideas y buriles. Los Buchillones.

cuanto tenemos un sólido fundamento para suponer que las fechas más tempranas, en particular, no fijan un límite en el espacio de ocupación, se puede afirmar que hubo un período total de más de 450 años.

Recogimos un conjunto amplio de muestras de elementos de la estructura encontrada en 1998, en todos los casos de la parte exterior del objeto. Las muestras provenían de seis postes, cuatro vigas y los dos colgantes, así como de piezas variadas de madera de la colección. Las determinaciones por AMS de trece (13) de las muestras han aportado un sorpresivo pero muy consistente grupo de datos. Ahora tenemos calibrados los datos de 12 de las 13 muestras analizadas y en todos los casos, excepto en dos, dan un patrón plausible de edades para varios elementos arquitectónicos. Uno de los postes dio una fecha del 540 al 690 DNE y una de las vigas dio una fecha bastante similar del 635 al 780 DNE; ambas edades son ciertamente posibles si se asume la cuidadosa conservación de la madera reutilizable por los agroalfareros, pero



Fig. 5. Dujos y fragmentos de dujos. Los Buchillones.

también ambas parecen estar incorrectas cuando se comparan con los restos del conjunto fechado. En resumen, las edades calibradas de los colgantes cayeron entre el 1295 y el 1490 DNE; las de los postes entre el 1385 y el 1655 DNE y las de las vigas entre el 1380 y el 1655 DNE.

La única fecha no calibrada para un elemento variado cae dentro del lapso a 1420 ± 50 DNE. Las fechas más tempranas para los colgantes están completamente en consonancia con el tamaño de los elementos, lo que bien pudo haber dictaminado su reutilización en una serie de estructuras, mientras que los otros postes y vigas dieron idénticos y sorpresivamente largos lapsos de 275 a 280 años. Los lapsos pueden indicar de nuevo la conservación de maderas reutilizables, aunque tal acción parece menos posible en el caso de los elementos más pequeños. De cualquier manera, las fechas constituyen un fuerte argumento de que la vivienda se construyó en la primera mitad del siglo xvii. Aún no están disponibles las fechas de un conjunto similar de muestras de la vivienda de los trabajos de 1999.

LA SIGNIFICACIÓN CULTURAL DE LOS DESCUBRIMIENTOS

Los grupos de postes, de los que hemos registrado casi 40 se extienden a lo largo de la parte frontal actual del sitio por más de 500 m y parece que se encontraran en toda o en la mayor parte de la longitud de 1,5 km del este al noroeste del sitio. La extensión total del mismo no ha sido aún investigada minuciosamente, pero es posible que las dimensiones este-oeste excedan los 2 km; incluso a 1 km con una amplitud original norte-sur que debe haber estado en el rango de los 1000 m. Es muy posible que las excavaciones ulteriores revelen la dinámica interna del sitio que abarca el traslado del caserío a lo largo de la zona frontal del mar. Las últimas fechas de la estructura de 1998 podrían verse como un apoyo a esta sugerencia, pero cualquier juicio sobre la materia debe ser reservado hasta tanto no estén disponibles los datos de la estructura de 1999. Cualquiera que pueda haber sido el patrón del asentamiento, está suficientemente claro que la duración del lapso de ocupación debe permitir el reconocimiento del cambio de la cultura material en Los Buchillones con el paso del tiempo.

Ciertamente no estamos en posición de evaluar el cambio sobre la base del conjunto de artefactos de que disponemos actualmente; tal evaluación tendrá que esperar por la investigación de algunas estructuras de diferentes formas y en ubicaciones ampliamente separadas a lo largo del frente del mar, de lo que podemos esperar que pueda desarrollarse una estratigrafía horizontal.

En la medida que somos capaces de juzgar, a partir de nuestras investigaciones de las partes superiores de las dos estructuras, las edificaciones coinciden generalmente tanto en su conformación como en su construcción con las descripciones muy limitadas que aporta la documentación etnohistórica (Las Casas 1951; Fernández de Oviedo 1853).

Es casi cierto que los resultados de las excavaciones abarcan un amplio rango de información sobre las técnicas de construcción y elaboración de la madera por los agroalfareros, y con la imagen de estructuras con pisos sobre pilotes que tenemos ante nosotros, podemos esperar que las investigaciones futuras añadirán material a nuestro conocimiento de estas facetas de la vida de los agroalfareros. Más aún, la probabilidad de que la disposición de los desechos alrededor de las construcciones, ya claramente

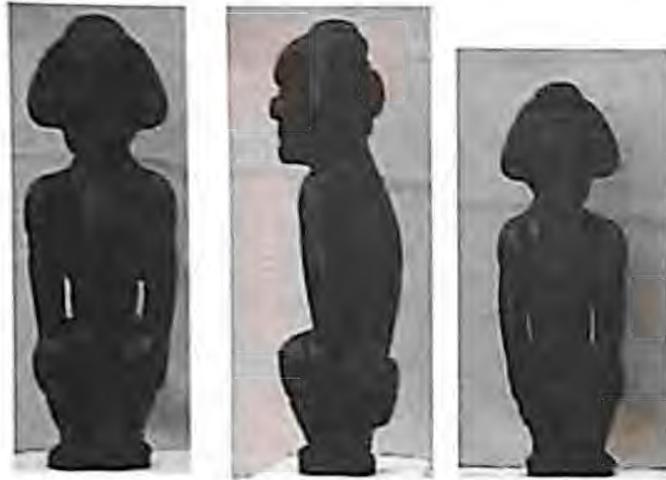


Fig. 6. Cemies. Los Buchillones.

documentadas para ambas estructuras, implica una rápida entrada del material en los sedimentos anóxicos del lecho del mar, da la posibilidad de que las excavaciones puedan recoger un amplio rango de la información sobre los hábitos alimentarios de los agroalfareros, de particular interés en cuanto a la utilización de alimentos vegetales no cultivados. La sutil diferencia en forma y tamaño que distingue a las dos estructuras, nos posibilita desenterrar evidencias de diferencias interfamiliares o intergrupales en el consumo de alimentos.

Las diferencias entre ambas construcciones, indican tipos de uso muy distintos y el gran tamaño de la estructura de 1998, casi seguramente apunta a otro uso comunal o extendido a la familia, si es que no identifica la construcción como la residencia del cacique o jefe. Aún no estamos en condiciones de establecer que la estructura de 1998 excede a todas las otras del sitio en tamaño, pero parece ser, o bien única, o una de las pocas estructuras de gran dimensión en el conjunto. Entonces sería razonable esperar reflejos de un alto rango o estatus en el material cultural manual asociado y quizás también en los residuos alimentarios; esto, junto a todas las otras líneas de evidencias que resta investigar, argumenta con fuerza a favor de convertir a la estructura de 1998 en

un foco de atención en la próxima temporada de excavaciones.

Hasta ahora, ha sido cierto que los logros de los agroalfareros tenían que ser entendidos por fuerza a través de su cultura material mueble, fuera de los contextos en los que los objetos se hicieron y usaron. Más aún, la representación de la estética y las habilidades técnicas de los agroalfareros estaba severamente limitada por el hecho de que se encontraba disponible para el estudio un espectro muy pequeño de artefactos perocoderos (Martínez 1995). A pesar de que no tenemos datos suficientes en el presente que permitan realizar una evaluación real del porcentaje de cultura material mueble representada por objetos perocoderos, es muy posible que las evaluaciones anteriores de los agroalfareros se hayan sustentado en menos del 10 por ciento de los registros culturales. Esta cifra se apoya en el estudio realizado por Pendergast, de los artefactos de Antelope Cave, Arizona, que muestra que sólo el 9 por ciento de los objetos podrían ser conservados en un sitio ubicado en la superficie, precisamente la cifra que emerge del humedal Water Hazard, sitio de British Columbia. En este sentido, como en muchos otros, se puede esperar que el trabajo futuro en Los Buchillones contribuya significativamente a lograr una apreciación más amplia sobre el desarrollo alcanzado por los agroalfareros en el período que comenzó en el siglo XIII, si no antes, y se prolongó por más de 400 años.

Finalmente, además de los numerosos aspectos de la historia de la cultura agroalfarera tocados por las excavaciones de Los Buchillones, se encuentra la significación de los últimos datos obtenidos por los artefactos de madera, muebles y la madera estructural. La imagen aportada por los datos se apoya con la presencia de una vasija de mayólica no modificada proveniente de la colección de la superficie y una segunda vasija en forma de triángulo recogida de los sedimentos del fondo de la laguna en las excavaciones de 1997; ambas muestran que la comunidad sobrevivió algún tiempo después de la invasión española a Cuba, pero no aportan una base sólida para enmarcar la fecha de tal supervivencia. Hasta el presente se ha creído que los agroalfareros fueron totalmente exterminados o absorbidos por las comunidades hispanas dentro de las dos o cuatro décadas después de la llegada de los españoles a Cuba. En este sentido no hubo ninguna comunidad que sobreviviera intacta física y mucho menos cultu-



Fig. 7. Área de trabajo inicial del sitio Los Buchillones.



Fig. 8. Restos de la estructura que yace a lo largo de la margen norte de la laguna. Los Buchillones.

ralmente a la acometida conjunta de la cultura española y las enfermedades europeas. ¿Cómo puede ser, entonces, que los dos grupos de fechados de Los Buchillones estén en plena concordancia con respecto a la fecha del siglo xvii para los últimos eventos registrados en el presente en el sitio? Esta pregunta era importante incluso cuando el foco de atención eran solamente los objetos manuales, pero cuando el fechado por radiocarbono indicó que la construcción de la vivienda databa de comienzos del siglo xvii, el cuadro que surgió fue el de un asentamiento en total funcionamiento, cuando no floreciente, cerca de un siglo después de que, según se pensaba, habían cesado de existir todas las comunidades de este tipo.

Si Los Buchillones mantuvieron su existencia bien adentrado el período de la dominación española, el emplazamiento de la comunidad debe haberles ofrecido la protección necesaria. En los siglos xvi y xvii la mayor parte de lo que hoy es tierra limpia al sur de la zona costera de la provincia de Ciego de Ávila, se encontraba cubierta de densos bosques que pueden haber ocultado la costa

de la vista de aquellos que viajaban a través del área por tierra. Además de esto, el conjunto de colinas que se extiende inmediatamente al sur del sitio, servía como una barrera efectiva entre la comunidad y el resto de la isla; incluso donde habían embalses de agua, la visión de un viajero de esos tiempos a través de ellos hacia el norte, no habría revelado ningún signo de la existencia del asentamiento. En el caso de los viajeros por mar, los cayos a lo largo de la barrera coralina del norte, deben haber dirigido probablemente los barcos a lo largo de sus costas a barlovento, lejos de los peligros potenciales de viajar en aguas interiores poco profundas. En estas circunstancias, Los Buchillones podría haber pasado también inadvertido.

Obviamente necesitaremos mucho más en el camino para encontrar una evidencia confirmatoria antes de que podamos aseverar la supervivencia de la comunidad dentro del siglo xvii con toda seguridad, pero los datos disponibles en esta etapa sugieren que la suerte y la ubicación pueden haber favorecido a Los Buchillones durante un tiempo considerable.

Junto a la posible supervivencia del asentamiento, surge la interrogante referente a su abandono. En esta esfera la existencia de los objetos recogidos pueden constituir evidencias de importancia fundamental. Todos los datos indican que la caída de las estructuras que hemos encontrado, fue un evento pacífico esencial, como el que se podría esperar de las estructuras que no disfrutaban más del mantenimiento requerido para conservarlas, protegidas contra las fuerzas del mar. Aunque el abandono de las estructuras no haya sido forzado, sin embargo, parece muy posible que los hombres que vivieron allí, hayan llevado con ellos muchos de los objetos de madera tallada, como los que aparecieron en los sedimentos del fondo en la playa y en la laguna.

Ahora reconocemos que los objetos tienen su origen, casi con toda certeza, en los restos de las estructuras sobre pilotes que yacen lejos de la costa, pero este reconocimiento no aporta nada en el camino de una explicación para su presencia. Aparte de otras posibilidades, la profusión de artefactos de alto valor en el conjunto, pueden reflejar la partida forzada de la comunidad. La combinación de esta posibilidad con las últimas fechas de un número de objetos y de la construcción de la casa descubierta en 1998, da lugar a la posibilidad de que el abandono haya sido causado por el descubrimiento de la comunidad por los españoles en el siglo XVII o más tarde.

Un proyecto, ahora en desarrollo, nos permitirá determinar si existe documentación etnohistórica referente al área de Los Buchillones, pero en este momento no podemos sustentar la sugerencia basada en la arqueología con evidencias escritas. Sobre la base de las evidencias arqueológicas, la sola imagen del desarraigo por los españoles de la que puede haber sido la comunidad indígena de más larga vida en Cuba, con la perspectiva de que el trabajo futuro pueda aportar evidencias referentes a la interacción aborígen-española, intriga tanto en términos del sitio, como en el más amplio de la historia colonial temprana de Cuba.

BIBLIOGRAFÍA

- ⊗ Arrom, J. J. (1975): *Mitología y arte prehispánico de las Antillas*. México, Editorial Siglo XX.
- ⊗ Calvera, J. et al. (1996): "El sitio arqueológico Los Buchillones" en *El Caribe Arqueológico*, No. 1, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.

- Cassá, H. (1974) *Los Tainos de La Española*. Santo Domingo, Editorial Universidad Autónoma.
- Fernández de Oviedo, G. (1853) *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme de la mar oceana* T 1, Madrid, Imprenta de la Real Academia de la Historia.
- ⊗ Jardines, J. E. y J. Calvera (1999) "Estructuras de viviendas aborígenes en Los Buchillones" en *El Caribe Arqueológico*, No. 3, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.
- Las Casas, B. (1951) *Historia de Las Indias* T 1. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Martínez, A. (1995): *Objetos de madera*. CD. Taino. Arqueología de Cuba. *Museo*, Centro de Antropología y CEDISAC, Centro Nacional Editor de Discos Compactos, Universidad de Colima, Discos compactos.
- Pondergast, D. (1999) "Houses in the sea". Museo Real de Ontario, inédito.



TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS EN CUEVA CERRO DE LOS MUERTOS I, BANES, HOLGUÍN, CUBA

ROBERTO VALCÁRCEL ROJAS
CÉSAR A. RODRÍGUEZ ARCE
MARCOS LABRADA OCHOA



Máscara. Cerámica esmaltada.

Los autores son investigadores del Departamento Centro
Oriental de Arqueología del CITMA, en Holguín.

El empleo de las cavernas con fines funerarios, entre aborígenes agricultores de filiación etnolingüística aruaca, aparece bien documentado en la literatura arqueológica cubana. Esta práctica se reporta con frecuencia en zonas de gran concentración de asentamientos agricultores como Maisí, Baracoa y Banes, donde las inhumaciones en espacios despejados son menos frecuentes y se relacionan con concentraciones de desechos domésticos. Solamente en el sitio de habitación Chorro de Maíta se ha ubicado un área descubierta que por el nivel de concentración de los entierros, su amplio número (110) y el no empleo de ese lugar en funciones habitacionales, productivas o de ubicación de desechos, puede considerarse especializada en usos mortuorios: un cementerio.

El área arqueológica de Banes (Valcárcel 2002: 26), en el nororiente de la isla, reporta cinco sitios de habitación con entierros, incluido Chorro de Maíta, y veinte cuevas funerarias,¹ cuatro de ellas con evidencias que sugieren también funciones ceremoniales. Pese a la abundancia de cavernas funerarias, el nivel de detalle en la información referida a tales registros es mínimo. El comentario más completo lo ofrece Irving Rouse (1942: 149) a partir de los resultados de sus exploraciones y de datos aportados por coleccionistas de objetos arqueológicos. Señala un fuerte deterioro de esos contextos y la tendencia a que los restos humanos se encuentren desarticulados, dispersos cerca de las entradas de las cuevas, al parecer lanzados a través de los pozos de acceso o, con menor frecuencia, enterrados en el guano de murciélago y en la tierra. Menciona también una cueva donde algunos huesos fueron depositados en oquedades de la roca y otras donde se hallaron montículos con entierros.

Según Rouse (1942: 149), era casi total la ausencia de datos sobre las posiciones de los esqueletos. Muchas veces se reportaban vasijas de barro cerca de los huesos, aparentemente rotas al ser lanzadas junto con los cuerpos, y se dio el hallazgo, poco usual,

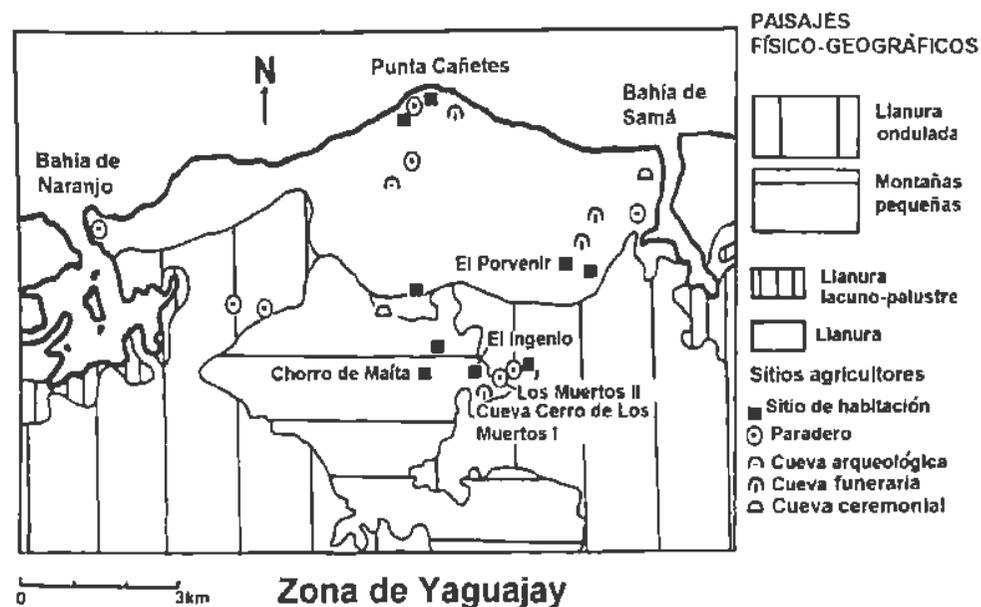


Fig. 1. Plano de la zona de Yaguajay. Ubicación de los sitios arqueológicos agrícolas.

de hachas petaloideas asociadas con los restos esqueléticos, y de ídolos, cuya ubicación no estaba bien precisada. Coleccionistas como Orencio Miguel y José A. Riverón (Rouse 1942: 65, 88) consideraban que las vasijas eran ofrendas funerarias, opinión posteriormente mantenida por algunos especialistas (Tabío y Rey 1985: 129).

Al valorar la presencia de objetos europeos en varios de los sitios de habitación con entierros, Rouse (1942: 153) sugiere que esta práctica debió ser posterior al uso de las cuevas; sin embargo, la datación de un entierro de Chorro de Maíta (870 ± 70 A.P.; Beta - 148956; huesos humanos; $d_{13c} / d_{12c} = -19\%$; 1080 ± 70 de nuestra era), muy próxima al conjunto de fechas tempranas² asociadas con el inicio del establecimiento agricultor en la zona, ha planteado la posibilidad de que los entierros en despejado, al menos algunos de los de Chorro de Maíta, fueran contemporáneos o quizás anteriores a los realizados en cuevas.

Después de la visita de Rouse y de la preparación de su

libro, hubo nuevos reportes de cuevas (Guarch *et al.* 1980) y de hallazgos de restos humanos aborígenes, pero no se incrementó o mejoró significativamente la información disponible. No se ha esclarecido la cuestión de los elementos estratigráficos, ni la asociación de materiales y su caracterización, entre muchos otros aspectos, algunos de ellos relacionados con evidencias muy notorias, dado lo común de su reporte y su posición respecto a la funcionalidad de estos registros: el estudio de restos humanos y cerámica. En esencia, se sabe muy poco sobre las características de las vasijas, que Rouse (1942) muchas veces considera similares a las del área, o sobre los esqueletos, prácticamente no descritos anatómicamente, excepto en el caso de los cráneos, cuya deformación se buscaba como elemento de identificación cultural.

El presente trabajo ofrece valoraciones, desde una perspectiva controlada y por primera vez para el área, en estas dos direcciones. Se trata de elementos obtenidos a partir de la investigación de

materiales colectados en la cueva Cerro de Los Muertos I, en el municipio Banes, provincia de Holguín. Pese a que el grave estado de alteración de este contexto limitaba las posibilidades de interpretación, se intentó lograr el mayor nivel de detalle en el estudio de sus restos arqueológicos, con vistas a obtener conocimientos que aunque no dan respuestas amplias, al menos ayudan a enfrentar el vacío de información existente.

LOCALIZACIÓN Y CARACTERÍSTICAS DE LA CUEVA

El Cerro de Los Muertos, también conocido como Cerro de Apolonio, es una pequeña elevación ubicada 6 km al sur de Punta Cañetes, en el extremo nororiental de Cuba. Está dentro del antiguo barrio de Yaguajay, zona de amplio reporte de sitios arqueológicos agrícolas, donde aparecen varias cuevas funerarias y el residuario Chorro de Maíta, ubicado 1 km al noroeste (Figura 1).

El Cerro tiene 150 m de diámetro, su altura promedio es de 35 m

por encima del nivel del valle, y se encuentra a 120 m sobre el nivel del mar, en un espacio notorio por la presencia de diversas elevaciones, entre las que se destacan el cerrode Yaguajay y el de Pan de Samá (Figuras 1 y 2). Se trata de un cerro aislado (Figura 2), formado por un bloque calizo olistolítico de rocas organodetríticas de edad cretácica. Se halla fuertemente carsificado y muestra numerosas diaclasas, ponores, cuevas y simas de pequeñas dimensiones, todo afectado por un intenso tectonismo. Sus laderas son muy verticales, en ocasiones extraplomadas y en ellas se han formado algunas cuevas y solapas. Presenta drenaje vertical. En la cima, absorbente, existen numerosas formas cársticas superficiales, las cuales conducen las aguas hasta las partes más profundas del macizo. Las aguas superficiales han desarrollado formas erosivas en las paredes del cerro y aparecen algunas morfologías de lapicés.

La cueva Cerro de los Muertos I es una pequeña cavidad ubicada en la ladera sur-sureste del cerro, en el plano de contacto del valle con la pared calcárea, a 170 grados al norte del Pan de Samá y a 120 grados al norte del Valle de Lindero. Sus coordenadas son: X 606 600; Y 269 190 Hoja Santa Lucía, 5079 – III, Carta ICGC, 1: 50 000.

Por su estructura de sumidero, funcionó como un colector de las aguas meteóricas y de escurrimiento del macizo, las que actualmente parecen haber disminuido considerablemente. Se trata de una cavidad indirecta absorbente, de funcionamiento ocasional y caudal autóctono, formada como parte del drenaje del macizo, con un acceso de 2 m de ancho por 1 m de alto, ubicado en la pared del cerro, a 1 m del suelo y a 1,40 m del piso de la cueva. Esta posee desarrollo horizontal, con un largo total de 12 m, un ancho de 4 m y una altura máxima de 5 m (Figura 3).

El interior de la caverna muestra, junto a la de entrada, a 1,40 m por debajo de esta y flanqueada por dos pequeñas galerías, una acumulación de rocas mezcladas con tierra que se hace más densa a 2,60 m del punto de acceso y se eleva sobre el derrumbe del



Fig. 2. El Cerro de los Muertos, en primer plano. Al fondo, el cerro Pan de Samá.

material de la boca. El aumento de las rocas coincide con un desnivel en el piso, y se estructura una especie de escalón de 0,90 m de alto. A la derecha del escalón, aparece una columna y a continuación el resto de la cueva, cuyo ancho se incrementa y conforma un pequeño salón (Figura 3).

TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS

Irving Rouse (1942: 98) resume las principales referencias existentes sobre el sitio al que clasifica como cueva funeraria subterránea y recoge con el nombre de Los Muertos I.³ Menciona extracciones de restos humanos por los vecinos del lugar, quienes contaban sobre la existencia de pequeños montículos con esqueletos aborígenes ubicados junto a las paredes. Cuando J. A. García Castañeda la visitó, los montículos habían sido destruidos y sólo pudo obtener algunos fragmentos de huesos, entre ellos un frontal

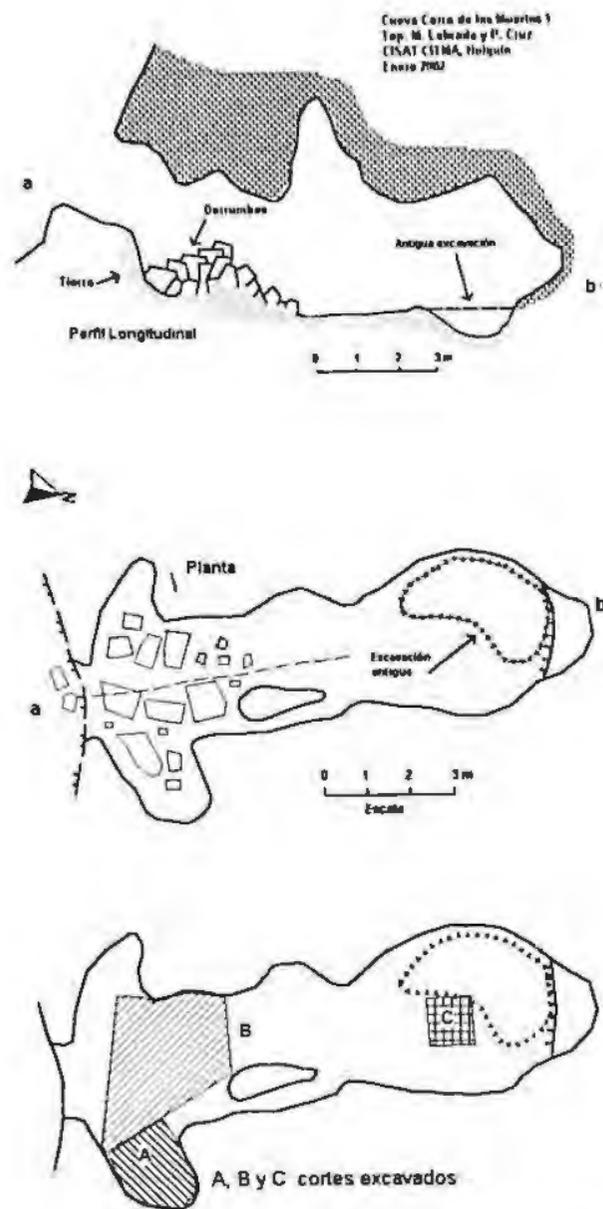


Fig. 3. Plano de la cueva Cerro de Los Muertos I.

que "estimó" deformado y piezas de cerámica; Riverón encontró un plato. Según Rouse, quizás sirvió como lugar de entierro para los habitantes de los cercanos asentamientos de El Ingenio, Los Muertos 2 y Chorro de Maíta (Figura 1).

En febrero de 1979 el Cerro de los Muertos fue explorado por la Sección de Arqueología del Instituto de Ciencias Sociales de la Delegación Territorial de la Academia de Ciencias de Cuba en Holguín (Guarch 1979), aunque no está claro si se revisó la cueva funeraria. En enero y abril de 2002, el Departamento Centro Oriental de Arqueología, de la Delegación Territorial del Ministerio de Ciencias Tecnología y Medio Ambiente en Holguín, como parte de las tareas del proyecto de investigación "Yaguajay. Cultura, muerte y sociedad", explora el cerro, sus cuevas y abrigos y, especialmente, un área de grietas donde había sido encontrado un cráneo humano con deformación fronto-occipital tabular oblicua; también se efectúa una excavación de salvamento en el sitio cueva Cerro de Los Muertos I (Valcárcel *et al.* 2002). En esas labores se contó con la valiosa cooperación de Juan Carlos Osorio, director del Museo de Sitio Chorro de Maíta, Jorge González, especialista de esta institución, y Eduarda de Sousa Countinho, estudiante de doctorado de la Universidad de Sevilla, España. Parte de los resultados de este trabajo son los presentados aquí.

En una primera exploración se notaron evidencias de intervenciones recientes de personas desconocidas. Al fondo del salón, en su lado oeste, se encontró una excavación (Figura 3) cuyos perfiles mostraban fragmentos de cerámica y de huesos humanos. Se localizó en superficie más material de este tipo, tanto alrededor de la excavación, al parecer transportado con la tierra extraída de esta, como en otros puntos del conducto. Aparecieron huesos humanos muy fragmentados y, en menor cantidad, cerámica y algunos restos animales: huesos de jutía y conchas de los gasterópodos marinos *Tectarius muricatum* y *Cittarium pica*. El material de superficie y el encontrado en las calas de cateo se concentraba en la zona de la excavación y en el suelo próximo a las paredes, de forma especial en la pared oeste, así como en la acumulación de rocas próxima a la entrada y en una de las galerías cercanas a esta.

En el punto donde la acumulación de rocas sobre el derrumbe de la entrada coincidía con el desnivel, se observó un hueso atra-

pado por las piedras y algunos tlistos cerámicos. En el fondo de una galería, a la derecha de estas rocas, se colocó un fragmento de omóplato humano izquierdo y varios fragmentos de cerámica. Por la relativa abundancia de tales restos y por el peligro de nuevas intrusiones en el sitio, se decidió realizar una excavación de salvamento en ambas áreas.

Se denominó zona A al espacio excavado en la galería situada al este del derrumbe (Figura 3); se ejecutó un corte (1,50 m de ancho por 1,80 m de largo), por capas naturales, entre el fondo de este conducto y la acumulación principal de rocas. Se extrajo inicialmente una capa de tierra negra con material orgánico, muy alterada, de 3 cm de grosor. Aparecieron fragmentos de cerámica aborigen, partes de huesos y vidrio y loza actual. Le continuaba un estrato de tierra pardo rojiza mezclada con piedras, que se mantuvo hasta los 0,40 m de profundidad, con 0,20 m de inicio muy similares en tipo de evidencias y estado de alteración a los de la primera capa. Hacia los 0,20 m de profundidad se obtuvieron varios dientes humanos; entre los 0,30 y 0,40 m de profundidad el material arqueológico disminuyó. A partir de los 0,40 m comenzó una capa de tierra pardo amarillenta con un menor contenido de rocas y dejaron de aparecer restos arqueológicos.

Se denominó zona B al espacio de la parte inicial de la cueva limitado por el desnivel y la columna, al norte, la zona A, al este, y un área de rocas caídas bajo la entrada, que se extiende hasta la galería vacía de la pared oeste (Figura 3). Es la zona media y final del derrumbe y la acumulación de rocas. En esta parte las rocas comenzaron a ser retiradas por el lado que formaba una especie de escalón, en el desnivel, donde era posible ver un hueso atrapado. Al despejarse el lugar se hizo visible un espacio de suelo de color pardo rojizo mezclado con rocas, donde apareció material arqueológico. Estaban expuestos algunos fragmentos grandes de vasijas, dos de ellos con decoraciones, y parte de un cúbito y un fémur humanos. Las evidencias enterradas se vinculaban con una capa de 0,10 m de grosor; a mayor profundidad la tierra cambiaba a un color pardo claro, se hacían más numerosas y grandes las piedras y no aparecían otros restos.

En un segundo viaje, realizado en abril, se constató que la excavación existente en el salón de la cueva había sido ampliada por buscadores de objetos arqueológicos, quienes la extendieron

hasta la pared oeste y removieron la tierra en otros puntos. Ante el aumento de la alteración y al considerar su potencial incremento, se decidió realizar un corte que diera información precisa sobre el estado del depósito del salón. A partir del lado este de la antigua excavación, se marcó un escaque de 1 x 1 m denominado C. En el perfil de ese lado se notaban restos óseos a unos 0,30 m de la superficie; toda el área estaba muy alterada.

El escaque C se ubicó a 1 m de la pared este, a 2 m del fondo (pared norte), a 2,20 m de la pared oeste y a 5,35 m del área de acumulación de rocas de la entrada (Figura 3). Se excavó hasta los 0,80 m de profundidad, por estratos artificiales de 0,10 m de grosor aunque algunos niveles debieron unirse. Entre la superficie y los 0,50 m de profundidad aparecieron abundantes fragmentos de huesos humanos, generalmente pequeños, muchos de ellos quemados. También se colectó cerámica y restos de cangrejo y jutía, una cuenta de collar y varios dientes humanos; todo en un contexto muy alterado. Hacia los 0,50 m de profundidad comenzó a cambiar el tipo de suelo, apareció una tierra de color pardo rojizo y la frecuencia de los materiales arqueológicos disminuyó. En el nivel 0,50–0,70 m, asociado con la última capa de tierra oscura, apareció gran parte de un fémur y algunos otros fragmentos de huesos. Entre los 0,70 y los 0,80 m de profundidad dejaron de aparecer los restos arqueológicos.

ESTUDIO DE LOS MATERIALES COLECTADOS

Material cerámico

Se colectaron 95 fragmentos, provenientes de las distintas zonas trabajadas, especialmente de la zona A y del corte C (Tabla 1). El estudio se realizó a partir de una revisión macroscópica que permitió describir sus rasgos, analizarlos cuantitativamente y valorar, desde el punto de vista morfológico, la posible función de los recipientes.

Las piezas poseen una tecnología bastante similar. Hay una buena preparación de las pastas, las cuales, mayoritariamente, tienen textura compacta. Se les adicionó un desgrasante fino (menor a 1 mm), probablemente arena, con ocasionales inclusiones de fragmentos de roca de 2 a 3 mm de diámetro. No se pudo determinar la dureza aunque parece ser mediana o alta, en los

TABLA 1. DISTRIBUCIÓN DEL MATERIAL CERÁMICO							
Zona excavada	Bordes	*Bordes con decoración	Decoración aislada	Fragmentos	Total de evidencias de cerámica	** Vasijas	** Vasijas con decoración
Superficie general	3	1		10	13	2	1
A	3	1		28	31	3	1
B	10	4		12	22	9	4
Niveles en C							
Superficie	2	2		1	3	2	2
0 - 20	2	1		9	11	2	1
20 - 30	1			4	5	1	
30 - 40				3	3		
40 - 50	2	1	1	4	7	1	
50 - 70							
70 - 80							
Total	23	10	1	71	95	20	9
* Los bordes con decoración también se contabilizan como bordes.							
** Las vasijas se contabilizan por la zona donde mayor número de fragmentos presenten.							

niveles comunes para muchos sitios del área arqueológica de Banes.⁴ La cocción generalmente es incompleta, realizada en atmósfera reductora. Las superficies de los fragmentos son en su mayoría regulares, especialmente en las caras exteriores, muchas de las cuales son suaves al tacto, en ocasiones pulidas, lo que fue conseguido al parecer por un alisado sobre paredes relativamente secas. Hacia los fondos se notan más las huellas del objeto alisador. Se ubicaron abundantes huellas de la unión de rolletes

indicadoras de un levantamiento por acordelado que consigue paredes finas (grosor promedio de 5 a 6 mm).

Predominan los colores naturales en la gama de los pardos, con tonos más claros en las partes internas. Muchos restos reportan huellas de exposición al fuego aunque es difícil precisar si se deben a la cochura de elaboración o a tareas domésticas. En algunos hay incrustaciones de hollín que por su grosor pudieran ser resultado de una acción de cocina.

La morfología ofrece cierta homogeneidad. Predominan los bordes rectos de tope redondeado, aunque también se usan topes planos; hay un caso acuminado, y otro biselado interior. Hay varios rebordes exteriores y uno interior. Los bordes se tomaron como equivalentes de vasijas, cuando se consideró su no pertenencia a un mismo recipiente. Se contabilizaron 23 bordes pertenecientes a 20 vasijas, seis de ellas reconstruidas idealmente (Figura 4). En lo referido a los perfiles y plantas determinables, siete vasijas son angulares, dos globulares y dos semiesféricas (Figuras 4 y 5); predomina la planta circular (seis casos) y hay dos plantas elipsoidales (naviculares). Los diámetros de las bocas de los recipientes medibles están en el rango de 11 a 20 cm, con más de 16 cm en cinco piezas, y las alturas consideradas están entre 9,4 y 11 cm, para una correlación boca-altura que corresponde a vasijas tipo ollas, según la clasificación de Guarch (1978).

Se ubicaron nueve decoraciones, en cinco casos elaboradas a partir de tiras aplicadas sobre el borde o los respaldos (vasijas 4, 5, 13, 16 y 17; Figura 5). Las restantes son un diseño de impresión de uñas paralelo al borde (vasija 3), un diseño de puntos en el reborde (vasija 20), una pequeña asa tabular horizontal con incisión en el borde (vasija 2; Figuras 4 y 5) y un asa tabular (vasija 6). Casi todas estas decoraciones poseen una estructura simple y se ornamentan únicamente con líneas incisas; sólo una de las vasijas naviculares, la número 6, posee un asa tabular horizontal ornamentada con líneas incisas y combinada con motivos incisos y posiblemente aplicados, que denota cierta complejidad. Respecto al total de frag-

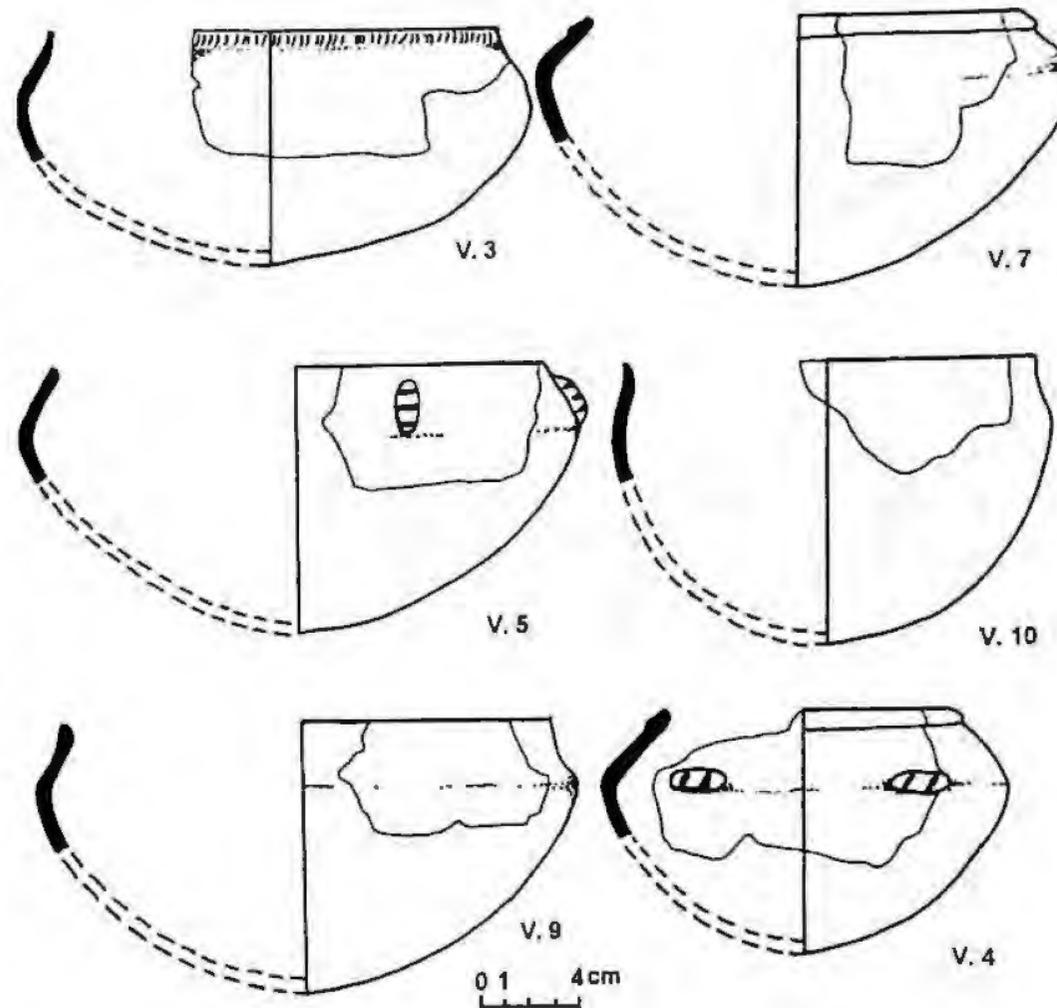


Fig. 4. Vasijas reconstruidas idealmente. Cueva Cerro de Los Muertos I.

mentos colectados en el sitio las decoraciones representan el 9,47 por ciento y respecto al total de vasijas, el 45 por ciento; es decir, casi la mitad de las vasijas recuperadas estaba decorada.

La cerámica del sitio es similar, en términos tecnológicos, morfológicos y decorativos, a la de otros residuarios agricultores

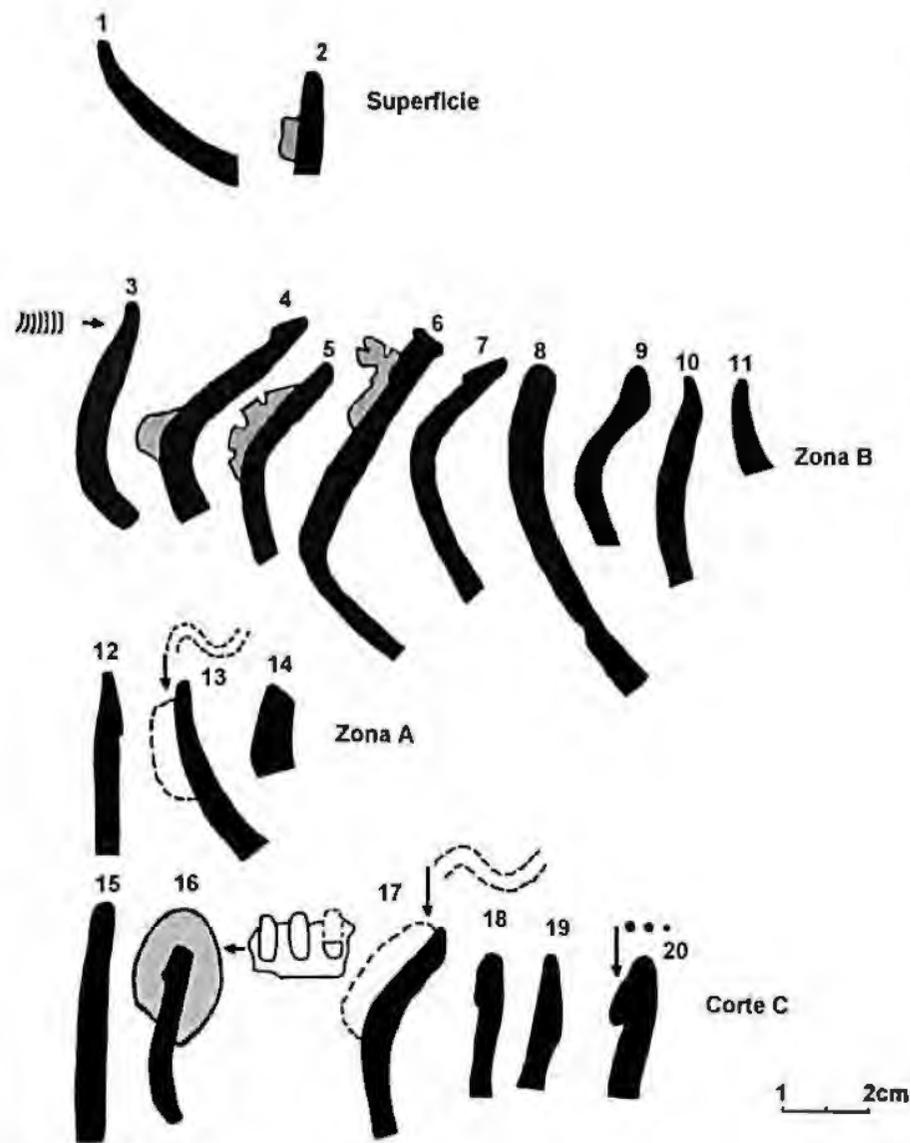


Fig. 5. Perfiles de los bordes de vasijas. Cueva Cerro de Los Muertos I.

del área arqueológica de Banes, según las descripciones disponibles (Jardines 1990; Jardines *et al.* 1994; Valcárcel 2002: 6), aunque resulta significativa la abundancia de decoraciones formadas por tiras aplicadas. Este tipo aparece en muchos yacimientos pero en general no tiene una alta presencia (Jardines *et al.* 1994; Valcárcel 2002: 122).

Por el momento —pues no disponemos de la posibilidad de realizar tales estudios—, es imposible precisar la funcionalidad de estos recipientes, a partir de análisis que valoren las propiedades físicas de la arcilla cocida o que identifiquen los residuos orgánicos absorbidos por la cerámica; sin embargo, se pueden hacer consideraciones en este sentido a partir de la formas de las piezas. Para algunos especialistas (Lumbreras 1987; Orton, Tyers y Vince 1997: 43), la forma es significativa en tanto debe haber cierta correlación entre función prevista y estructura de la vasija, algo no siempre coincidente con el uso real. Según Lumbreras (1987):

[...] funciones específicas están expresadas en la forma de las vasijas, a través de sus atributos morfológicos particulares: su tamaño, contorno, accesorios, etc. No tienen la misma estructura morfológica vasijas para contener líquidos que las que están destinadas al consumo de sólidos o a su preparación en la cocina. Estas diferencias de función están contenidas en los objetos mismos, en su forma, independientemente de lo que el arqueólogo quiera interpretar respecto a su uso e independientemente del contexto en el que pueda estar depositado el objeto, que nos aproxima a la inferencia de los "usos", más no necesariamente de su función social originaria. La clasificación funcional se refiere a esto último y por eso mismo, adquiere un alto nivel de objetividad, porque la organización de las vasijas según sus formas específicas no depende de las hipótesis o supuestos de los arqueólogos, o de su capacidad para abstraer tipos sino de atributos morfológicos concretos.

Los atributos estructurales usados por este autor para definir funciones son la condición de vasija cerrada o abierta y la relación de proporciones entre el cuerpo y la abertura. Como nuestras posibilidades de considerar la altura de las piezas y la magnitud del cuerpo son muy restringidas, suponemos una proporcionalidad que parte de las formas comunes en los recipientes aborígenes, estimada sólo en el caso de las vasijas reconstruidas (Figura 4). Por tanto, nuestro principal elemento de valoración es la condición de vasija abierta o cerrada establecida por Lumbreras (1987) en los siguientes términos: vasija cerrada es aquella donde el cuello o la abertura es más angosta que el diámetro estándar del cuerpo; la vasija abierta es la que reporta la posibilidad inversa. Para la muestra en estudio, donde pocos cuerpos pueden medirse, esta definición se ajustó —cuando los fragmentos de borde lo permitían— según la orientación de los respaldos y, en el caso de vasijas de perfil semiesférico, de los cuerpos. Si la orientación de estos es interior se consideran pertenecientes a una vasija cerrada, cuando es hacia el exterior se estiman parte de un vasija abierta.

Desde esta perspectiva se consideran vasijas cerradas las número 3, 4, 5, 6, 7, 9, 14, 16 y 17; y abiertas las número 1, 8, 10, 12 y 13 (Figura 5); en 6 piezas no pudo estimarse este parámetro (vasijas 2, 11, 15, 18, 19 y 20). Las cerradas pudieron usarse en labores de contención de sólidos y líquidos, con cierta permanencia aunque no muy extensa pues al tener una boca relativamente amplia podían darse intercambios con el ambiente. En el caso de las vasijas con bocas abiertas esta contención podría estar dirigida básicamente a sólidos, o a un depósito muy breve de sólidos y líquidos. En el caso de las vasijas 1 y 12, que pudieron ser bajas y tenían una boca muy abierta —aparentemente platos, según la clasificación de Guarch (1978)— se habría dificultado mantener el depósito de líquidos, dada la inestabilidad de estos.

Por la capacidad reducida de los recipientes 3, 4, 5, 7, 9, 10, donde se pudo calcular medidas (diámetro y altura probables), no debiera esperarse una contención relacionada con almacenamiento ni transporte,⁵ pues para estas funciones generalmente deben emplearse vasijas de gran capacidad y boca muy cerrada que evite derrames y contaminación, y facilite su cierre. Es más factible suponer su utilización en labores de cocción, preparación de comidas sin calor y servicio. En varias vasijas la relación con la coc-

ción de alimentos u otras sustancias, esta apoyada por las incrustaciones de hollín. En los recipientes 1 y 12 tampoco son previsibles funciones de almacenamiento, transporte y cocción pues su forma muy abierta y baja capacidad de contención facilita derrames e intercambio con el ambiente. Parecen ajustarse más a funciones de preparación de comida sin calor y a servicio.

De forma general estamos ante un conjunto de recipientes común en los sitios habitacionales, que puede relacionarse con labores domésticas, básicamente preparación de alimentos y servicio durante el consumo de estos. Resulta notorio, sin embargo, la abundancia de decoraciones. Su presencia es muy superior a promedio de lo reportado en los sitios de habitación y sugiere un nivel de selección de los recipientes con estas características. Aunque el yacimiento está alterado, y mucho material pudo ser extraído con anterioridad, es significativa la cantidad de bordes colectados, el gran tamaño de ciertos pedazos de vasijas y la pertenencia de diversos fragmentos a los recipientes definidos. Esto sugiere que esas vasijas no fueron tratadas como desechos y abandonadas al dañarse, parecen más bien piezas completas fracturadas cuando ya estaban dentro de la cueva o al entrar a esta.

La revisión de la distribución de la cerámica (Tabla 1) indica una importante concentración de los fragmentos en las zonas A y B (cerca de la entrada) y una fuerte dispersión de las vasijas, pues fragmentos de un mismo recipiente pudieron encontrarse a distancias grandes, dentro de la escala de la cueva, y en posiciones estratigráficas alejadas. El grueso de los fragmentos de la vasija 6, incluidos borde y decoración, se ubicaron en la zona B, sin embargo un pequeño pedazo del fondo se encontró en A, otro en superficie, aunque cerca de B, y un tercero en la superficie de C. Algo similar ocurrió con las vasijas 5 y 7 que tenían el mayor fragmento en B y una parte pequeña del borde en superficie y en A, respectivamente. Un fragmento de la vasija 3, cuya mayor parte estaba en B, se encontró en el corte C, en el nivel 0,40-0,50 m, y partes de una misma vasija se encontraron en distintos niveles de C.

Es notable la existencia en B de partes de vasijas bastante grandes, especialmente en el caso de las piezas 3, 4 y 6. De forma general, los fragmentos hallados en B son mayores que los encontrados en A, en C o en superficie. El hecho de que partes de

vasijas pertenecientes a piezas con sus fragmentos mayores en B, se encuentren en otras partes, pudiera entenderse como un probable movimiento de estos restos desde B. El principal nivel de deposición en B, inmediatamente después de las rocas caídas, se encuentra mucho más alto que los pisos de la superficie y de A, lo que facilitaría el arrastre de la cerámica hacia un punto más bajo; sin embargo, la cueva no parece haber tenido un escurrimiento de agua capaz de movilizar estas evidencias. Ante el estado de alteración del contexto es difícil llegar a una conclusión consistente sobre la ubicación original de los materiales; además, el hallazgo de un fragmento de la vasija 3, concentrada en B, en el nivel 0,40-0,50 m de C, zona muy removida, abre la posibilidad también de que este material fuera extraído del salón y transportado hacia B en un momento no precisable.

Restos óseos humanos

En el sitio se colectaron restos óseos en las distintas áreas trabajadas para un total de 2 517 evidencias distribuidas de la siguiente forma:

Superficie general:	223
Zona A:	98
Zonas A y B:	39
Niveles en C	
0,00-0,20 m:	850
0,20-0,30 m:	637
0,30-0,40 m:	224
0,40-0,50 m:	193
0,50-0,70 m:	230
0,70-0,80 m:	23

Las alteraciones del contexto provocaron pérdidas y la total mezcla de las osamentas. Los restos aparecieron muy dispersos y dañados, partidos en fragmentos pequeños, con medidas promedio de tres a ocho cm. Esto se nota sobre todo en el corte C, donde se encuentran en mayor cantidad, aunque bajo las rocas de la zona B, en el primer nivel de la zona A y en los últimos estratos del corte C, se obtuvieron algunas partes relativamente grandes. El inventario de estos últimos huesos permitió identificar, en

las zonas A y B, restos en apariencia pertenecientes a tres individuos. En este caso, la identificación se basó en rasgos sexuales de diagnóstico. Por las diferencias de coloración se distinguieron tres conjuntos que debieron haber estado depositados en contextos diferentes. Por no repetirse los tipos de huesos dentro de cada coloración, y ser de un mismo sexo, puede quizás tratarse, en cada conjunto, de una persona.

Número 1. Restos que pueden atribuirse a un adulto masculino, de coloración amarillenta, probablemente causada por óxidos de hierro hidratado, como la limonita, presentes en el suelo.

2 fragmentos de húmero (diáfisis).

2 fragmentos de fémur (diáfisis y cabeza).

Número 2. Huesos que pueden atribuirse a un adulto femenino, de coloración pardo oscura probablemente causada por una combinación de hematita, limonita y óxidos ferrosos con materia orgánica y los productos de su descomposición, presentes en el suelo.

Fragmentos de cúbitos (izquierdo y derecho; diáfisis).

Fragmentos de radio (izquierdo y derecho; diáfisis).

Fragmento de coxal (faceta auricular, escotadura ciática mayor; aspecto femenino).

Número 3. Huesos que pueden atribuirse a un subadulto (adolescente), probablemente femenino. Coloración pardo clara. Presenta sólo 2 huesos del antebrazo: cúbito y radio. Por su coloración y consistencia no parecen haber estado sometidos a los mismos procesos tafonómicos que los esqueletos 1 y 2.

La revisión de los restos de los diversos puntos muestra que no se repiten estructuras óseas, no se observan huesos completos y la mayor parte reporta una pérdida de más del 50 % de su área total. Algunos huesos muestran una coloración pardo oscura con una constitución compacta, aparentemente conseguida debido al tipo de suelo donde han estado depositados (ver datos de individuo número 2); este material, muchas veces con huellas de exposición al fuego, tiende a reportarse en zonas interiores de la

cueva. Otras osamentas difieren en la coloración pues tienen un tono pardo amarillento (ver datos de individuo número 1), con una constitución porosa y con mayores secuelas de deterioro, en apariencia causado por la exposición a las aguas de escurrimiento en zonas de la entrada de la caverna.

No se detectaron lesiones en los huesos indicadoras de patologías, traumatismos o trastornos fisiológicos. El tamaño de los pocos huesos largos exhumados sugiere individuos de baja estatura, es decir, confirman la talla pequeña atribuida a los aborígenes de las Antillas desde la época del descubrimiento. Los fragmentos de cráneo rescatados no permitieron comprobar deformaciones y su anatomía no aporta datos de interés.

Aspectos odontológicos

El mal estado de conservación de los remanentes óseos humanos condujo a la utilización de los dientes como fuente de información más confiable. Estas estructuras permiten, mediante el uso del método iterativo de Toribio y Rivero de la Calle (1993), determinar con relativa precisión el número de enterramientos en un sitio funerario y considerar datos relacionados con la edad y el tipo de alimentación, entre otros aspectos.

La muestra dentaria, compuesta por 50 piezas, fue sometida a un análisis morfológico comparativo previo, mediante el cual se lograron detectar tres incisivos y un canino en forma de pala, correspondientes a diferentes individuos. La forma de pala es un rasgo muy típico de la población mongoloide, dato que al apoyarse en las similitudes de la cerámica encontrada en el sitio con la de otros yacimientos arqueológicos agricultores del área arqueológica de Banes, permite relacionar los restos con los de una comunidad aborigen de tal filiación cultural.

Estimación del número mínimo de individuos enterrados (NMI)

Realizar el censo funerario basándose sólo en las piezas dentarias resulta una tarea difícil, por ello, para garantizar una mayor exactitud en los resultados, se solicitó la valiosa colaboración de la doctora Beatriz Pino Blanco, especialista en anatomía

dentil y del doctor Elicio Peña Félix, especialista en estomatología legal, ambos profesores de la Facultad de Ciencias Médicas de Holguín.

Se identificaron siete premolares superiores izquierdos, indicio de la existencia de al menos, siete individuos. En las piezas restantes se distinguían por una marcada atrición dentaria, un segundo molar izquierdo superior y su homólogo inferior. Estas piezas no parecían corresponderse con los anteriores premolares citados, lo cual permite deducir que se trataba de otro individuo incluido en el área de enterramientos, completándose el número mínimo de individuos en una suma de ocho. Los dientes relacionados con esta cifra pudieron o no pertenecer a los 3 individuos distinguidos a partir del esqueleto axial, por lo que la cantidad conseguida mediante el estudio de los dientes, mucho más confiable, es la usada como dato conclusivo.

Estimación de la edad

Aunque utilizar los dientes para el propósito de estimación de la edad tiene amplias posibilidades de error, en ocasiones esta solución resulta imprescindible dada la ausencia de otros datos (Genovés 1982). El estudio en este sentido se realizó con el total de la muestra (50 piezas) en la cual no se hallaron dientes deciduos, indicio de que todos los individuos detectados sobrepasaban la edad de 11 años. Se utilizaron los mismos premolares con los cuales se determinó el número mínimo de individuos, apoyándonos en observaciones específicas efectuadas en otros dientes.

El grado de desgaste de los dientes resultó el indicador fundamental para el análisis. Este método es más confiable para manejar la muestra pues se conoce el comportamiento de los desgastes en Chorro de Maíta y existen datos sobre los hábitos alimentarios en sitios de la región. En un primer grupo de cuatro individuos, el desgaste es tan leve que sólo ocasiona una delgada disminución de la capa de esmalte. El buen estado de conservación de estos dientes, en todos los sentidos, permite considerarlos como pertenecientes a individuos no mayores de 20 años de edad.

El otro grupo, bien diferenciado, está compuesto por tres ejemplares en los cuales el desgaste interesó la dentina y ocasionó

una transformación de la anatomía del premolar, al disminuir y casi aplanar las cúspides. Estos dientes, casi íntegros, pertenecieron a personas adultas aún jóvenes, que pudieron tener una edad comprendida entre 20 y 30 años.

Por último, se sumaron al análisis dos molares severamente desgastados, los cuales fueron sometidos a procesos abrasivos prolongados que desbastaron gran parte de la corona y llegaron a la pulpa. En ellos también se observa un ligero deterioro en el tejido de las raíces, lo cual indica un incipiente proceso de envejecimiento no atípico en estas comunidades aborígenes, en razón del enfrentamiento a condiciones agresivas causantes del aceleramiento degradatorio de los procesos anatomofisiológicos. Este individuo se ha estimado superior a los 30 años de edad.

En resumen, la edad esquelética aproximada de los individuos cuyos dientes permitían determinar este aspecto fueron las siguientes:

Edad aproximada	Cantidad de individuos
15 a 20 años	4
20 a 30 años	3
más de 30 años	1

Patologías dentarias

Estuvieron referidas básicamente a caries y atrición aunque se reporta un caso de hipoplasia (Tabla 2).

Atrición dentaria

Para el estudio del desgaste dentario se ha utilizado la tabla propuesta por Nelson (1938) para evaluar ese carácter, en la cual el autor establece cuatro categorías:

1. Cúspides dentarias desgastadas pero la dentina no queda expuesta.
2. La dentina queda expuesta, pero no hay contacto entre los canales de la corona.
3. La dentina queda expuesta y los sistemas de canales se unen.

4. El grado de abrasión es tal que queda expuesta la pulpa dentaria.

En el análisis de la muestra se obtiene que el 28 % de las piezas presenta algún grado de desgaste; no se encontraron diferencias significativas en este sentido entre los dientes superiores e inferiores. Tampoco existe desigualdad marcada entre la dentición anterior y la posterior en cuanto a la frecuencia de dientes con abrasión y grado de desgaste.

El 84 % de las piezas con desgaste presentan una abrasión del grupo 1, según Nelson (1938); 12 % aparece con afectaciones más pronunciadas y llega a incluirse en el grupo 2 y sólo 4 % es considerado en el grupo 4 de la referida tabla.

El hecho de que en estos dientes predomine un tipo de desgaste poco pronunciado y una situación de atrición poco diferenciada, tanto entre piezas superiores e inferiores, como entre la dentición anterior y posterior, sugiere dos direcciones interpretativas: 1) se trata de individuos muy jóvenes que no han enfrentado prolongados procesos de desgaste o 2) la comunidad en que se desarrollaron apenas consumía alimentos contaminados con sustancias duras debido a un mal descarnado o por los desprendimientos de material de los morteros de piedra, entre otros motivos. Ambos factores pudieron actuar, para favorecer el estado de conservación de estas piezas dentarias.

Al estudiar los tipos de atrición, de acuerdo con la forma del desgaste, se observa el predominio, entre los dientes incisivos, del tipo de desgaste plano; sin embargo, se detectan dos piezas superiores con un desgaste biselado hacia la cara lingual. Este tipo de abrasión se asocia con prácticas de procesamiento de determinados vegetales con cáscara muy dura. Otros autores (Cheuviche 1992: 92) sugieren que tal desgaste se encuentra en América del Sur como resultado del uso repetido de los dientes en tareas artesanales.

Los caninos presentan desgastes planos, chanfleados y redondeados, un poco más acentuados que en los incisivos. En los premolares hay desgastes planos y redondeados, con predominio de estos últimos, sin que se llegue a borrar la forma bicúspide. Los molares muestran abrasión plana, que en ocasiones logra disminuir las cúspides y hace más simple la accidentada superficie oclusal de estas piezas.

Todavía sigue siendo una cuestión controvertida, hasta qué punto el desgaste en el hombre primitivo, antiguo y moderno es consecuencia de las sustancias abrasivas del alimento, o por el contrario, se debe al carácter duro y fibroso de alimentos que requieren una masticación fuerte y prolongada (Brothwell 1987). La mayor parte de los dientes de esta muestra presentan un desgaste parecido al de una población civilizada actual, muy diferenciado del desgaste de los dientes de los esqueletos del cementerio de Chorro de Maita, donde la atrición es mucho más marcada en todos los grupos de edades (Rodríguez y Fariñas 1994).

Caries

Los estudios de caries en poblaciones aborígenes se han realizado en distintas formas; se ha analizado la prevalencia de la patología por individuo, por arcada dentaria y por los tipos de dientes. Este último sistema es el usado aquí por considerarlo más útil.

El primer aspecto notable es la pertenencia de todas las piezas afectadas a la dentición permanente de individuos que no rebasaban los 30 años de edad. Se detectan ocho piezas cariadas para un 16 % de la muestra (Tabla 2). El 50 % de las mismas pertenecen al maxilar superior y el 50 % restante a la mandíbula. La misma proporción se presenta entre los premolares y molares dañados. Aunque se desconocen los factores con mayor responsabilidad en estas afecciones, un comportamiento tan homogéneo permite suponer que tales factores actuaron con similar intensidad sobre los diferentes componentes de esa población.

La ausencia de caries en la dentición anterior (incisivos y caninos), apunta hacia una dieta con predominio de los alimentos de origen animal, como mamíferos terrestres, aves, saurios, quelonios, peces y moluscos. La ingestión de carne favorece la higiene bucal, pues estos alimentos realizan la función de sustancias detergentes; es por ello más frecuente encontrar un menor índice de caries en poblaciones de cazadores-pescadores que en las comunidades agricultoras. Como se conoce, estas últimas consumían un mayor número de productos vegetales, fundamentalmente tubérculos y granos que proporcionaban una ingestión más alta

Dientes	Presentes		Caries		Hipoplasia		Atrición	
	No	%	No	%	No	%	No	%
Maxilar (total)	26	52					6	12
Incisivos	2	4			1	2	1	2
Caninos	3	6					2	4
Premolares	13	26	1	2			1	2
Molares	8	16	3	6			2	4
Mandíbula (total)	24	48					8	16
Incisivos	3	6					2	4
Caninos	3	6					2	4
Premolares	10	20	3	6			2	4
Molares	8	16	1	2			2	4
Total general	50		8	16	1	2	14	28

de carbohidratos, los cuales, por su forma de descomposición, se alojan con mayor facilidad en las pequeñas cavidades de la superficie oclusal y propician la formación de caries.

En estudios efectuados en Cuba en poblaciones actuales (Rivero de la Calle 1985) se detectó una incidencia de caries de un 36 % en mandíbulas masculinas y de un 52 % en las femeninas. Rodríguez y colaboradores, en 1980, al analizar 23 mandíbulas aborígenes de nuestro país, sin diferenciación de sexo, encontraron

un 34 % de piezas cariadas (Rivero de la Calle 1985). Los resultados anteriores al ser comparados con la muestra de estudio, denotan que los individuos enterrados en la cueva Cerro de Los Muertos I tuvieron una notable higiene bucal.

RESTOS FAUNÍSTICOS RESCATADOS

Lista taxonómica general

Moluscos terrestres	Número de individuos
<i>Caracolus sagemon</i>	2
<i>Zachrysia sp.</i>	2
<i>Cerion sp.</i>	3
<i>Polymita muscarum</i>	2
Moluscos marinos	
<i>Tectarius muricatum</i>	2
<i>Cittarium pica</i>	3
Crustáceos terrestres	
<i>Gecarcinus ruricola</i>	10
Mamíferos terrestres	
<i>Capromys pilorides</i>	3

El material faunístico recuperado constituye una muestra poco significativa para fines de estudio pues proviene de contextos con elevada alteración antrópica y está formado por un reducido número de ejemplares por taxón. Se lograron coleccionar seis especies de moluscos; cuatro terrestres: *Polymita muscarum*, *Caracolus sagemon*, *Cerion sp.* y *Zachrysia gundlachiana*, y dos marinas: *Tectarius muricatum* y *Cittarium pica*. Los moluscos terrestres aún se encuentran en el bosque cercano al sitio y las especies marítimas habitan en zonas de arrecifes del supralitoral y el mediolitoral, respectivamente, y sus conchas son abundantes en la zona intermareal de la costa atlántica del este de Cuba.

Estas conchas pudieron haber llegado por causas naturales a la cueva. Los moluscos terrestres quizás fueron arrastrados por el agua que desciende por las paredes del cerro durante las lluvias y los ejemplares marinos pudieron haber sido acarreados por can-

grejos ermitaños, los cuales emplean con preferencia estos tipos de conchas de gasterópodos como habitáculo y pueden desplazarse a distancias considerables de la costa.

El hallazgo vestigial de garlios terminales del cangrejo rojo (*Gecarcinus ruricola*), también pudiera conducir a la interpretación de que estos decápodos terrestres, capaces de separarse de la costa hasta 15 km, pudieron alcanzar el cerro en sus desplazamientos mediterráneos.

Se lograron encontrar huesos de mamíferos terrestres, correspondientes a los roedores más representativos de las Antillas: las jutías. Se identificaron tres ejemplares de la especie *Capromys pilorides*, conocida en Cuba como jutía conga, la especie que alcanza mayor desarrollo corporal y dispersión en todo el archipiélago. Estos huesos pudieran ser restos esqueléticos de animales moribundos refugiados en la cueva, pues las jutías son visitantes ocasionales de las cavernas; sin embargo, la conjunción en un contexto arqueológico de estas y las otras especies referidas, que en todos los casos constituyen remanentes dietarios típicos de comunidades aborígenes, hace admisible la posibilidad del manejo antrópico de tales restos faunísticos.

Las jutías son uno de los animales más consumidos y el de mayor utilidad subsistencial en la dieta de las comunidades agricultoras. Los cangrejos son los crustáceos reportados con mayor frecuencia y abundancia en los residuarios de esta filiación cultural y constituyen uno de los componentes más estables dentro de los remanentes dietarios de esas comunidades. Los moluscos encontrados también son comunes en sitios arqueológicos, manejados como alimento humano. Con tales referencias y dado el carácter del sitio y los datos sobre la aparición de vasijas con restos de alimentos en contextos similares (Miguel 1949), es posible que estemos ante restos de comidas llegadas al lugar como ofrendas mortuorias.

OTROS MATERIALES

Se coleccionó una cuenta elaborada en cuarcita de color blanco. La pieza es de forma cilíndrica y tiene 0,7 cm de diámetro y 0,5 cm de alto. Se obtuvo en el nivel 0,40-0,50 m del corte C y pudo

pertenecer a algún adorno corporal usado por los individuos enterrados. Este reporte no es común en cuevas.

VALORACIÓN GENERAL

Cualquier consideración sobre el significado del registro arqueológico de cueva Cerro de Los Muertos I, está limitada por el estado de alteración del contexto y por las dificultades para reconocer cuáles eran sus condiciones originales y en qué medida han sido afectadas. Los testimonios recogidos por Rouse (1942: 98) señalan procesos de desaparición de deposiciones y de extracción de evidencias. El estudio de la distribución de la cerámica prueba traslados de fragmentos dentro de la cueva y remoción de las capas estratigráficas, algo similar ocurre con los restos humanos, reducidos a pequeños pedazos y movidos de su ubicación original, que fueron afectados por procesos mecánicos y por la acción del fuego o del agua. Ante esta situación nuestras valoraciones han debido restringirse a observaciones que atañen básicamente al carácter de los materiales recuperados y evitan planteamientos interpretativos amplios.

El reporte casi exclusivo de restos humanos y cerámica indica la funcionalización eminentemente funeraria de este contexto. Allí no aparecen artefactos de trabajo, huellas de labores productivas o domésticas y aunque no podemos asegurar que nunca existieron, pues pudieron estar representadas de forma mínima como expresión de un uso ocasional o temporalmente limitado, es difícil considerar una extracción selectiva de estas.

Los rasgos de la cerámica, la presencia de los dientes de pala y la similitud de este contexto con registros funerarios de aborígenes agricultores ubicados relativamente cerca, indica que estamos ante un espacio mortuario de grupos con esta filiación cultural. La ubicación de los restos, depositados casi en superficie, bajo las rocas, o enterrados hasta profundidades entre 0,70 y 0,80 m, y la estructura de la cueva, con una pequeña zona de caída vertical y un salón con una capa de suelo bastante gruesa, sugiere que los cuerpos pudieron ser lanzados, depositados o enterrados. Esta última práctica parece ser la referida en los testimonios recogidos por Rouse (1942: 98).

Es difícil establecer cuándo los huesos y la cerámica encon-

trada a la entrada de la cueva, atrapada bajo las rocas, quedaron en esta situación y cómo se efectuó el movimiento de recipientes cuyas partes aparecen dispersas en este punto y también enterradas en el fondo del salón; sin embargo, por la similitud en la coloración de algunos de estos huesos (ver individuo número 1), y dada las huellas de daños causados por el agua, que sólo actúa de forma sensible en este punto, no debe excluirse que tales restos tuviesen allí su ubicación original, antes de ser removidos y cubiertos por derrumbes ocasionales o rocas lanzadas desde el exterior.

Aunque algunos huesos aparecen quemados, no puede estimarse una acción de cremación intencional como la visible en muchas cuevas del extremo oriental cubano (Tabío 1963; Guarch 1978 y 1996), pues tales huesos no son muy abundantes y por su coloración no parecen haber estado expuestos a temperaturas muy altas, ni existen capas de ceniza asociables con huesos incinerados.

La determinación de la presencia de, al menos, 8 individuos, y el elevado reporte de fragmentos óseos sugiere, al evaluar el espacio disponible, un empleo intenso del lugar y la posibilidad de ubicación de un número mucho mayor de restos humanos. El estudio de estos apunta, tentativamente, hacia una población con una esperanza de vida corta, a juzgar por el predominio de individuos con menos de 30 años de edad.

En el análisis odontológico se pudo observar que el proceso abrasivo de la mayoría de las piezas fue ligero y con huellas de desgaste poco diferenciadas, lo cual es característico de individuos con similares costumbres alimentarias. El bajo número de caries y de otras patologías bucales, apunta hacia un estado de salud equilibrado en personas con hábitos de consumo parecidos. Este dato y el reporte de tres incisivos pertenecientes a distintos individuos y con la peculiar forma de pala, anomalía reportada de forma discontinua entre comunidades aborígenes y cuya coincidencia en un mismo registro abre la posibilidad de asumir nexos sanguíneos, indica que quizás estamos ante restos con cierto nivel de vínculo parental.

La presencia de partes de vasijas de barro que parecen haber sido depositadas completas en la cueva y su proximidad a los restos humanos en un contexto sin evidencias de actividades domésticas,

sugiere su empleo como ofrendas. Este uso está reportado en el cercano residuo habitacional de El Porvenir (Miguel 1949) y en cuevas no muy alejadas como El Jobo (Rouse 1942: 88) y Cuatrocientas Rozas (Rouse 1942: 65). Es probable que algunas de estas vasijas contuvieran los posibles restos de dieta encontrados en el sitio, aunque parece que antes de usarse en este sentido debieron emplearse en labores de preparación de alimentos y de servicio durante el consumo de estos.

Las decoraciones en gran parte del material cerámico indican un nivel de selección de los recipientes, por lo que debe considerarse que aunque no estamos ante una cerámica elaborada con fines funerarios, sí pudieron manejarse normas estéticas, simbólicas o de otro tipo, reguladoras del proceso de definición de las vasijas utilizadas en este sentido.

La probable existencia de tales normas se ve apoyada por la reiteración de importantes caracteres cerámicos de este sitio, en material asociado con entierros y colectado en otros lugares, en contextos no alterados. Específicamente, hay algún nivel de correspondencia en la abundancia de elementos decorativos, la simplicidad de formas y el predominio de contenedores de dimensiones medianas, respecto a los rasgos de piezas halladas junto a entierros en el yacimiento El Porvenir (Miguel 1949).

En lo referido a estos aspectos, son significativas las dimensiones porque pueden remitir, al ser piezas menores, a la idea de recipientes de uso limitado, quizás individual, en contraposición con el uso colectivo que tendrían grandes ollas de cocina o vasijas de almacenamiento. En estos términos es posible que los recipientes fueran al entierro no sólo por sus peculiaridades funcionales, sino también por la relación que pudieron tener con el difunto.

La forma de la entrada de cueva Cerro de Los Muertos I, que da un acceso restringido y permite su tapiado, distingue a esta de otras cavernas ubicadas en el cerro y quizás fue un motivo de selección del lugar para usos funerarios. Es notorio que la mayor parte de la cerámica se concentra cerca de esta área, donde son menos frecuentes los huesos, y que en el interior de la caverna se produce una situación inversa. Esto puede deberse al trasiego de materiales por buscadores de objetos arqueológicos y no al manejo dado por los aborígenes al lugar, sin embargo, no es

descartable que estemos ante indicios de una funcionalización donde se priorizaba al umbral como zona de recepción de ofrendas y al salón, como espacio de depósito de los cuerpos.

El resultado del estudio de los materiales colectados en cueva Cerro de Los Muertos I es un nuevo elemento que prueba la importancia dada a las cavernas como lugares mortuorios, por los aborígenes agricultores. La presencia de ofrendas, los indicios de selección de contenedores relacionados con estas y de adornos corporales, señalan ritos funerarios de cierta complejidad y el valor atribuido a las circunstancias de paso a una nueva existencia. La constatación cuidadosa de tal situación en Yaguajay, donde también se reporta el empleo mortuario de espacios despejados, muestra una variedad de prácticas funerarias que nos remite a la riqueza espiritual de estas sociedades y a la diversidad de los procesos culturales verificados en la zona.

NOTAS

¹Rouse (1942: 149) refiere 16 cuevas funerarias. El Departamento Centro Oriental de Arqueología obtiene información sobre cuatro, dos de ellas (Guarch *et al.* 1980) ya señaladas en la obra de Rouse (1942: 149 y 150), Nando Reyes y Limones, aunque con otra categoría, y dos reportadas con posterioridad a ese trabajo: cueva de La Celba (Guarch *et al.* 1980) y Juan Claro (Valcárcel *et al.* 2002).

²Las fechas más tempranas son de 1000 ± 105 A.P. (950 ± 105 de nuestra era) (MO - 399, carbon vegetal) en Aguas Gordas y de 880 ± 69 A.P. (1070 ± 60 de nuestra era) (Beta - 148961; carbón vegetal; $d 13c / 12c = -25.0 \%$) en Potrero de El Mango (Valcárcel 2002: 140-143).

³Puesto que Rouse (1942) menciona varias cuevas llamadas Los Muertos y que en el cerro hay más de una cueva, decidimos denominar la caverna en estudio, a los fines del proyecto en ejecución, Cerro de Los Muertos I.

⁴La resistencia a la fractura recuerda la dureza de cerámicas encontradas en sitios de esta área, como Chorro de Maita, El Porvenir y otros, cuyo índice promedio es de 4 a 5,5 en la escala de Mohs (Valcárcel 2002: 62).

⁵Se usan las categorías funcionales definidas por Rice (1987) —almacenamiento, cocción (preparación de comida mediante calor), preparación de comida sin calor, servicio y transporte— según las mencionan Orton, Tyers y Vince (1997: 246). Es conveniente apuntar que en el caso cubano hay pocos estudios sobre función y que de manera general en nuestros sitios se encuentran escasas vasijas de boca muy cerrada y cuerpo grande, las cuales estructuralmente debieran ser las más adecuadas para almacenamiento y transporte. Pudiera atribuirse esta función a contenedores de otros materiales, sin embargo, no podemos excluir que las vasijas tipo olla, las más comunes en nuestros registros, cumplieran también tal tarea.

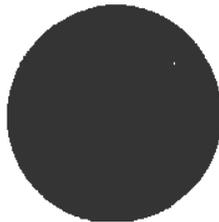
BIBLIOGRAFÍA

- ② Brothwell, D. (1987): "Desenterrando huesos". México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- ② Cheviche, L. M. (1992): "Biología de grupos indígenas prehistóricos del sudeste de Brasil As Tradicoes Itaipu e Una" en *Prehistoria Sudamericana. Nuevas perspectivas*. Washington D. C., Editorial Taraxacum.
- ② Genoves, S. (1982). *Estimación de la edad y mortalidad*. México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- ② Guarch Delmonte, J. M. (1978): *El Taino de Cuba*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba
- ② ——— (1979): "Datos de exploración del Cerro de Los Muertos" (inédito). Archivos del Departamento Centro-Oriental de Arqueología, Holguín.
- ② ——— (1996): "La muerte en Las Antillas: Cuba" en *El Caribe Arqueológico*, No. 1, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.
- ② Guarch Delmonte, J. M., P. Pérez, y J. Guarch Rodríguez (1980): "Informe del Tema 000144300. Investigación de las potencialidades arqueológicas del área 01 de la Provincia Holguín" (inédito). Departamento Centro-Oriental de Arqueología, Holguín.
- ② Jardines, J. E. (1990): "Variante cultural Bani" (inédito). Departamento Centro-Oriental de Arqueología, Holguín.
- ② Jardines, J. E., R. Valcárcel, J. C. Agüero y R. Pedroso (1994): "Estudio y caracterización de la cerámica de las comunidades aborígenes de la etapa de economía productora de la provincia de Holguín" (inédito). Departamento Centro-Oriental de Arqueología, Holguín.
- ② — Lumbreras, L. G. (1987): "Estudios de cerámicas arqueológicas" en *Revista Andina*, No. 13, Año IV, marzo.
- ② Miguel Alonso, Orenco (1949): "Descubrimiento y excavación de un montículo funeral en el potrero 'El Porvenir'" en *Arqueología y Etnología*. Año IV, No. 8-9, Segunda Epoca, La Habana.
- ② Nelson, C. T. (1938): "The teeth of the Indians of Pecos Pueblo" en *American Journal of Physic Anthropology*. Volumen 28.
- ② Orton, C., P. Tyers y A. Vince (1997): *La cerámica en arqueología*. Barcelona, Grijalbo Mondadori.
- ② Rice, P. M. (1987): *Pottery analysis: a sourcebook*. University of Chicago Press.
- ② Rivero de la Calle, M. (1985). *Nociones de anatomía humana aplicadas a la arqueología*. La Habana, Editorial Científico Técnica.
- ② Rodríguez, C. A y M. Fariñas (1994): "Estudio de las características odontológicas de los esqueletos exhumados en el cementerio aborígen El Chorro de Maíta" (inédito). Resultado de Tarea Científica, Academia de Ciencias de Cuba, La Habana.
- ② Rouse, I. (1942): *Archeology of the Maniabon Hills, Cuba*. New Haven, Yale University Press.
- ② Tabío, Ernesto E. (1963): *Arqueología espeleológica de Cuba*. Serie Espeleológica y Carsológica No. 27, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, Departamento de Antropología.
- ② Tabío, E. y E. Rey (1985): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- ② Torbio, L. R. y M. Rivero de la Calle (1993): "Método iterativo para la determinación del número de enterramiento en un sitio funerario" en *Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas México*
- ② Valcárcel, R. (2002): *Banes precolombino. La ocupación agricultora*. Holguín, Ediciones Holguín.
- ② Valcárcel, R., C. Rodríguez, L. Pérez y otros (2002) "Informe de exploración arqueológica en la zona Samá-Guardalavaca" (inédito). Departamento Centro Oriental de Arqueología, Holguín.



OQUEDADES CÁRSICAS: FAUNA PLEISTOCÉNICA Y EVIDENCIAS ARQUEOLÓGICAS. PROVINCIA DE VILLA CLARA, CUBA

GERARDO IZQUIERDO DÍAZ
RICARDO SAMPEDRO HERNÁNDEZ
RAÚL VILLAVICENCIO FINALÉ



Plato con diseño circular,
cerámica pintada

Izquierdo y Sampedro son investigadores auxiliares del Centro de Antropología del CIMMA, en Ciudad de La Habana, Villavicencio es especialista de la Oficina de Medio Ambiente de Villa Clara

INTRODUCCIÓN

En 1995 ya se habían advertido con claridad nuevas y diversas características en las comunidades aborígenes preagroalfareras portadoras de tradiciones paleolíticas en la provincia de Villa Clara, en la parte norte del centro de la isla.

Dichos hallazgos estaban relacionados con la aparición de artefactos de piedra tallada desconocidos hasta ese momento en Cuba y el área del Caribe (Febles y Villavicencio 1994, Morales 1997, Sampedro *et al.* 2001a, b, c, y Sampedro e Izquierdo 1998), así como en manifestaciones diferentes, en cuanto a tipología de artefactos líticos e industrias confeccionadas en esta materia prima, las cuales diferían con objetividad de las tradiciones paleolíticas estudiadas en las cuencas de los ríos Seboruco y Lovisa, en la provincia de Holguín, en el oriente del país (Febles 1990).

Estas nuevas particularidades, que incluso en el ámbito tecnológico sugerían una antigüedad mayor que la conocida para Cuba hasta esos momentos ($5\ 140 \pm 170$ AP; Pino 1995), estimularon en gran medida las prospecciones arqueológicas en todo el territorio que ocupa la provincia de Villa Clara.

El objetivo central de las pesquisas fue obtener la mayor información posible para formular una explicación coherente en cuanto a la presencia de estas probables tradiciones líticas en el territorio, inusuales, originales y sugerentes.

Es en este marco que, entre 1997 y 1998, se realizaron prospecciones tentativas y más tarde excavaciones en oquedades cársicas donde había restos óseos de fauna extinta, al parecer remanente del período geológico pleistoceno, conjuntamente con restos de la industria lítica reportada en la provincia. Esto es el caso de la solapa del Motalocnus, ubicada en el área arqueológica de Charcón, Municipio de Corralillo, provincia de Villa Clara.

Las investigaciones en este lugar, más que brindar resultados

polémicos, pues fueron interpretados de diferentes maneras por los especialistas, dejaron claro un aspecto esencial: la posibilidad de que contribuyeran al esclarecimiento del accionar de las comunidades aborígenes tempranas de Cuba, con independencia del valor paleontológico de las evidencias.

CARACTERÍSTICAS GENERALES

Los lugares descritos en el presente trabajo constituyen especies de furnias u oquedades cársicas que durante la mayor parte del año, y desde tiempos muy remotos, se encuentran inundadas de agua. En su interior, los procesos naturales de deposición exhiben materia orgánica en constante descomposición, tanto de origen animal como vegetal, turba arcillosa o limo muy fino, todo mezclado y obtenido en las excavaciones en forma de grandes porciones de cieno pastoso que es necesario cribar con el empleo de agua a fin de aislar los posibles objetos.

Generalmente estas oquedades han sido abiertas por las aguas en proceso de soliflucción o también como agente erosivo; son estrechas y no muy profundas, y la mayoría en forma de embudo, lo cual establece diferencias notables en relación con los que pudieran ser recintos cavernarios de suficiente amplitud y una buena parte de sus pisos secos, como para ser hipotéticamente habitados.

El hecho de permanecer largos períodos de tiempo con agua en su interior debe de haber influido de manera positiva en el hábitat de algunos animales y del propio hombre. Aún hoy, en períodos de bajas precipitaciones, es común ver a los campesinos extraer agua de estos huecos, valiéndose de diferentes medios, para suministrarla al ganado vacuno.

Las marcas de agua en la oquedad del Cocodrilo, indican que en ocasiones esta ocupó toda su capacidad, o sea, entre 4 y 5 metros de altura.

Para la arqueología y la paleontología estos lugares no son nada nuevos (Bahn y Renfrew 1993; (Álvarez Conde 1961); la inspección tentativa de la solapa del

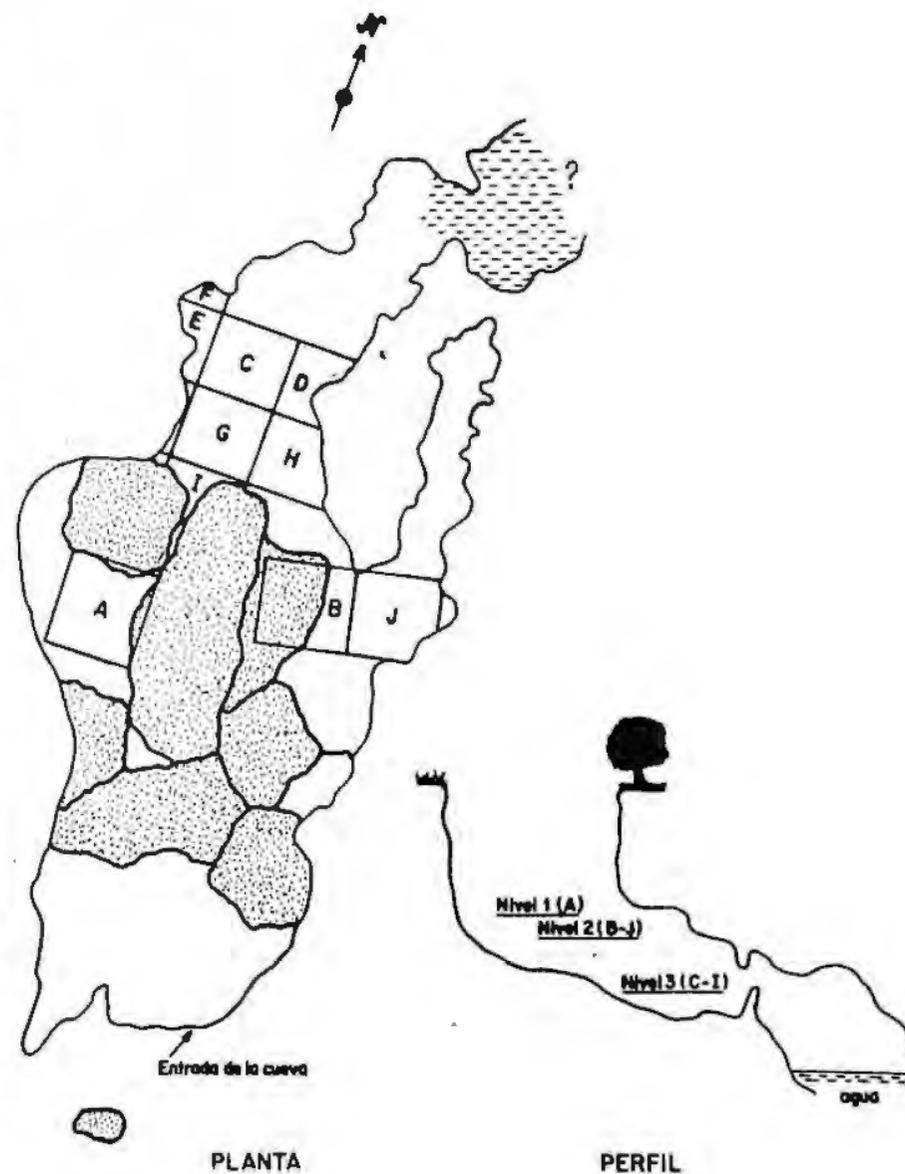


Fig. 1. Plano de la oquedad cársica del Cocodrilo.



Fig. 2. Dibujo de huesos de *Megalocnus rodens* con huellas que semejan cortes. Oquedad cársica del Cocodrilo.

Megalocnus, antes mencionada, mostró restos óseos de animales, en ocasiones de grandes dimensiones y correspondientes en algunos casos a fauna pleistocénica. Por ello, se comenzó de inmediato la excavación controlada del lugar en donde, entre grandes cantidades de materiales diversos, fueron extraídos abundantes restos óseos de *Megalocnus rodens*, *Mesocnus* y *Neocnus*, así como de cocodrilos, de ejemplares adultos, jóvenes y pequeños; algunos de los huesos de *Megalocnus rodens* presentan huellas que pudieran ser producidos por cortes. No obstante, se realizan estudios traceológicos para verificar si poseen causa antrópica, de roedores o mecánica (Figuras 2, 3, 4, 5). También aparecieron numerosos especímenes del género *Capromys*, aves zancudas y de rapiña, batracios, tortugas terrestres —testudos—, y otras especies ya extintas.

Mezcladas con el material extraído, fueron hallados fragmentos de rocas silicificadas que fueron interpretados, por algunos de los participantes en los trabajos de excavación, como artefactos líticos obtenidos a partir de la talla y con retoque intencional, lo cual, en este caso particular, no ha sido compartido por especialistas del Centro de Antropología, quienes han observado detenidamente dichos materiales líticos y sólo advierten escasos restos lascados sin retoques secundarios o huellas de uso.

Resulta incuestionable que desde el punto de vista paleontológico el lugar es relevante, aunque en la provincia y el resto del país existen otros lugares similares, de mucha importancia arqueológica y paleontológica (Álvarez Conde 1961). Esta es la primera vez que, en Cuba, estas oquedades cársicas son trabajadas de manera controlada científicamente, en cuanto a la estratigrafía y control del material exhumado.

Las evidencias arqueológicas de sílex y otras rocas silíceas, y su posible asociación con el material óseo descubierto, sometido a procesos antrópicos, y dadas sus implicaciones temporales para Cuba, de llegarse a comprobar la coexistencia, amén de la posibilidad real de descubrir otros restos o evidencias que arrojaran mayor luz sobre las comunidades más tempranas del territorio de Villa Clara y de Cuba, prepararon el camino para que grupos de aficionados a las ciencias inspeccionaran y excavaran otras oquedades cársicas —El Capitolio y La Escuelita—, con el objetivo de contribuir a esclarecer en lo posible el papel de estos lugares en la

actividad cíclica y adaptativa de hombres y animales, pues pudieran representar patrones de consumo de grupos humanos itinerantes en el noroeste de la provincia de Villa Clara.

TRABAJOS ACTUALES

Entre enero y abril de 1999 se ejecutaron las excavaciones arqueológicas en la Oquedad del Cocodrilo, ubicada en el poblado de Mal Páez, en los límites de los municipios de Sagua La Grande y Quemado de Güines, en esta provincia, a unos 20 km al sudeste de la solapa del *Megalocnus* en el municipio de Corralillo.

Estas labores estuvieron sincronizadas con un período de seca prolongado, el cual provocó que el nivel del agua en la oquedad descendiera considerablemente, y dejara al descubierto algunas áreas del terreno natural.

Los trabajos arqueológicos en este lugar se desarrollaron en tres etapas, durante las cuales se marcaron y excavaron 10 cuadrículas de 1 X 1 m, siempre que fue posible, ya que el piso de la oquedad está ocupado casi en su totalidad por el derrumbe del antiguo techo, con grandes clastos y bloques que dificultaban la delimitación; fueron excavadas por estratigrafía métrica irregular, por similares razones, y denominadas por orden consecutivo desde la cuadrícula A hasta la J.

En la primera etapa se ejecutó el cuadrante A, desde el nivel 0,00 hasta 0,80 m y de 0,80 a 1,00 m (Figura 1), debido a que las primeras capas estaban muy alteradas por diversas causas, entre éstas la acción del arrastre que acarreó hasta el lugar diferentes objetos modernos, mezclados con variados restos de fauna entre los que se destacan fragmentos de huesos de cocodrilo de inusuales dimensiones —7 metros, según cálculos posteriores, dado el tamaño de la cabeza y comparaciones con otros ejemplares actuales—, jutías, aves zancudas y de rapiña, abundante carbón vegetal y una considerable cantidad de evidencias líticas.

En relación con estas últimas aparecen cuatro herramientas y dos lascas con huellas de uso, 45 núcleos irregulares, cinco regulares entre los que se advierten dos subprismáticos y un subdiscoidal con escasos planos de golpeo de tipo sencillo. Así mismo, aparecen una lámina, una laminilla y tres fragmentos de láminas fracturadas, lo que evidencia la tendencia a un reajuste

tecnológico, al elaborar herramientas pequeñas a partir de preformas grandes, proceso propio de grupos de economía mesolítica.

Entre las lascas, 57 son regulares y 255 son irregulares y restos de taller. También se colectaron 234 lascas, al parecer saltadas con la ayuda del fuego, de acuerdo con las huellas en su textura.

Es importante destacar que la existencia de una gran cantidad de lascas irregulares, unida a la falta de preparación de los núcleos y tipos de estos, ya planteado, además de la presencia de corteza del sílex en un 50 % de las preformas, pudiera ser consecuencia de un proceso de pragmatismo que caracteriza el surgimiento de la economía mesolítica, con un mejor aprovechamiento de los recursos naturales del área de influencia y las materias primas, en este caso caliza, roca silicificada y calcedonia de mala calidad. También se colectaron cinco fragmentos de percutores. En total, entre esos dos niveles, se contabilizaron 561 evidencias arqueológicas de sílex.

A partir de la segunda etapa de trabajo se concluyó la excavación de la cuadrícula A hasta el nivel 1,00-1,40 m. Aquí se observaron abundantes huesos de cocodrilo (vértebras, fémures, tibias, escudetes), hemimandíbulas de jutía muy pequeñas, al parecer de especies extintas, otras de fauna menor, garras de *Megalocnus sp.*, muchos fragmentos de coprolitos, abundante carbón vegetal, y se destacó el hallazgo de un colgante confeccionado con un premolar humano, el cual presenta una perforación bicónica en la raíz. También se reportan una posible punta de proyectil, cuatro núcleos irregulares, una lámina igualmente irregular y 232 lascas irregulares y restos de taller, 14 lascas regulares y 14 lascas saltadas, al parecer, con la utilización del fuego. Obsérvese que se mantiene el predominio de lascas y núcleos irregulares como tendencia dentro de la muestra y las implicaciones de mesolitismo que ello representa. De igual modo se recuperaron múltiples esquirlas pequeñas de sílex muy similares a las que saltan como desechos en el proceso de la talla; esto pudiera indicar dos aspectos fundamentales: uno, que la talla se realizara *in situ* o que se produjera en las cercanías y llegara a la oquedad mediante el arrastre mecánico, junto al resto de las piezas recuperadas; los autores optamos por la segunda variante, de acuerdo con las

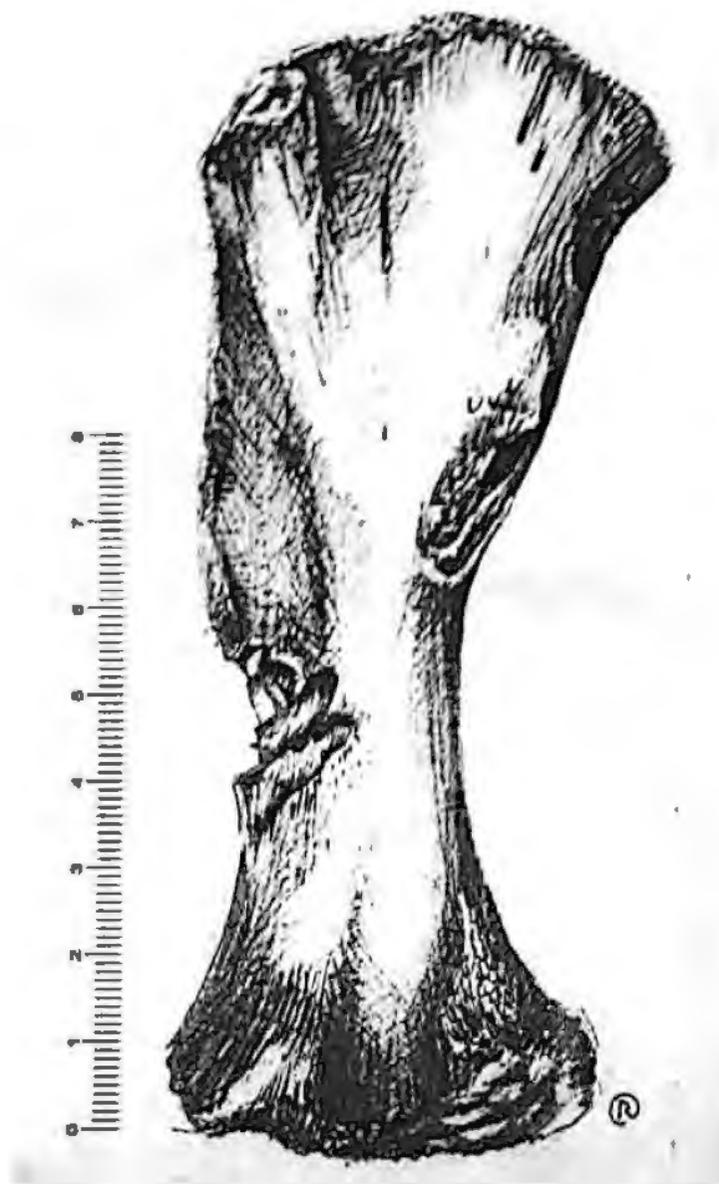


Fig. 3. Fémur de *Megalocnus rodens* con huellas que semejan cortes. Oquedad cársica del Cocodrilo.

características del lugar. No obstante, es un elemento que debe tenerse en cuenta en futuros estudios.

Los tipos de talones con sencillos y sus ángulos se componen de la siguiente manera: uno entre 60 y 70 grados, cuatro entre 80 y 100 grados, y cuatro entre 100 y 120 grados.

La materia prima (sigue siendo la caliza, roca silicificada y la calcedonia) es de muy mala calidad. Se contabilizaron en este nivel 265 evidencias líticas. En esta segunda etapa se logró ejecutar las cuadrículas B, C, D, E, F, G, H, I, y J (Figura 1).

Todos los escaques se realizaron con dimensiones de 1 x 1 m —hasta donde lo permitió el espacio disponible—; en general se dificulta mucho mantener la demarcación pues, como se ha dicho, se trata de una oquedad donde hay abundantes bloques pétreos de grandes dimensiones, y los espacios entre ellos son reducidos.

En la sección B descendió considerablemente el número de evidencias, se reportó poco material de sílex con alguna talla, el carbón vegetal fue abundante, y también coprolitos, huesos largos de cocodrilo, restos óseos de un posible cánido, fauna menor, vidrios y cerámica colonial. La zona aparenta ser un área de fogón. Esta sección se excavó hasta 1,00 m de profundidad en que aparece el piso superestructural de la oquedad.

No hay reportes de herramientas, salvo preformas, entre ellas una dudosa punta de proyectil, ocho núcleos de poca regularidad, dos láminas burdas, 24 lascas regulares y 13 irregulares, sin retoques secundarios.

La presencia de corteza se mantiene en 50-60 %, no se observan retoques ni talones; las materias primas continúan siendo de mala calidad; a la muestra exhumada se suman 59 fragmentos de piedra que proceden, al parecer, de desprendimientos del borde de la oquedad y fueron depositadas por arrastre mecánico.

La cuadrícula C, excavada hasta el nivel 1,20 m, resultó casi estéril; sólo aparecieron ocasionalmente algunos fragmentos de sílex de dudosa factura humana, dos fragmentos de huesos de especies desconocidas, y dos casquillos de bala de fusil moderno, todo hasta el nivel 0,60 m.

En el nivel 0,60-0,80 m abundan las vértebras de cocodrilo, escudetes, algunos huesos enteros y fragmentos de *Mega-*

Iocnus sp, gran cantidad de coprolitos de considerable tamaño, al parecer provenientes de un animal de gran porte. El área que se excava es muy húmeda y pestilente, aparece limo, humus, etc. Entre 0,80-1,00 m de profundidad prácticamente se repite lo encontrado en el nivel anterior.

A partir de 1,00 m y hasta 1,20 m el registro óseo es escaso, sólo 12 piezas de cocodrilo y jutía. Entre las preformas se observan dos lascas regulares que presentan huellas de utilización, 10 núcleos irregulares, 36 lascas igualmente irregulares y 2 regulares. El índice cortical es bajo; son evidentes la ausencia de retoques secundarios y la mala calidad de la materia prima, y se mantiene el mismo comportamiento tecnológico, y las implicaciones de mesolitismo señalada en párrafos anteriores.

Cuadrante D. Alcanzó una profundidad total de 0,90 m, pero por las características de este escaque se levantaron de manera controlada dos grandes capas, la primera de 0,00-0,60 m y la segunda de 0,60-0,90 m. Entre los escasos restos óseos se cuentan los de cocodrilo, cúbitos de *Megalocnus*, escápulas de jutía y fragmentos de sílex de dudosa factura humana. En cuanto a este último material se consigna una lasca inicial y cinco fragmentos de roca silicificada.

Cuadrante E. Se excavó en tres etapas: de 0,00 a 0,80 m, de 0,80 a 1,00 m, y de 1,00 a 1,20 m. Entre las evidencias se destaca un fragmento de mandíbula superior de un cocodrilo de gran talla; el carbón vegetal es escaso y el terreno muy fangoso. En la capa final (1,00-1,20 m) aparecieron huesos de extremidades de cocodrilo, grandes pedazos de carbón vegetal, plastrón de jicotea, vértebras de cocodrilo de medianas dimensiones y una tibia de *Megalocnus rodens*. En este pozo sólo se reporta una lasca en caliza de pequeño tamaño y algunos fragmentos de roca con huellas de haber estado expuestas al fuego.

Cuadrícula F. Se corresponde con la tercera etapa de trabajo. Esta sección se excavó de 0,00 a 0,60 m; 0,60 a 0,80 m; 0,80 a 1,00 m y de 1,00 a 1,20 m. La primera capa está muy alterada; a partir de los 0,60 m se repite la aparición de huesos de cocodrilo, mandíbulas de lagartos y sapos, huesos de jicotea, jutía y abundantes coprolitos, al parecer de cocodrilo, así como de otros especímenes. En el nivel final aparece una evidencia lítica con huellas de utilización en función de raspar y/o raer.

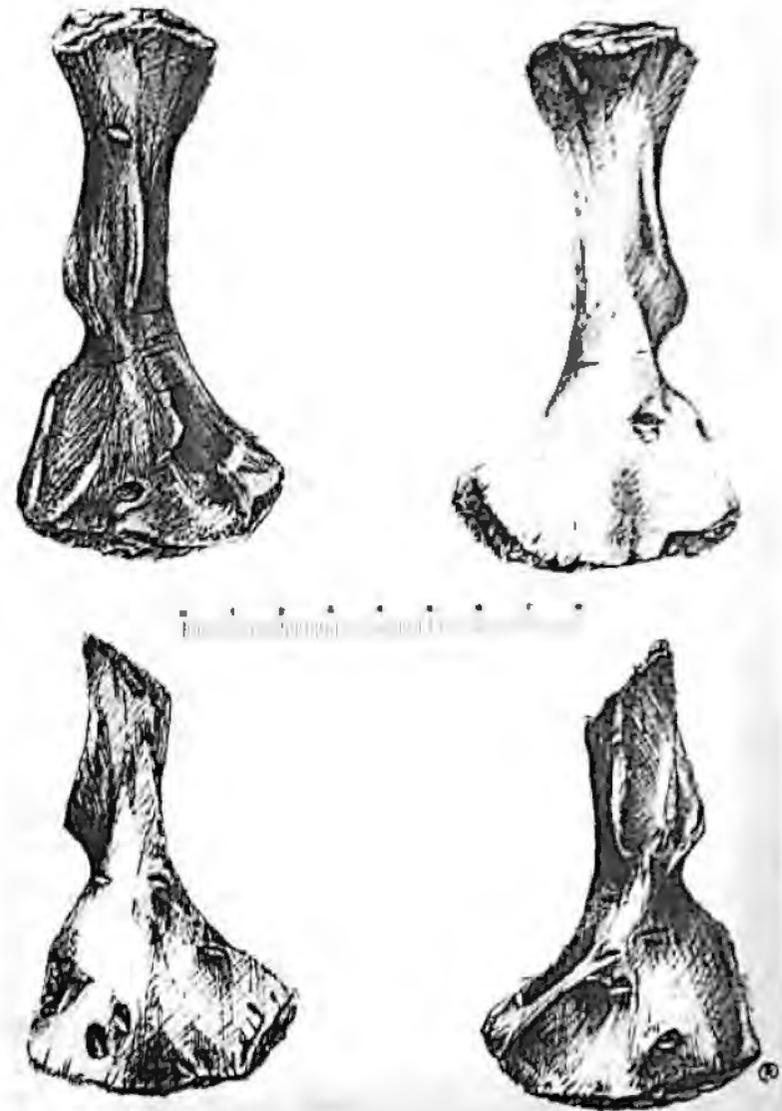


Fig. 4. Dibujos de huesos de *Megalocnus rodens* con huellas que semejan cortes. Oquedad cársica del Cocodrilo.

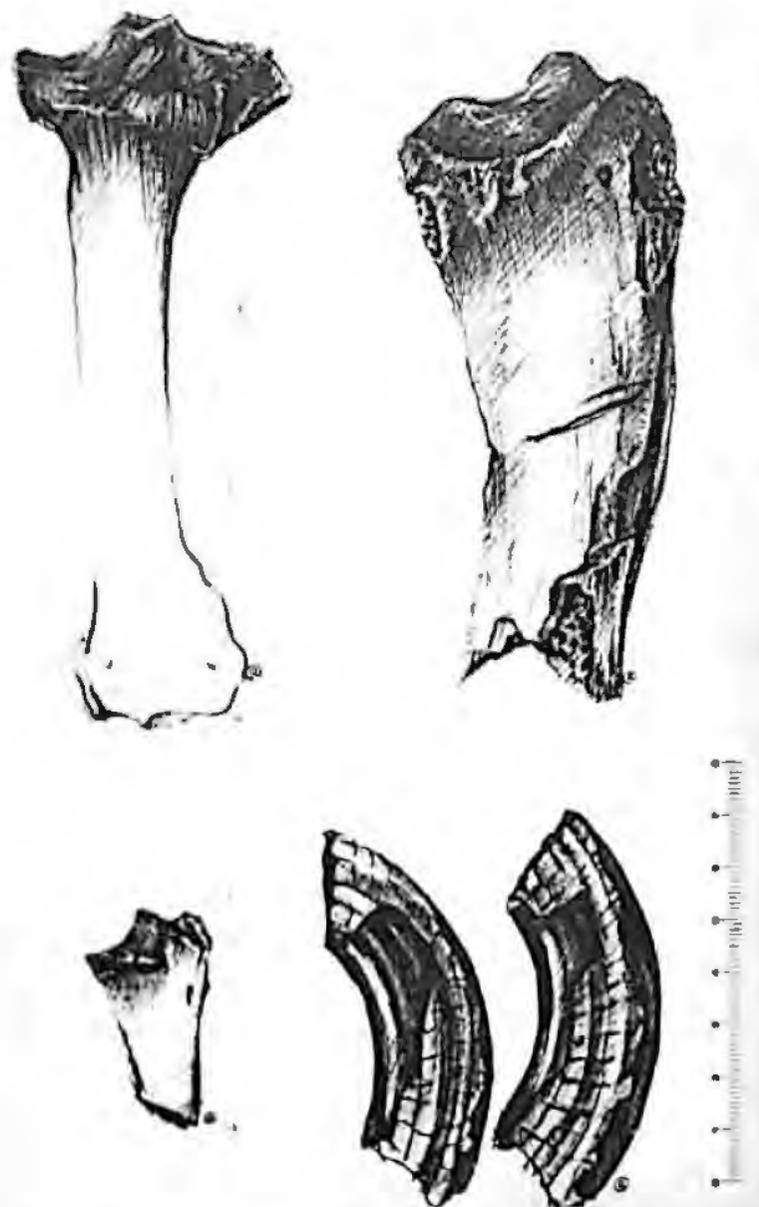


Fig. 5. Dibujos de huesos y colmillos de *Megalocnus rodens*, con huellas que semejan cortes. Oquedad cársica del Cocodrilo.

Cuadrícula G. Fue trabajada de 0,00 a 0,60 y de 0,60 a 0,80 m. Aquí se recuperaron algunos fragmentos de sílex y huesos de cocodrilo; se reportaron entre ambos niveles dos herramientas líticas, dos lascas fracturadas, al parecer de manera intencional en busca de herramientas microlíticas, seis lascas regulares y una irregular.

Cuadrícula H. Se excava desde 0,00 a 0,60 m. Son pocas las evidencias; se reportan una lasca retocada dorsalmente, tres lascas regulares, dos irregulares, y dos lascas extraídas, según huellas, mediante el uso del fuego.

Cuadrícula I. Desde 0,00 a 0,60 m. Se exhuman coprolitos, fémures de *Megalocnus rodens*, dientes y huesos mandibulares de cocodrilo. Se contabilizan igualmente tres lascas retocadas dorsalmente, cinco núcleos, cuatro lascas regulares sin retoques secundarios y dos lascas obtenidas con el uso del fuego.

Cuadrícula J. Se controla la estratigrafía a partir de los 0,50 m hasta 1,10 m, y desde 1,10 hasta 1,30 m. Son escasos los fragmentos óseos y no hay herramientas u otros objetos líticos.

CONCLUSIONES

Cualquier problemática de tipo científico requiere de una metodología adecuada y de análisis serenos que permitan arribar a un diagnóstico lo más cercano posible a lo que en realidad debió suceder, sin olvidar que en arqueología las conclusiones se hacen en extremo difíciles, dados los pocos restos o exponentes materiales que han quedado de estos hombres; en esta oportunidad las evidencias estaban desordenadas, muy antropizadas y a pesar de ello se requiere una interpretación coherente y que tenga en cuenta, en primer lugar, los procesos evolutivos e históricos.

Todo parece indicar que estas oquedades freáticas son, desde tiempos inmemoriales, receptáculos colectores por excelencia de variada fauna, material lítico confeccionado por grupos de hombres portadores de tradiciones paleolíticas tardías y cuanto objeto pudo ser arrastrado por las aguas, sin descartar fenómenos post-deposicionales que debieron influir y que bien pudieran explicar la presencia de los artefactos líticos mencionados con anterioridad.

Dichos útiles líticos pudieron caer en el interior de la oquedad por arrastres, durante eventos climáticos severos, por accidente o

ambas razones, al ser ejecutadas labores de talla en las proximidades. Si la construcción de tales objetos líticos se produjo en el interior de la furnia tiene que haber sido en épocas en que el depósito no contuviera agua y antes del derrumbe del techo; por otra parte, parece que estructuralmente la furnia es de reciente formación geológica.

La ejecución de las calas y la observación del lugar parecen corroborar la hipótesis de que, antes del derrumbe del techo, hubo fuego intencional en el área de la cala A, ya que la excavación consigna gran cantidad de piedras y huesos quemados, así como cenizas, en una estructura organizada que parece corresponder a un fogón típico.

Aún así, no descartamos la posibilidad de que tales huellas pudieran proceder de grandes y antiguos incendios, provocados por descargas eléctricas, en los extensos bosques que aún existen en las inmediaciones.

La industria lítica exhumada en las excavaciones es esencialmente en lasca, de medianas a pequeñas proporciones, con cierta diversidad de materias primas, lo que refleja, además, un sentido de experimentación y aprovechamiento máximo de los recursos que brinda la naturaleza; alto índice de lascas irregulares; núcleos con mínima preparación para la talla; escasez de lascas iniciales para lograr los planos de golpeo; predominio de núcleos para obtener lascas de medianas a pequeñas dimensiones; láminas vestigiales, anchas, cortas y de deficiente factura, típicas de etapas tardías dentro del paleolítico que en ningún caso conforman herramientas; fragmentos de láminas que buscan preformas más pequeñas; los talones sencillos con ángulos de 95° y 110°; pobre presencia de puntas; escasez de retoques secundarios y en su lugar evidentes huellas de uso; así como presencia de corteza en las preformas.

Estas particularidades de la muestra reafirman la hipótesis de un franco proceso de pragmatismo y simplificación, propio de etapas mesolíticas, en la elaboración de los útiles y de consecuencias propias de grupos de ese tipo de economía. Según J. K. Kozłowski (1975): "[...] el índice de lascas, aumenta en la medida en que los residuarios son más tardíos [...]", autorizado criterio que, junto a las demás particularidades señaladas, nos hace proponer la posibilidad de enmarcar esta industria en la economía de grupos

humanos aborígenes que están inmersos en un evidente proceso de mesolitización.

Los grupos de hombres del paleolítico que llegaron a América ya traían consigo toda una tradición bien establecida, en cuanto a elaboración de artefactos, ya fueran de piedra, hueso, madera u otros materiales, y con actividades socioeconómicas bien definidas, sobre todo la cinegética que incluye un grupo de actividades y recolección de alimentos de todo tipo.

A partir de estas migraciones, estos grupos humanos comienzan un proceso de reajustes tecnotipológicos y económicos, de acuerdo con las nuevas condiciones geográfico-paisajísticas y faunísticas, cambiantes en la medida en que se van moviendo, incluso, dentro del continente americano y con mayor rigor cuando penetra en el Caribe, donde el cambio se produce de manera muy brusca.

Todo parece indicar que el nuevo paisaje geográfico y la diversidad ecológica de los territorios ocupados ampliaron la base económica, cambiaron los hábitos productivos, y propiciaron el reajuste de sus instrumentos y artefactos de producción.

No obstante, una afirmación rotunda sólo será posible cuando se terminen estudios más profundos de las series de herramientas y el contexto arqueológico de estos grupos seborucoides, y en otros lugares tanto en la provincia como fuera de esta.

Salvo las evidencias óseas que acompañan al material lítico, en ninguna otra oquedad fue posible obtener muestras de otro género. Por último, los restos de fauna posiblemente remanentes del período pleistocénico, exhumados en las excavaciones, no necesariamente tienen que indicar una gran antigüedad, si el problema se enfoca por su posible asociación con los artefactos líticos (Pino 1999, comunicación personal).

Nos resulta interesante destacar que por las características geomorfológicas de la oquedad cársica, a esta van a parar las aguas que escurren de varios planos inclinados, arrastrando consigo cuantos objetos encuentran. Se trata, sin dudas, de un depósito fluvial; la mayoría de las muestras encontradas llegaron al lugar por arrastre; no compartimos el mismo criterio en relación con parte de la fauna reportada, un tanto por la organización en que aparecen los restos óseos de algunos individuos, pues se encontraron completos o casi completos; al parecer, murieron *in*

situ, por el desplome accidental del techo de la oquedad, o simplemente por enfermedad o causa natural.

Aunque también cabe la posibilidad de que perecieran en las cercanías y luego fueran arrastrados enteros por las aguas de algún evento climático severo.

Lo cierto es que el lugar es un perfecto hábitat para las especies registradas; como abrevadero o permanencia temporal en el caso de los reptiles. En el lugar pudieron coincidir procesos mecánicos y biológicos a la vez.

En la actualidad el paisaje se caracteriza por terrenos muy lavados y erosionados; son frecuentes los carsos desnudos y la capa vegetal es muy escasa; incluso se da el caso de que en la parte superior de grandes bloques de rocas de lapies existe vegetación y pequeños arbustos, lo que pudiera indicar que en épocas pretéritas la capa vegetal los cubriera total o parcialmente, o incluso formaran parte del subsuelo.

Por otro lado, el conjunto de evidencias ya enumeradas hacen de estos tipos de oquedades lugares susceptibles para nuevos hallazgos, por lo que se deben continuar las investigaciones arqueológicas y paleontológicas.

BIBLIOGRAFÍA

- ⊗ Alvarez, Conde, J. (1961): *Revisión indohispánica de la provincia de Las Villas*. La Habana, Junta Nacional de Arqueología y Etnología.
- ⊗ Colin, Renfrew y Paul Bahn (1993): *Arqueología, teorías, métodos y práctica*. Madrid, Editorial Akal, S.A.
- ⊗ Febles, J. (1990): *Manual para el estudio de la piedra tallada de las comunidades aborígenes de Cuba*. La Habana, Editorial Academia.
- ⊗ Febles, J. y R. Villavicencio (1994): "Descubrimiento de nuevas herramientas líticas en Villa Clara, Cuba". Carta Informativa, La Habana, en prensa.
- ⊗ Gamble, C. (1990): *El poblamiento paleolítico de Europa*. Barcelona, Editorial Crítica S.A.
- ⊗ Kozłowski, J. K. (1975): *Las industrias de la piedra tallada de Cuba en el contexto del Caribe*. Serie Arqueológica, No.5, La Habana, Editorial Academia.
- ⊗ Morales, L. (1997): "Análisis de artefactos líticos procedentes de la región Central de Cuba". Oficina de Medio Ambiente CITMA, Villa Clara, inédito.
- ⊗ Pino, M. (1995): *Actualización de fechados radiocarbónicos de sitios arqueológicos de Cuba. Hasta diciembre de 1993*. La Habana, Editorial Academia.
- ⊗ Sampedro, R., G. Izquierdo, L. O. Grande y R. Villavicencio (2001a): "Las tradiciones paleolíticas en Cuba. Nuevos descubrimientos" en *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, No. 32, La Habana.
- ⊗ _____ (2001b): "Introducción a la arqueología en la provincia de Villa Clara,

Cuba" en *Islas*, No. 127, Villa Clara, Universidad Central de Las Villas.

⊗ Sampedro, R., G. Izquierdo y R. Villavicencio (2001c): "Tecnología y tipología en la tradición paleolítica de Villa Clara" en *El Caribe Arqueológico*, No. 5, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.

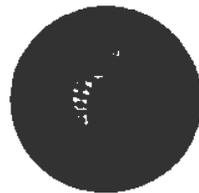
⊗ Sampedro, R. y G. Izquierdo (1998): "Estudio de los materiales líticos de superficie depositados en el Museo Histórico de Sagua la Grande". Informe Científico Técnico del 1er Trimestre. Departamento de Arqueología, Centro de Antropología, CITMA, La Habana, Cuba, inédito.

⊗ Villavicencio, R.: "Estudio morfométrico de grandes hachas del paleolítico cubano". Oficina de Medio Ambiente del CITMA en Villa Clara, inédito.



ASPECTOS ZOOARQUEOLOGICOS DEL ASENTAMIENTO PROTOAGRICULTOR BIRAMA, VALLE DE LOS INGENIOS, MUNICIPIO DE TRINIDAD, SANCTI SPÍRITUS

ALFONSO P. CÓRDOVA MEDINA



Plato con diseño ornitomorfo,
cerámica pintada.

El autor es investigador auxiliar
del Centro de Antropología del CITMA

INTRODUCCIÓN

A principios del año 1990 fue localizado el sitio aborigen de Birama, ubicado en pleno Valle de los Ingenios, a unos 20 km de la ciudad de Trinidad. En 1992, Alfredo Rankin Santander, junto al grupo de aficionados a la arqueología Guamuhaya, realizó la primera excavación del área, y en 1997 especialistas del Museo de Arqueología de Trinidad y aficionados de la provincia de Sancti Spiritus llevaron a cabo una segunda excavación. Las anteriores prospecciones posibilitaron un conocimiento generalizador del residuario, de filiación cultural protoagroalfarera.

El área que ocupa el sitio es de unos 2 500 metros cuadrados, en terrenos muy bajos, cerca del río Agabama, que en períodos de lluvia se convierten en una laguna. Además, en todo el campo se cultiva caña de azúcar, todo lo cual ha contribuido al gradual deterioro de este emplazamiento. El residuario se encuentra a unos 17 kilómetros de la costa.

Teniendo en cuenta los daños y la alteración que provocan las labores de zafra, así como la humedad perenne de la laguna que cubre el sitio en la época de lluvias, consideramos necesario realizar una excavación para poder establecer las actividades de subsistencia de esta comunidad protoagroalfarera, como parte del Proyecto de Arqueología Ecológica de las Provincias Centrales que acomete el Departamento de Arqueología del Centro de Antropología (CITMA). Con esta finalidad se efectuó una evaluación de los lugares menos alterados y de mejores condiciones para realizar la excavación, siempre después de cortada la caña plantada y sobre todo en el período de seca, para evitar la formación de la laguna. Logradas estas condicionales se efectuó la excavación arqueológica en la primera semana del mes de marzo de 1999.

Se hizo una excavación de 2 x 2 m², siguiendo el método de estratigrafía artificial de cortes de 0,10 metros en cada nivel excavado, hasta una profundidad de 0,90 metros. El área seleccionada,

después de varios cateos de prueba, se corresponde con una superficie no alterada, aún con vestigios de elevación monticular, a unos tres metros al este de una majestuosa ceiba, única de su tipo en todo el contorno, y sólo a un metro al sur del camino o terraplén que bordea el campo de caña. Debemos significar que ya no existe otra configuración de montículo en el terreno y se aprecia mucha alteración provocada por los trabajos de zafra en toda la superficie del residuario.

Leonel Delgado y el autor de este trabajo estuvieron a tiempo completo a cargo de la excavación. Teresita Angelbello, Teresa Eguiguren (ambas del Museo de Arqueología de Trinidad) y Roberto Cornelio, del Sectorial de Cultura de Trinidad, también participaron en la excavación, junto a varias trabajadoras del propio Museo de Arqueología.

MATERIALES Y MÉTODOS

Los materiales objetos de estudio corresponden a evidencias de restos dietarios propios de especies zoológicas. El método aplicado consistió en la identificación de los restos dietarios y clasificación de especies faunísticas, determinación del número mínimo de individuos por cada especie, según el método de Milton Pino (1970: 133-147, 1980: 91-104), y el procedimiento de César Rodríguez y Milton Pino (1996) para estimar la biomasa comestible que aportan los diversos especímenes.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Fauna clasificada

Moluscos terrestres

Zachrycia auricoma: 14 ej. Desde 0,00 hasta 0,70 m

Farcimun unguis: 33 ej. Desde 0,00 hasta 0,80 m.

Moluscos fluviales

Pomacea paludosa: 2 ej. Nivel 0,00-0,10 m.

Moluscos marinos

Strombus gigas: 2 ej. En los niveles 0,20-0,40 m.

Crassostrea rhizophorae: 23 ej. Desde 0,00 hasta 0,40 m.

Tellina sp.: 1 ej. En el nivel 0,00-0,10 m.

Nodilitorina tuberculata: 1 ej. En el nivel 0,00-0,10 m.

Strombus sp.: 5 ej. en los niveles 0,00-0,20 m. y 7 en 0,50-0,80 m.

Isognomun alatus: 3 ej. En el nivel 0,20-0,30 m.

Codakia orbiculata: 1 ej. En el nivel 0,20-0,30 m.

Nerita peloronta: 1 ej. En el nivel 0,60-0,70 m.

Litorina nebulosa: 2 ej. 1 en 0,00-0,10 y 1 en 0,20-0,30 m

Ofidios

Epicrates angulifer (maja de Santa María): 50 ej. En todos los estratos.

Saurios

Cyclura nubiola (iguana): 14 ej. Desde 0,20 hasta 0,80 m.

Crustáceos

Gecarcinus ruricola (cangrejo terrestre): 7 ej. En los niveles 0,00-0,10, 0,20-0,40 y 0,50-0,60 m.

Aves

No pudieron ser determinadas las especies por no colectarse restos óseos propios para distinguir la especificidad de cada espécimen. No obstante se observaron 3 ej. de aves pequeñas en el nivel 0,10-0,20 m y otro del mismo tamaño en el nivel 0,60-0,70 m. Se colectaron 12 ej. de aves entre los niveles 0,10 m y 0,50 m.

Quelonios marinos

Tampoco pudieron ser definidas las especies por la razón antes mencionada, sin embargo se evaluaron 61 ej. Con probabilidad deben corresponderse con las especies marinas de quelonios frecuentes en nuestras costas, como *Eretmochelys imbricata* (carey), *Chelonia mydas* (tortuga verde) y la *Caretta caretta* (caguama).

La predilección alimentaria por los quelonios marinos en el grupo humano del emplazamiento Birama guarda relación con un anterior estudio de la alimentación del sitio Jaruco I (Córdova 1993), aunque este último sitio corresponde a una comunidad de agricultores ceramistas.

Peces

Caranx hippos (pez jiguagua): 2 ej. Uno en 0,10-0,20 m y el otro en 0,30-0,40 m. El peso normal de esta especie alcanza las 5 libras, aunque puede triplicar este peso en su estadio más adulto.

Scarus vetula (vieja tora): 1 ej. En el nivel 0,60-0,70 m.

Fueron colectadas 1 608 vértebras de diferentes especies; según el procedimiento de Rodríguez y Pino (1996), 198 de estas

vértebras poseen una biomasa comestible de 0,5 kg; 688 son de 2 kg; 508 son de 3 kg; 150 son de 4 kg; 59 son de 6 kg, y otras 5 poseen más de 6 kg de biomasa.

Estas evidencias de peces fueron colectadas en todos los estratos de la excavación, lo que indica alta demanda. Hubo 43 individuos que no fueron identificados.

Mamíferos terrestres

Geocapromys columbianus (extinta): 700 ej. Todos los niveles.

Geocapromys pleistocenicus (extinta): 203 ej. Todos los niveles.

Geocapromys sp (extinta): 82 ej. Capas tardías, 0,10-0,40 m.

Heteropsomys offella (extinta): 165 ej. Todos los niveles.

Heteropsomys torrei (extinta): 15 ej. Desde 0,20 hasta 0,70 m.

Capromys minimus (extinta): 36 ej. Capas tardías, 0,10-0,40 m.

Capromys pilorides (julia conga): 1 450 ej. Todos los niveles.

Capromys prehensilis (julia carabalí): 306 ej. Todos los niveles excepto 0,00-0,10 m.

**TABLA 1. SITIO BIRAMA,
VALLE DE LOS INGENIOS, TRINIDAD.
ACTIVIDADES DE SUBSISTENCIA**

Actividad	Ej.	%
Recolección moluscos marinos	47	0,8
Recolección moluscos terrestres y fluviales	49	0,9
Recolección de crustáceos	7	0,1
Caza de ofidios y saurios	64	1,1
Caza de jutías	3 575	65,8
Caza de aves	16	0,3
Caza de almiquí	2	0,03
Pesca de quelonios marinos	61	1,1
Pesca	1 611	29,6
Totales	5 432	99,8

Capromys sp: 618 ej. Todos los niveles

Solenodon cubanus (almiquí, en vías de extinción). 2 ej. En 0,70-0,80 metros. Esta especie ha sido colectada en otros sitios de la región central de Cuba, lo que fue corroborado por Córdova (1998) y por Córdova y Rodríguez (1996)

Se identificaron 24 especies zoológicas diferentes. No fue posible clasificar quelonios marinos, aves, ni tampoco el alto número de vértebras de peces marinos. Pero es indudable que este grupo humano debió obtener al menos el doble de las especies identificadas en este estudio, no sólo por las habilidades desarrolladas en tareas complejas como la pesca y la caza, sino por lo prodigo del entorno circundante en cuanto a la diversidad de fauna y flora aún observada.

Otro importante aspecto lo constituye la identificación de semillas quemadas de la especie botánica *Arachis hypogaea* (maní), las cuales fueron colectadas desde 0,30 hasta 0,60 m, dato que es un indicador de prácticas agrícolas entre los pobladores del asentamiento.

Quizas, por esta incipiente domesticación de plantas este grupo indocubano hiciera poco hincapié en la recolección de moluscos marinos, fluviales y terrestres y se dedicaran por entero a la caza y la pesca, las cuales les brindaban mayor cantidad de carne por pieza y gran rendimiento nutricional, lo cual complementaban con los recursos botánicos que empezaban a cultivar.

Al respecto debemos exponer que fueron colectados gran cantidad de fragmentos de vasijas de cerámica esferoidales propias

**TABLA 2. SITIO BIRAMA,
VALLE DE LOS INGENIOS, TRINIDAD.
ACTIVIDADES ECONÓMICAS**

Actividad	Ej.	%
Recolección	103	1,9
Pesca	1 672	30,8
Caza	3 657	67,3
Totales	5 432	100,0

para almacenar semillas y frutos pequeños, sobre todo en las etapas medias y tardías de la ocupación (Delgado, Angelbello y Silva: 2000). Las actividades subsistenciales relevantes de este asentamiento son la caza de jutías extintas y actuales (65,8 %) y la

pesca (30,7 %) (Tabla No.1). Respecto a las actividades económicas (Tabla No. 2), también se aprecia que la caza y la pesca son los dos pilares del sustento alimentario del grupo. Todo ello queda corroborado en las valoraciones realizadas de la biomasa comestible (Tabla No. 3 y 4).

TABLA 3. SITIO BIRAMA, VALLE DE LOS INGENIOS, TRINIDAD. BIOMASA COMESTIBLE

Especies	No. de individuos	Biomasa (kg)	Total BC (kg)
Peces (vertebras)	198	0,5	99
Peces (vertebras)	688	2	1 376
Peces (vertebras)	508	3	1 524
Peces (vertebras)	150	4	600
Peces (vertebras)	59	6	354
Peces (vertebras)	5	7	35
Quelonios marinos	61	30	1 830
<i>Geocapromys columbianus</i> (ext)	700	2	1 400
<i>Geocapromys pleistocenicus</i> (ext)	203	1,5	304,5
<i>Geocapromys sp</i> (ext)	82	1,5	123
<i>Capromys minimus</i> (ext)	36	0,5	18
<i>Heteropsomys offella</i> (ext)	165	1	165
<i>Heteropsomys torrei</i> (ext)	15	0,5	7,5
<i>Solenodon cubanus</i> (almiquí)	2	1,5	3
<i>Capromys pilorides</i> (actual)	1 450	2,5	3 625
<i>Capromys prehensilis</i> (actual)	306	1,5	459
<i>Capromys sp</i> (actual)	618	1,5	927

CONCLUSIONES

Las dos actividades económicas de mayor peso practicadas desde los primeros momentos de habitación son: la caza de mamíferos terrestres (jutías extintas y actuales), y la pesca (de quelonios y peces). La caza de jutías con 3 575 individuos y la pesca con 1 672 ej. Lo cual queda demostrado por la amplia cantidad de biomasa comestible que aportan ambas actividades económicas —7 000 kg la caza y casi 6 000 kg la pesca— sin dudas magnitudes apreciables de carnes proteicas que permitieron un valioso sustento para la comunidad aborigen que habitó el sitio.

Fueron obtenidos restos de cuatro especies de jutías ya extintas (*G. columbianus*, *G. pleistocenicus*, *H. offella*, y *H. torrei*) desde los primeros momentos de ocupación y también de almiquí, especie en vías de extinción, en un estrato muy temprano.

La especie extinguida *Capromys minimus* no aparece registrada en los primeros momentos de habitación del sitio, sino en los

TABLA 4. SITIO BIRAMA, VALLE DE LOS INGENIOS, TRINIDAD. BIOMASA POR ACTIVIDAD ECONÓMICA

Actividad	Biomasa total
Caza de jutías (extintas y en vías de extinción)	2 021 kg
Caza de jutías (actuales)	5 011 kg
Pesca de quelonios	1 830 kg
Pesca	3 988 kg
Total	12 850 kg

estratos tardíos. Lo cual nos hace reflexionar en la posibilidad que esta especie no hubiera tenido su hábitat en el territorio cercano al residuario y fuera obtenida en otras áreas.

La recolección ocupa el último lugar dentro de las actividades económicas y además no es representativa por el escaso número de individuos presentes (sólo unos 100 individuos) y su biomasa comestible total no llega a 5 kilogramos. Presumiblemente esta cuestión debía estar relacionada con la incipiente domesticación de plantas que llevaba a cabo el grupo humano al comenzar a obtener otros sustentos botánicos nutricionales y este hecho se pone de manifiesto en las semillas carbonizadas de la especie *Arachis hypogaea* (mani) en tres niveles estratigráficos, desde 0,30 hasta 0,60 metros. A este aspecto debemos agregar la presencia de múltiples fragmentos de vasijas esferoidales colectadas en las etapas tardías y medias de la habitación del residuario utilizadas como recipientes para almacenar estas cosechas botánicas.

Resulta importante la colecta de la especie *Solenodon cubanus* (almiquí) en el asentamiento, pues es otro reporte de la presencia en el centro de Cuba de este individuo en vías de extinción.

La interacción del hombre con el medio natural se manifiesta de manera convincente por las 24 especies zoológicas clasificadas. La notable presencia de quelonios marinos, peces y aves, sin identificar por carecer de elementos apropiados, demuestra la abundancia de la fauna que convivió en el entorno del sitio Birama.

AGRADECIMIENTOS

A la Unidad Básica de Producción Cooperativa La Paloma. A la familia Mauri. Al Museo de Arqueología Guamuhaya de Trinidad y a sus trabajadores. Al Sectorial de Cultura de Trinidad. A la Oficina del Historiador de Trinidad.

BIBLIOGRAFÍA

- ③ Córdova, Alfonso (1993): *Características de la alimentación en una comunidad neolítica. Aspectos zoológicos y paleontológicos*. Carta Informativa No. 23, Dpto. de Arqueología, Centro de Antropología, CITMA, Cuba.
- ② ——— (1998): "Características de la alimentación faunística de las comunidades aborígenes de las provincias centrales de Cuba". Ponencia presentada en el Evento Científico Espeleoarqueológico del ISP Félix Varela, Villa Clara, inédito.

- ④ Córdova, Alfonso y J. R. Rodríguez (1996): "La alimentación en la comunidad mesolítica de Cueva del Pozo, Camajuani, Villa Clara". Ponencia presentada en el III Taller Internacional Antropología 96. Centro de Antropología, CITMA, Cuba, inédito.
- ④ Delgado, Leonel, Silvia Angelbello y Santiago Silva (2000): "Primer reporte de semillas quemadas de mani en el residuario Birama" en *El Caribe Arqueológico* No. 4, Santiago de Cuba, Casa del Caribe.
- ④ Pino, Milton (1978): "Consideraciones sobre los elementos dietarios del sitio Levista, Mayari" en *Cuba arqueológica I*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- ④ ——— (1980): "Procedimientos cuantitativos en el estudio dietético" en *Cuba arqueológica II*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente.
- ④ Rodríguez, César y Milton Pino (1996): "Arqueo zoología: un método para el estudio de fauna remanente en sitios arqueológicos de Cuba". Dpto. de Arqueología, Centro de Antropología, CITMA, Cuba, inédito.



Nuevos enfoques

LA CUEVA DE LA CIDRA. LA PICTOGRAFÍA DE UN PÁJARO CARPINTERO Y SU COINCIDENCIA CON EL MITO DE PANÉ Y LAS LEYENDAS SURAMERICANAS DEL ORIGEN DE LAS MUJERES

JOSÉ GABRIEL ATILES



Plato con diseño ornitomorfo,
cerámica pintada.

El autor es arqueólogo dominicano.

UBICACIÓN GEOGRÁFICA

La cueva de La Cidra se encuentra en el Parque Nacional Naiga de Maco, en el extremo occidental de la Cordillera Central en República Dominicana. Naiga de Maco pertenece al municipio de Pedro Santana Elías Piña. Limita al norte con el municipio de Los Almácigos, en la provincia Santiago Rodríguez; al este con el Parque Nacional Armando Bermúdez, y al oeste con el municipio de Restauración, en la provincia de Dajabón. Su extensión territorial es de 280 km². Fue declarado área protegida mediante el Decreto 221 de 30 de septiembre de 1995 y por la Ley 64 del 18 de agosto de 2000.

Esta parte de la Cordillera Central presenta paisajes de laderas y valles intramontanos, precipicios ondulantes, cañadas y depresiones. Las máximas elevaciones son Naiga de Maco con 1 990 metros sobre el nivel del mar, y Monte Gallo con 840 m. Naiga de Maco es de topografía muy accidentada, lo que hace muy difícil el acceso. Sus rocas corresponden a calizas del cretáceo inferior hasta el oligoceno. Pueden encontrarse también rocas magmáticas (de origen ígneo) y una mezcla de rocas de origen tectónico.

La cuenca del río Artibonito es la de mayor incidencia en el área del parque. En su interior nacen los ríos Inaje, Río Grande, Vallecito, Río Nuevo, Río Bonito y varios afluentes del Guayubin; en el parque también se encuentran los ríos Joca y La Cidra. El Artibonito recorre 68 km en territorio dominicano, penetra en Haití y es uno de los ríos más importantes de dicho país.

En la zona se reportan 41 especies de plantas endémicas. De las estudiadas, los helechos, las orquídeas y las bromelias son los grupos más abundantes. Musgos y líquenes cubren frecuentemente ramas de árboles y arbustos. Otras especies arbóreas relativamente comunes en el área son: *Dendropanax arboreus* (lengua de vaca), *Brunelia comocladifolia* (palo de cotorra), *Schefflera tremula* (palo de viento) y *Schefflera morototoni* (palo de sable).



Fig. 1. Mapa básico.

Por otro lado, 36 % de los anfibios reportados en la Cordillera Central se encuentran presentes en el área y corresponden a los géneros *Bufo*, *Eleutherodactylus*, *Hyla* y *Osteopylus*. Se han reportado 12 especies de reptiles, entre ellas el lagarto *Anolis ehteridgei*, entre los 1 200 y 1 700 msnm.

En el área se han observado 49 especies de aves, muchas de las cuales son endémicas en la isla y en amenazas de extinción o son migratorias. Entre las especies más frecuentes se observan el carpintero (*Melanerpes striatus*), el barrancoli (*Todus angustirostris*), la cigüita común (*Coereba flaveola*), el cuervo (*Corvus leucognaphalus*), el cao (*Corvus palmarum*), y los quirópteros *Artibeus jamaicensis* y *Phyllops haitiensis* que son las dos especies de murciélagos reportadas en la zona.

HISTORIA DE SU LOCALIZACIÓN

En nuestra primera visita, realizada en marzo de 1998, nos acompañaban el espeleólogo francés Alain Gilbert y el práctico del poblado de Río Limpio, Teófilo Mora. Las primeras noticias de la cueva de La Cidra las obtuvimos del espeleólogo francés, quien la había visitado en 1997, con el Espeleogrupo de Santo Domingo.

En la *Geografía de la isla de Santo Domingo y reseña de las demás Antillas*, publicada en su primera edición en 1915 por Cayetano Armando Rodríguez, en el capítulo "Grutas y cuevas" se dice que las cuevas de Nalga de Maco son "muy ponderadas". En el *Boletín No. 2* de la Sociedad Dominicana de Geografía, en el capítulo "Excursión al Nalga de Maco", el alpinista dominicano Federico W. Lithgow Ceara reporta lo siguiente:

Nos describieron unas cuevas gigantes que existen en la ladera del lado sur del pico, a la que se llega por aquel camino, a su decir, existen en ellas unas estalactitas y estalagmitas que un hombre no puede rodear con sus brazos, además de altísimas, afirman también que el techo tiene una decoración de filigrana, estos nos hizo pensar que existen en el Nalga de Maco grandes masas calizas.

No confirma Lithgow Ceara si llegó a visitar la cueva en cuestión, pero queda claro el conocimiento de la cueva por parte de los lugareños y del arte rupestre existente en la misma. En ese mismo documento, se afirma que en años anteriores a 1954 una expedición de alpinistas norteamericanos "usaron otra ruta, contradiciendo a los guías de Río Limpio". Tenemos informaciones de que otros investigadores, entre ellos Canela Lázaro, así como otros dominicanos realizaron investigaciones en la zona. Lamentablemente no hemos podido revisar aún sus anotaciones o publicaciones.

Luego de nuestra visita de 1998 se han realizado varias excursiones a la cueva de La Cidra, entre las que cabe mencionar la del norteamericano Keith Christianson, biólogo especialista en murciélagos, en diciembre de 2001, quien nos reportara la ubicación de otra cueva con arte rupestre a unos doscientos metros a la derecha de la cueva de La Cidra.



Fig. 2. Localización geográfica del Parque Nacional Nalga de Maco.

Una nueva visita nuestra a la cueva de La Cidra, en enero de 2002, acompañados por Robert Green y Cristina Tysone, estudiantes de la universidad de Indiana, nos permitió realizar observaciones más detalladas y un registro más minucioso, con cámaras y microscopio digitales, y cámaras convencionales con películas de alta sensibilidad.

Tanto en esta ocasión como en nuestra visita anterior, no localizamos material arqueológico en superficie, ni los moradores de la serranías, interrogados por nosotros, supieron darnos noticias de materiales arqueológicos en el área, aunque afirmaron tener conocimiento de otras cuevas en la zona.

La cueva reportada por Keith Christianson fue efectivamente ubicada por nosotros y contamos cuarenta y tres pictografías en color negro, con predominio de la figura humana, con complejos tocados frontales y aretes, entre otras particularidades; notamos la elección del emplazamiento de las pictografías, pues están realizadas en la zona clara de la cueva, en una colgadura, y los motivos están realizados en toda la formación caliza, tanto en la parte frontal como la trasera y las laterales, unidas entre sí por delicadas líneas; hay también en esta cueva otras pictografías, diseminadas por las paredes hacia el interior.

Los lugareños usan la cueva de La Cidra como una iglesia, cuyo motivo central es una estalagmita que tienen vestida y a la cual hacen ofrenda en nombre de la Virgen de la Altigracia; nos refirieron que suelen realizar toques de palos y que es visitada por personas provenientes de las demarcaciones de Naranjillo, Santiago Rodríguez, San Juan de la Maguana, Banica y Elías Piña, entre otras.

PICTOGRAFÍAS EN COLOR BLANCO

La identificación del arte rupestre de la cueva de La Cidra constituye un valioso aporte a los estudios del arte parietal dominicano y de todo el Caribe. En 1998 dimos a conocer la existencia de treinta y tres pictografías de color blanco en la entrada de la cueva de La Cidra, lado derecho (zona clara). En la República Dominicana sólo se conocían dos pictografías en color blanco, localizadas en la cueva Narciso Alberti Bosch, o cueva de José María, en el Parque Nacional del Este, provincia La Altigracia.



Fig. 3. El entorno de la Cueva de la Cidra.

Las pictografías en color blanco de La Cidra se distribuyen en una zona que va desde la entrada hasta veintitrés metros hacia el interior de la cueva, a alturas que varían entre diez centímetros y dos metros quince centímetros del nivel del suelo.

El pigmento es una pasta gruesa de color blanco, ligeramente azul; las pictografías parecen realizadas con espátula, en líneas gruesas. Los motivos varían: en la zona cercana a la entrada son naturalistas, entre ellos hay una lechuza de alas extendidas encima de un árbol, recreados a partir de figuras geométricas; otra es una culebra parcialmente oculta entre las sinuosidades de la roca y de un diámetro de 2,70 m con un ancho que va de los 58 mm a los 26 mm en la parte más cercana a la cabeza. También identificamos una máscara y dos figuras antropomorfas; los restantes son motivos geométricos. A medida que se avanza hacia la zona oscura se evidencia un desprendimiento parcial o total de la capa original y en su lugar quedan unos trazos color naranja.

Las pictografías blancas (33) representan el 19,1 % de las registradas en la cueva de La Cidra (el total es de 172). A continuación resumimos las principales características:



Fig. 4. Pictografía en blanco, lechuza.

- Técnica de elaboración: trazos gruesos, probablemente espatulado.
- Materia prima: probablemente caolín.
- Figuras naturalistas de tamaño natural.
- Predominio de los motivos geométricos, con tendencia a la repetición para crear motivos nuevos; figuras triangulares; cuadradas, circulares y cruces.
- Preferencia para la ejecución: entrada de la cueva (zona clara), lado derecho.

PICTOGRAFÍAS EN COLOR NEGRO

En el registro de las pictografías negras inventariamos 135 que representan el 78,4 % del total. La identificación de los motivos fue el siguiente: 61 pictografías corresponden a aves de diferentes tamaños y con diferentes técnicas de ejecución; 26 rayas y punteados; 6 fitomorfos; 5 antropomorfos; 4 figuras indefinidas o no identificadas, y 3 diseños geométricos complejos. En un primer trabajo con los motivos ornitomorfos, separamos las 61 pictografías correspondientes a las aves y las dividimos atendiendo a las co-

incidencias en las técnicas de ejecución y/o en su diseño. Primero clasificamos dos grupos: en uno registramos 22 pictografías orientadas hacia la derecha, la cabeza hacia el interior de la cueva; en el otro, contamos 28 pictografías orientadas hacia la izquierda, la cabeza hacia la salida de la cueva. En el caso del pájaro carpintero, que se encuentra localizado en una formación en el centro de la cueva, su orientación es lateral derecha.

Por técnicas de ejecución y coincidencias de diseño registramos los 61 motivos ornitomorfos y los clasificamos de la siguiente manera:

- 9 sombreadas de negro
- 9 con colas en forma de rabo
- 8 con una sola pata
- 7 cuello negro
- 7 aves estilizadas
- 4 de trazos simples
- 4 cabezas sin cuerpo
- 3 aves sin cuerpo
- 3 aves sin cola
- 3 aves sin pico
- 1 mural pájaro carpintero
- 2 figuras geométricas

Las principales características de las pictografías en negro son las siguientes:

Fig. 5. Pictografía en blanco, máscara.



Avances arqueológicos

- Técnica de elaboración: trazos finos; materia prima probablemente carbón vegetal.
- Setenta a cien metros hacia el interior de la cueva (zona oscura), centro a pared izquierda.
- Predominio de los diseños ornitomorfos (aves).
- Tendencia al mural; estilización.
- Figuras complejas, tendencia a la creación de elementos complejos partiendo de la unión de elementos básicos; frecuencia de rayas y en zigzag.

En otra parte de la cueva encontramos cuatro pictografías: dos de color rojo, una en color naranja y una en color verde.

LA PICTOGRAFÍA DEL PÁJARO CARPINTERO Y LA COINCIDENCIA CON EL MITO DE PANÉ Y LAS LEYENDAS SURAMERICANAS DEL ORIGEN DE LAS MUJERES

De las pictografías en color negro la más importante, a nuestro juicio, es un impresionante panel pictográfico donde se destaca un pájaro carpintero que cava en un árbol; la pictografía está realizada en una gran columna que divide la cueva en dos galerías, y el panel fue realizado a una altura de 1,30 m del nivel de piso; el mural ocupa un área de 1 m de alto por 0,80 m de ancho (la parte visible), porque se advierten de manera difusa trazos en la parte inferior y en la parte superior lateral derecha. La figura central del pájaro carpintero ocupa treinta y tres centímetros, de los cuales la cabeza formada por círculos concéntricos (cinco en total) ocupa doce centímetros de largo por nueve de ancho; la figura está unida al árbol por las dos patas del ave y el pico, que toca directamente la parte del árbol donde ya está delimitado el círculo que describen los picotazos del ave. El árbol, que sobresale treinta y nueve centímetros por encima de la cabeza del ave, termina en cuatro ramas: dos hacia la derecha y dos hacia la izquierda, todas enroscadas hacia adentro. En las dos ramas inferiores se describe otro círculo, que añade complejidad al mural. En la parte superior, lado derecho, y junto a la rama inferior se perciben trazos de otros elementos de difícil interpretación, pero que indefectiblemente forman parte del mural; en esta parte (superior derecha) los trazos son tenues, casi borrados; en la parte inferior izquierda, aunque los trazos se aprecian fuertes y oscuros, una capa de líquen



Fig. 6. Pictografía en negro, ave.

impide apreciarlos con claridad.

En los años que llevamos trabajando arqueología especialmente en el estudio del arte rupestre dominicano, hemos preferido el registro ordenado, así como la exploración de nuevos sitios con arte parietal, como una herramienta eficaz para el posible ordenamiento de informaciones de los fenómenos artísticos de los primeros pobladores de nuestra isla. Sin embargo, en esta ocasión, no puede sustraerse el autor de la magia que emana de la narración de fray Ramón Pané acerca del origen de las mujeres y la coincidencia con los mitos suramericanos recogidos por Loven Roth, Levis Straus, Armellada y Bentivenga, compilados por Ricardo Alegría, y el mural pictográfico que nos ocupa.

En la República Dominicana la aparición de aves en el arte rupestre es un tema recurrente, tanto en petroglifos (menor cantidad) como en pictografías; dichos motivos han sido localizados en grandes cantidades en todo el territorio nacional, los más numerosos se hallan en la cueva de Borbón, en la provincia de San Cristóbal, Ramoncito, en el Parque Nacional del Este, cuevas en el Parque Nacional Jaragua, provincia Pedernales, y en cuevas de



Fig. 7. Pictografía en negro, aves.

reciente localización en la provincia Sánchez Ramírez, por sólo citar algunos puntos del país.

La cantidad y diversidad de motivos ornitomorfos es tal que el arqueólogo cubano René Herrera Fritot la calificó de "agobiante por su incalculable número y su variedad"; sin embargo, ya en 1950 dicho arqueólogo se había percatado de la ausencia de representaciones de pájaros carpinteros en la alfarería y en el arte rupestre, pues sólo se había hallado en algunos pendientes en concha y hueso, así como en majadores de piedra.

En 1987 Bernardo Vega, *Santos, shamanes y zemies*, en la página 76, en la foto marcada como B-17, al analizar una pictografía de la cueva de Borbón dice: "Es un magnífico dibujo en gran escala, de la cabeza de un pájaro de extenso pico" y concluye que "tal vez este dibujo de la cabeza de un ave de gran pico es una representación de la famosa ave pico de la mitología taína". Por nuestra parte, somos de la opinión que la localización de este mural de la cueva de La Cidra supone la primera ubicación de un pájaro carpintero en el arte rupestre en la República Dominicana, claramente asociable con el mito recogido por Pané.

Tras la localización de la pictografía en cuestión intentamos una identificación del ave. Anabel Dood en su *Aves de la Repùbli-*

ca Dominicana afirma que hasta la fecha se han identificado tres especies de pájaros carpinteros: el *Nesomites micromegas* (carpintero de sierra, carpintero bolo o carpintero), *Melanerpes striatus* (carpintero) y *Sphyrapicus varius* (carpintero de paso). Es este último el que consideramos se corresponde con el pájaro de la pictografía, pero la carga simbólica del mural de la cueva de La Cidra va más allá de la identificación de la imagen de un pájaro carpintero horadando el tronco, y tiene más sentido, si lo asociamos con el mito del origen de las mujeres.

En la *Relación acerca de las antigüedades de los indios*, capítulo VII, "De cómo volvieron las mujeres de Haití que ahora se llama La Española", fray Ramón Pané dice:

[...] un día fueron a bañarse los hombres; estando en el agua llovía recio, y sentían mucho deseo de tener mujeres; muchas veces cuando llovía habían ido a buscar las huellas de las mujeres, pero no podían encontrar alguna noticia de estas; mas aquel día bañándose, dicen que vieron *echarse de encima de algunos árboles, por medio de las ramas*, cierta forma de personas que no eran hombres, ni mujeres, pues no tenían sexo ni de varón ni de hembra; procuraron cogerlas, pero ellas se escurrieron como si fuesen anguilas, por esto llamaron a dos o tres hombres, por mandato de su cacique, para que, pues ellos no podían cogerlas, esperasen cuantas fuesen, y buscasen para cada una un hombre que fuera caracaracol, esto es, que tuviera las manos ásperas, y así las sujetaría fuertemente. Dijeron al cacique que había cuatro, y llevaron estos cuatro hombres que eran Caracaracoles, caracaracol es una enfermedad como roña, que hace el cuerpo muy áspero, después



Fig. 8. Pictografía en negro, ave.

que la hubieron cogido, deliberaron como podían convertirlas en mujeres pues no tenían sexo ni de varón ni de hembra.

En el capítulo VIII, "Cómo hallaron medio de que fuesen mujeres", Pané dice:

Buscaron un pájaro que se llama Inrire, y antiguamente Inrire cahuvayal que vive en los árboles y en nuestro idioma se llama pico. Justamente tomaron aquellas personas sin sexo ni de varón ni de hembra y les ataron los pies y las manos, cogieron el ave mencionada y se la ataron al cuerpo, el pico creyendo que aquellas eran maderos, comenzó la obra que acostumbra, picando y agujereando en el lugar que ordinariamente suele estar la naturaleza de las mujeres, de este modo dicen los indios según contaron los muy viejos.

La misma historia es contada por Pedro Mártir de Anglería, en el tomo IX de su primera *Década*; narra así la historia de la creación de las mujeres:

[...] de los hombres aquellos que según hemos dicho, habían quedado en la cueva sin mujeres, cuentan que al salir por las noches a bañarse en las albercas de agua llovediza, vieron de lejos en una de ella ciertos animales parecidos a mujeres que, como escuadrones de hormigas trepaban por los árboles miralombanos.

El árbol, llamado jobo por los taínos (*Sponia lutea*), tiene una fruta parecida a la ciruela, por lo que los españoles lo llamaron miralombanos, que es como en España se designaba al ciruelo. Alegría nos dice que Sven Loven (1935: 57) es el primero en relacionar este mito antillano con otros recogidos por Roth (Alegría), entre ellos, en la Guayana Británica (Guyana) entre los indios warau, como es el que sigue:

Nahakaboni siendo un chaman, decidió hacerse de una hija, para ello talló una mujer de madera, haciendo uso de un tronco de jobo. [Nahakaboni] consultó con el pájaro bunia (*Ophistocomus*) y lo trajo consigo; al día siguiente, cuando la joven



Fig. 9. Pictografía del pájaro carpintero.
Fotos: Gabriel Atilas y Robert Green

colocó el pájaro en su falda para alimentarlo, ocurrió, según Roth, quien por recato no quiere explicar cómo el ave le hace el sexo a la mujer (Alegría 1978: 72).

Este mito contiene los mismos elementos que el contado por Pané, sólo que en este caso las mujeres son talladas de un árbol de jobo; tiene mucho más coincidencia el mito taíno con este mito suramericano si aceptamos la identificación de los árboles aportada por Mártir de Anglería.

Ahora bien, el mito taíno cobra una dimensión aún mayor, si recordamos que, en el capítulo primero, "De donde proceden los indios y de que manera", Pané narra lo siguiente:

Cuando vivían en aquella gruta, ponían guardia de noche, y se encomendaba este cuidado a uno que se llamaba Merocael, el cual porque un día tardó en ir a la puerta, dicen que lo arrebató el sol. Viendo pues, que el sol había llevado a este por su mala guardia, le cerraron la puerta y fue transformado en estatua de piedra cerca de la entrada. *Dicen también que otros ido a pescar, fueron cogidos por el sol y se convirtieron en arboles llamados jobos y de otro modo miralombanos.*

Sería muy fácil para nosotros pensar que las "ciertas formas de personas" que vieron en las albercas, no eran más que las aludidas personas que sorprendidas por el sol cuando habían ido a pescar fueron convertidas en árboles de jobo. En otro mito recogido por Roth (1915: 130-135) "entre los indios makusi de la Guayana Inglesa (Guyana) nuevamente aparece la historia del ser asexual que con la ayuda del pájaro carpintero es convertido en mujer" (Alegria 1978: 72).

Según fray Cesaro de Armellada y Carmen Bentivenga de Napolitano, en *Literaturas indígenas venezolanas* (1966), Imanaidarotu, después de pensarlo, cogio machete y del tronco de un jobo talló el cuerpo de una mujer, que resultó sumamente hermosa y que por haber sido hecha de jobo (usiru) denominarían usirumani. Era tan bonita que al verla Jokojarutu quedó enamorado pero no pudo casarse con ella, porque era una mujer de palo, "llamo entonces al jeje o pajarito picocarpintero, 'picocarpintero haz que esta mujer de palo sea una mujer de verdad para que pueda casarme con ella'. El picocarpintero comenzó a dar picotazos en el palo y al llegar a cierto sitio brotó repentinamente un chorro de sangre" (Alegria 1978b: 78-79).

Otro mito interesante es el recogido por Levis Straus (1973: 223) quien cita un mito cubeo donde se repiten los elementos de "la esposa de madera". Según este mito, Kuwai, el héroe cultural, "talló una mujer del tronco del árbol Wahakahu, Koneko el pájaro le hizo la vagina a la mujer" (Alegria 1978b: 78-79).

Ricardo Alegria expone una compilación extensa y valiosa de mitos referentes a la mujer de madera y el pájaro carpintero que le crea la vagina, pero sirven a nuestro propósito los citados.

Fray Ramón Pané se limita a describir las personas sin sexo

como "cierta forma de personas"; en el mito taíno, estos seres son vinculados con los árboles, cuando dice el fraile "echarse de los árboles por medio de las ramas"; además nos resulta particularmente interesante que Pedro Mártir al contar el mito, identifique los árboles como miralombanos o jobos, lo que hace coincidir los mitos taíno y suramericano en un cien por ciento.

Por si esto fuera poco, cuando atan el pájaro pico al cuerpo de los seres sin sexo dice el cronista "el pico *creyendo que aquellas eran maderos*, comenzó la obra que acostumbra". A nuestro entender el mito taíno, contado al cronista, tiene más sentido si es visto en el contexto de los mitos suramericanos, la relación del ser asexual de madera con el pájaro carpintero que le hace la vagina, que la descripción de animales parecidos a mujeres que describe Mártir de Anglería.

A MANERA DE CONCLUSIONES

La cueva de La Cidra es reportada en 1915 por Cayetano Armando Rodríguez, más tarde por Federico W. Lithgow Ceara el 28 de diciembre de 1954 y fue reubicada por Alain Gilbert y el Espeleogrupo de Santo Domingo en 1997; el autor de este texto reportó las pictografías en color blanco y detalles de su arte rupestre en el *Boletín del Museo el Hombre Dominicano*, No. 27, de 1998.

En la cueva de la Cidra se estableció la presencia de dos estilos pictográficos claramente diferenciados. Se desestimó la presencia de un pigmento color naranja, como en la cueva de Berna, en Boca de Yuma, provincia La Altagracia, República Dominicana, ya que creemos que esta, la de la Cidra, es consecuencia del desprendimiento de la capa de pintura blanca original, tal como se aprecia en otras pictografías, con degradación parcial.

Los aspectos geográficos, de localización, así como los aspectos morfológicos de la cueva, el difícil acceso, los estilos pictográficos diferentes y sus motivos zoomorfos, considerados como rituales o asociados con mitos y leyendas, tales como lechuza, culebra y pájaro carpintero, nos hacen suponer que la cueva tuvo uso ritual. Este mural de la cueva de La Cidra es la primera localización de un pájaro carpintero, o del ave mítica llamada inrire, en el arte rupestre de la República Dominicana, claramente relacionada con el mito recogido por Pané.

En los mitos suramericanos la mujer es tallada en un árbol de jobo pero al hacerla no pueden darle el órgano reproductor, por lo que se ven en la necesidad de llamar al ave mítica para que realice esta labor. En el mito taíno están presentes todos los elementos, aunque no en el orden correcto como asegura el propio fray Ramón Pané: "como yo escribí con premura y no tenía papel bastante, no podré poner en un lugar lo que por error lleve a otro".

Cuando Pané se refiere a que vieron *echarse de encima de algunos árboles, por medio de las ramas, cierta forma de personas que no eran hombres ni mujeres*, parece estar contando el mito suramericano del origen de las mujeres a partir del árbol de jobo, tal como cuando dice: "otros, fueron cogidos por el sol y se convirtieron en árboles llamados jobos".

Creemos que el mural del pájaro carpintero en la cueva de La Cidra es lo más cercano a una representación gráfica del mito del origen de las mujeres recogido por Pané; la carga simbólica de los elementos que lo conforman es indudable; existen, además, otros símbolos asociados con el mural pero de difícil identificación dada la presencia de líquen, lo que amerita un registro con alta tecnología, que tal vez aporte nuevos elementos a nuestra hipótesis.

De todos modos, queda para el arte rupestre de la República Dominicana y del Caribe, enclavado en las distantes lomas de la Cordillera Central, en una cueva impresionante, esta pictografía de un pájaro carpintero tallando un árbol en la noche de los tiempos, ajeno a nuestras hipótesis y nuestras dudas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alegría, Ricardo (1978): *La población aborígen antillana y su relación con otras áreas de América*. Puerto Rico, Fondo de Cultura.
- _____ (1978a): *Apuntes en torno a la mitología de los indios taínos de las Antillas Mayores y sus orígenes suramericanos*. Puerto Rico, Centros de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe.
- Arrom, José Juan (1981) : *El murciélago y la lechuza en la cultura taína*. Santo Domingo, Fundación García Arévalo Inc.
- Armellada, Cesáreo de y Carmen Benlivenga de Napolitano (1968): *Literatura indígena venezolana*. Caracas, Monte Ávila Editores.
- Athles Bidó, José Gabriel (1999): "La cueva de La Cidra la más importante muestra de pictografías blancas en la República Dominicana" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 30, Santo Domingo.
- Caro Alvarez, José Antonio (1976): "Pictografías de la cueva de Borbon representan escenas religiosas, de magia, cacería y baile" en *El Caribe*, 11 de diciembre de 1976. Santo Domingo.
- Chez Checo, José (1978): "Mitología y artes prehispánicas de las Antillas de José Juan Arrom" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, No. 11. Santo Domingo.
- García Arévalo, Manuel (1989): *El arte taíno de la República Dominicana*. Barcelona, Editorial Pareja-Ediciones del Museo del Hombre Dominicano.
- Herrera Fritof, René (1981): "Arqueotipos zoomorfos en las Antillas Mayores" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 16. Santo Domingo.
- Jimenez Lambertus, Abelardo (1983): "Las dos partes de la relación acerca de las antigüedades de los indios de fray Ramón Pané" en *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*. No. 18. Santo Domingo.
- Levi Strauss (1973): *From Honey to Ashes. Introduction to Mythology II*. N.Y., San Francisco, Harper and Row, Evaston.
- Lithgow Ceara, Federico W (1973): "Excursión al Nalga de Maco" en *Boletín de la Sociedad Dominicana de Geografía*. No. 3, Santo Domingo.
- Mártir de Angleria, Pedro (1989): *Decadas del nuevo Mundo*. Dos tomos. Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Bibliófilos.
- Pagán Perdomo, Dato (1978): *Nuevas pictografías de la isla de Santo Domingo (Las cuevas de Borbon)*. Santo Domingo, Editora Alfa y Omega-Ediciones del Museo del Hombre Dominicano.
- Pané, Ramón (1994): *Relación acerca de las antigüedades de los indios*. Biblioteca de clásicos dominicanos II, Santo Domingo, Ediciones de la Fundación Corripio, inc.
- Rodríguez, Cayetano Armando (1976): *Geografía de la isla de Santo Domingo y reseña de las demás Antillas*. Segunda Edición, Santo Domingo, Sociedad Dominicana de Geografía.
- Lowen, Sven (1936). *Origin of the Tainan Culture*, West Indies, Goteborg.
- Veloz Maggiolo, Marcio (1971a): "Las pinturas de nuestros aborígenes" en *El Nacional*. Santo Domingo, 9 de febrero.
- _____ (1971b) "Apuntes sobre el origen del arte rupestre antillano" en *Ahora!*, Año VII, No. 308, Santo Domingo, abril 19, p. 35-38.
- Veloz Maggiolo, Marcio y Daniela Zanin (1999): *Historia, arte y cultura en las Antillas precolombinas*. Santo Domingo, Editora Universitaria.
- Vega Boyrie, Bernardo (1976): *Pictografías*. Santo Domingo, Museo del Hombre Dominicano.
- _____ (1987): *Santos, shamanes y zemíes*. Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana.

LA TECNOLOGÍA DEL BURÉN Y LA ELABORACIÓN FINAL DEL CASABE

IRINA JOURAVLEVA
GABINO LA ROSA CORZO



Máscara Cerámica pintada

Los autores son investigadores del Departamento de
Arqueología del Centro de Antropología, CITMA, La Habana

El presente trabajo se dedica al estudio de la tecnología de elaboración de burenes de diferentes sitios arqueológicos de Cuba. Para esto se seleccionaron 33 sitios ubicados en distintos lugares del territorio y se analizaron 200 muestras de burenes, mediante la utilización de una lupa binocular y el microscopio mineralógico de luz polarizada. Entre los parámetros que caracterizan la tecnología aplicada, se escogieron: a) la calidad de la pasta; b) labores en la superficie; c) desgrasante. En la tabla de resultados de los análisis se presentan los resultados de este análisis.

En la literatura arqueológica el tema de los burenes ha sido poco debatido. En nuestros días se conoce que el burén (budare, aripo) es un artefacto elaborado con arcilla, que se utilizó en la cocción final del casabe y las primeras referencias al mismo se encuentran en las fuentes documentales u obras de los cronistas de Indias. Por otra parte, se conoce que el casabe elaborado de yuca amarga fue la base en la dieta de los aruacos (Tabío y Rey 1979), aunque muy recientemente existen otros reportes acerca de la posibilidad del uso de los burenes en la preparación de otros tipos de alimentos (González 1996), al extraer las grasas de numerosas muestras de burenes, dedujo que algunas de ellas pertenecen al tipo animal, como grasas de pescado. A su vez, Colmenares (1992), al trabajar con el ajuar cerámico de la isla Donuski Norte, en Venezuela, con un fechado por Carbono 14 de 620 ± 80 DNE, asegura que los burenes no fueron utilizados para elaborar casabe, sino probablemente en la preparación de tortas de maíz, cuya presencia está referida en áreas cercanas al sitio. Esta cuestión se corresponde con el proceso de sustitución de la yuca por el maíz observado en la región noroccidental de Sudamérica a la llegada de los españoles (Colmenares 1992).

Tabío y Rey (1979) describieron los burenes encontrados en sitios habitados por subtaínos como grandes discos de barro endurecido, cocidos en hornos abiertos. Sin embargo, la calidad en la cocción varía de unos sitios a otros. Pino y Castellanos (1991),

describen los burenes encontrados en el sitio Loma de la Forestal, en la provincia de Holguín, región oriental, como muy frágiles y con presencia de restos orgánicos en la pasta, mientras que los procedentes del sitio Loma de los Mates, en la misma provincia, eran de mejor calidad. Al igual que los burenes procedentes de la región centro sur de Cuba, en especial los del sitio Ojo de Agua, fueron elaborados con pasta compacta y presentan buen trabajo en la superficie (Martínez y Rodríguez 1991).

La mayoría de los burenes encontrados a lo largo de la isla son simples, sin decoración. El número de burenes con decoraciones en Cuba es limitado y los mismos han sido estudiados por varios autores (Guarch 1978; Godo y Celaya 1990; Calvera 1990, comunicación personal).

Como se puede observar en la tabla, alrededor del 60 % de los sitios estudiados presenta burenes elaborados con una buena cocción, mientras que en el resto se han hecho a bajas temperaturas, régimen que caracteriza el producto denominado "terracota". Sin embargo, llama la atención que, a pesar de la mala cocción del producto, la pasta contenía, prácticamente en todos los casos, un desgrasante bien seleccionado; es decir, la preparación de la pasta para elaborar el burén se realizaba según los mismos métodos de la preparación de las vasijas. En algunos casos, junto al desgrasante mineral fueron observados restos de fibras: paja, pequeñas ramas, raíces, cuya distribución irregular hace pensar que su presencia no es intencional. Un buen régimen de la cocción a altas temperaturas elimina estos restos durante el proceso.

Así, se pudieron aislar dos métodos en la manufactura de los burenes: el primero consiste en la preparación del disco de arcilla ya mejorada, y el otro de la formación de dos o tres capas finas de pasta, unidas entre sí. La preparación de capas finas proporciona un amasamiento más homogéneo; sin embargo, con el uso de estos burenes existe el peligro de separación de las capas. Se comprobó que la mayoría de los burenes gruesos de terracota se elaboraron mediante la unión de varias capas de arcilla.

Los burenes de alta calidad se localizan fundamentalmente en las provincias orientales, cuestión que puede ser explicada por las posibles rutas migratorias de las comunidades tainas desde su arribo a las costas de las provincias actuales de Guantánamo, Holguín y Santiago de Cuba. Estas comunidades al llegar a la isla

ya manejaban técnicas de alto nivel en el desarrollo de la alfarería y tenían los conocimientos necesarios para preparar las condiciones de cocción para piezas de cerámica de gran grosor. Sin embargo, los burenes de terracota se encuentran relacionados con comunidades de bajo nivel de desarrollo, poseedores de paquetes tecnológicos de elaboración de la cerámica, pero que aun no lograban alcanzar las condiciones para la cocción completa de piezas de paredes gruesas.

También encontramos algunos sitios en que los burenes de terracota se encuentran en minoría, frente a los burenes de buena elaboración, como en los sitios Laguna de Limones, Mocambo II, Sardinero, La Rosa y Esterito de Banés. Al analizar los tiestos de terracota detectamos que la mayoría de ellos no presentan partículas de carbón, señal esta de que no fueron utilizados. Si calculamos el peso de un burén, éste puede variar de 3 a 7 libras, por lo que posiblemente los pobladores tempranos al migrar de un lugar a otro no los trasladaban debido a su peso, tamaño y fragilidad. Con el arribo a un nuevo lugar, la cantidad de burenes no satisfacía las necesidades y por tratarse de la preparación de un alimento fundamental y la relativa facilidad de manufactura de los burenes, se producían algunas nuevas piezas sin las condiciones adecuadas, lo cual puede explicar la presencia de burenes de terracota en estas localidades.

También, en otros sitios como Morrillo, en la provincia de Matanzas, se encontraron burenes de terracota en los estratos inferiores, mientras que en las capas superficiales aparecieron los de buena calidad, cuestión esta que puede ser explicada por el desarrollo de la producción cerámica local, aunque no se puede descartar aún la posibilidad de estacionamientos temporales de diferentes comunidades tempranas en el mismo lugar.

Otro aspecto de mucho valor detectado mediante este estudio es la deposición del carbón en los burenes. Desde tiempos remotos los alfareros conocían el aprovechamiento de las características del fuego para la obtención de productos de calidad. Así, una superficie de color uniforme, sin manchas negras, se lograba mediante el fuego de oxidación prolongada, lo que podía conseguirse si los alfareros no removían las piezas hasta que el combustible se quemaba totalmente, o sea, hasta que se convirtiera en ceniza blanca.

RESULTADO DE LOS ANÁLISIS TECNOLÓGICOS Y MINERALÓGICOS DE LOS BURENES					
	Grosor del burén mm	Grosor del carbón depositado mm	Cocción del casabe al fuego	Desgrasante	Cocción
El Morillo					
Superficie	17	5	+	P, R, Fe	B
Superficie	22	3	+	P, C	B
0-20	21	10	+	P, C, Am	M
0-20	20	10	+	P, C, Pir	M
25-50	26	5	+	R, CaCo ₃	R
25-50	25	7	+	R, C	R
Cantabria					
Superficie	24	5	+	P, R, C	B
0-20	20	10	+	Fe, P, C	B
0-20	30	10	+	Fe, C	B
Cayo Ocampo	22	10	+	R, Fe	M
La Victoria	22	5	-	P, C, Am	B
La Leonor	28	7	+	P, C	B
La Leonor	28	10	+	R, P, C	M
Río Hondo	20	3	+	Fe, R	M
Pio Valermo	22	5	+	Fe, R	M
La Rosa	29	-	-	P, C	B
El Pesquero	32	15	+	P, C, Am	B
Río Cañas	26	10	+	P, C	B
Río Cañas	26	10	+	P, C, Fe	M
Aguas Gordas	11	7	+	R, Fe, P	B
Aguas Gordas	15	7	+	R, Fe, P	B
San José	30	1	-	R, Fe, P	B
Jauco	26	10	+	C, P, Pir	B
Loma de Ochile	26	10	+	P, C	B
El Yayal	28	10	+	P, C, Am	B
El Paraíso	28	10	+	R, CaCo ₃	M

Leyenda:

Desgrasante P- plagioclasa, C- cuarzo, Pir- piroxigeno, Am- amfiboles, R- roca triturada, Fe- pequeñas concentraciones de hierro.

Cocción B- buena, R- regular, M- mala.

Cocción del casabe al fuego: + positivo, - negativo

	Grosor del burén mm	Grosor del carbón depositado mm	Cocción del casabe al fuego	Desgrasante	Cocción
El Paraíso	28	5	+	P, C	M
Esterito de Banes					
0-25	18	10	-	P, C	B
0-25	20	-	-	P, C	M
0-25	22	5	+	P, C, Am	B
0-25	26	10	+	P, C, Pir	M
25-50	28	3	+	P, C, Pir	M
75-100	36	6	+	P, C, Pir	M
75-100	33	7	+	P, C, Am	M
100-125	37	10	+	P, C, Am	M
Loma de La Campana	28	-	-	P, C	B
El Molino	21	1	-	P, C, Pir	B
Santa María	15	5	+	P, C, Pir	B
El Porvenir	28	5	+	Fe, R	M
Ojo del Toro	22	10	-	P, C, R	B
Loma de Ochile	27	10	+	P, C	B
Macambo II					
0-25	20	5	-	Fe, R, P, C	M
0-25	15	3	-	P, C, Am	M
25-50	21	3	-	P, C, Am	M
25-50	29	2	-	P, C, Am	M
La Escondida de Bucuey	30	10	+	R, Fe	M
Jauco	26	10	+	C, P, Pir	B
Sardiuero	30	7	+	Am, Pir, C	M
San Lucas	17	10	+	C, P	B
San Lucas	23	15	+	R, C	M
Laguna de Limones					
Superficie	23	5	-	P, C	B
0-20	32	1	+	R, Fe, C	M
20-50	30	7	+	Am, Pir, C	M

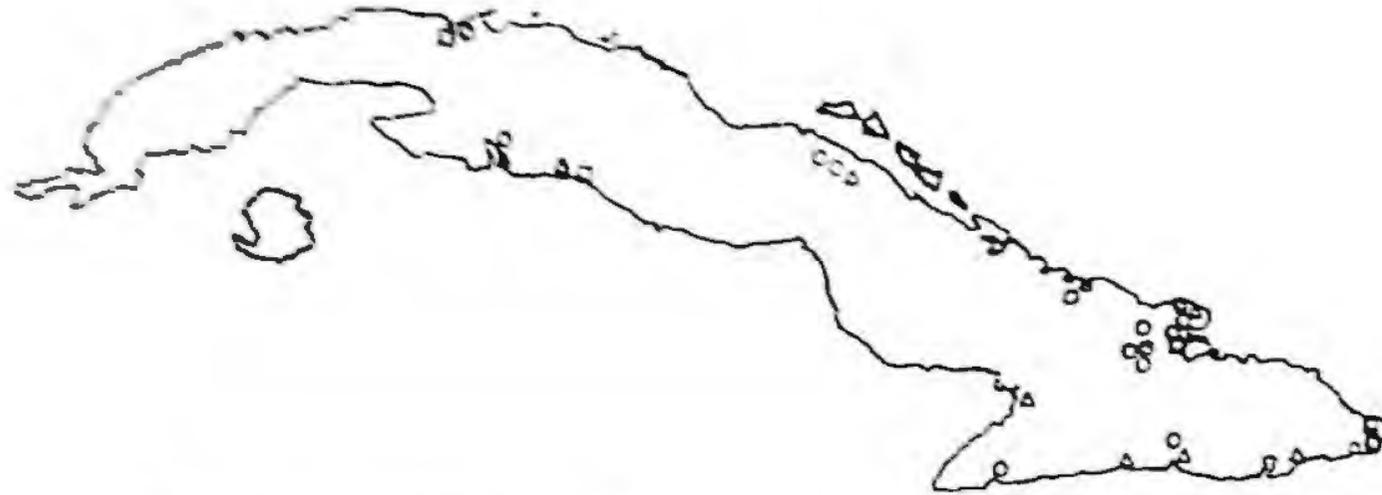


Fig. 1. Distribución territorial de los huesos analizados con diferente régimen de cocción.
○ Both régimen de cocción. □ Terraced. △ Asians en el medio lado.



Fig. 2. Distribución territorial de los huesos analizados con diferente régimen de cocción.
△ Método cocido al fuego. □ Método descrito en el trabajo. ○ Ambos procedimientos.

Al estudiar la alfarería temprana, Shepard (1956) señala que en el uso del fuego abierto para la cocción de productos cerámicos se daba mucha importancia al período durante el cual las condiciones favorecían la oxidación, lo que puede ser comparable al obtenido con un solo suministro de combustible; o prolongado si se añade el combustible gradualmente para evitar la liberación de grandes volúmenes de gases reductores en un momento determinado. En otras palabras, los alfareros empleaban diferentes métodos para frenar la liberación de gases reductores, por lo cual aparecía hollín en la superficie del producto.

En la etapa inicial de la producción ceramista, cuando todavía la experiencia acumulada era limitada, resultaba frecuente la presencia de vasijas veteadas con áreas carbonizadas en la superficie. Posteriormente, en algunas comunidades, los alfareros desarrollaron labores que les permitió obtener superficies totalmente negras y lustrosas, lo cual acuña a estas comunidades por este peculiar producto cerámico.

Al respecto, Rye (1994) señala que los gases que se difunden a través de los poros, durante la cocción, atraviesan no solo éstos, sino también las grietas del vidriado y pueden transportar el carbón hasta el núcleo de la pieza, lugar donde se deposita, aunque puede eliminarse por combustión oxidante de tiempo prolongado.

Si observamos el corte transversal de un tiesto de cerámica aborigen mediante una lámina delgada, en casos en los que el régimen de cocción no fue suficiente, en el centro del tiesto (núcleo) se puede presentar una acumulación de carbón y también algunas partículas de este en la superficie de la pieza, lo que da una coloración más oscura a esta área. Sin embargo, el resto de la muestra no presenta la deposición de carbón.

En caso de utilización de la misma pieza a fuego directo y en ocasiones reiteradas, se provocan penetraciones de carbón que se depositan en los poros internos de la pieza. Como el grosor de las deposiciones indica la intensidad de su utilización, debemos decir que se encontraron algunos tiestos en que el espesor de la deposición llegó a dos centímetros, es decir 2/3 del grosor del burén. Pero como el tamaño de la capa donde se deposita el carbón varía, en los casos en que se observan acumulaciones mayores se refleja el uso intensivo de la pieza, lo cual puede corresponder a una comunidad numerosa o a un período largo de estaciona-

miento. Ambos casos brindan una información adicional en el estudio de cada sitio arqueológico concreto.

Ahora bien, como la información existente afirma que el burén se utilizó para la preparación del pan de casabe y hasta ahora se ha afirmado que este se manipula directamente al fuego (similar a la sartén), y se reportan las diferencias del acabado de la superficie superior de la inferior (Castellanos 1991, Martínez 1990, Sampedro 1991), sería lógico afirmar que la superficie más trabajada es la superior, en la cual se coloca la masa de yuca, mientras que la parte inferior queda con la superficie burda (no alisada) que se expone directamente al fuego. Si esto fuera así, las deposiciones de carbón tendrían que aparecer en esta parte, la inferior y más burda.

Sin embargo, al analizar detalladamente los tiestos de burenes, se pudo observar que aproximadamente el 70 % de las deposiciones de carbón aparecen en la parte alisada, o sea la superior del burén, mientras que en la inferior, de acabado burdo, no se presentan indicios del contacto con el fuego. Incluso en algunos casos de burenes marcados, los restos de carbón fueron localizados en la superficie decorada. Esto rompe el concepto de manipulación del burén defendido hasta hoy día y para explicar este fenómeno encontrado no queda más remedio que pensar en otra forma del manejo del burén en el proceso final de elaboración del casabe. Si el método conocido hasta ahora se puede denominar como uso del burén "directamente al fuego", el otro sería uso del burén "fuera del fuego". A nuestro juicio, la preparación del casabe "fuera del fuego" comprendería los siguientes pasos:

- Colocación del burén directamente al fuego pero con la superficie alisada o decorada (superior), donde se preparará el casabe, en contacto con las llamas.
- Mantenimiento de esta posición hasta que la superficie se caliente bien.
- Separación del burén del fuego (lo que pudo hacerse con la ayuda de un pedazo de madera o de pieles curtidas), dejando la superficie recalentada hacia arriba.
- Colocación de la masa de yuca sobre la superficie caliente (superior-alisada o decorada).
- Retiro del casabe ya cocinado y repetición de los pasos anteriores las veces que era necesario.

Este método tiene la ventaja de que la elaboración final del casabe se puede realizar lejos del fuego, evitando así posibles quemaduras y las molestias que pueda ocasionar el humo. También el grosor del burén, excesivo en algunos casos, apoya esta proposición, pues si se tiene en cuenta la baja conductividad térmica de las piezas de cerámica aborigen, no hubiese sido lógico elaborar burenes de tal grosor, por cuanto éstos demorarían mucho tiempo en calentarse para poder cocinar el casabe en la superficie contraria al fuego; no obstante, si pensamos en el método "fuera del fuego", el grosor del burén tiene lógica pues funcionaría como aislante cuando este está sobre el suelo y su superficie superior ha sido previamente calentada.

El coeficiente de conductividad térmica de un material se define como la cantidad de calor que en un segundo avanza un centímetro; en el caso de la cerámica resulta de 0,35 a 0,9 cal/cm, en dependencia de la calidad de la cocción a que se sometió en su manufactura. También tendría lógica la utilización de los burenes gruesos en calidad de terracota, porque con el aumento de la granulometría y por consiguiente del tamaño de los poros individuales, la conductividad térmica es muy pequeña, pues en este caso la acción aislante del aire de los poros interrumpe la circulación térmica.

Es posible que este método fuera utilizado con anterioridad al de preparación "al fuego" y con el tiempo, sobre la base del cambio en la tecnología de elaboración del burén (refiriéndose a su buena cocción y disminución del grosor), se llegó a alcanzar las condiciones adecuadas para su utilización directamente al fuego, o sea, su uso como una sartén.

La cocción del casabe "fuera del fuego" descrita en este trabajo recuerda el uso del fuego en su forma primitiva, cuando se calentaban piedras para con ellas calentar el agua; es decir, existía un agente entre el fuego y el agua, que era una piedra. En el caso de la elaboración final del casabe el agente es un burén, el cual transporta el calor a su destino; aunque el burén desempeña a la vez la función de recipiente para la masa de yuca y pudiera ser utilizado directamente al fuego. Existen reportes (Pino y Castellanos 1991), en los que se describen hallazgos de burenes líticos, en sitios de Guantánamo en la región oriental de Cuba. Con la introducción del barro en la vida de una comunidad primitiva, se

abrió la posibilidad de elaborar burenes, los que resultan más adecuados para su fabricación y transportación; sin embargo los burenes líticos pudieron seguirse utilizando durante un periodo de tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- Castellanos, N. (1991): "La cerámica aborigen de Loma de la Forestal" en *Arqueología de Cuba y de otras áreas antillanas*. Editorial Academia, La Habana.
- Colmenares, R. (1992): *La cerámica prehistórica de la Isla Domuska Norte*. Caracas.
- Godo, P. y M. Celaya (1990): "Expresiones mitológicas en los burenes de Cuba" en *Anuario de Arqueología 1988*, La Habana, Editorial Academia.
- Gonzalez, N. (1996): "Estudio de los ácidos grasos en los burenes" (Inédito), La Habana, Departamento de Arqueología, Academia de Ciencias de Cuba.
- Guarch, J. M. (1978): *Los tainos de Cuba*. La Habana, Instituto de Ciencias Sociales.
- Martínez, A. (1990): "Presencia aborigen en cuevas de la costa norte del este de La Habana" en *Anuario de Arqueología 1988*, La Habana, Editorial Academia.
- Martínez, A. y M. Rodríguez (1991): "Algunos aspectos significativos de la cerámica aborigen del sitio Ojo de Agua" en *Arqueología de Cuba y otras áreas antillanas*. La Habana, Editorial Academia.
- Pino, M. y N. Castellanos (1991): "Los asentamientos agroalfareros en el sur de las provincias de Santiago de Cuba y Guantánamo" en *Estudios Arqueológicos 1989*. La Habana, Editorial Academia.
- Rye, O. (1994): "Pottery Technology" en *Manuals on Archaeology*, No. 4. Washington, Taraxacum.
- Sampedro, R. (1991): "Estudio preliminar de la cerámica del sitio arqueológico El Paraíso" en *Estudios arqueológicos 1989*. La Habana, Academia.
- Shepard, A. (1956): *Ceramics for the archaeologist*. Carnegie Institution of Washington.
- Tabío, E. y E. Rey (1979): *Prehistoria de Cuba*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.

EL MITO DEL SOL Y LA LUNA EN EL ARTE RUPESTRE DE CUBA

RACSO FERNÁNDEZ ORTEGA
JOSÉ B. GONZÁLEZ TENDERO



Imagen antropomorfa desplegada.
Cerámica pintada.

Los autores pertenecen a la Sociedad Espeleológica de Cuba.

El arte rupestre como forma de expresión fue concebido por los aborígenes que poblaron nuestro archipiélago con una función fundamentalmente propiciatoria en los periodos iniciales de su desarrollo, para más tarde concederle, entre otras, una dualidad funcional: propiciatoria-anecdótica.

Esta doble funcionalidad se manifestó con mayores evidencias durante la etapa de economía productora, o neolítico, cuando el hombre primitivo, a falta de escritura, empleaba la tradición oral y el arte rupestre como mecanismos para perpetuar la historia, hazañas, héroes y personajes mitológicos de su grupo cultural, en sus ceremonias mágico-religiosas.

Apoyándonos en los pasajes y relatos mitológicos del Caribe continental e insular, recogidos por los cronistas de Indias y los antropólogos y etnólogos de los siglos xvii al xix, pretendemos demostrar la posibilidad y la validez de identificar, en los diseños rupestres, algunos de los personajes estudiados, reconocibles además en otras expresiones iconográficas aborígenes sobre soporte de barro, concha y piedra en volumen, así como los pasajes mitológicos en los cuales se encuentran envueltos.

Todo este estudio se ve reforzado por el análisis de fuentes de carácter propiamente físico: mediciones espeleométricas, meteorológicas y topográficas.

En nuestro archipiélago son innumerables las solapas, cuevas y cavernas, muchas de las cuales nos maravillan por la amplitud de sus bóvedas, sus espléndidas formaciones secundarias o por los millares de murciélagos que en ellas habitan. Por ello, no resulta extraño que nuestros aborígenes en no pocas ocasiones los emplearan como lugares sacros. De ahí que en Cuba las estaciones rupestres se localicen en estos sitios, a diferencia de otras regiones de América y el Viejo Mundo.

El diseño a que nos vamos a referir está constituido por la combinación armónica de varios "motivos pilotos", es decir, de la línea doble o sencilla rematada por círculos en ambos extremos, que

en ocasiones muestran un punto en su interior. Este diseño pictográfico, con mayor o menor nivel de complejidad, ha sido identificado en tres localidades cubanas de oriente a occidente. En este mismo orden, se describirán los pictogramas, para seguidamente iniciar el análisis detallado de nuestra hipótesis.



Fig. 1. Ubicación geográfica de las cuevas motivo de estudio.

CUEVA DE LAS MERCEDES

Esta cueva se ubica en la ladera S de la elevación conocida como El Mirador de Limones, en la Sierra de Cubitas, en la provincia de Camagüey. Esta interesante representación pictográfica se encuentra a unos 12 m de la dolina del Salón de la Catedral y a 0,80 m del pavimento de la galería; fue ejecutada con líneas negras y rojas (los ojos son de color terrígeno) de aproximadamente 0,015 m de ancho. Este sugerente diseño está formado por un dúo de círculos paralelos, a manera de rostros antropomórfos, unidos entre sí por un par de líneas ligeramente en arco.

Para describir el primer círculo nos detendremos inicialmente en aquellos elementos decorativos que rodean su borde superior. Este se caracteriza por una corona formada por una cadena de cuatro triángulos con los vértices dirigidos hacia arriba y termina en una pequeña circunferencia que a su vez es dividida en dos secciones similares por la recta que, como ya dijimos, une a las circunferencias que forman el diseño. En el interior de este círculo aparecen representados dos ojos —con un segmento de recta

pintado en el interior de cada uno de ellos—, como óvalos ubicados en la porción media y con una pequeña inclinación hacia el centro inferior de éste. La boca es un arco que se une al círculo en ambos extremos mostrando en el interior tres líneas que simulan los dientes. La nariz es un simple fragmento de recta dibujado perpendicular a la boca en el punto medio entre los ojos.

El segundo rostro está diseñado con dos círculos concéntricos, en el interior de los cuales se observan los ojos y la boca. Los ojos no guardan ninguna relación con los de la imagen ya descrita. El izquierdo está formado por lo que pudieron haber sido dos círculos concéntricos pequeños; mientras que el derecho es otro círculo proporcional a los anteriores, que se encuentra dividido en dos secciones similares por la recta que lo une al de la izquierda. La boca, que aparece ligeramente inclinada, está representada por dos líneas paralelas que confluyen, a ambos lados, en el círculo menor. Los dientes (10) también están presentes como segmentos paralelos y perpendiculares a las líneas que forman la boca

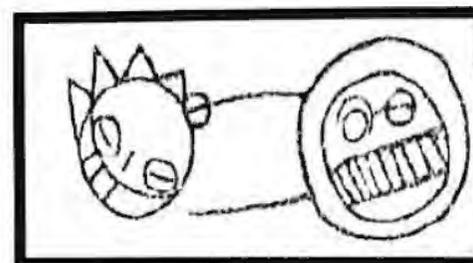


Fig. 2. Pictografía que muestra al Sol junto a la Luna, localizada en la cueva de Las Mercedes, Sierra de Cubitas, Camagüey.

CUEVA DE RAMOS

En la costa norte de la provincia de Sancti Spíritus se ubica un penicayo conocido como Cayo Caguanes, que está limitado al sur por la ciénaga de Guayaberas. La Cueva de Ramos pertenece a la Caverna de las Pictografías, que está situada en el centro del cayo.

La pictografía se localiza sobre una cuchilla de la pared, a una altura de 1,20 m del suelo estructural de la gruta y a 20 m de la dolina de entrada. El dibujo se orienta hacia el N y descansa en la

pared S del salón. La grafía es de color negro con trazos que varían entre los 0,01 y 0,005 m. El diseño lo conforman dos círculos inclinados hacia la izquierda, de similares dimensiones, que rodean a unas circunferencias centrales ejecutadas a tinta llena; la del extremo derecho es de mayor diámetro. Ambas circunferencias se mantienen unidas por tres segmentos de recta paralelos.

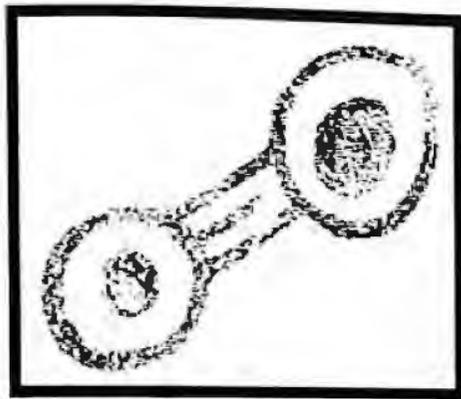


Fig. 3. Pictografía en la que presumimos se hace alusión al pasaje mitológico de la creación del Sol y la Luna, localizada en la Cueva de Ramos, Cayo Caguanes, Sancti Spiritus, Cuba.

CUEVA DE AMBROSIO

La península de Hicacos se localiza en la costa norte de la provincia de Matanzas cerrando el bolsón que da forma a la importante bahía de Cárdenas. En la península se encuentra la loma de La Caseta, en cuyo abrigo rocoso se abre la cueva de Ambrosio, muy cerca de la playa de Varadero.

En esta espelunca podemos localizar dos pictografías de similares características a las que venimos estudiando. La primera está localizada en el Salón de la Dolina y la otra en la galería de acceso. Las pictografías dibujadas en negro están realizadas con un trazo uniforme de 0,01 m. En la primera se aprecian dos círculos inclinados hacia la izquierda de similares dimensiones, unidos en

la porción central por un pequeño segmento de recta. El círculo de la derecha muestra en su interior un punto negro de 0,015 m de diámetro. Esta grafía —con orientación N— se ubica en la pared S, contigua al Salón de la Dolina, a 4 m aproximadamente de esta y a 0,90 m de altura del piso.

La segunda, por su parte, está conformada por dos círculos de 0,07 m de diámetro, inclinados hacia la izquierda; el diseño se localiza a 1,40 m sobre el nivel del suelo, en el techo de la galería.

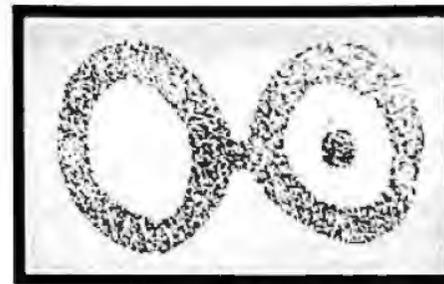


Fig. 4. Pictografía en la que presumimos se hace alusión al pasaje mitológico de la creación del Sol y la Luna, localizada en la cueva de Ambrosio, Península de Hicacos, Matanzas, Cuba.

EL MITO ABORIGEN EN EL REGISTRO RUPESTRE

El estudio minucioso de la mitología y las crónicas de Indias, nos indica que los rituales y las ceremonias fueron la base ideológica de estas sociedades, lo cual, al mismo tiempo, queda demostrado con las imágenes modeladas en los objetos superestructurales de cerámica, hueso, madera y concha, por sólo citar algunos, en los que se han podido identificar algunos de sus númenes (Fernández y González 1998).

La mitología de los grupos agricultores-ceramistas estaba basada en un amplio panteón de cemíes, con jerarquías y roles muy bien definidos. Los cultos y las actividades ceremoniales fundamentales estuvieron ligadas a la llegada de las lluvias, las

crecidas de las mareas, los periodos reproductivos de la fauna y la flora, la fertilidad de los campos y la reproducción social en su conjunto.

Estos fenómenos representaban un arcano indescifrable pero perceptible para el hombre primitivo, el cual sólo a través de la magia podía dar respuesta a la indiscutible relación existente entre ellos y la posición que ocupa el Sol en el firmamento, en las distintas estaciones del año, así como la vinculación de los mismos con el ciclo lunar y cada una de sus fases en particular.

Somos del criterio, compartido por otros autores, de que los grupos que habitaron nuestro país practicaban la magia simpática y de contagio, por medio de acciones rituales (la cohoba), que pretenden la manipulación de lo numinoso por intermedio de sus símbolos, lo que les "permitía" dominar los designios de la naturaleza.

Debemos tener presente que la generalidad de los registros rupestres de la etapa de neolitización poseen una función fundamentalmente narrativa y anecdótica, amén de propiciatoria, topográfica y otras. En este sentido, los ornamentos y personajes resultan símbolos, es decir son evocación y perpetuación de los conceptos ideológicos del grupo cultural en cuestión.

Nos parece oportuno que atendamos a la expresión "kain", de los grupos del tronco lingüístico aruaco; para los aruacos esta palabra significa "Luna, mes, marea". Por su parte "hádali-híali", significa "el que se ha tornado brillante", es decir, el Sol (López-Baralt, 1976; Arrom 1975). Al mismo tiempo piensan los guaraos que todas las mujeres son hijas de la Luna, y como esta tiene a veces color sanguinolento, creen que la luna también derrama sangre, en alusión a los periodos menstruales (Lopez-Baralt 1976).

La falta de una explicación para la muerte fue la base para que se elaborara un complejo sistema ideológico donde la vida (representada, entre otras cosas por el Sol) y la muerte (la oscuridad, asociada con la noche y representada por la Luna) formaron una unidad básica. Los dos mejores exponentes de esta unidad son precisamente los dos personajes mitológicos que centran nuestra atención. Al analizar la ideología de estos grupos culturales es fácil comprender que la misma se basaba en un mundo dual en que las antítesis (Sol-Luna, día-noche, hombre-mujer, vida-muerte positivo-negativo) desempeñaban un papel preponderante y regían la conducta social.

De esta forma el Sol, fuente de claridad, energía y vida y máximo exponente de la virilidad es asociado con la fecundidad. Es, además, el creador de la naturaleza como ente impositor del orden y la ley, pues es el encargado de castigar a todos aquellos que osan burlar las regulaciones sociales.

"Otro que se llama Yahubaba, que fue a recoger una hierba llamada digo, con la que se limpian el cuerpo cuando van a lavarse. Este salió antes de amanecer, y le cogió el sol por el camino y se convirtió en pájaro que canta en la mañana" (Arrom 1975) De esta forma el papel del personaje creador del universo, como en otras culturas indoamericanas, le corresponde al Sol.

Este otro pasaje mitológico es trascendente, al definir el supuesto origen de estos grupos humanos y la importancia que para ellos tenían los antros cavernarios:

De Cacibajagua salió la mayor parte de la gente que pobló la isla [...] encomendando este cuidado a uno que se llama Mäcocael; el cual, porque un día tardó en volver a la puerta dicen que se lo llevó el Sol. Visto, pues, que el Sol se había llevado a este por su mala guardia, le cerraron la puerta, y así fue transformado en piedra cerca de la puerta (Arrom 1975).

En sentido opuesto la Luna, silenciosa compañera de la oscuridad y las tinieblas, cómplice de los malos actos, de la violación de los tabúes y las regulaciones establecidas por la sociedad, permanece presente y misteriosa en el lugar y el espacio en el cual deambulaban libremente los muertos (opias).

Un relato, del Caribe insular y continental, pone de manifiesto la relación de la Luna con acciones indignas, merecedoras del más enérgico reproche: según el mito de Barasana, de la Amazonía, las manchas de la Luna son resultado de que se acostaba con su hermana, quien no sabía que era él quien venía por las noches a estar con ella, por lo que se unto tinta negra para mancharle la cara y reconocerlo al día siguiente (López-Baralt 1976).

No menos importante resulta un pasaje apuntado por Pana, de las creencias de los pobladores del Caribe insular:

Y también dicen que el Sol y la Luna salieron de una cueva, que esta en el país de un cacique llamado Mautiatihuel, la cual se

llama Iguanaboina, y ellos la tienen en mucha estimación, y la tienen toda pintada a su modo, sin figura alguna, con muchos follajes y otras cosas semejantes (Arrom 1975).

Sin lugar a dudas la mitología es la forma de expresión y por consiguiente el reflejo del pensamiento ideológico de los pueblos; de esta manera, con los ejemplos ya expuestos, ha quedado evidenciada la transcendencia concedida al Sol y la Luna en la cosmovisión de los primeros pobladores cubanos lo que motivó su interés en perpetuar las imágenes que aparecen asociadas.

EL DISEÑO RUPESTRE COMO CLAVE SEMÁNTICA

Para los entendidos, la imagen a que nos estamos refiriendo no es ajena, pues ha sido descrita en la bibliografía bajo la denominación de *figuras espejueliformes*, "figura semejante a las armaduras de unas gafas, que están formadas por dos círculos, unidos a veces por una o dos rectas" (Núñez Jiménez 1975, 1986; Romero Emperador 1997).

En el trabajo que sometemos a su consideración, que es continuación de la investigación que venimos desarrollando por más de 6 años (González y Fernández 1995; Fernández y González 1998), proponemos establecer formas de análisis que permitan superar los límites de los estudios meramente descriptivos, en el contexto de ideas estéticas, y se consideren los registros gráficos del arte parietal como una fuente de información antropológica.

Detengámonos en la pictografía de la cueva Las Mercedes; este sugerente diseño nos acerca a las imágenes de dos de los astros más importantes del sistema solar. Sin temor a equivocarnos diremos que en ella aparece representado el Sol con una cadena de cuatro triángulos, con los vértices dirigidos hacia el firmamento, en evocación de los días soleados (llenos de vida); el segundo rostro pudiera invocar la imagen de la Luna, inseparable compañera del Sol en la bóveda celeste y personificación de las tinieblas (la noche oscura).

Si analizamos las restantes grafías y la información correspondiente que nos permita definir los

substratos de ejecución, la técnica de realización, la ubicación en los espacios cavernarios, etc., podríamos llegar a las siguientes consideraciones que apuntan hacia una uniformidad de ejecución que presumiblemente no es casual.

En primer lugar, todas se encuentran ejecutadas en áreas de las cuevas iluminadas o de semipenumbra (a excepción de la grafía de Las Mercedes); son las primeras que aparecen en el área anexa a la dolina o, en última instancia, son de las más cercanas a esta. En segundo lugar, los pictogramas hasta el presente son ejecutados con pigmento negro fundamentalmente, y siempre aparecen en la pared S de la cueva. Como tercera acotación, estableceremos que para la ejecución de todos los diseños el artista no tuvo preferencia, aparentemente, por el soporte, pues aparecen lo mismo sobre la pared estructural que en el techo, aunque nunca sobre una formación secundaria. La cuarta y última se refiere al hecho de que siempre aparecen de forma horizontal o inclinadas sobre el lado izquierdo.

Este importante conjunto de factores nos inclinan a pensar en la homogeneidad del concepto y la identidad del símbolo; el aborigen empleó más el diseño de la línea doble o sencilla rematada por círculos en ambos extremos, que en ocasiones muestran un punto en su interior, como un código de fácil identificación del Sol y la Luna; de esta manera se logra un excelente diseño geométrico que hace énfasis en los cuerpos de ambos astros celestes y en su unión mítica.

Este diseño y sus múltiples variantes permiten la identificación antes planteada, aún cuando desaparezcan los rasgos más



Fig. 5. Este diseño y sus múltiples variantes permiten identificar, sin lugar a dudas, la imagen del Sol y la Luna, aún cuando desaparecen los rasgos más reconocibles de sus figuras.

reconocibles de sus figuras, lo que pone en evidencia la definida tendencia al abandono del diseño figurativo para dar paso al geometrismo abstracto. En este sentido el carácter polisemántico y plurifuncional de las imágenes se expresa a plenitud en el plano artístico como una unidad de contenido simbólico utilitaria.

ESTACIONES CON DISEÑOS SIMILARES EN EL CARIBE INSULAR Y CONTINENTAL

Lamentablemente, de las estaciones rupestres del Caribe insular y continental a que nos referiremos, no disponemos de la información suficiente para definir los substratos de ejecución, ubicación en los espacios cavernarios, técnica de elaboración, etc., lo cual nos ayudaría sobremanera en el análisis.

En la gruta conocida bajo el nombre de Siribana, en el poblado de Santa Cruz, de la isla de Aruba perteneciente a las Antillas Menores, se ha identificado un número importante de petroglifos con diversas figuras, entre las que se encuentra la imagen que nos ocupa (Nuñez Jiménez 1986).

Hasta el presente es en Venezuela donde hemos logrado identificar el mayor número de estaciones rupestres con este elemento. El sitio venezolano denominado El Cerro o la Subida de los Apios, en el vecindario de Vigirima, estado Carabobo (Padilla 1956), muestra un interesante mural petroglífico con motivos antropomorfos y geométricos entre los que se ubica un par de círculos

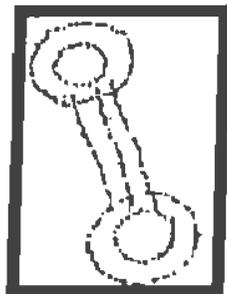


Fig. 6. Petroglifo en el que presumimos se hace alusión a los pasajes mitológicos de la creación del Sol y la Luna y su importancia en la cosmovisión aborígen. Localizado en la cueva de Siribana, Santa Cruz, Isla de Aruba.



Fig. 7. Petroglifo en el que presumimos se hace alusión al pasaje mitológico de la creación del Sol y la Luna y su importancia en la cosmovisión aborígen. Estación el Cerro o la Subida de los Apios Virigima, Estado de Carabobo, Venezuela.

con puntos centrales unidos por un segmento de recta.

Nos parece oportuno significar que en el área continental el grafema sufre el cambio de aumento del número de los segmentos paralelos limitados por círculos sencillos o con un punto central y que estos últimos, en algunas ocasiones, llegan a formar círculos

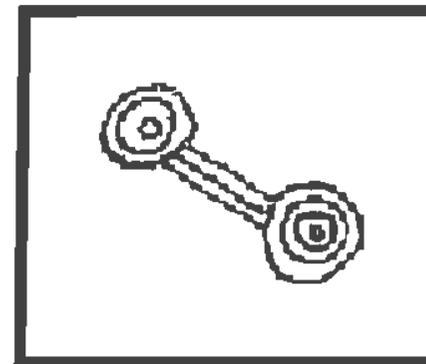


Fig. 8. Pictografía en la que presumimos se hace alusión al pasaje mitológico de la creación del Sol y la Luna y su importancia en la cosmovisión aborígen. Santuario de Facativá, departamento de Cundinamarca, Colombia.

concéntricos (lo que en alguna medida nos remite al diseño de la Cueva de Ramos).

De la misma forma, las pictografías en esta región son ejecutadas mediante la aplicación de un colorante rojo, al contrario de lo que ocurre en la zona insular, probablemente motivado por los cambios propios de la adaptación humana al medio ambiente.

Este es el caso de la denominada Susudé Inava, a orillas del río Parguaza, en el estado Bolívar, donde se han localizado pictografías en blanco y rojo, algunas de las cuales muestran los círculos concéntricos unidos por varias líneas paralelas. En esta ocasión la grafía está prácticamente en posición vertical (Núñez Jiménez 1959).

CONCLUSIONES

Hasta el presente los diseños están ejecutados con pigmento negro fundamentalmente y aparentemente el artista no tuvo preferencia por el soporte pues aparecen lo mismo sobre la pared estructural de la cueva que en el techo de la misma, pero nunca sobre una formación secundaria. Siempre están de forma horizontal o inclinadas sobre el lado izquierdo, excepto en Cueva Ambrosio que hasta el momento es donde único se han localizado dos pictografías con este diseño, una de las cuales se encuentra en posición inclinada pero prácticamente vertical.

Como ya hemos expresado, las cuevas Las Mercedes, Ramos y Ambrosio presentan dolinas de disolución y desplome, y las pictografías se encuentran en las áreas iluminadas o de semipenumbra (a excepción de la cueva de Las Mercedes). Las grafías, en la generalidad de los casos son las primeras que aparecen en el área anexa a la dolina o, en última instancia, son de las más cercanas a esta. De la misma forma hemos comprobado que siempre estos registros aparecen ejecutados en la pared sur de la cueva.

El aborígen empleó más el diseño de la línea doble o sencilla rematada por círculos en ambos extremos, que en ocasiones muestran un punto en su interior, como un código de fácil identificación del Sol y la Luna, con lo que logran un excelente diseño geométrico, con énfasis en los cuerpos de ambos astros y en su unión mítica.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrom José, J. (1975): *Mitología y arte prehispánico en las Antillas*. México, D. F. Siglo XXI.
- Beltrán, Antonio (1987): "El arte rupestre europeo y sus relaciones con el del resto del mundo y especialmente con el de América" en *Actas del VIII Simposio Internacional de Arte Rupestre Americano*. República Dominicana. Museo del Hombre Dominicano.
- Fernández, Racsó y José B. González (1998): "El enigma de los petroglifos acógenos de Cuba y el Caribe Insular" (en prensa).
- González, José B. y Racsó Fernández (1995): "El arte rupestre en el extremo oriental de Cuba" (en prensa).
- Asmenia T., María (1997): *Sitios arqueológicos de Venezuela*, No. 1. Caracas. Instituto del Patrimonio Cultural, Colección Inventario del Patrimonio Cultural.
- López Baralt, Mercedes (1976): *El mito taíno y relación continental*. Buenos Aires. Edit. Punto y Coma.
- Núñez Jiménez, A. (1959): "Facatativa: El santuario de la rana" en *Islas*, No. 23. Santa Clara.
- _____ (1967): *Cuevas y pictografías*. La Habana. Editora Revolucionaria.
- _____ (1970): *Caguanes pictográfico*. Serie espeleológica y carsológica. La Habana, Academia de Ciencias.
- _____ (1975): *Cuba: Dibujos rupestres*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- _____ (1986): *El arte rupestre cubano y su comparación con el de otras áreas de América*. La Habana, Proyecto Regional de Patrimonio Cultural y Desarrollo.
- Padilla, Sau (1956): *Pictografías indígenas de Venezuela*. Caracas. Talleres de Grabados Nacionales.
- Romero Emperador, Alejandro (1997): "El arte parietal en la provincia de Sancti Spiritus, Cuba" en *Espelunca* No. 2, Año 3. La Habana, Sociedad Espeleológica de Cuba.
- Toledo P. María y Luis F. Molina (1987): "Nuevas localidades de arte rupestre en el estado Lara, región centro-occidental de Venezuela" en *Actas del VIII Simposio Internacional de Arte Rupestre Americano*.

ESTIMACIÓN DE LA ESTATURA DE LOS ESQUELETOS DEL CEMENTERIO ABORIGEN CHORRO DE MAÍTA, HOLGUÍN, CUBA

CÉSAR ANTONIO RODRÍGUEZ ARCE



Máscaras dobles.
Cerámica pintada.

El autor es investigador del Departamento Centro Oriental de Arqueología del CITMA en Holguín.

INTRODUCCIÓN

En los meses de septiembre y noviembre de 1986 el grupo de investigación del Departamento Centro Oriental de Arqueología, del actual Centro de Investigaciones y Servicios Ambientales del CITMA en Holguín, descubrió, en áreas del sitio arqueológico aborigen Chorro de Maíta, en el municipio Banes, provincia de Holguín, un cementerio de proporciones insospechadas y el primero de su magnitud encontrado en Cuba, en un contexto habitacional de filiación cultural agricultora (Guarch *et al.* 1987: 25).

Entre las distintas cuestiones a investigar, surgidas de este importante hallazgo, estuvieron los aspectos antropológicos relacionados con las osamentas humanas. La estatura es una de las características de las que dependemos principalmente para la identificación individual de los seres humanos y también, en cierta medida, de los tipos de poblaciones humanas o razas. Por lo tanto, al construir una imagen mental del hombre primitivo la estatura está entre las características que deseamos evaluar.

Hasta la fecha no se contaba en Cuba con una muestra esquelética de alguna comunidad de agricultores ceramistas, con un tamaño razonablemente representativo para determinar correctamente la estatura promedio de individuos femeninos y masculinos.

En este trabajo, como objetivo fundamental, se realiza un estudio osteométrico de los huesos largos para la estimación de la estatura. También se efectúa una comparación entre los resultados obtenidos de las investigaciones de las distintas poblaciones de aborígenes y sus descendientes en Cuba, con el propósito de comprender mejor las variaciones o regularidades que persistan dentro de esos grupos sólo en tiempo relativamente reciente. Los resultados obtenidos constituyen un acercamiento científico al conocimiento del aspecto físico de los grupos humanos que alcanzaron mayor esplendor cultural en este archipiélago, en épocas prehispánicas.

MATERIALES Y MÉTODOS

Materiales

Para la realización de esta investigación se revisaron todos los esqueletos procedentes de Chorro de Maita, actualmente depositados en el almacén de piezas arqueológicas del Departamento Centro Oriental de Arqueología, en Holguín.

La muestra alcanzó un total de 108 ejemplares, de ellos:

Adultos, 80.

Masculinos, 36; femeninos, 43; indeterminados, 1.

Adolescentes, 7; niños, 19.

Ejemplares intrusivos, 2.

En la determinación de la talla individual no se pudieron utilizar todos los ejemplares de la muestra, pues el mal estado de conservación de los huesos largos en algunos casos, no permitió seguir una medición aproximada. Una vez apartados los inadecuados se dispuso de un total de 39 ejemplares femeninos y 30 masculinos.

Instrumental

Para tomar la longitud de los huesos de las extremidades se usó la tabla osteométrica de Broca, que consiste en una plancha rectangular de madera de unos 60 cm de longitud por unos 20 cm de ancho, cuadrículada regularmente en centímetros y provista en uno de sus extremos de un tope o tablilla perpendicular de unos 10 cm de alto.

Métodos

Decidimos primeramente utilizar las fórmulas propuestas por Trotter y Gleser, por ser las más conocidas para los grandes grupos raciales, pero la recomendación de Ubelaker de que estas ofrecen resultados más reales para esqueletos de Norteamérica y que además son esencialmente para individuos masculinos (Ubelaker 1989: 62) nos inclinó a tomar las fórmulas refinadas, que el doctor Santiago Genovés elaboró en 1967 para realizar el cálculo de la estatura de los amerindios de México. Estas últimas son las más recomendables para el caso de los restos osteológicos de Cuba (Rivero 1985: 137).

Los resultados obtenidos de las ecuaciones de regresión de Genovés se rectificaron con los de las tablas que este autor elaboró para hacer la lectura directamente, con el propósito de comprobar la eficacia operatoria.

Es necesario apuntar que la talla de cada ejemplar fue finalmente obtenida realizando una relación promedio entre todas las variables disponibles de las cinco designadas: número, cubito, radio, fémur y tibia (Brothwell 1987: 145). Este último procedimiento se introdujo de forma experimental debido a la falta de uniformidad de las variables por ejemplar, ya que, como se refirió anteriormente, los esqueletos no presentaban todos los huesos en buen estado.

Dejamos aclarado el carácter experimental del último procedimiento, porque se tiene proyectado ejecutar el cálculo estadístico por otros métodos, ya que es posible acercarnos a una estimación más precisa mediante el análisis del error estándar. Este error estándar es además mayor para unos huesos que para otros. Trotter y Gleser sugieren, en consecuencia, que si se dispone de las longitudes máximas de una serie de huesos diferentes del mismo individuo la estatura se calcule a partir del hueso que produzca el error estándar más reducido (Trotter y Gleser 1958).

ESTIMACIÓN DE LA ESTATURA

La estatura media para todos los individuos femeninos (n=39) alcanza un promedio de 147,6 cm (4 pies 7³/₄ pulg.), con un rango entre 134,7 cm (4 pies 5 pulg.) y 156,1 cm (5 pies 1¹/₄ pulg.). La estatura media para los ejemplares masculinos (n=30) alcanza un promedio de 158,6 cm (5 pies 2¹/₂ pulg.) con un rango desde 150,8 cm (4 pies 10³/₄ pulg.) a 172,3 cm (5 pies, 7¹/₄ pulg.). Aunque las tallas estimadas parezcan pequeñas, están dentro de los rangos normales para las poblaciones indígenas más tardías de América del Sur (Steggerda 1950).

VARIACIONES DE LA ESTATURA

Según Brothwell (1987: 144), la estatura de una persona viene dictada por la herencia (90 %), la alimentación y el clima (10 %). Desde esta perspectiva, y al considerar que esta población de Chorro de Maita siempre estuvo sometida a similares condiciones

**TABLA 1. RESULTADOS DEL CÁLCULO DE LA ESTATURA
POR VARIABLES, EN LOS EJEMPLARES FEMENINOS DEL CEMENTERIO EL CHORRO DE MAÍTA,
MUNICIPIO BANES, PROVINCIA HOLGUÍN, SEGÚN ECUACIONES DE GENOVÉS, 1967**

ENTIERRO	HÚMERO	CÚBITO	RADIO	FÉMUR	TIBIA	MEDIA	ENTIERRO	HÚMERO	CÚBITO	RADIO	FÉMUR	TIBIA	MEDIA
1	00	00	00	154,73	00	154,73	67	00	00	00	00	134,72	134,72
3	146,00	00	00	145,66	00	145,83	68	00	00	00	153,43	156,48	154,96
16	150,00	00	00	00	00	150,00	70	00	00	00	150,84	147,68	150,26
19	155,00	00	00	156,02	00	155,51	72	00	00	00	152,14	152,40	152,27
21	140,00	150,00	00	137,89	00	142,80	73	157,50	00	00	154,73	00	156,11
30	00	144,50	147,00	141,78	144,24	144,38	75	149,00	00	00	00	153,76	151,38
33	00	00	00	152,02	00	152,02	79	149,50	00	00	153,43	00	151,47
35	00	150,50	151,50	00	00	151,00	80	00	00	00	139,71	143,97	141,84
37	00	00	00	149,55	153,76	151,65	82	00	00	00	143,07	00	143,07
38	00	00	00	150,32	00	150,52	83	00	00	00	146,96	151,04	149,00
41	00	00	00	135,30	00	135,30	86	146,50	152,50	153,50	149,55	149,68	150,35
42	00	00	151,50	00	144,24	147,87	87	00	00	00	145,66	151,04	148,35
50	00	00	153,00	00	145,60	147,30	92	00	00	00	148,25	151,04	149,65
53	00	00	00	144,37	00	144,37	93	00	00	00	148,25	00	148,25
54	00	00	00	152,14	153,76	152,95	98	00	00	00	145,66	00	145,66
57	00	147,50	148,00	00	00	147,75	99	147,00	150,00	00	146,96	00	147,99
59	00	00	00	152,14	00	152,14	100	00	00	00	148,25	00	148,25
61	00	00	00	141,78	00	141,78	101	00	00	00	146,96	00	146,96
64	00	00	00	141,78	148,32	145,05	107	00	00	00	150,88	00	150,88
66	142,00	00	144,50	00	00	143,25							

**TABLA 2. RESULTADOS DEL CÁLCULO DE LA ESTATURA
POR VARIABLES EN LOS EJEMPLARES MASCULINOS DEL CEMENTERIO EL CHORRO DE MAÍTA,
MUNICIPIO BANES, PROVINCIA HOLGUÍN, SEGÚN ECUACIONES DE GENOVÉS, 1967**

ENTIERRO	HÚMERO	CÚBITO	RADIO	FÉMUR	TIBIA	MEDIA	ENTIERRO	HÚMERO	CÚBITO	RADIO	FÉMUR	TIBIA	MEDIA
2	00	159,00	00	00	00	159,00	62	00	00	00	152,02	00	152,02
4	156,50	00	00	156,09	00	156,29	65	00	00	158,50	00	152,01	155,26
20	00	00	00	155,41	00	155,41	71	00	00	00	00	163,77	163,77
25	00	00	00	172,36	00	172,36	74	00	00	00	158,80	163,77	161,29
29	00	158,50	00	154,28	00	156,39	76	00	00	00	00	155,93	155,93
31	162,00	00	00	158,80	162,79	161,20	78	00	00	00	156,54	00	156,54
34	169,00	00	00	158,80	162,79	163,53	88	00	00	00	157,67	156,91	157,29
39	00	00	00	162,19	00	162,19	89	00	00	00	158,80	00	158,80
40	156,50	00	00	157,67	00	157,08	91	00	00	00	00	153,97	153,97
43	00	00	00	162,19	00	162,19	95	00	00	00	156,54	155,93	156,24
44	00	00	00	157,67	00	157,67	97	154,00	00	162,00	161,06	163,77	160,21
45	00	00	00	163,32	00	163,32	104	00	00	00	156,54	00	156,54
47	162,50	160,50	161,00	164,45	160,83	161,86	106	157,00	162,00	00	00	00	159,50
51	00	154,50	00	00	00	154,50	108	00	00	00	163,31	00	163,31
52	00	163,00	00	00	160,83	161,92	106	157,00	162,00	00	00	00	159,50
60	00	00	00	150,89	00	150,89	108	00	00	00	163,31	00	163,31

climáticas, y conociendo que en el modo de vida de la comunidad primitiva no existieron diferencias importantes entre sus miembros respecto al consumo y distribución alimenticia, es factible interpretar que las variaciones de la estatura estuvieron determinadas fundamentalmente por el factor genético. En las observaciones directas de las osamentas no se han encontrado huellas provocadas por trastornos fisiológicos deficitarios u otro indicador que pueda estimarse como resultado de una hiponutrición, una de las probables influencias desfavorables a las que estaban expuestas

aquellas comunidades con economías y costumbres alimentarias todavía muy vulnerables por factores ambientales.

Los antropólogos han intentado ligar valores absolutos al concepto elástico de estatura alta y baja. Según la evidencia acumulada, la estatura media de la mitad masculina de las poblaciones vivientes del mundo parece ser de 165 cm (Wells 1982: 467). Con este promedio como punto de partida se ha considerado congruente con la experiencia, la clasificación de estaturas por debajo de 160,0 cm como "pequeñas" y aquellas de 170 cm y más

TABLA 3. DISTRIBUCIÓN DE FRECUENCIA, SEXO FEMENINO. NÚMERO DE CASOS: 39			
INTERVALOS		FRECUENCIA	%
131,00	135,00	1	2,50
135,00	139,00	1	2,50
139,00	143,00	3	7,50
143,00	147,00	8	20,00
147,00	151,00	14	35,00
151,00	155,00	10	25,00
155,00	159,00	2	5,00
Total		40	100,00

como "altas". Por ello, al comparar los resultados obtenidos en este estudio, 147,3 cm como media para el grupo femenino y 158,6 cm, como estatura media para el conjunto masculino, se puede declarar que la población aborigen de Chorro de Maita fue baja.

Hay una interesante presencia de esqueletos femeninos de pequeña talla, de 134,7 cm en el caso del esqueleto No. 67, lo cual está muy cerca del límite inferior de la variación normal humana (130,0 cm); la estatura por debajo de esta cifra se califica con el término de "enano". La medida mínima de nuestra muestra es denominada "casi enano" (Wells 1982: 467).

En el sentido opuesto, se da el hallazgo de un ejemplar masculino (entierro No. 25), con una estatura de 172,3 cm. Por sobrepasar el rango de 170,0 cm, es considerado como alto y por tanto resulta incongruente, de forma significativa, con los restantes miembros de la comunidad. Sin llegar a ser considerado como gigante, pues para ello debía rebasar una altura de 199,9 cm, lo cual está referido a la especie humana, tal individuo representa un caso excepcional y, hasta la fecha, "un coloso", dentro de las poblaciones primitivas que habitaron en Cuba por ostentar el récord de mayor estatura.

Relacionadas con el esqueleto

La estatura se divide en dos partes: longitud axial (cabeza, tronco) y longitud de los miembros inferiores. Dentro de una población, la proporción entre estas partes varía apreciablemente de individuo a individuo, ya que algunos son de tronco largo y extremidades cortas y otros de tronco corto y extremidades largas. La proporción media entre estas partes puede diferir de una población a otra; así, la longitud de las piernas forma una proporción mayor de la estatura en negros americanos que en los indios americanos.

Los habitantes aborígenes de Cuba, como otros americanos, presentan una desproporción inversa: la longitud del miembro inferior es menor a la del miembro superior (Rivero de la Calle, comunicación personal). En este estudio se logran elementos que apoyan esa opinión. Al analizar 20 individuos que presentaban huesos de la parte superior e inferior de su esqueleto, se denota en 14 de ellos (70 %), en los que el cálculo se realiza con los miembros superiores (húmero, cúbito y radio), que los ejemplares alcanzan mayor estatura que cuando se emplea la longitud femoral y la crural (tibia-peroné). Esto sugiere que la comunidad de Chorro de Maita pudo caracterizarse por una apariencia física en la cual los individuos eran de tronco largo y extremidades cortas.

TABLA 4. DISTRIBUCIÓN DE FRECUENCIA, SEXO MASCULINO. NÚMERO DE CASOS: 30			
INTERVALOS		FRECUENCIA	%
150,00	155,00	4	13,33
155,00	160,00	14	46,67
160,00	165,00	11	36,67
165,00	170,00	0	00
170,00	175,00	1	3,33
Total		30	100,00

POBLACION	MASCULINOS				FEMENINOS			
	N	X	DE	RECORRIDO	N	X	DE	RECORRIDO
Preagroalfareros		144,9				158,6 +6		
Chorro de Maita	39	147,6	5,8	134,7-156,1	30	158,6	4,3	150,8-172,3
Valeras	41	141,5	5,0	130,7-155,2	52	152,1	5,4	141,0-162,0

Relacionadas con el sexo

Dentro de una misma población (ya sea homogénea o mezclada) se encontrará un considerable grado de variación en la estatura (Brothwell 1987). Por eso al observar las tablas 3 y 4 se destacan algunos aspectos de interés relacionados con el género.

En el grupo femenino se denota una mayor dispersión en las dimensiones, pero se mantiene un comportamiento similar al del grupo masculino en la distancia del recorrido de los valores mínimos y máximos, aproximadamente 22 cm (ver Tabla 5). Estos datos estadísticos permiten confirmar que los potenciales genéticos no tuvieron fluctuaciones diferenciadas en ambos sexos.

La muestra masculina se concreta en solo tres intervalos que recogen el 96,67 % de los individuos. Esto sugiere que la estatura de los hombres resultó más estable, compensada, probablemente, por circunstancias externas más favorables.

Otro aspecto interesante de la estatura, relacionado con el sexo, es que la talla media de los ejemplares femeninos es aproximadamente 10 cm menor a la de los ejemplares masculinos. La diferencia existente es de alrededor del 6 por 100 de la estatura de los hombres. Esta proporción se mantiene con el incremento y detrimento de la estatura en la mayoría de las poblaciones humanas.

No todos los individuos masculinos superan en dimensiones corporales a los femeninos y, al igual que en la mayoría de las poblaciones mundiales, sus estaturas se traslapan. En esta muestra, 12 ejemplares femeninos (31 %) igualaron o superaron en la talla a 4 ejemplares masculinos (13 %).

COMPARACIÓN CON OTRAS POBLACIONES

Una vez concluidos los análisis efectuados entre los distintos componentes de la muestra, se procedió a comparar la misma con otras poblaciones estudiadas en Cuba, las cuales guardan una relación estrecha, y por tanto permiten efectuar interpretaciones antropológicas, corológicas y cronológicas.

La primera comparación se realiza con una muestra seleccionada por el doctor Rivero de la Calle, correspondiente a los grupos de aborígenes preagroalfareros que habitaron en Cuba. Estos eran de costumbres nómadas y con una economía de apropiación de alta prioridad, la cual nunca llegó a alcanzar el desarrollo de la comunidad de Chorro de Maita, población con sedentarismo pleno, productora de alimentos y de mayor complejidad sociocultural. Al disponer de las medias estadísticas para los dos sexos (ver Tabla 5), se aprecia coherencia entre los valores de los ejemplares femeninos, pero es notable la similitud entre los ejemplares masculinos (158,6 para ambos). De forma general, se puede entrever que las ventajas socioeconómicas de los agroalfareros, que en este caso se debían reflejar en la nutrición, no influyeron de modo esencial sobre los cambios de estatura; por tanto, se deduce que la calidad de la dieta de los preagroalfareros, probablemente dominante en alimentos cárneos y de amplia diversidad en la explotación de recursos, logró compensar la insuficiente estabilidad y además le proporcionó con éxito, la energía necesaria para mantener un régimen trashumántico. Aunque se desconoce la distancia cronológica entre estas dos muestras, no parecen haber soportado episodios climáticos que estimularan cambios sustanciales entre las poblaciones.

En el cementerio de Chorro de Maita, se obtuvieron dos fechados radiocarbónicos a partir de restos humanos pertenecientes a dos ejemplares masculinos: el entierro No. 25, correspondiente al "coloso", fue fechado en 870 ± 70 AP (Beta-148956; hueso humano; $13c/12c = -19\%$) y el entierro No. 39 fue fechado en 360 ± 80 AP (Beta-148955; hueso humano; $13c/12c = -19\%$). El primer esqueleto fechado alcanza una estatura de 172,36 cm; el segundo de 162,19 cm. Como se puede observar el esqueleto No. 25 es casi 10 cm más alto y también aproximadamente 500 años más antiguo que el esqueleto No. 39. Estos pocos datos no permiten

análisis cronológicos más amplios, pero al menos nos aproximan a la visión de que la talla de estos pobladores de Cuba no parece haber sufrido cambios seculares.

El esqueleto No. 25 constituye el entierro más temprano reportado para las comunidades agroceramistas y, por las singulares características que presenta, indica la existencia en Cuba de individuos altos y robustos, desde los inicios de la ocupación de las comunidades con tradiciones neolíticas.

En otro sentido, al establecer la comparación de los valores estadísticos de la estatura entre las poblaciones de Chorro de Maita y la de los descendientes de aborígenes de Yateras, provincia de Guantánamo, se presentan diferencias significativas en ambos sexos, pues las cifras fueron menores para la muestra más moderna. Este hecho indica una tendencia atípica al comportamiento generalmente reportado en la mayoría de las poblaciones que no han sufrido catástrofes naturales o antropicas.

Es extremadamente difícil, por no decir imposible, hacer un balance histórico cuantitativo de la alimentación de estos dos grupos, sobre todo por la carencia de datos concretos de la población de Yateras en la etapa de la colonia y laseudorrepública. No obstante, son varias las conjeturas en torno a la ocurrencia de la malnutrición en ese periodo, considerando que las causas fueron el bajo poder adquisitivo, la baja educación y los malos hábitos nutricionales, sobre todo de la población rural (Martínez 1987: 134). De lo antes citado se puede presumir que los valores más bajos obtenidos de la población de Yateras pudieran ser causados por deficiencias nutricionales.

Sin restarle importancia a los efectos de la alimentación, consideramos, como se explicará a continuación, que el aspecto genético fue fundamental en las diferencias observadas. Las características sociales de la comunidad de Yateras, y otros factores, influyeron en un aislamiento voluntario que le restó movimientos migratorios a la mayoría de sus miembros. Esto, en gran medida, contribuyó a los efectos de homocis, que no es más que el incremento proporcional de individuos homogocis para determinadas características, que hace aumentar a nivel poblacional a la llamada consanguinidad relativa, lo que trae aparejado con mayor frecuencia depresiones biológicas (disminución de la estatura) (Volianski 1974). Por otra parte, la población del Chorro de Maita,

aunque con ninguna posibilidad de afectación por la heterocis derivada del aumento de heterocis por poblaciones de otros grupos raciales, parece haber recibido un aumento de la heterocis por los efectos de la distancia. Las conocidas relaciones de exogamia de esta etnia determinaban que los lugares de nacimiento de los padres fueran distintos y posibilitan una diferencia genética mayor, impulsando un desarrollo de la estatura más elevado que el de la singular población de Yateras.

BIBLIOGRAFÍA

- Brotwell, D. (1967): *Desenterrando huesos*. México, D.F., Fondo de Cultura Económica.
- Genoves, S. (1967): *La proporcionalidad entre los huesos largos y su relación con la estatura en restos mesoamericanos*. Serie Antropológica, No. 19. México: UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas.
- Guarín, J., C. Rodríguez y R. Pedrosa (1987): "Investigaciones preliminares en el sitio El Chorro de Maita" en *Revista de Historia*, Año II, No. 3. Sector de Investigaciones Históricas del Comité Provincial del Partido en Hogar.
- Herrera, R. (1962): *Noiones prácticas de osteología humana*. La Habana: Ed. Academia de Ciencias de Cuba.
- Martínez, A. (1987): *Antropología física, el hombre y su medio*. La Habana: Ed. Científico-Técnica.
- Pescosil, M. (1965): *Manual de prácticas de antropología física*. La Habana: Ed. del Consejo Nacional de Universidades.
- Quervo, M. (1964): *Antropología de la población adulta cubana*. La Habana: Ed. Científico-Técnica.
- _____. (1965): *Noiones de anatomía humana aplicadas a la arqueología*. La Habana: Ed. Científico-Técnica.
- Steggerda, M. (1962): "Anthropometry of South American Indians" en Julian Steward, editor, *Handbook of South American Indians*. Bureau of American Ethnology, Bulletin 143 (8), p. 57-69.
- Trober, M. and G. C. Gieser (1968): "A re-evaluation of estimation of stature based on measurements of stature taken during life and long bones after death" en *American Journal of Physical Anthropology*, Vol. 18, p. 79-124.
- Ubelaker, D. (1961): *The Awaian Cemetery: A late Integration Period Burial Site in the South Coast of Ecuador*. Washington: Smithsonian Institution Press.
- _____. (1969): *Human Skeletal Remains*. Washington, D. C.: Taraxacum.
- Wells, L. H. (1962): "La estatura en las razas primitivas de la humanidad" en *Cuba en Arqueología*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Volianski, N. (1974): "The stature of offspring and the assortative mating of parents" en *Human Biology*, Vol. 46, p. 613-619.

PRESENCIA DEL LLAMADO PERRO MUDO EN RITOS FUNERARIOS DE COMUNIDADES ABORIGENES AGROALFARERAS

MILTON PINO RODRÍQUEZ
GERARDO IZQUIERDO DÍAZ



Reproducción de pieza aborígen.
Cerámica pintada sobre base de madera.

Los autores son investigadores del Departamento de
Arqueología del Centro de Antropología, CITMA, La Habana.

INTRODUCCIÓN

Desde hace algunos años hemos podido conocer, mediante el estudio de la bibliografía llegada a nuestras manos, así como también por trabajos de campo que tuvimos la oportunidad de dirigir, que el perro, o sea sus restos óseos, han estado presentes en más de un sitio funerario correspondiente a las comunidades aborígenes agroalfareras de Cuba y de otras localidades antillanas. Aunque los datos sobre este importante aspecto de las costumbres funerarias de estos grupos son aún escasos, hemos creído oportuno informar sobre los hallazgos hasta ahora realizados, con la esperanza de que ello despierte un mayor interés y tal vez, igualmente, un mayor rigor científico en nuestros trabajos de campo que nos permita visualizar mejor cualquier nuevo descubrimiento, y así aportar más luz sobre tan interesante cuestión.

Hasta la aparición del trabajo de Oscar Arredondo (1981a) en la revista *Poeyana*, los restos de cánidos aparecidos, tanto en sitios funerarios como en residuarios arqueológicos, se solían adjudicar al *Canis familiaris*, es decir, perro doméstico y también a otros animales; no obstante, este investigador descubrió que el llamado por Colón, Oviedo y Las Casas perro mudo pertenecía a un nuevo género¹ y especie cuyas características son dadas por él en sus ya numerosos trabajos relativos a estos animales, los que denominó científicamente *Indocyon caribensis* (Figuras 1 y 2).

Como veremos más adelante, los datos taxonómicos de los restos de cánidos localizados en sitios funerarios, o en residuarios de las comunidades mencionadas, salvo un caso excepcional que explicaremos, corresponden a este perro de los aborígenes antillanos.

LOS DESCUBRIMIENTOS DE LA CUEVA BELICA, HOLGUÍN

Según Pino y Arredondo (1987), en 1956 la entonces Asociación de Jóvenes Arqueólogos de la ciudad de Holguín, por informes

recibidos de campesinos, visitó la llamada cueva Belica, ubicada en el barrio de Gúirabo, a unos 8 km al suroeste de esta ciudad. Los jóvenes de esa asociación bajaron a la pequeña espelunca a través de una claraboya y se percataron de la presencia de fragmentos de vasijas de barro cocido y muchos huesos humanos y de animales, todos en muy mal estado de conservación. Esta cueva se encuentra a unos 140 m sobre el nivel del mar, en un pequeño cerro boscoso de composición calcárea; tiene unos 6 m de longitud por unos 4 m de ancho y aproximadamente 4 m de profundidad; según los campesinos su entrada estuvo cubierta por una laja, lo cual no había permitido descubrir su presencia, pero en ocasión de haberse removido esta de la boca de la claraboya, hecho ocurrido hacía varios años, ellos se percataron de la presencia de los huesos y demás evidencias, cosas para las cuales no tenían una explicación lógica, aunque sí cierto temor supersticioso. En otro aspecto, ya de carácter práctico, debido principalmente a que el ganado de los campesinos se accidentaban en la oquedad, al caminar por el cerro, decidieron tratar de rellenarla lanzando piedras a su fondo, operación que fue suspendida con la llegada de los aficionados al lugar, los cuales procedieron a la extracción de las piedras y limpieza general del piso, efectuándose la total excavación de la escasa capa de tierra cuyo mayor espesor en algunas partes no sobrepasaban los 0,25 m. Debido a estas circunstancias, es posible que los cadáveres, tanto humanos como de animales, fueran bajados por la claraboya y depositados sobre el piso con las ofrendas del caso. El trabajo de excavación permitió importantes descubrimientos arqueológicos que fueron dados a la publicidad en forma parcial por Pino (1961).

En el citado trabajo de Arredondo (1981a), el autor da a conocer que los huesos de cánidos hallados en cueva Belica son todos de la especie nueva allí encontrada, es decir, *Indocyon caribensis*. Es útil hacer la aclaración de que en esta publicación la especie es denominada como *Paracyon caribensis*, nombre que fue sustituido, debido a una dualidad observada con respecto a esta nomenclatura, pues era sinónimo de otro cánido, y que el autor no conocía en la fecha de su publicación, aspecto que quedó aclarado en 1981 mediante una nota publicada en *Miscelánea Zoológica* (Arredondo 1981b).

No obstante lo anterior, aún quedaron muchas interrogantes

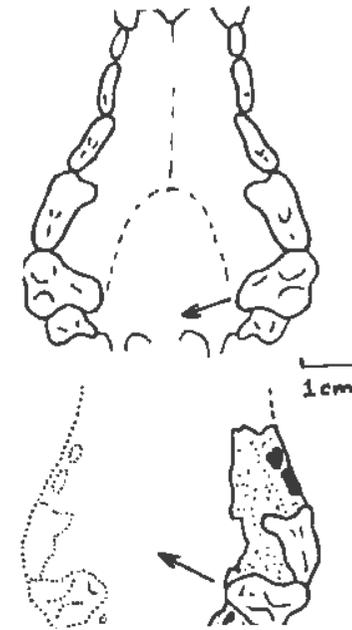


Fig. 1. Arriba: Vista palatina de una porción craneal de perro doméstico adulto, que muestra la posición horizontal del molar con el extremo interno inclinado hacia atrás. Abajo: Fragmento craneal izquierdo de *Indocyon*, indicando la implantación oblicua del molar, con el extremo interno dirigido hacia los premolares. Procede de Canímar, Matanzas (Arredondo 1982).

por resolver; entre ellas, la cantidad de animales en los restos hallados, la problemática de la asociación de los mismos con restos óseos humanos, la restante fauna acompañante aún sin identificar, así como los fragmentos de vasijas de barro cocido de la cultura agroalfarera aparecidos en la cueva, algunos de los cuales presentan decoraciones por aplicación e incisión; dos de estas decoraciones están constituidas, en un caso, por una figura que parece representar un rostro humano y otra que al parecer imita la extremidad de un animal, tal vez un ave, dadas las características que posee.

Las investigaciones acerca de los materiales óseos de la cueva Belica continuaron en 1986, ocasión en que se revitalizó el

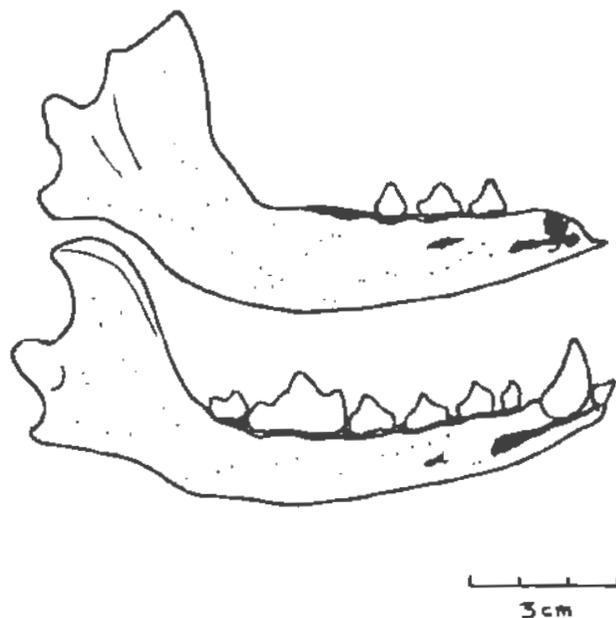


Fig. 2. Rama mandibular de *Indocyon caribensis*; obsérvese la presencia de sólo 3 premolares a diferencia del *Canis familiaris* o perro doméstico, que posee 4 premolares (Arredondo, 1982).

interés por estas evidencias, cuyo estudio inicial databa de casi 30 años atrás. Por ejemplo, al ser examinado detalladamente por Oscar Arredondo el total de mandíbulas inferiores de perros y restos de ellas, conservados en las colecciones del Departamento de Arqueología de la Academia de Ciencias de Cuba, luego de su donación a esta institución por los aficionados de Holguín, este investigador ha llegado a la conclusión de que en dichos restos están contenidos más de 50 individuos correspondientes al *Indocyon caribensis* (considerando además, ramas mandibulares que se encontraban en poder de otros investigadores en nuestro país y fuera de él). En relación con esto, debe señalarse, como un dato curioso, que de las 47 hemimandíbulas en nuestro poder — 13 izquierdas y 16 derechas— ninguna se corresponde con otra para formar la pareja perteneciente a un individuo. De esto se infiere que si las compañeras de éstas se destruyeron por el tiempo, cuantas otras más, centenares quizás y en iguales condiciones,

no se perdieron para siempre por la destrucción. La restante fauna acompañante de estos entierros estaba constituida por huesos de julfas de las especies *Capromys pilorides* (julia conga) y *Geocapromys columbianus* (extinguida); además, aparecieron una vértebra y espina de pescado marino, así como una concha del molusco marino *Fissurella barbadensis* (es útil informar que el mar dista de este lugar más de 30 km, por lo que tanto los peces como los moluscos pudieron ser obtenidos bien por trueques con pueblos costeros o por viajes realizados por los propios habitantes del sitio arqueológico cercano a cueva Belica). Entre los moluscos terrestres asociados con los entierros pudieron observarse algunos *Ligus* sp y *Polynita muscarum*, así como dedos del cangrejo terrestre *Gecarcinus ruricola*. Otras evidencias alimentarias acompañantes estuvieron constituidas por una hemimandíbula de iguana *Cyclura nubila*; fragmentos de peto de jicotea *Pseudemys decussata* y un hueso de ave zancuda de especie aún no identificada.

La investigación de los materiales obtenidos en la cueva Belica no ha terminado del todo, ya que se hace necesario conocer cuántos individuos están contenidos en los fragmentos óseos humanos hallados en el lugar, tarea bastante difícil por el estado fragmentario en que dichas evidencias se encuentran.

Como dato importante podemos informar que los restos óseos humanos, así como los de perros hallados en la cueva presentan idéntica coloración y características de antigüedad similares, por lo que se acepta que unos y otros fueron depositados en la cueva en una misma época. Dado el hecho de que todas estas evidencias se encontraban trituradas por el peso de las rocas lanzadas por los campesinos, como se explicó anteriormente, no fue posible observar ningún tipo de organización en los entierros ni tampoco la disposición de las diferentes ofrendas acompañantes. En cuanto a los cráneos de perros, sólo pudo observarse un fragmento correspondiente a la parte de la bóveda craneana con el occipital. Por el examen de los huesos largos, vértebras y otros, se aprecia perfectamente que esta especie era de talla pequeña. No se rescató ningún cráneo humano, todos se encontraban triturados por las rocas; no obstante, mediante el estudio de los fragmentos mandibulares obtenidos pudiera llegar a conocerse la cantidad aproximada de individuos allí inhumados.

Es tentativamente se pueda decir que se trata del mayor acúmulo de restos de "perros mudos" del ámbito antillano, en asociación con restos humanos correspondientes a individuos de diversas edades, así como también ofrendas que parecen formar parte de un culto a los muertos practicado por la comunidad de aborígenes agroalfareros que vivió muy próximo a la cueva Belica, en el área de las colinas inmediatas a la misma, donde fueron descubiertas evidencias arqueológicas pertenecientes a un importante sitio de habitación de estos grupos.

CUEVA DE LOS PERROS, MATANZAS

Esta cueva está ubicada en la margen este del río Canimar, a unos 2,5 km del puente Guiteras, barrio Camarioca, provincia de Matanzas. Según datos de Manuel Rivero de la Calle, citados por Tabio (1970), fue explorada por miembros del Museo Montané el 4 de agosto de 1967 conjuntamente con el grupo Carlos de la Torre, de Matanzas, quienes habían descubierto la espelunca.

En ocasión de esta exploración se realizaron pequeñas excavaciones en las que se localizó gran cantidad de cerámica subalpina en asociación con huesos humanos y de cánidos, a los que alude el nombre de la cueva. Estos huesos de perros, según los autores de la cita "Por las características de los hallazgos, parecen haber coexistido con los aborígenes, y por lo tanto pudieran identificarse, tentativamente, con el denominado perro mudo. Además de estos restos se observó gran abundancia de valvas de la especie marina *Isognomon alatus*.

Este lugar fue visitado nuevamente por el propio grupo Carlos de la Torre y por el Grupo Espeleológico Martell de Cuba en 1969 y 1976 respectivamente, y se obtuvieron más huesos de cánidos, los que entregaron a Oscar Arredondo para su estudio (Arredondo 1981a: 4-5).

Nos dice Arredondo, con relación a este hallazgo que los restos. "[...] poseen una antigüedad de unos 650 años antes del presente, según comunicación personal del doctor Ercilio Vento Canosa" (Arredondo 1982: 28-33). Este fechado corresponde al año 1300 d.n.e., agregamos nosotros.

Es de lamentar, al igual que lo ocurrido en cueva Belica, que en este caso, aunque podamos hablar de la asociación de restos

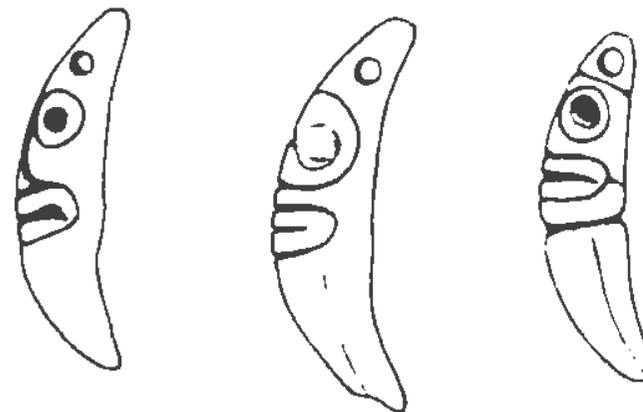


Fig. 3. Dientes de perro (*Canis*) con decoración incisa con motivos antropomorfos (Rimoli 1978).

óseos de este cánido con enterramientos de aborígenes agroalfareros, no poseemos, sin embargo, ninguna información acerca de la distribución y posición de los testimonios funerarios localizados en esta cueva, lo que nos hace pensar que los investigadores encontraron el sitio muy alterado cuando practicaron allí sus excavaciones.

CORRALES DE OJO DEL TORO, PILÓN, GRANMA

En las excavaciones arqueológicas realizadas por miembros del Departamento de Arqueología Centro Occidental de la ACC, efectuadas entre febrero y marzo de 1989 en el sitio Corrales de Ojo del Toro, municipio de Pílon, provincia Granma, se realizaron dos importantes descubrimientos relacionados con las costumbres funerarias de la comunidad aborígen agroalfarera que habitó el lugar, ubicado a unos 170 m sobre el nivel del mar en las estribaciones montañosas del occidente de la Sierra Maestra. Ambos descubrimientos se realizaron por primera vez en la arqueología de Cuba.

En primer término se encuentra el del esqueleto completo del *Indocyon caribensis* y seguidamente el esqueleto de un aborígen, al parecer del sexo femenino, en posición semiflexada, con un collar de cuentas de cuarcita y otras ofrendas funerarias, el cual no

poseía cabeza, en lugar de lo cual se encontró una enorme cazuela navicular con ofrendas alimentarias (Castellanos, Izquierdo y Pino 1989).

Aunque ambos enterramientos se localizaron con una separación de unos 20 m aproximadamente, ello no merma la importancia del hallazgo. Es de suponer que el perrito, bien por muerte natural o mediante un sacrificio, fue objeto de sepultura, de otra forma no existe explicación para que su esqueleto apareciera completo, acostado o encogido sobre sí mismo. De nuestras notas de campo tomamos lo siguiente: "El esqueleto estaba orientado de sudeste a noroeste con la cabeza al sudeste, rodeado de ceniza, carbón, restos de alimentos y algunos fragmentos de cerámica".

PUEBLO VIEJO, BARACOA, PROVINCIA DE GUANTÁNAMO

Otra localidad para la asociación de cánidos es el sitio agroalfarero de Pueblo Viejo, en Baracoa. En este sitio arqueológico fue hallado hace varios años un cráneo completo, con su mandíbula, a la cual se le había adosado impropriamente un fragmento mandibular humano, lo que permitió conocer que este cánido debió haber sido inhumado con un cadáver humano, no obstante, dada la falta de conocimientos de quienes efectuaron el hallazgo, sólo se nos informó que había aparecido a unos 50 cm de profundidad, datos que agradecemos a C. Rojas, del Museo Polivalente de la ciudad de Guantánamo.

El hallazgo mencionado es excepcional, toda vez que este cánido se encuentra aún sin una determinación taxonómica categórica, debido a las características propias que presenta.

CUEVA DEL DERRUMBE, REGIÓN DE MAISÍ, BARACOA

Por último estimamos útil informar del descubrimiento realizado a principios del año 1991 en la Cueva del Derrumbe, región de Maisí, provincia de Guantánamo, por dos campesinos que, en la búsqueda de un animal extraviado, localizaron restos humanos sobre el piso de la citada espelunca. En esta oportunidad recogieron 10 cráneos y otros huesos humanos correspondientes a aborígenes. Todos los cráneos presentan deformaciones frontooccipital tabular oblicua, práctica común entre los componentes de grupos

aruacos antillanos. Conjuntamente aparecieron fragmentos de cerámica asimilable a las comunidades agroalfareras tardías de Cuba y —lo más interesante para nuestro trabajo—, también fue localizado en el contexto una hemimandíbula derecha y un canino de perro. Aunque por el momento no se han localizado otras piezas dentarias que permitan una determinación precisa, por las características observadas en la hemimandíbula, es muy probable que se trate del *Indocyon caribensis*, lo cual reforzaría aún más nuestro criterio acerca de la asociación de estos restos de cánidos con entierros aborígenes.

Las piezas de este importante hallazgo arqueológico se encuentran depositadas en el Museo Polivalente de la ciudad de Guantánamo, algunos de cuyos técnicos colaboraron activamente en los trabajos de rescate.

En relación con otros hallazgos fuera de nuestro país y en el ámbito antillano, se poseen algunas informaciones y para citar algunas mencionaremos lo dicho por F. Morbán:

[...] nosotros localizamos los restos de dos niños de corta edad en La Caleta pertenecientes al grupo cultural ostiones. Colocadas junto a ellos aparecieron siete ollas de diferentes tamaños y el esqueleto de un perro con signos de haber sido sacrificado con el fin de ofrecerlo ya que los huesos del rabo aparecieron separados y delante del esqueleto; una prueba evidente de haber sido sometido al sacrificio (Morbán 1979: 90).

Oscar Arredondo refiere el hallazgo de cuatro de estos cánidos en tres localidades de la vecina isla de Santo Domingo, los cuales fueron estudiados y dados a conocer por la paleontóloga norteamericana Bárbara Lawrence (1978). Agrega Arredondo que:

Este animal, que también ha sido reportado para Jamaica, Puerto Rico y la isla Martinica ha sido hallado, en todos los casos, asociados a entierros aborígenes, correspondiendo, sin lugar a dudas, a nuestra especie nueva *Indocyon caribensis* dada a conocer en 1981 (Arredondo 1982: 32).

Otro descubrimiento muy importante relacionado con estos animales es presentado por O. Rimoli (1978). Se trata de un collar

compuesto por más de 4 000 cuentas realizadas en dientes caninos de mamíferos, localizados en una cueva de Cabo San Rafael, provincia La Altagracia, situada en el farallón, a unos 500 m del poblado, probablemente recuperado formando parte de la ofrenda de un enterramiento humano, según explicó el autor. Este descubrimiento fue realizado por personas desconocidas que trataron de vender las cuentas a turistas en las calles de Santo Domingo, República Dominicana, una parte de las cuales fue confiscada por el Museo del Hombre Dominicano, lo que permitió el estudio de las mismas. La parte del collar recuperado (32 piezas) está constituido por 28 piezas dentarias del género *Canis*, tres corresponden al género *Monachus Monachus tropicalis* y una al *Globicephala* (ballena piloto).

Este collar fue clasificado por Rímoli como perteneciente a la cultura taína de Santo Domingo. Las piezas dentarias de cánidos presentan decoraciones incisas con motivos seriados del estilo chicoide, distribuido de la siguiente manera: 10 con motivos seriados; 14 con diseños antropomorfos (Figura 3) y cuatro con motivos diversos. Todas las cuentas poseen una perforación cerca del extremo apical de la raíz. Aunque únicamente por la aparición de los caninos no podría afirmarse categóricamente que se trate del *Indocyon caribensis*, son grandes las probabilidades de que efectivamente así sea, toda vez que era este y no otro el cánido que convivió con los aborígenes antillanos antes de la desintegración de sus costumbres y su cultura, con la llegada de los conquistadores europeos.

Hasta aquí nuestro breve informe sobre una temática poco tratada, tal vez debido a que los hallazgos de esta naturaleza no han sido muchos.

Quedan abiertas, por tanto, las posibilidades donde esta práctica funeraria de las comunidades agroalfareras pueda ser detectada mediante excavaciones arqueológicas cada vez más cuidadosas, dada la fragilidad de esas evidencias óseas.

NOTA

¹El debate está vigente. En el artículo, próximo a publicarse, "Caninos precolombinos de las Antillas: mitos y verdades", de Osvaldo Jiménez-Vázquez, curador de las colecciones de mamíferos y paleontología del Instituto de Ecología y Sistemática, CITMA, y José M. Fernández Milera, del Grupo Espeleológico Pedro A. Bo-

rras, Sociedad Espeleológica de Cuba, luego de una pormenorizada revisión arriba a la conclusión de que el llamado "perro mudo" pertenece al género *Canis lupus familiaris*.

BIBLIOGRAFÍA

- Arredondo, O. (1981a): "Nuevo género y especie de mamífero (Carnívora: Cánidos) del holoceno de Cuba" en *Poeyana*, No. 218, La Habana, Instituto de Zoología, Academia de Ciencias de Cuba.
- Arredondo, O. (1981b): "Nota sobre cambio de nomenclatura de *Paracyon caribensis*" en *Miscelánea Zoológica*, No. 12, La Habana, Instituto de Zoología, Academia de Ciencias de Cuba.
- Arredondo, O. (1982): "El perro mudo indio" en *Juventud técnica*, No. 180, La Habana.
- Castollanos, N. G. Izquierdo y M. Pino (1989): *Acerca del enterramiento agroalfarero de Corrales de Ojo del Toro, Pilon, Granma*. Carta informativa, No. 117, Epoca II, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, Instituto de Ciencias Sociales, Departamento de Arqueología.
- Hugo, V. (1991): "Descubren cueva funeraria taína en Maisí" en *Venceremos*, Guantánamo, 4 de mayo.
- Lawrence, B. (1978): "Dogs from the Dominican Republic" en *Cuadernos del CENDIA*, Vol. 263, No.8, Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Morbán, F. (1979): *Ritos funerarios. Acción del fuego y medio ambiente en las osamentas precolombinas*, Vol. 1, Santo Domingo Academia de Ciencias de República Dominicana, Comisión de Arqueología.
- Pino, M. (1961): "Descubren cueva sepulcral de los tainos" en *Surco*, Holguín, 15 de nov.
- Pino, M. y O. Arredondo (1987): *Hallazgo del Indocyon caribensis con restos óseos de aborígenes cubanos en la cueva Belica, Holguín*. Carta informativa, No. 88, Epoca II, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, Instituto de Ciencias Sociales, Departamento de Arqueología.
- Rímoli, O. (1978): "Nuevas citas para mamíferos precolombinos en La Hispaniola" en *Cuadernos del CENDIA*, Vol. 259, No. 5, República Dominicana, Universidad Autónoma de Santo Domingo.
- Tabío, E. (1970): *Arqueología espeleológica de Cuba*. Serie espeleológica y carsológica, No. 27, La Habana, Academia de Ciencias de Cuba.

LA INMUNDICIA EN LA HABANA: LEGADO COLONIAL

**KAREN MAHÉ LUGO ROMERA
SONIA MENÉNDEZ CASTRO**



Imagen basada en colgante encontrado en sitio aborigen.
Talla en madera.

Las autoras trabajan en el Gabinete de Arqueología de la
Oficina del Historiador de Ciudad de La Habana

*"Antes de que se inventara la primera alcantarilla,
todo el mundo cogía parejo, hasta los condes y
marqueses tenían que mandar a hacer huecos y
tapar sus cacas lo mismo que los gatos callejeros".*

Luis A. Betancourt, cochero, 1998.

INTRODUCCIÓN

La Habana colonial, heredera de múltiples costumbres peninsulares, fue también depositaria de cuestionables hábitos higiénicos. Las crónicas de la época tratan profusamente este tema, por ejemplo, en el texto "La isla de Cuba en el siglo XIX. Vista por los extranjeros en 1820" Jameson, un atónito viajero, a su paso por la villa, escribiría: "la ciudad es el festival de la muerte", refiriéndose a sus angostas y malolientes calles, carentes de alcantarillado y al pésimo estado de salubridad reinante. En plena ciudad epidemias como la fiebre amarilla causaban estragos.

Dentro de los hogares, los grandes salones iluminados y coloridos contrastaban con la realidad subyacente: la letrina, depósito de inmundicias y desperdicios, en su momento terminaba por ser fuente constante de infecciones, aún cuando se tomaran todas las precauciones constructivas.

Sin embargo, alejados ya de aquella situación, este imprescindible colector trascenderá su génesis y se convertirá en uno de los objetos de estudio más preciados y buscados por el arqueólogo que se enfrenta a construcciones de carácter doméstico.

RECORRIDO HISTÓRICO SOBRE LA INSALUBRIDAD EN LA HABANA

La institución en 1519 de la villa de San Cristóbal de La Habana, en el sitio donde definitivamente se emplazara, supuso el surgimiento y desarrollo de un nuevo núcleo poblacional. Desde sus

orígenes, innumerables factores lo irían identificando, en un proceso histórico donde mediaron los intereses de quienes sucesivamente lo habitaron, así como las condiciones económicas, políticas, culturales y naturales prevalecientes en cada momento.

Sirvió La Habana de asentamiento a pueblos portadores de las más disímiles tradiciones, pero aunque todas significaron —con mayor o menor relevancia— elementos constitutivos de nuestra nacionalidad, ciertas costumbres quedaron establecidas, al ser importadas por el grupo social bajo el dominio del que se aunaba el poder colonial. Procedente de España, esta mayoría étnica arriba a nuestro continente trayendo consigo el espíritu medieval por siglos reinante, que una Europa renacentista no pudo apagar. Con su llegada se introducían, como parte de un franco intercambio transcultural jamás visto, algunos hábitos nocivos resultantes del escaso conocimiento científico e intelectual alcanzado, en general, hasta esa época —que atentaban contra el buen estado de la salud y la higiene públicas. A lo anterior, se suma la torridez de un clima favorable para el desarrollo de condiciones perjudiciales a la salubridad; visto el conjunto se tendrá una idea aproximada de lo que durante cuatro centurias también fuera La Habana.

Parece inevitable que junto a hermosas, fieles o recreadas narraciones sobre paisajes, teatros, hoteles, palacios, costumbres e infinidad de temas, los viajeros reservan un espacio para referir el lamentable estado que en torno a la sanidad aquejara a La Habana.

En esta ciudad, según crónicas de historiadores y viajantes, eran asunto cotidiano las deplorables condiciones en que se encontraban sus calles

[...] si bien todas rectas, en ningún paraje estaban empedradas, de manera que cuando las lluvias del verano, tan frecuentes como copiosas, inundaban su terreno anegadizo y blando, tenían los transeúntos que sumirse en los lodazales; embarazo que no sólo atacaba a la conveniencia si no á la sanidad del público (Pezuela 1842: 250).

Si lo anterior acontecía en el siglo XVIII, la situación en la siguiente centuria no estaría muy distante. En 1819 un viajero de paso, el francés E. M. Masse, deja el siguiente testimonio:

[...] los rayos verticales del sol al caer sobre el fango de las calles hace salir de esto miasmas fétidas. Pero eso no es todo: perros, gatos y aves muertos en las calles ofenden a la vista y el olfato de los transeúntos. He visto permanecer por dos días el cadáver de un caballo en medio del camino, a pocos pasos de la puerta que conduce al castillo de la Punta (Masse 1986: 210).

Y como si el perjuicio que al tránsito ocasionara la estación lluviosa no fuera suficiente, en tiempo de seca había que soportar la presencia de un polvo molesto y dañino el cual no había modo de evitar.

Durante el período colonial, en la ciudad proliferaron receptáculos infecciosos de todo género que provocados por agentes naturales o factores culturales afectaron la higiene urbana. No obstante las causas, fueron sus moradores —y en especial las autoridades de turno— quienes toleraron la permanencia de estos y contribuyeron a su incremento. Las calles “servían de depósito perenne a las basuras de un caserío ya muy crecido y aún privado de cañerías y sumideros” (Pezuela 1842: 188).

Insertados dentro del mismo espacio citadino, los basureros se extendieron al punto de convertirse en lugares de referencia, y dar nombre a las calles donde estos se ubicaban, como sucedió con las de Teniente Rey y Cárdenas, antes del Basurero.

Semejante convivencia dobió provocar el rechazo de los habitantes, según consta en la petición que el 15 de junio de 1668 presentara Antonio Heredia, procurador general, al Cabildo,

[...] sobre que en la esquina de la Plaza Nueva [hoy Plaza Vieja], que llaman del Espíritu Santo viejo, hacia la parte de la calle que va al Egido [actualmente esquina de Teniente Rey y San Ignacio] está un basurero que inunda a toda aquella vecindad, y porquo las calles de la ciudad deben estar limpias, etc., etc. Se acuerda echar un progón para que las basuras se ochen en otro lado [...] (Pórez Beato 1936: 293).

Fueron las plazas, antes de originarse las construcciones que luego las rodearon, focos de contaminación. Por ello se solicita en acta capitular del 7 de octubre de 1620 “[...] se limpie la Plaza

Nueva que está negra laguna y se dice el perjuicio que causa en este tiempo enfermo que corre" (Pérez Beato 1936: 216); y en 1636 un vecino que había petición de terrenos, se manifestaba acerca de las condiciones de la que

[...] llaman la Plazuela de la Ciénaga, respecto de ser anegadiza. La qual no sirve de otra cosa que de muladar y basurero que con el agua que en ella se recoge se pudre e ynfiçiona la ciudad [...] E porque es cosa de mucha fealdad a una ciudad que se va ilustrando y hermoſeando de edificios que la dicha plazuela este disierta sin que sirva de otra cosa mas que de causar los perjuicios que tengo referidos y de criar un yervazal continuo (Roig de Leuchsenring 1963: 75).

Verdaderos centros de contagio constituyeron los mataderos, también establecidos dentro del ámbito urbano. Sucedió esto desde fechas tempranas, de acuerdo con una referencia que ubicaba el emplazamiento de uno de ellos en "la mitad de la manzana del lugar en que se fabricó después el convento de Santa Clara y daba su frente a la calle Habana" (Pérez Beato 1936: 386); quizás se encontrara cerca del sitio que el 3 de julio de 1624 se le concediera a doña Melchora en la calle del Matadero (hoy Habana) (Pérez Beato 1936: 386). Sorprendía que aún en el siglo xix

[...] la capital de una de las Capitanías Generales de primer rango, cabeza de un Obispado, asiento de una Comandancia general de marina, de Intendencia de tierra y mar, de una Universidad, de un Consulado, de una Sociedad económica y de otros muchos Tribunales y establecimientos diversos, conservase entre sus muros un receptáculo de inmundicia, que arrojaba su pestilencia por toda la ciudad, con tan notorio perjuicio de la salud (Valdés 1964: 207).

Mostrábase especialmente repugnante el aspecto que a vecinos y forasteros ofrecían la bahía y sus inmediaciones, donde Masse aconsejaba no acercarse pues

[...] a un espectáculo pintoresco sucedería el espectáculo más desagradable. Allí van a parar todas las inmundicias de

las basuras de las casas; allí se forman los pantanos cuyas aguas verdosas parecen amenazar con la muerte al que se aproxime a ellas; allí millares de puercos se revuelcan en un fango negruzco y pestilente. No obstante se construyen bohíos en la orilla, dentro del mismo seno de estos aterradores antros de infección (Masse 1986: 210).

Esta conducta hizo elocuente "el estado asqueroso del puerto, que no había sido limpiado desde su descubrimiento, y almacenaba en su fondo las basuras de tres siglos" (Pezuela 1842: 250) y donde se vertían "innumerables impurezas que le arrojan a diario cuatro o cinco cientos de navios de todos los tamaños y descripciones. Las miasmas que surgen de tal cantidad de materias putrescentes, conjuntamente con el ardiente calor del sol [...] producen las más fatales consecuencias" (Howison 1986: 222).

Harto conocido es el papel que desempeñan las aguas como vehículo para la propagación de enfermedades. Al respecto la ciudad fungió como fecundo caldo de cultivo donde incubaban gérmenes que provocaron, durante toda la etapa colonial, múltiples brotes epidémicos. En extremo deficiente resultó, en este período, el servicio de abastecimiento de agua en la ciudad; beneficio que se procuraron sus pobladores mediante la construcción de pozos y cisternas como las fabricadas en el año de 1587 en una esquina de la Plazuela de la Ciénaga (Pérez Beato 1936: 311). Hacia finales del siglo xvi, en 1592, concluye la obra de ingeniería más importante de su tiempo en esta isla: la Zanja Real. Sus ramales condujeron el líquido a distantes lugares en los que se extraía de fuentes y jagüeyes. Sin embargo, este sistema no contó con las condiciones de higiene necesarias pues transportaba

un agua asquerosa y malsana que se suministra a [[los] habitantes [...] Hace largo tiempo que se contempla la construcción de un acueducto para traer agua pura de algún manantial distante y probablemente algún día se realizará la obra, pero mientras tanto se está envenenando a los vecinos con un agua tan sucia como si fuera de albañal, no siendo necesario ir más lejos en busca de la causa de que la fiebre amarilla haya encontrado un sitio propicio en la Habana (Towsend 1986: 367).

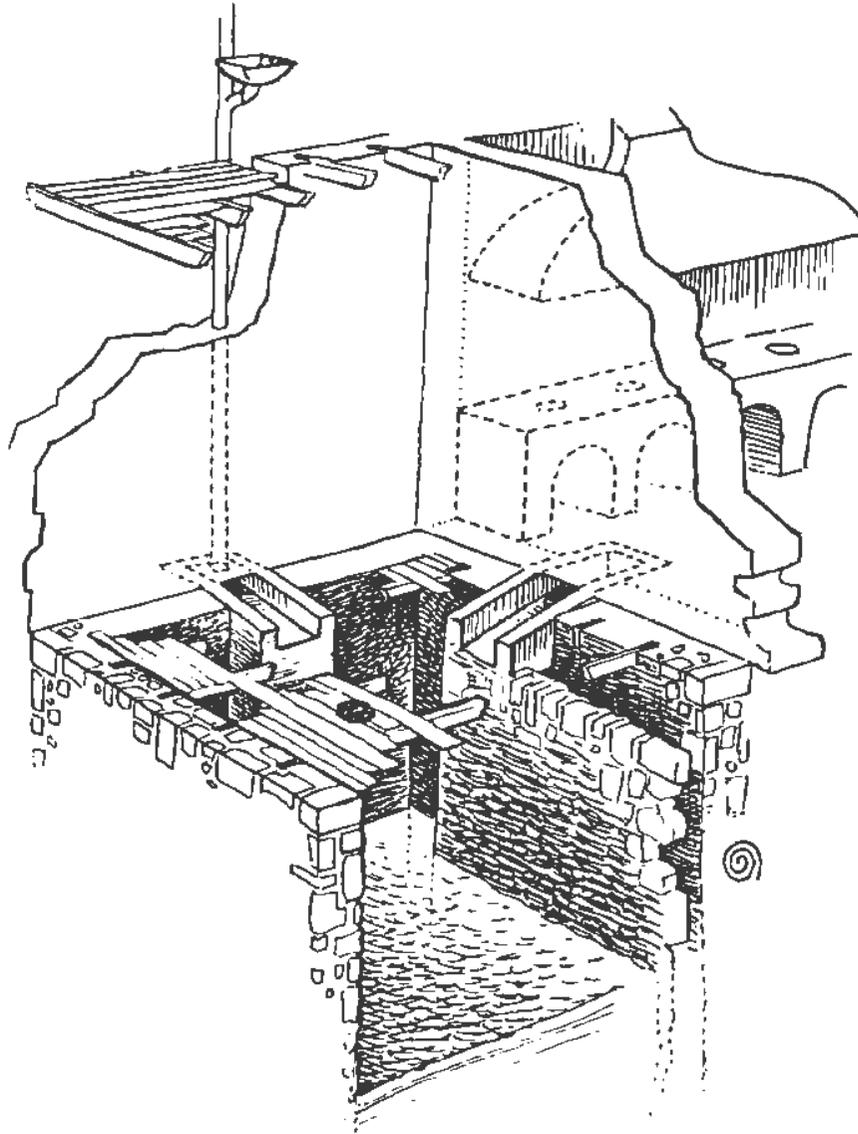


Fig. 1. Reconstrucción hipotética de una letrina a partir de la descripción de Portuondo y de evidencias estructurales halladas en la excavación de una casa ubicada en la calle Obrapia # 55 (dibujo de Amilkar Feria Flores).

A propósito de la calidad del agua nos refiere el doctor Juan F. Calcagno que "la corriente es preferible a la de los pozos y aljibes [...] será de mucha utilidad filtrar el agua por polvo de carbón antes de beberla, lo que se ejecuta con facilidad por medio de hormas de azúcar rellenas hasta la mitad de carbón pilado" (Calcagno 1986: 233). Tales circunstancias favorecieron en 1890 la importación desde París hacia la Farmacia Americana, ubicada en Obispo No. 63 de "unos filtros construidos siguiendo estrictamente las teorías de Pasteur que con interés recomendamos[...] a todas las familias de la Habana", según anuncio de la revista *El Progreso Médico*, en 1890.

Sin embargo, no fue hasta 1897 que la situación del abasto de agua queda solucionada en alguna medida cuando finalizan los trabajos del Acueducto de la Habana, proyecto que aún perpetúa la memoria del ingeniero Francisco de Albear que muere sin ver concluida su obra.

Agréguese a todos los males que atentaron contra la higiene en esta urbe la secular tradición de dar sepultura en las iglesias y espacios inmediatos. Importada de España, llega esta costumbre a la isla desde los mismos inicios de la expansión colonial en América y pese a los detractores que con los años iría ganando como consecuencia del perjuicio que para la salud significara habría que esperar hasta el año 1806 cuando quedara prohibida definitivamente. En su desaparición intervino de modo directo la labor que con este principio desplegaron con energía y constancia el obispo Espada y el doctor Tomás Romay. Ambos, desde sus posiciones, se opusieron a la malsana costumbre de dar sepultura en el interior de los monasterios que "no eran suficientes para inhumar los cadáveres, conservarlos tres años, exhumarlos después y quedar los restos depositados en la iglesia" (Martínez y Martínez 1928).

Otro notable foco de infección que causara molestia y daño a los pobladores hubo de localizarse justamente en el interior de los inmuebles. Se trataba de los colectores de desperdicios conocidos como letrinas o sumideros. De

la misma manera, al no haber correctos hábitos de aseo personal y no existir ni usarse el baño como espacio funcional del modo en que actualmente se concibe, también propició la difusión de enfermedades que asegurara precarios niveles de salud en esta ciudad, donde "el lavado [...] es una de las cosas mas caras" (Eduard 1986: 247).

Sin embargo, hacia la segunda mitad del siglo XIX comienzan a introducirse algunos progresos en beneficio de la higiene. Ejemplo de ello es la casa de A. P. Ramírez, establecida desde 1860 en la calle Amistad Nos. 75 y 77, entre San José y Barcelona que comerciara, entre otros artículos, excusados, inodoros finos y ordinarios, cañerías de hierro, llavería para gas, agua y vapor y donde se hacían toda clase de trabajos de gas y agua (Eguren 1986).

Pero sin dudas fue La Habana, pese a todo lo narrado, pintoresca ciudad que provocara la fascinación de quienes la conocieran y distinguiera la naturaleza de aquellos que la habitaron; encanto que ha perdurado a través de los siglos.

LAS LETRINAS. RESIDUARIO ARQUEOLÓGICO

Los vecinos La Habana trajeron consigo numerosas costumbres y tradiciones provenientes de la Metrópoli; entre ellas, el hábito de expeditar sus desperdicios dentro de la vivienda condicionará espacialmente sus construcciones.

Según apunta Bernardo Portuondo en su texto *Lecciones de arquitectura*, publicado en Madrid en 1877

dos medios se emplean en los edificios para hacer desaparecer las aguas sucias, los restos de materia orgánica y toda suerte de inmundicias: o se las arroja a un depósito subterráneo, convenientemente dispuesto para servir de receptáculo, o se las dirige por conductos de sección mas o menos al exterior.



Fig. 2. Evidencias materiales depositadas en una letrina, obsérvese los conductos, uno acarrea los desechos de la cocina y el otro está conectado, en este caso, con la cochera. Casa de los marqueses de Arcos.

Más adelante prosigue explicando cuán necesario resulta el poner cuidado en la ejecución de la obra y así evitar filtraciones que contaminen otros depósitos, para luego describir lo que a su juicio debe cumplirse a la hora de levantar estas necesarias dependencias:

Una gran cavidad o pozo, de sección transversal mas o menos grande y de profundidad variable, según la casa, sirve de depósito para recibir las materias inmundas que proceden de las necesidades orgánicas de la vida animal: es lo que vulgarmente se llama vaso de la letrina y que se divide en dos partes distintas, para dirigir separadamente los cuerpos líquidos de los sólidos cuya mezcla ocasiona la fermentación. Una chimenea de ventilación, que parte del inferior del depósito y se eleva muy por encima del techo del edificio, es el medio comúnmente empleado para evitar la propagación



Fig. 3. Detalle de los artefactos depositados en un estrato primario, conformado por recipientes y vasijas de loza crema, cerámica ordinaria vidriada, etc. Casa de los marqueses de Arcos.

de los gases deletéreos y pestilentes que exhala la letrina. Las paredes del vaso deben ser revestidos con mampostería muy buena y cementos de la mejor clase, de manera que sean impermeables, y sobre esos muros se levanta una bóveda, o en algunos casos se asienta un envigado [...] En todos los casos es preciso disponer una abertura para el piso bajo y tubos que partiendo del depósito, vayan a terminarse en los diferentes pisos del edificio, y sean conductos para el servicio de ellos. Si la extremidades de estos tubos y la boca del depósito no estuviesen cerradas cuando no se hace de ellas uso, todo el edificio estaría constantemente infestado.

Pero no obstante a lo bien dispuesta y fabricada que quedara esta estructura sanitaria, el autor señala que "el germen constante de insalubridad para el edificio estaría siempre latente en la mera existencia de la letrina en el interior del inmueble".

Este reclamo tendría remedio a principios del siglo xx, cuando el gobierno interventor norteamericano aplica una serie de medidas higiénicas con el objetivo de asegurar la salud de las tropas y del personal civil que se asentaría en la isla. Para ello dictó y realizó modificaciones relacionadas con el sistema de drenaje y evacuación de las aguas sucias, estipulando la clausura de estos insalubres colectores.

Después de comprobadas por la Comisión Norteamericana en 1900 las ideas que Finlay venía sosteniendo desde veinte años antes, se pudieron poner en prácticas las medidas profilácticas necesarias y la fiebre amarilla fue eliminada [...] La Habana que tenía fama de ser una de las ciudades más sucias y antihigiénicas del mundo, se convirtió poco después en una de las ciudades más limpias e higiénicas del orbe (Montero 1953: 166).

Estos procedimientos, aunque no se llevaron a cabo inmediatamente, significaron un gran paso de avance para la higienización de la ciudad.

Precisamente es en estos depósitos, residuarios de más de tres siglos de historia, donde el arqueólogo va a aproximarse al quehacer de antaño, al más inmediato y anónimo y no por ello menos importante.

La letrina va a ser, tal y como la definiera un querido amigo, el nicho arqueológico que nos revelará aquello que la pluma del escribano omitió. Es el receptáculo de todo el menaje utilitario que se va a desechar ya sea por rotura, por accidente o por anticuado; razón por la cual cada vez que intervenimos un inmueble de carácter doméstico, nos trazamos entre los objetivos primordiales la localización del colector sanitario.

Mediante las excavaciones arqueológicas realizadas en la Habana Vieja se ha podido comprobar que por lo general la letrina se ubicaba en la última crujía de la casa, de tal manera que este espacio quedara alejado del resto de las habitaciones principales,

y allí se concentraron las actividades domésticas. En la cocina, aledaña al depósito, habrá un conducto por donde se botarán los desperdicios de comida, entre otros, y en algunos casos puede que exista un canal que correrá por la pared desde los pisos superiores, y cuando la situación lo permita la cochera tendrá un acceso al colector.

Estudios realizados en diferentes inmuebles han demostrado el disímil comportamiento constructivo de estas estructuras. En un principio se cavaba en el lecho madre una fosa, de modo tal que los muros de algunas letrinas estaban conformados por la propia roca natural; en otros casos se levantaban paramentos con grandes piedras irregulares en dependencia del espacio y a veces estas técnicas se combinaban. En el interior de estos colectores se solía dividir el espacio con un tabique y así separar lo líquido de lo sólido. Aunque no siempre esa situación se ha encontrado, creemos que esta obra se realizaba si el depósito abarcaba una extensa área, dimensiones que estarían en dependencia del inmueble como tal, o sea, en casas señoriales; por lo general, la letrina rebasaba los 2 m x 3 m; en viviendas modestas el espacio era más limitado.

Esta fábrica, al tener una función permanente, se reutilizaba a lo largo de centurias. Al rebosarse, se procedía a la remoción del relleno y luego se volvía a usar. Sin embargo esto no siempre fue así; en algunas intervenciones se ha encontrado más de un colector en la misma vivienda que a veces ha respondido a casas independientes unidas posteriormente, pero en situaciones similares se ha podido comprobar que por transformaciones internas del edificio, se ha sellado la letrina que hasta entonces se usaba, y se ha abierto una nueva en otra habitación.

Por supuesto, estos cambios se van a reflejar en el subsuelo y el especialista debe armarse de un buen herramental analítico para poder discernir estas modificaciones, ya no sólo a nivel estructural sino también a la hora de interpretar el registro estratigráfico, pues básicamente nos vamos a enfrentar a basura secundaria y primaria. En el primer supuesto, aunque se extrae un material muy interesante, este sólo nos indica los artículos y accesorios que se movían en la ciudad de modo global. Sin embargo, la basura primaria nos insertará directamente en los hábitos y gustos de los habitantes de la casa y por ende, será un indispensable material

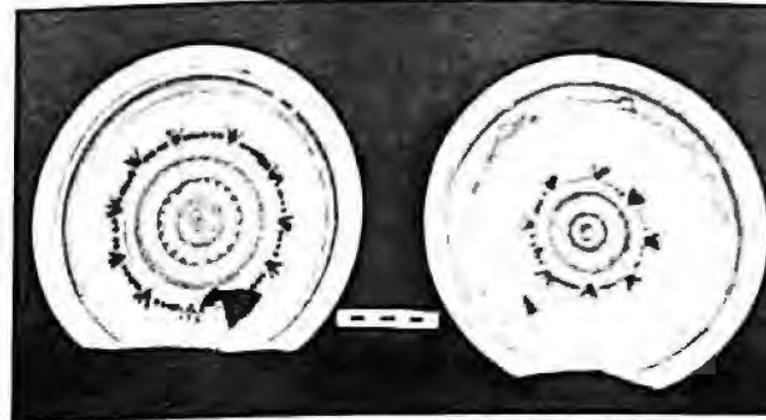


Fig. 4. Platos de mayólica catalana, clasificados como Santovenia policromo (Arazcaeta *et al.* 1992). Piezas como estas han sido exhumadas en excavaciones de la Habana Vieja, y se encuentran actualmente expuestas en el Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de la Habana.

referativo para estudiar las preferencias, costumbres y el intercambio mercantil que predominaba en la ciudad durante la etapa colonial.

Hallazgos similares exhumados en diferentes excavaciones dan una visión, por ejemplo, del tipo de vajilla que se usaba con más frecuencia en las casas habaneras. Por nuestras manos han desfilado mayólicas españolas, mexicanas, holandesas e italianas; loza europea, fundamentalmente inglesa, de muy fina factura; porcelanas; tiestos de cerámica más burda empleados en la elaboración y almacenamiento de los alimentos; contenedores de vidrio con disímiles funciones, etc. Otros artículos, como monedas, ornamentos y demás abalorios elaborados en metal, hueso y concha, han corrido igual suerte. En muchas de estas vasijas y recipientes, que inundaron los mercados y comercios de la ciudad, se van a encontrar improntas de los productores que nos indicaran el origen de la factura.

De este modo contamos con una amplia colección de artefactos coloniales que forman parte de los fondos del Gabinete de Arqueología, que cuenta, entre otras, con una sala permanente donde se exponen las piezas más representativas de la época, muchas de ellas exhumadas en excavaciones realizadas en las letrinas.

CONCLUSIONES

Las prácticas nocivas que en torno al tema de la salud y la higiene afectaron a la capital y se extendieron al resto de las ciudades de la isla, prevalecieron mientras existió el gobierno colonial español y generaron incalculables perjuicios a la población de una ciudad que

como La Habana, con sus calles eternamente sucias, sin apropiado pavimento, sin grandes ensanches ni avenidas, con escasos paseos, parques y jardines, con la atmósfera siempre infesta por gases pútridos procedentes de la bahía y de las inmundas cloacas en comunicación con las calles, es una ciudad que se está perpetuamente envenenando a sí misma; es un caso censurable de autointoxicación colectiva, que acusa marcada incultura a sus habitantes, aunque estos no sean dignos por muchos otros conceptos de tal calificación (Losada 1986: 406).

Y en efecto, nuestra historia contiene multitud de costumbres y sucesos que destacan el bien que en favor del progreso y la cultura fueron definiendo el carácter de la sociedad habanera, pero al ser esta una ciudad plagada de matices, contrastes y ambigüedades nada debe extrañar y nada asombrar.

Con la búsqueda arqueológica efectuada en los referidos depósitos de desperdicios ubicados en sitios del período histórico, nos adentramos, incuestionablemente, en aspectos de un pasado que por cotidiano y desconocidos también nos corresponde rescatar. No forman parte estos de majestuosas civilizaciones ni de relevantes asuntos en nuestra historia; pero en cambio, significan y revelan la escondida intimidad de un tiempo que subyace aún bajo nosotros, distinguiendo el sino de una isla donde "[...] el idioma, la arquitectura, el paisaje, la flora, los hábitos son todos nuevos, extraños y sugerentes" (Woodruff 1983: 322).

En consecuencia, tales yacimientos cobran particular sentido como contenedores de una verdadera riqueza concordante con ciertas facetas, a veces ignoradas, de ese pasado. Descifrarlos acertadamente nos conduce hacia otra de las formas más genuinas de expresión, extraviada en la grandeza de la historia.

BIBLIOGRAFÍA

- Ⓢ Arrascaeta Delgado, Roger y Hernández Oliva, Carlos Alberto (1992): "Reporte de un nuevo tipo de mayólica del período colonial en Cuba", ponencia presentada en el Simposio de la Cultura, C de La Habana, inédito.
- Ⓢ Calcagno, Juan F. (1986): "Tratado completo del cólera morbus pestiferus" en Gustavo Eguren: *La fidelísima Habana*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- Ⓢ Eduard, Otto (1986): "Reiseerinnerungen an Cuba, Nord und Sudamerika" en Gustavo Eguren: *La fidelísima Habana*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- Ⓢ *El progreso médico* (1890) Fondos de la Biblioteca Nacional José Martí.
- Ⓢ Eguren, Gustavo (1986). *La fidelísima Habana*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- Ⓢ Figueras, Francisco (s/f). *Cuba y su evolución colonial*. Editorial Isla S. A.
- Ⓢ Hazard, Samuel (1928) *Cuba a pluma y lápiz*. La Habana, Cultural S. A.
- Ⓢ Howison, John (1986): "Foreign scenes and Travelling recreation" en Gustavo Eguren: *La fidelísima Habana*. La Habana.
- Ⓢ Losada, Cesáreo F. de (1986): "Consideraciones higiénicas sobre la ciudad de La Habana" en Gustavo Eguren: *La fidelísima Habana*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- Ⓢ Martínez y Martínez, Enrique (1928): *Suscita descripción de los cementerios de la antigüedad primitivos de La Habana y el de Cristóbal Colón*. La Habana.
- Ⓢ Masse, E. M. (1986): "L' Ile de Cuba et La Havane" en Gustavo Eguren: *La fidelísima Habana*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- Ⓢ Montero Saladriás, Octavio (1953): "La medicina en Cuba" en *Libro de Cuba*. La Habana, Edición conmemorativa del cincuentenario de la independencia y del centenario de José Martí.
- Ⓢ Menéndez Castro, Sonia (1998): "Excavaciones arqueológicas en Habana # 958" inédito.
- Ⓢ Pezuela, Jacobo de la (1842): *Ensayo histórico de la isla de Cuba*. La Habana Imprenta española de R. Rafael, New York.
- Ⓢ Portuondo y Barceló, Bernardo (1877): *Lecciones de arquitectura*. Madrid, Imprenta del Memorial de Ingenieros.
- Ⓢ Pérez Beato, Manuel (1936): *Habana antigua*. La Habana.
- Ⓢ Roig de Leuchsering, Emilio (1963): *La Habana, apuntes históricos*. La Habana Editora del Consejo Nacional de Cultura.
- Ⓢ Roura Álvarez, Lisette (2002): "Excavaciones arqueológicas en Obrapia # 55" inédito.
- Ⓢ Torre, José María de la (1857): *Lo que fuimos y lo que somos o La Habana Antigua y Moderna*. La Habana.
- Ⓢ Townsend, F. Trench (1986): "Wild Lile in Florida with a visit to Cuba" en Gustavo Eguren: *La fidelísima Habana*. La Habana, Editorial Letras Cubanas.
- Ⓢ Valdés, Antonio J. (1964): *Historia de la isla de Cuba*. La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO.
- Ⓢ Vega, José Luis (1997): "Los caminos del agua" en *Opus Habana*. No. 4, La Habana, julio-diciembre.
- Ⓢ Woodruff, Louisa M. (1983): "My Winter in Cuba" en *Viajeras al Caribe*. La Habana Casa de las Américas.

LOS RESTOS DE ALIMENTOS DE ORIGEN ANIMAL EN LOS CONTEXTOS URBANOS. LA HABANA COMO CASO DE ESTUDIO

JOSÉ M. TORRES PICO



Mascara Ceramica

El autor trabaja en el Gabinete de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana

El desarrollo de las ciudades ha quedado reflejado en el registro arqueológico de diversas maneras. La actividad antrópica afecta el edificio y el subsuelo conexo de un modo dinámico y continuo, y deja huellas variadas de cultura material, desde remanentes de construcción hasta basura de la actividad culinaria cotidiana (Arrazcaeta 2002. com. personal). Dentro de los numerosos hallazgos que forman parte de las colecciones recuperadas, los restos de alimentos constituyen una importantísima fuente de información, tanto por la posibilidad que ofrecen para compararlos con los registros históricos como por su capacidad para aportar nuevas evidencias relacionadas con diversos aspectos económicos y sociales. De conjunto, la investigación histórica, los estudios etnoarqueológicos y la zooarqueología —disciplina que se ocupa del estudio de los restos de animales procedentes de las excavaciones arqueológicas— constituyen las principales fuentes de información sobre los alimentos de origen animal consumidos en el pasado.

Sometidos a diversas técnicas de análisis zooarqueológico, los desechos alimentarios permiten discutir acerca de la dieta, el poder económico de las familias y comunidades, la evolución de las prácticas ganaderas y pesqueras, el comercio de los alimentos y las costumbres dietéticas, entre otros aspectos.

Los estudios faunísticos demoraron un poco más en ser incorporados de lleno en los proyectos de arqueología histórica que en aquellos relacionados con sitios prehistóricos. Ello pudiera ser comprensible si tenemos en cuenta lo atractivo que representa la investigación de fenómenos tan fascinantes como el origen de la domesticación o las estrategias de subsistencia de los primitivos habitantes del paleolítico, por sólo citar algunos temas de estudio. Sin embargo, la zooarqueología no tardó mucho en mostrarse, de conjunto con otras disciplinas arqueológicas, como una especialidad muy valiosa en la interpretación de sitios de épocas relativamente bien documentadas desde el punto de vista histórico.



Fig. 1. Vendedor de leche (*Souvenir. Album of Cuba. Fondos del Archivo de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana*). Todavía a comienzos del siglo XX era común el ordeño del ganado en las calles de la ciudad.

En el caso de los sitios propiamente urbanos, los zooarqueólogos han demostrado cómo el proceso de urbanización afecta la confección y distribución de los productos de origen animal. Sin dudas, el traslado de estos desde sitios rurales hacia los centros urbanos es un proceso que va especializándose a la par del desarrollo de las ciudades. Tal fenómeno puede ser revelado a través del análisis de las variantes de descuartizamiento, de las partes esqueléticas recuperadas y de la comparación entre muestras urbanas y rurales contemporáneas (Bowen 1998).

Relacionado con el estudio de la Europa medieval y postmedieval, los análisis faunísticos suministran datos que permiten conocer más acerca de fenómenos tales como el renacimiento de los centros urbanos en la baja Edad Media, los cambios en las

prácticas ganaderas efectuados durante el proceso de intensificación de la agricultura y la llamada "revolución agrícola" y la especialización de la producción ganadera para satisfacer la creciente demanda de las industrias textiles (Albarella 1999; Plogmann and Rehazek 1999; De Boe and Verhaeghe 1997).

En tales estudios no han sido pocas las discordancias entre los resultados de la investigación arqueológica y la información documental, con el consiguiente reclamo de una mayor colaboración entre los especialistas de la historia social y agrícola y los zooarqueólogos. Un ejemplo de los buenos resultados del trabajo conjunto lo constituye el estudio de los restos de peces y de los documentos relacionados con monasterios medievales en Europa, a través de los cuales se descubrieron cambios en los hábitos monásticos referidos a la alimentación, la introducción y cría de especies y las conexiones entre el estatus social y la alimentación de los monjes que los habitaban (Van Neer and Ervynck 1996; Bielza 1996).

En el caso de la América postcolombina, los análisis faunísticos se han realizado fundamentalmente en los Estados Unidos. Investigaciones relacionadas con los asentamientos hispánicos de

los colonizadores en la Florida y sus estrategias de subsistencia se llevan a cabo desde las décadas pasadas (Reitz and Scarry 1985; Reitz 1994). La relación entre los animales y el hombre también ha sido evaluada en distintos proyectos de arqueología histórica practicados en importantes ciudades de Norteamérica (Bowen 1998).

En Cuba los análisis faunísticos se concentran fundamentalmente en las muestras procedentes de los sitios aborígenes; son muy pocos aquellos que tratan con materiales urbanos. Particularmente La Habana nos ofrece una magnífica oportunidad para abordar el tema de la alimentación durante el período colonial. Una de las principales ventajas que ofrece la ciudad es la existencia de depósitos cerrados en el interior de las viviendas, de modo que en muchos casos podemos trabajar con una totalidad y no

con una muestra. Especial importancia tienen los espacios utilizados como basureros caseiros, ejemplo de los cuales son las letrinas y los pozos que caen en desuso o pozos abiertos sólo para verter desperdicios. Tales depósitos, cuidadosamente excavados y fechados, permiten establecer detalladas comparaciones no solamente con otros similares sino también entre niveles cronoestratigráficamente diferentes (Heck and Balicki 1998).

A la par de estas y otras ventajas, en nuestra opinión conspira contra la posibilidad de obtener más información la carencia de trabajos históricos que aborden el tema de los alimentos, su producción, distribución y consumo durante los años de la colonia. Es por ello que al intentar interrelacionarlos con datos provenientes de la arqueología, sea necesario acudir con frecuencia a las fuentes primarias, en especial los documentos oficiales del gobierno de la ciudad y las memorias de los viajeros que le visitaron. Documentos tales como las actas capitulares del cabildo de La Habana, los protocolos notariales, documentos parroquiales, censos de población y propiedades, etc., suministran un valioso material que ayuda a la interpretación de los datos arqueológicos. Las memorias de aquellos que visitaron La Habana y contaron sus vivencias son muy útiles para acercarnos a la vida familiar y social de la ciudad.

Digamos que el estudio de los restos de alimentos de origen animal nos permitiría, en un futuro, conocer acerca del modo en que repercutió en la comercialización de estos productos el auge económico y comercial de la ciudad, el arribo a esta de los miles de navegantes y viajeros que incluía la carrera de Indias, las regulaciones gubernamentales sobre el consumo, los hábitos de consumo y gustos de las diferentes clases sociales, etc. Pongamos por ejemplo el hecho de que, bajo el gobierno del general Tacón (1834-1837), fueron contratados carniceros matarifes norteamericanos para que introdujeran los métodos más modernos en su



Fig. 2. Vendedor de pollos, siglo XIX (Álbum pintoresco de la isla de Cuba, Fondos del Archivo de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana).

especialidad. También por estos años se tomaron medidas de carácter higiénico relacionadas con el transporte de las carnes procedentes del matadero de La Habana (Chateloin 1989). Tales cambios, si realmente ocurrieron de manera profunda, pudieran ser observados a través del análisis de las marcas de descuartizamiento y las porciones esqueléticas de los restos óseos de la época.

De especial interés resulta el estudio de los restos de animales de origen marino, ya que en una ciudad costera como La Habana los platos preparados con las especies marinas han sido siempre de la preferencia de todos y, al mismo tiempo, a la pesca se dedicó una parte importante de la población. El análisis zooarqueológico puede ayudarnos a entender en qué medida tales alimentos fueron apreciados por los habaneros, cuáles especies eran preferidas y bajo qué condiciones eran adquiridas.

El estatus social de las familias puede ser revelado no sólo por las peculiaridades de la casa que habitaban o de la cerámica que utilizaban en la mesa. También los alimentos consumidos estaban determinados por el poder adquisitivo de los jefes de familias y esto debió haber quedado reflejado en los restos de los mismos. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que la riqueza personal o la filiación étnica no son los únicos factores que determinan lo que se consumía, sino que los deseos y costumbres están también condicionados por los sistemas económicos en que se desarrollan.

Otro aspecto que permite estudiar el análisis zooarqueológico es la relación que existía entre los ciudadanos y la fauna silvestre. Si algún miembro familiar era aficionado a la caza, tal condición puede reportarse en el análisis faunístico.

Finalmente, el estudio de la edad de sacrificio del ganado nos podría revelar en qué medida los métodos de ganadería fueron encaminándose hacia un mayor aprovechamiento de los recursos que es posible obtener de los animales, particularmente del ganado vacuno. Tal proceso debió evolucionar de una agricultura basada en la subsistencia hacia una agricultura especializada. Pero qué espacio de tiempo conllevó tal proceso y en qué medida los agricultores de la región fueron capaces de responder a la creciente demanda de la ciudad es un aspecto muy complejo y del que conocemos muy poco. Aproximarnos a tan complicado fenómeno pudiera ser posible a través del estudio arqueológico e histórico. En este último caso, los datos del registro de buques de La Habana, por citar un ejemplo, pudieran ser muy útiles al darnos a conocer qué y cuánto se importaba en materia de alimentos. Los estudios histórico-económicos (Le Riverend 1963, 1992) también pudieran aportar datos de mucho valor.

Lógicamente, para llegar a entender muchos de los aspectos antes mencionados resultaría imprescindible contar con datos provenientes de un considerable número de yacimientos que abarquen diferentes épocas y zonas geográficas. El análisis de los inmuebles debe tener en cuenta a familias de diferente rango social, origen y costumbres.

De manera que el estudio de los alimentos durante el período colonial constituye un tema de suma complejidad y requiere de un extraordinario esfuerzo. Hasta el momento conocemos muy poco

sobre el mismo; esto es un obstáculo, pero también un incentivo para explorar un nuevo camino en las investigaciones sobre el pasado de la capital, en el cual deben darse la mano la investigación arqueológica y la histórica.

BIBLIOGRAFÍA

- Albarella, U. (1999): "The mystery of the husbandry medieval animal and the problem of integrating historical and archaeological evidence" en *Antiquity* 73: 867-75.
- Bielza, M. J. (1996): "El pescado en la dieta de los Cartujos de El Paular en el siglo XVI" en *Archaeofauna* 5: 65-77.
- Bowen, J. (1998): "To Market, To Market: Animal Husbandry in New England" en *Historical Archaeology* 32 (3): 137-152.
- De Boe, G. and F. Verhaeghe (1997): "Environment and Subsistence in Medieval Europe" en *Papers of the Medieval Europe Brugge 1997 Conference*. Volume 9.
- Chateloin, F. (1989): *La Habana de Tacon*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 224 p.
- Heck, D. B. and J. F. Balicki (1998): "Katherine Naylor's House off Office: A Seventeenth Century Privy" en *Historical Archaeology* 32 (3): 24-37.
- Le Riverend, J. (1963). *Historia económica de Cuba*. La Habana, Escuela de Comercio Exterior, MINCEX, 264 p.
- (1992): *Problemas de la formación agraria de Cuba Siglos XVI-XVII*. La Habana, Editorial Ciencias Sociales, 296 p.
- Plogmann, H. H. and A. Rehazek (1999): "1000 years (6th to 16th century) of Economic Life in Heart of Europe. Common and distinct Trends in Cattle Economy of Baltic Sea Region and the Swiss Region of the Alpine Forelands" en *Archaeofauna* 123-133.
- Reitz, E. (1994): "Zooarchaeological Analysis of a Free African Community: Garcia Roal de Santa Teresa de Moso" en *Historical Archaeology*, 20(1): 23-40.
- Reitz, E. and G. Scarry (1985): "Reconstructing historic subsistence with an example from sixteenth-century Spanish Florida" en *Historical Archaeology*, Special Publication Series, Number 3, 150 p.
- Van Noor, W. And Eryvnyck (1996): "Foot rules and status: Patterns of fish consumption in a monastic community (Enamo, Belgium)" en *Archaeofauna* 5: 155-164.

RECUERDO Y PRESENCIA DE MANUEL RIVERO DE LA CALLE*

CARLOS RAFAEL FLEITAS SALAZAR



Manuel Rivero de la Calle en noviembre de 1962.

El autor es médico en el Hospital Provincial Saturnino Lora
y profesor en el ISCM de Santiago de Cuba

La mañana en que le conocí personalmente, Rivero iba bajando el primer tramo de peldaños de la empinada escalera de la Facultad de Biología de la Universidad de La Habana; tras las presentaciones de rigor me tomó del brazo y me condujo a la parte posterior del edificio: se dirigió hacia un grupo de personas que allí se encontraba, para advertirles acerca de una ventana del último piso que batía al viento con sus cristales fracturados, y la caída de alguno de sus fragmentos hubiese sido fatal para cualquiera de los allí presentes. Esta fue la primera lección que recibí del profesor.

Luego tuvimos una jornada bastante intensa, en que logré casi exprimirle los conocimientos; yo tenía el encargo del Departamento de Biología de la Universidad de Oriente de preparar la asignatura Biología Humana, concebida para el quinto año de la Licenciatura en Biología, que llegó al inicio de la década de los noventa del siglo pasado con el Plan C de la Enseñanza Superior. Desde que me mostraron el programa de la nueva asignatura, con un fuerte contenido de antropología física, adiviné que andaba metida ahí la mano de una figura emblemática a quien sólo conocía de nombre y por su obra: Manuel Rivero de la Calle.

Durante todo un año sólo había conocido su voz por teléfono, y sus útiles consejos para emprender en tres años la tarea de convertir lo que hasta entonces había sido un estudio disgregado y autodidacta en un conocimiento científico sistemático. Finalmente me trasladé a La Habana, y en una semana el profesor me instruyó en la práctica antropométrica y cómo enfrentar el *corpus* teórico de la disciplina. Gracias a él, cuando en el curso 1994-95 el quinto año de la carrera de Licenciatura en Biología comenzó el Plan C, pude enfrentar decorosamente la tarea con la cual me había comprometido.

Pronto conocí a un Rivero diferente; por las noches en su casa, después del trabajo, solíamos conversar y él sacaba una botella de ron para agasajarme, hasta que descubrió que no era este mi



Manuel Rivero de la Calle junto a Oscar Arredondo y al Dr. Otero durante una expedición.

punto débil; desde entonces siempre me obsequiaba con unos excelentes dulces, de la cocina de su cuñada Gisela. Supe del hombre generoso, sencillo, afable hasta la jovialidad, dispuesto a conversar de múltiples temas —pero renuente a hablar de sus éxitos—, a prestar con inmensa confianza las obras de su magnífica biblioteca, y a salir con una broma de improviso.

Su casa era sitio de visita constante de antropólogos y estudiosos cubanos y extranjeros; allí pude conocer a varios de ellos; pero, sobre todo, solía ser frecuentado por jóvenes investigadores a quienes jamás negó su apoyo. Recuerdo la tarde en que sobre una sábana, en la azotea de su casa, asesoraba a dos investigadores del Departamento de Arqueología de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana quienes colocaban en posición anatómica los restos de Juan Bautista Vermay y su esposa, para

ser fotografiados; iba Rivero de un lado a otro con un magnífico atlas de anatomía humana entre las manos corroborando la posición de cada estructura ósea.

A mediados del 1995, comenzó a padecer de dificultades visuales como consecuencia de la catarata senil, lo cual disminuyó mucho su ritmo de trabajo hasta que se recuperó de la operación en el año 1998; luego se dedicó febrilmente al estudio antropométrico de los restos de chinos en Cuba; sin embargo, su cuerpo no le acompañaba. Teníamos previsto escribir en conjunto una ponencia sobre la historia de la paleopatología, con vistas al III Congreso de la Sociedad Cubana de Historia de la Ciencia y la Tecnología, en febrero del 2001, mas si él cumplió con su parte, yo para entonces estaba inmerso en otras cosas y no terminamos el artículo. Posteriormente quienes le estimábamos vimos con gran dolor cómo se iban deteriorando sus facultades; él mismo lo notaba y alertaba a sus interlocutores sobre las lagunas de su memoria, que le dificultaban mantener el hilo de la conversación. Aún

así se mantuvo participando en eventos científicos dentro y fuera del país, e impartió algunas asignaturas de la Maestría en Antropología coordinada por la doctora Rosa María de Lahaye. De esta manera le sorprendió la muerte, enseñando su inmenso caudal de conocimientos a cuantos se le acercaban, e inmerso en el trabajo y en la investigación, con extrema modestia, como siempre vivió.

Manuel Rivero de la Calle nació el 5 de abril de 1926 en Esmeralda, provincia de Camagüey. Fueron sus padres Francisco Rivero Rodríguez —jefe de una estación del ferrocarril— y Consuelo de la Calle Cantero. Realizó sus estudios correspondientes a la enseñanza primaria, secundaria y preuniversitaria en la ciudad de Ciego de Ávila.

En 1945 matriculó en la Universidad de La Habana, donde se graduaría en 1949 de doctor en Ciencias Naturales, con la tesis

doctoral "Deformidad craneana de los aborígenes de Cuba. Estudio comparativo". Para la realización de este estudio su autor se valió de diferentes colecciones públicas y privadas de todo el país. Cinco años antes de su nacimiento se había publicado el libro de Mark Raymond Harrington, *Cuba before Columbus*, de gran trascendencia para la arqueología indocubana. Desde el siglo XIX se venían dando los impulsos genésicos acerca del conocimiento de nuestro antepasado aborigen, sobre todo a partir de los trabajos de Miguel Rodríguez Ferrer, en 1847, y del arribo a Cuba, en 1874, de Luis Montané y Dardé, quien fuera discípulo de Paul Broca —considerado por algunos como el padre de la antropología— en París. A los investigadores cubanos se les sumaron en lo sucesivo diversas expediciones norteamericanas, como la de Culin en 1901, Fewken en 1904, Harrington en 1917, y Osgood quien junto a Irving Rouse vinieron en los inicios de la década de los años 40.

En 1903 se había creado el Museo Antropológico de la Universidad de La Habana, hacia cuyas salas y gabinetes ha convergido gran cantidad de estudiosos. Otro hecho fundacional lo fue la Academia de la Historia de Cuba, creada por Decreto de 20 de agosto de 1910, una de cuyas cuatro comisiones de trabajo fue la de arqueología. En esta institución fue recibido el 20 de mayo de 1925 el ingeniero Juan Antonio Cosculluela y Barreras, célebre por su trabajo de campo en la Ciénaga de Zapata, desarrollado durante cuatro años a partir de los finales de 1913. En nombre de la corporación le contestó el académico don Fernando Ortiz, quien en sus buceos dentro de nuestro ajiaco étnico había dedicado parte de sus estudios al componente aborigen, muestra de ello son sus publicaciones en la *Revista Bimestre Cubanas*, la primera edición de su *Historia de la arqueología indocubana* en 1922, con una segunda edición en 1935 precedida de la traducción de la obra de Harrington.

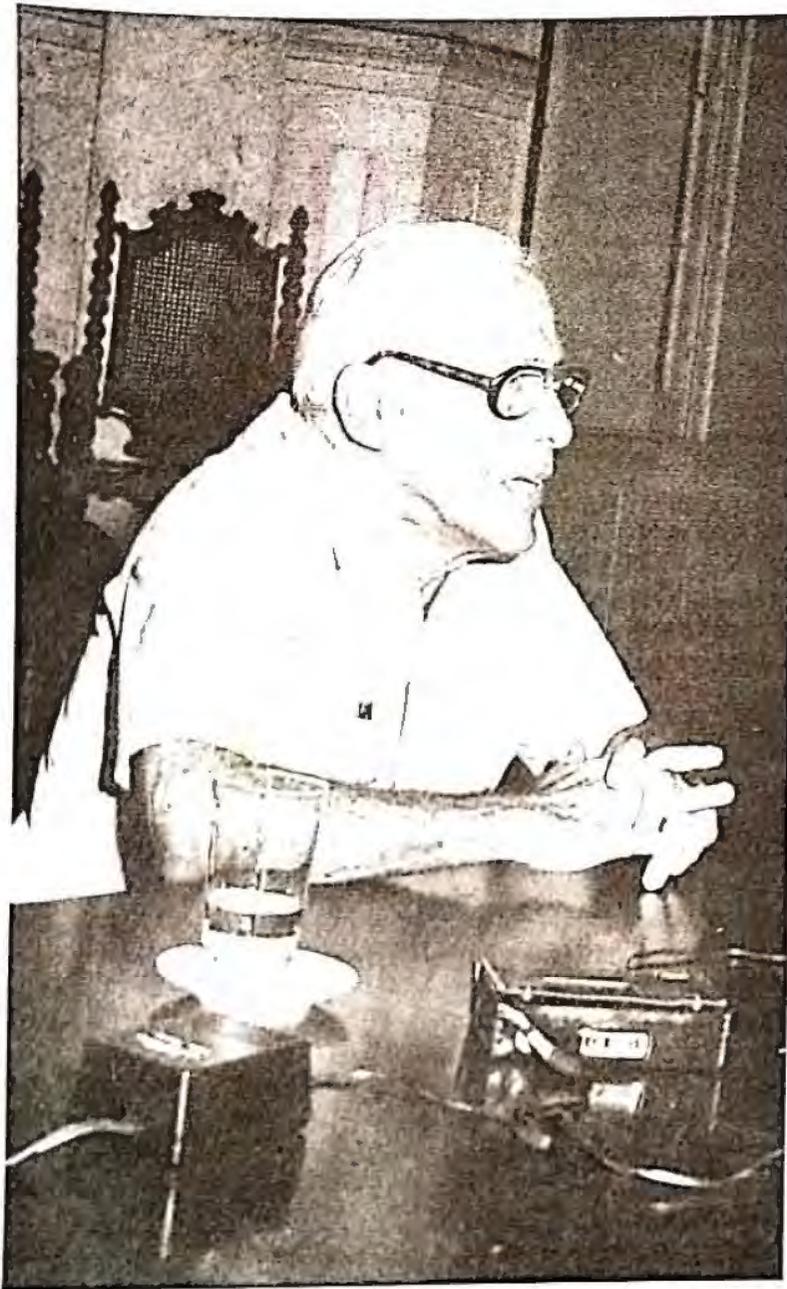
Todo aquel empeño por conocer la Historia de Cuba estaba promovido por muchos profesores de diversos niveles de enseñanza, preocupados por hallar un discurso patriótico que sentara las bases de la amenazada nacionalidad. Ejemplo de ello fueron dos hombres que mucho tuvieron que ver con la iniciación de Manuel Rivero de la Calle en los estudios arqueológicos, primero su profesor del Instituto de Segunda Enseñanza de Ciego de Ávila, Marino Mendieta Echevarría, quien organizara las primeras expediciones en que participó el joven Rivero. Luego, Felipe Pichardo



Manuel Rivero de La Calle junto al Dr. Koenigsvald, quien le enseña una foto de la Isla de Jara, del lugar donde aparecieron los restos del llamado Hombre de Solo.

Moya, también camagüeyano, profesor del Instituto de Segunda Enseñanza de la ciudad de Camagüey, quien a partir de 1934 comenzara su producción intelectual en el campo de la arqueología indocubana, y dedicó sobre todo varios textos a la educación.

Una vez en La Habana, Rivero conoció a Antonio Núñez Jiménez, a quien se sumó no sólo con fines de participar en las expediciones que este programara, sino también en una de sus obras más importantes, la fundación de la Sociedad Espeleológica. Por consiguiente, el hecho de que Rivero de la Calle tomara como tema para su tesis doctoral la deformidad craneana de los aborígenes cubanos, no respondía a una casualidad, ni a un mero placer académico, pues no era resultado de efímeros escauceos, sino el fruto de su tesonero estudiar, y del profundo placer intelectual que le procuraba estar un sinfín de horas estudiando un hallazgo arqueológico, sobre todo cuando provenía de una expedición en la cual él mismo había desempeñado un papel protagónico, pues jamás fue intelectual de gabinete. El tema, por demás, estaba en boga en los medios académicos para la fecha.



Una vez concluidos sus estudios superiores, Rivero se mantuvo fiel a su vocación; para entonces no sólo había entrado en contacto con los más eminentes investigadores del tema, sino también había adquirido profesionalidad. Es así como en el año 1952 transita por diversos puestos, desde la Escuela de Artes y Oficios de Trinidad, donde impartía Ciencias, termina el año de profesor de Biología y Antropología de la Universidad Central, y a mediados de noviembre lo hallamos como delegado al X Congreso Nacional de Historia, el cual se efectuó en Matanzas y La Habana, donde presentó, en compañía de René Herrera Fritot el artículo "La cueva funeraria de Carbonera, Matanzas", y, de su sola autoría, "Exploraciones arqueológicas en el Masío, Trinidad, Las Villas".

Es conveniente recordar que los Congresos Nacionales de Historia se iniciaron en el año 1942, patrocinados por la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana y por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, encabezadas ambas por el doctor Emilio Roig de Leuchsenring; en el Primer Congreso hubo participación de arqueólogos cubanos, y de estudiosos de nuestra prehistoria, tales fueron Fernando Royo Guardia, Oswaldo Morales Patiño, René Herrera Fritot, Juan A. Cosculluela, José A. García Castañeda y Pedro García Valdés. En congresos sucesivos se mantuvo esta asiduidad, por lo cual sus organizadores decidieron mantener la sección de Prehistoria de Cuba, en la cual precisamente participara Rivero de la Calle.

Después de 1959, Manuel Rivero de la Calle se incorporó de lleno a la docencia en la Universidad de La Habana, a la par que desarrollaba sus investigaciones de campo. Para culminar su formación académica tuvo el privilegio de recibir entrenamientos en el Instituto Real de los Trópicos de Ámsterdam, y en la Universidad de Utrecht, en Holanda, con prestigiosos antropólogos europeos.

Sin duda alguna, Rivero aprovechó al máximo su estancia en el Viejo Continente, de ahí su participación activa en el Sexto Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas de París en el cual presentó su tesis doctoral, así como su visita a la cueva de Lascaux, en la región francesa de Dordoña.

De regreso a Cuba, se radicó en La Habana, donde le espera-

ban serias y continuas responsabilidades en la Universidad: de 1962 a 63 fue vicedecano de la Facultad de Ciencias; desde 1962 hasta 1973, jefe del Departamento de Antropología de la Escuela de Ciencias Biológicas del alto centro docente, director del Museo Antropológico Montané por cerca de diez años, y responsable de publicaciones de la Escuela de Ciencias Biológicas a partir de 1964, entre otras actividades.

Su participación directa en la docencia dejó una huella profunda en las aulas de la universidad habanera, donde confeccionó los programas de varias asignaturas, como Antropología Física I y II, Paleantropología, Primatología, Historia de la Antropología y Biología Humana. Impartió más de cincuenta cursos de postgrado, tuteló medio centenar de Trabajos de Diploma, trabajos para las jornadas científicas estudiantiles, fue miembro de tribunales de evaluación de estos trabajos, y oponente de tesis. Empero, no desdén otros niveles de enseñanza; en consecuencia se dedicó a la atención vocacional de alumnos de secundaria y preuniversitario, y fungió como profesor de la Escuela de Museología que patrocinara el Ministerio de Cultura. Ofreció charlas y conferencias en instituciones científicas cubanas y extranjeras, en museos, y centros de trabajo.

No obstante, si bien fue inmensa su labor docente, igualmente intensa lo fue su labor investigativa; estudioso ávido e insaciable de la arqueología y de la antropología física en Cuba, manejaba con soltura tanto el instrumental antropométrico como una extensa bibliografía, fundamentada en los clásicos de la disciplina como el *Lehrbuch der Anthropologie*, de R. Martin y K. Saller (publicado inicialmente en Jena en 1928), el *Manual* de Juan Comas, hasta los últimos textos de la especialidad como el de Jurmain, Nelson y Kilgore. De la misma manera le eran familiares los primeros historiadores y cronistas de Indias, e innumerables tratados y obras de muy variado tipo, que conformaban su bien nutrida biblioteca particular, o la de su gabinete de trabajo en la Universidad. Al enriquecimiento de su acervo bibliotecológico contribuyó mucho su constante intercambio con especialistas y profesionales de todo el mundo.

El resultado de tantos años de estudio consagrado, fue una sólida producción bibliográfica: cerca de 150 artículos en revistas científicas, unos 50 en revistas socioculturales, y más de 30

folletos y conferencias para la docencia. Estas publicaciones son el reflejo de más de doscientos trabajos presentados en eventos científicos y culturales en toda Cuba, como lo fueron el Simposium 40 Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba (febrero de 1980), la V Jornada Nacional de Arqueología realizada en Baracoa del 14 al 18 de febrero de 1984, por citar sólo dos. Otros países fueron testigos de su quehacer; llevó más de 50 ponencias a eventos científicos y culturales en Alemania, España, Italia, Holanda, Gran Bretaña, Checoslovaquia, Rusia, Estados Unidos, México, Panamá, Colombia, Chile, y República Dominicana, entre otros.

Muchas fueron sus excursiones científicas, y por doquier, y en ellas tuvo la posibilidad de hacer descubrimientos paleontológicos de diversas especies animales, que llevan su nombre, tales como *Anorthopygus Riveroi Sánchez Roig* (1949), *Pygorhynchus Riveroi Sánchez Roig* (1949), *Metaxytherium Riveroi Varona* (1972), *Tyto Riveroi Arredondo* (1972), *Hytissa Riveroi Kojumdgieva* y *de la Torre* (1983), y el primate fósil antillano *Parahouatta Varonai*, dado a conocer en la revista *Journal of Human Evolution*, No. 21 (1991), en compañía de Oscar Arredondo.

Varias sociedades científicas y profesionales contaron con Rivero en su membresía, como la Junta Nacional de Arqueología y Etnología, la Sociedad Espeleológica de Cuba, la Asociación Mexicana de Antropología Biológica, Association of Vertebrate Paleontology, UNEAC y UPEC.

Tanta abnegación y esfuerzo habrían de ser recompensados en los últimos años de su vida, cuando en 1989 la ciudad de Matanzas lo nombró Hijo Distinguido; en 1994 la Universidad de La Habana le otorgó la condición de Profesor de Mérito —ostentaba la categoría de profesor titular—; al año siguiente recibió la Orden Carlos J. Finlay, y en 1998 la Campana de Obbatalá, otorgada por la Fundación Fernando Ortiz.

El profesor Manuel Rivero de la Calle ya no está físicamente entre nosotros, pero nos queda su obra, prolífica, de altos quilates científicos, imprescindible para las ciencias sociales y naturales de Cuba, y todos sus discípulos, hombres y mujeres herederos de su ejemplo y de sus conocimientos, agradecidos de su inmensa bondad, que garantizan su inmarcesible presencia.

RESEÑA BIOBIBLIOGRÁFICA DE MANUEL RIVERO DE LA CALLE

CRONOLOGÍA MÍNIMA

- 1926 Nace en Esmeralda, Camagüey, el 5 de abril.
- 1941 Estudia en el Instituto de Segunda Enseñanza de Ciego de Ávila
- 1943 Participa en excavaciones con Felipe Pichardo Moya.
- 1945 Matricula en la Universidad de La Habana.
- 1947 Ingresa en la Sociedad Espeleológica.
- 1949 Doctor en Ciencias Naturales en la Universidad de La Habana, 8 de julio.
- 1952 Profesor de Ciencias de la Escuela de Artes y Oficios de Trinidad.
- 1952 Profesor de Biología y Antropología de la Universidad Central de Las Villas, hasta 1961.
- 1952 Delegado al X Congreso Nacional de Historia, presentó en la Sección I de Prehistoria de Cuba un artículo propio y otro en colaboración con René Herrera Fritot (14-17 de noviembre).
- 1959 Hasta 1960 recibió un postgrado de antropología física, como becario del Instituto Real de los Trópicos, en Ámsterdam, Holanda. Su tutor fue el doctor Rudolf Bergman.
- 1960 Visita la cueva de Lascaux, Francia. Participa en el VI Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas de París.
- 1961 Estudia en la Universidad de Utrech, Holanda, con el profesor doctor G. H. R. Koenigswald. Al regreso se incorpora como profesor de la Universidad de La Habana.
- 1962 Dirige hasta 1976 el Museo Antropológico Montané de la Universidad de La Habana y el Departamento de Antropología de la Escuela de Ciencias Biológicas de esta universidad.
- 1964 Participa en el VII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, realizado en Moscú.
- 1965 Comienza sus investigaciones sobre los pobladores de

Yateras, Guantánamo, como parte del equipo de científicos del Departamento de Antropología de la Universidad de La Habana y de la Academia de Ciencias de Cuba, con la colaboración de científicos de los antiguos países socialistas, como fueron el doctor Voolf Guinsburg —Director del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de Leningrado—, el doctor Milán Pospisil —del Departamento de Antropología y Genética de la Universidad de Bratislava—, y el doctor Miroslav Stingl, etnólogo checo.

- 1966 Visita en México, Chichén Itzá en Yucatán.
- 1972 Realiza trabajos de campo en la zona norte de Chile.
- 1985 Recibe la Medalla Frank País por la Educación Cubana.
- 1990 Recibe la Medalla por el Cincuenta Aniversario de la Sociedad Espeleológica de Cuba.
- 1994 Profesor de Mérito de la Universidad de La Habana (12 de enero).
- 1996 Recibe la Orden Carlos J. Finlay, otorgada por el Consejo de Estado de la República de Cuba (10 de diciembre).
- 1997 (Del 13 de abril al 1 de junio) Profesor Invitado por la Universidad Autónoma de México para hacerse cargo de los estudios craneológicos de la serie esquelética del proyecto "Osteobiografía de los entierros de La Ventilla, Teotihuacan, México".
- 1999 Recibe la Campana de Obbatalá, Premio de la Fundación Fernando Ortiz (5 de enero).
- 2001 Fallece en La Habana el 23 de septiembre. Fue sepultado el día 25.

BIBLIOGRAFÍA ACTIVA¹

a. Libros y folletos

- (1960): *Caguanes: Nueva zona arqueológica de Cuba*. Universidad Central de Las Villas, Departamento de Investigaciones Antropológicas, 88 p.
- (1961): *Carlos García Robiou, apuntes biográficos*. La Habana, Junta Nacional de Arqueología.
- (1963): *Los aborígenes de Cuba: estudio histórico etnográfico*. La Habana, Universidad de La Habana, Facultad de Humanida-

- des, 11 p. (texto en español del trabajo publicado en el libro *Cuba* del Instituto Etnográfico Miklujo-Maklay, Academia de Ciencias de la URSS, 1961).
- (1966): *Las culturas aborígenes de Cuba*. La Habana, Editora Universitaria, 194 p.
- (1972): *Estudio preliminar del desarrollo físico de los niños preescolares de los Círculos Infantiles de la Gran Habana*. Universidad de La Habana, Ciencias Biológicas, serie 4, No. 29, 65 p.
- (1973): *La mutilación dentaria en la población negroide de Cuba*. La Habana, Universidad de La Habana, Centro de Información Científica y Técnica, Serie 4, Ciencias Biológicas, No. 38, 21 p.
- (1976): *Reporte sobre las primeras mediciones craneométricas de tipo comparativo realizadas en Cuba*. Universidad de La Habana, Serie Antropología y Prehistoria.
- (1982): *Algunas características antropométricas en descendientes masculinos de aborígenes cubanos mestizados con razas europeoide y negroide, en la provincia de Guantánamo*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, Reporte de Investigación del Instituto de Ciencias Sociales, No. 1, 13 p.
- (1984): *Antropología de la población adulta cubana*. La Habana, Editorial Científico Técnica, 53 p.
- (1985): *Nociones de anatomía humana aplicadas a la arqueología*. La Habana, Editorial Científico Técnica, 302 p.
- Dacal Moure, Ramón y MRC (1986): *Arqueología aborígen de Cuba*. La Habana, Editorial Gente Nueva, 174 p.
- Dacal, R. y MRC (1996): *Art and Archeology of the Pre-columbian Cuba*. Pittsburg, University of Pittsburg Press.
- MRC e Idoy Caro, Felipe (1943): *Simón Reyes Hernández (el águila de la Troche): estudio biográfico*. La Habana, Editorial Minerva, 47 p.
- MRC y Dacal, R. (1998): *Arqueología y arte aborígen en Cuba*. USA, Museo Carnegie.
- MRC y M. E. Díaz Sánchez (1980): *Estudio antropológico de un fragmento craneano hallado en el sitio de Seboruco, Mayarí, provincia de Holguín, Cuba*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, Informe Científico Técnico No. 116, 10 p.
- MRC y Núñez Jiménez, Antonio (1958): *Excursiones arqueológicas a Camagüey*. Santa Clara, Universidad Central de Las Villas, Departamento de Investigaciones Antropológicas e Investigaciones Geográficas, 62 p.

Torres P. y MRC. *Paleopatología de los aborígenes de Cuba*. La Habana, Academia de Ciencias de Cuba, Serie Espeleológica y Carsológica No. 32, 1972. 28 p., 47 il.

b. Prólogos e introducciones

- (1966) "Prólogo" en *Actas. Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba*. La Habana, Comisión Nacional Cubana de la UNESCO, 237 p. Compilación, prólogo e índice por MRC.
- (1975): "Introducción" en: Dacal, R. y O. Collado: *Índice analítico de la Revista de Arqueología y Etnología*. La Habana, Universidad de La Habana, Ciencias, Serie 9: Antropología y Prehistoria, No. 4.
- Armando García González y MRC (1990): "Prólogo" en *Reglamento de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba (1878)*. La Habana, Editorial Academia, 31 p.



Identificación de los restos del pintor Juan Bautista Vermay, fundador de la Escuela de San Alejandro, en La Habana. De izquierda a derecha Roger Arrazcaeta, Rivero de la Calle, Rolando Crespo y Osvaldo Jiménez.

c. Colaboraciones en libros

- (1960): "Deformación craneana en los aborígenes de Cuba. Estudio comparativo" en *Extract des Actes du VI^e. Congrès International des Sciences Anthropologiques et Ethnologiques*. T. I. Paris, p. 251-260.
- (1961): "Koviennoie Naslieniye Kubi" en *Kuba istorika: etnoarheolohieskise ochierki*. Izdatelstvo Akademi Nauk. Moscú, p. 159-191.
- (1963): "Estudio de las pinturas indígenas de la cueva Pichardo, Camagüey, Cuba" en *Actes du Deuxième Congrès International de Spéléologie*, Italia, T. 2, Castellena-Grotte, Instituto Italiano de Spéléologie, p. 205-210.
- (1968): Pospisil, M. F. y MRC: "Estudio de los cráneos aborígenes de Cuba del grupo no ceramista" en *Anales del VII Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas*. Moscú, Editorial Nauka, p. 87-98.
- (1975): "Las mandíbulas aborígenes de Cuba" en *Memorias. IV Jornada Nacional de Ortodoncia*, Varadero: 38.
- (1978): "Estudio de los restos infantiles aborígenes de la Cueva de los Niños, en Cayo Salinas, Yaguajay, Provincia de Sancti Spiritus" en *Resúmenes. IV Jornada Nacional de Arqueología*, Trinidad.
- (1980): "Estudio de dos cráneos infantiles de la cultura ceramista de Cuba" en *Cuba Arqueológica II*. Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 139-162.
- (1982): "Algunas evidencias de desórdenes metabólicos en restos óseos de aborígenes de Cuba" en *Resúmenes. Congreso de Patología*, La Habana.
- (1982): "Características epigenéticas en cráneos aborígenes de Cuba" en *Resúmenes. III Jornada Nacional de Ciencias Morfológicas*, La Habana, ICBP.
- (1984): "Paleopatología de los aborígenes de Cuba" en *Resúmenes. III Coloquio de Antropología Física Juan Comas*, México.
- (1990): "Evidencias de desórdenes metabólicos en restos óseos de niños aborígenes de Cuba" en Lara Tapia, Luis [ed.]: *Para conocer al hombre. Homenaje a Santiago Genovés*. México, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, p. 421-423.

d. Colaboraciones en publicaciones periódicas

- (1954): "La cueva funeraria de Carbonaria" en *Revista de la Sociedad Espeleológica de Cuba*. La Habana.
- (1960): "Caguanes: nueva zona arqueológica de Cuba" en *Islas*. Vol. 2, No. 2-3, Universidad Central de Las Villas, p. 727-808.
- (1961): "Carlos García Robiou" en *Revista de Arqueología y Etnología*. Época 5ta., número único, p. 95-98.
- (1961): "Descubrimientos de nuevas pictografías realizadas en el país" en *Revista de Arqueología y Etnología*. Época 5ta., número único, p. 79-82.
- (1961): "Pablo Neruda, poeta y naturalista" en *Islas*. Vol. 3, No. 3, Universidad Central de Las Villas, p. 99-106.
- (1969): "La estatura en los aborígenes de Cuba del grupo no ceramista. Datos métricos y morfológicos de sus huesos largos" en *Universidad de La Habana*. Vol. 28, No. 194, p. 35-50.
- (1973): "Los indios cubanos de Yateras" en *Santiago*. No 10, Universidad de Oriente, p. 151-174.
- (1978): "De la antropología física en Cuba" en *Revista de la Universidad de La Habana*. No. 207, p. 43-52.
- (1980): "Aportes de Fermin Valdés Domínguez a la espeleología, arqueología y antropología cubanas" en *Santiago*. No. 38-39, p. 91-108.
- (1980): "Reducidores de cabezas" en *Juventud Técnica*. No. 153, p. 98-101.
- (1981): "Henri Dumont, precursor de los estudios antropológicos en Cuba" en *Islas*. No. 68, Santa Clara, p.137-150.
- (1981): "La población negra masculina de Cuba. Algunas características antropológicas" en *Anales del Caribe*. No. 1, La Habana, Centro de Estudios del Caribe, Casa de las Américas, p. 39-59.
- (1983): "Características epigenéticas en cráneos aborígenes de Cuba" en *Anales de Antropología*. México, UNAM.
- (1984): "Estudio comparativo y localización del hacha de ceremonia de Cueva Ponce" en *Santiago*. No. 55, Santiago de Cuba, Universidad de Oriente, p. 147-158.
- (1999): "Adolfo de Hostos y Ayala. Sus aportes a la arqueología caribeña" en *El Caribe Arqueológico*. No. 3, Santiago de Cuba, Casa del Caribe, p. 116-120.

- (2000): "Henri Dumont, precursor de los estudios antropológicos en Cuba" en *El Caribe Arqueológico*. No. 4, Santiago de Cuba, Casa del Caribe, p. 106-113.
- (2000): "Una mirada antropológica a los chinos de Cuba" en *Del Caribe*. No. 32, Santiago de Cuba, Casa del Caribe, p. 56-59.
- MRC y M. A. Puig-Samper Mulero (1992): "Aportes de Miguel Rodríguez Ferrer a la antropología cubana" en *Revista de Indias*. No. 52, p. 195-202.
- MRC y Luis R. Toribio Suárez (2000): "Una mirada desde la antropología física a los chinos de Cuba", en *Catauro*; Revista Cubana de Antropología. Año 2, No. 2, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, p. 5-25.
- MRC y Jorge O. Trapero Pastor (1997): "Estudio de los restos humanos aborígenes del sitio arqueológico La Luz" en *El Caribe Arqueológico*. No. 2, Santiago de Cuba, Casa del Caribe, p. 88-93.
- MRC, Ercilio Vento Canosa, y Orlando Soles Cartaya (1972): "La cueva funeraria de Las Cazuelas, Canímar, Matanzas" en *Islas*; Revista de la Universidad Central de Las Villas. No. 41, p. 55-80.
- Núñez Jiménez, A. y MRC (1958): "Excursiones arqueológicas a Camagüey" en *Islas*. Vol. 1, No. 1, Universidad Central de Las Villas, p. 90-147.

BIBLIOGRAFÍA PASIVA

- Fernández, Olga (1982): "Cara a cara con Manuel Rivero de la Calle" en *Cuba Internacional*, 3: 46-48.
- Franco Lauredo, Aurelio (1999): "Dialogando con Manuel Rivero de la Calle" en *Catauro*; Revista Cubana de Antropología. Año 1, No. 0, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, p. 157-168.
- Paz, Flor de (2001): "Genialidad silenciosa" en *En Red*; Suplemento Científico Técnico de *Juventud Rebelde*. 21 de octubre, p. 64: 2-3.
- (2001): "Nota necrológica" en *Catauro*. Año 3, No. 4, La Habana, Fundación Fernando Ortiz, p. 170-171.

NOTAS

* Quiero agradecer la colaboración brindada por Daniel Rivero de la Calle y su esposa, Gisela Ibarra Jordana. Así mismo quiero reconocer la ayuda de Marjorie Condis Fernández, de la Sociedad Espeleológica de Cuba, quien me brindó las fotos en formato digital

¹Dada la extensa producción científica del Manuel Rivero de la Calle, se ha realizado una selección de su obra publicada, tomando en cuenta en primer lugar las que han sido citadas con más frecuencia tanto por otros autores como por él mismo. Se utilizan las siglas MRC para nombrar a Manuel Rivero de la Calle en las obras realizadas en colaboración con otros autores. Cuando no aparece autor debe inferirse que se trata sólo de la autoría de Rivero de la Calle.

NOTICIAS DE LA ARQUEOLOGÍA CUBANA EN EL 2002

DEPARTAMENTO CENTRO ORIENTAL DE ARQUEOLOGÍA. CISAT, CITMA, HOLGUÍN arqueol@cisat.holguin.inf.cu

Terminó el proyecto "Potencialidades arqueológicas del oeste del municipio Mayarí, Holguín" con la exploración de esa amplia zona, el reporte de nueve sitios arqueológicos, la actualización del censo arqueológico municipal y la presentación de un programa de gestión y manejo de ese patrimonio arqueológico, significativamente amenazado por el crecimiento de la explotación minera. Continuó los trabajos de los proyectos de investigación "Yaguajay, cultura, muerte y sociedad" y "Banes precolombino. Catálogo de objetos ceremoniales y de adorno corporal". En el caso de Yaguajay, fueron reportados dos nuevos sitios arqueológicos y se desarrolla el estudio de cuevas funerarias y del material asociado con entierros en el cementerio aborigen del residuario Chorro de Maita, especialmente de los objetos metálicos. El catálogo ha recogido datos e imágenes de más de 200 piezas y se labora en su ordenamiento y presentación en soporte digital.

GABINETE DE ARQUEOLOGÍA DE LA OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD DE LA HABANA gabinete@arqueologia.ohch.cu

El museo del gabinete organizó las exposiciones "Mayólica Mexicana en La Habana", "Hallazgos arqueológicos significativos de La Habana Colonial", "Fragmento de un pasado mestizo: arqueología lajera" y "Memoria Arqueológica", entre otras. Se concluyó la investigación histórica de un amplio conjunto de inmuebles de la ciudad y se realizaron más de diez excavaciones arqueológicas que incluyen los trabajos: Parte exterior sur de la iglesia de San Francisco de Paula, Habana Vieja; cimientos de la antigua iglesia y del hospital; tercera campaña de excavación en

el ingenio "San Isidro de los Destiladores", Valle de los Ingenios, Trinidad, Santi Spiritus; cuarta campaña de excavación en el cafetal El Padre, áreas del barracón, en Madruga, provincia Habana; iglesia de San Felipe de Neri, Habana Vieja, hallazgo de los cimientos de la antigua iglesia y de su piedra fundacional; batería la Divina Pastora, parque histórico-militar Morro-Cabaña, lecturas estratigráficas de las paredes y calas exploratorias, Habana del Este; casa Prat Puig, Teniente Rey #159, hallazgo de un pozo, letrina y sistemas de canales, Habana Vieja. Se laboró en el montaje del Museo Castillo San Salvador de La Punta y en la investigación, restauración, limpieza y consolidación de pinturas murales ubicadas en doce locales de La Habana.

GABINETE DE ARQUEOLOGÍA DEL CENTRO PROVINCIAL DE PATRIMONIO CULTURAL DE GRANMA patgrm@crisol.cult.cu

Terminó el proyecto de actualización del censo de sitios arqueológicos aborígenes de la provincia Granma, con el registro de 187 residuarios, muchos de ellos descubiertos durante estas labores de investigación. Inició un proyecto que se extenderá hasta el 2004: "Las comunidades protoagrícolas del río Cauto", que prevee la excavación y estudio de los sitios Canal, Guanito y Loma de El Indio.

MUSEO ARQUEOLÓGICO GUHAMUHAYA Plaza Mayor, Trinidad, Santi Spiritus. CP 62600

Inició trabajos de estudio del arte rupestre en la provincia de Santi Spiritus y continuaron las investigaciones en estructuras arquitectónicas de carácter doméstico e industrial asociadas con ingenios azucareros coloniales.

NUEVOS TÍTULOS DE LA ARQUEOLOGÍA CUBANA EN EL 2002



Cerámica temprana en el centro del oriente de Cuba. Santo Domingo, Taraxacum S. A., View Graph Impresos. Autores: Jorge Ulloa Hung (Casa del Caribe) y Roberto Valcárcel Rojas (Departamento Centro Oriental de Arqueología). 241 páginas, 8 tablas, 43 láminas y anexos con listado de dataciones radiocarbónicas, descripción de tipos cerámicos y análisis arqueométrico de cerámica. Revisa la información sobre el surgimiento de la cerámica en diversas áreas de América y expone resultados de nuevos estudios integrales de sitios apropiadores con cerámica en el oriente de Cuba. Enfatiza en la presentación de los rasgos de su industria alfarera y ofrece una visión regional del tema que valora la variabilidad de tales comunidades, su cronología, la incipiente presencia de patrones neolíticos y la influencia del ambiente en su desarrollo.



Banes precolombino. La ocupación agricultora. Holguín, Ediciones Holguín (colección Premio de la Ciudad). Autor: Roberto Valcárcel Rojas (Departamento Centro Oriental de Arqueología, Cuba). 143 páginas, 11 tablas, 10 láminas y listado de dataciones radiocarbónicas. Sintetiza desde una perspectiva cronológica, la presencia de las comunidades agricultoras de filiación etnolingüística aruaca en el área arqueológica de Banes, en el nororiente de Cuba. Se centra en la valoración del desarrollo cerámico, las estrategias de manejo ambiental y las situaciones de complejización social.

**En la cubierta: collar con pendiente
central y laterales de concha;
las cuentas intermedias son
de piedra (cuarcita).
Sus partes provienen de sitios
del área arqueológica
de Banes, en Holguín.
Se encuentra expuesto
en el Museo Indocubano Bani,
Holguín, Cuba.**

